Eduardo Garrigues
El que tenga valor que me siga
En vida de Bernardo de Gálvez

Cuando España declaró en 1779 la guerra contra Gran Bretaña para ayudar a los Estados Unidos a ganar su independencia, el rey Carlos III le encomendó a Bernardo de Gálvez la difícil misión de recuperar las fortalezas de los ingleses en el Golfo de México, de las que la más importante y mejor defendida era la plaza de Pensacola.

Pero cuando Gálvez consiguió desembarcar sus tropas en las inmediaciones de esa plaza, el comandante de la flota, el capitán Calvo de Irazábal, se negó a que sus buques entrasen en la bahía por temor al fuego de las baterías inglesas.

Decidido a jugarse el todo por el todo, Gálvez le mandó al capitán Calvo este mensaje:

Una bala de cañón de a treinta y dos recogida en el campamento, que conduzco y presento, es de las que reparte el fuerte de la entrada. El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el Galveztown para quitarle el miedo.

A lo que Calvo de Irazábal contestó:

El general es un audaz malcriado, traidor al rey y a la patria, y el insulto que acaba de hacer a mi persona y a todo el cuerpo de marina lo pondrá a los pies del rey. El cobarde lo es él, que tiene los cañones por culata.

A continuación, Bernardo de Gálvez entró en solitario en la bahía bajo el fuego de las baterías inglesas, una hazaña que Eduardo Garrigues cuenta con maestría en una novela donde también aparecen historias de espionaje, intrigas diplomáticas, escándalos de contrabando y una relación apasionada con la bella criolla Felicitas St Maxent.

Eduardo Garrigues

El que tenga valor que me siga

En vida de Bernardo de Gálvez

ePub r1.0
Titivillus 17-02-2023

Título original: *El que tenga valor que me siga*
Eduardo Garrigues, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Joaquín Garrigues, este relato donde aparecen marineros, contrabandistas y piratas como en La isla del tesoro*; no encontrarás en cambio a John Silver ni al loro que repetía lo de «piezas de a ocho», aunque esa era la moneda que circulaba en los Estados Unidos durante la guerra de independencia de ese país que forma parte de esta historia.*

En recuerdo también de otro Joaquín Garrigues, cuyos libros de derecho mercantil sirvieron de inspiración a escritores como Miguel Delibes, que en una carta le decía a tu bisabuelo: «La forma y la estructura literaria, la precisión de la palabra, el arte de escribir en suma —al margen de lo que se cuenta— lo encontré por primera vez en usted o, si lo prefiere, fue usted el primero que me hizo ver belleza y eficacia en la mera combinación de unos signos».
Amén.

Preludio

El domingo 28 de diciembre de 1776, al anochecer, una niebla densa procedente de las orillas del Sena se cernía sobre la Isla de la Ciudad, difuminando los contornos de sus edificios, como si las gárgolas de Notre Dame estuvieran sujetando con sus garfios de piedra el manto de humedad. Había sonado ya el ángelus en las campanas de la catedral cuando un coche tirado por dos caballos cruzó el puente de San Luis y ascendió por el empedrado hacia el barrio elegante donde se levantaban aristocráticas mansiones.

En el interior del carruaje iban tres caballeros que hablaban entre ellos en inglés. El más alto y corpulento, cuyas rodillas tocaban la banqueta del lado opuesto, era Arthur Lee; el que iba sentado junto a él era de talla media y cara adornada por grandes patillas, se llamaba Silas Dean. Y el que iba sentado frente a ambos, de mayor edad que los otros, con la cara redonda y mejillas gruesas, bien afeitadas, y un destello de inteligencia en sus ojos oscuros era Benjamin Franklin, que había llegado hacía poco a París y actuaba como jefe del grupo. Los tres habían sido comisionados por el Congreso de los Estados Unidos para que fueran a negociar con las cortes europeas la ayuda que necesitaban las colonias para poder hacer frente al poderoso ejército y a la flota británicos, tras haber declarado su independencia de la metrópoli.

Los líderes de la revolución americana y especialmente George Washington, que había sido nombrado comandante en jefe del pomposamente llamado ejército continental, sabían que, a pesar del entusiasmo y del valor de las milicias populares que se habían enfrentado ya a los ingleses en batallas de resultado indeciso, difícilmente podían alcanzar la victoria si no conseguían la ayuda de otras potencias para enfrentarse al poderío del ejército y de la flota británicos.

Los comisionados del Congreso habían sido bien recibidos por las autoridades francesas, especialmente por el ministro de Asuntos Exteriores, conde de Vergennes, que era quien había sugerido que

pidieran cita al conde de Aranda, embajador de su católica majestad. En temas de política internacional, las dos monarquías borbónicas, de Luis XVI y Carlos III, estaban ligadas por el pacto de familia, por lo que el embajador español no quiso desairar al ministro francés y concedió una cita a los representantes del Congreso. Pero como no tenía instrucciones sobre la forma en que debía tratarlos ni tenía tiempo para pedirlas a Madrid, decidió recibirlos a deshora y en día feriado, para evitar que nadie pudiera verlos entrando en la embajada y que esa visita pudiera llegar a oídos del embajador inglés en París.

Como el servicio de la embajada estaba avisado, cuando el carruaje de los comisionados llegó ante la puerta del parque que daba acceso a la magnífica residencia del ministro español, el portero abrió la cancela, pero dio órdenes al cochero para que no se dirigiese a la puerta principal de la mansión sino que, dando la vuelta al edificio, parase ante una entrada auxiliar que había en la parte trasera donde un lacayo les esperaba ya con un candil en la mano. Sin decir una palabra, ese mismo lacayo condujo a los visitantes por oscuros corredores al despacho donde les estaba esperando el embajador.

Los norteamericanos habían oído hablar tanto del embajador español, que pertenecía a una nobilísima familia aragonesa y había accedido a importantes puestos de gobierno tras una brillante carrera militar, que les decepcionó bastante el aspecto físico de su anfitrión: aunque, por la acumulación en su persona de diversos títulos, don Pedro Abarca y Bolea fuese tres veces grande de España, ni la talla ni el semblante del conde respondían a tal grandeza: tenía un hombro más bajo que el otro, las pantorrillas deformadas por la práctica continua de la equitación y la punta de la nariz roída por el excesivo uso del rapé.

En cambio, el embajador, que quizá esperaba enfrentarse con unos revolucionarios mal encarados y peor aseados, se encontró con tres caballeros embutidos en flamantes casacas oscuras de estilo inglés, lo que le hizo pensar que la revolución en América no había descartado aún la moda de la metrópoli. El primero que le saludó y también el que le causó una impresión más favorable fue el famoso Benjamin Franklin, a pesar de que iba vestido de forma muy sencilla y que ni siquiera llevaba peluca, que había tirado al mar al

llegar a las costas francesas, con la idea de evitar cualquier artificio en su atuendo y que todo en su persona respirarse naturalidad. Aunque los rasgos de su cara fueran más bien vulgares, la expresión de Franklin era franca y afable y sus ojos despedían chispas de sabiduría y sentido del humor.

Pronto comprendieron los tres huéspedes y su anfitrión que iban a tener dificultades para entenderse, porque como después contaría el embajador en su despacho a la corte: «Franklin habla muy poco francés; Dean mucho menos, y nada Lee», y el propio Aranda apenas si conocía unas pocas palabras de inglés. Tras chapurrear unas frases de presentación en un francés macarrónico, para que el ministro español pudiera comprender el motivo de la visita, Benjamin Franklin se sacó del bolsillo de la casaca un papel algo arrugado, que recogía el borrador de un tratado de buena correspondencia y comercio entre las colonias y la corte francesa, tratado que los comisionados habían presentado ya al ministro Vergennes y que, según adelantó Franklin en su media lengua, pensaban ofrecer también a la corte española. Aunque el conde de Aranda presumía de tener una mentalidad avanzada y de haber cruzado correspondencia con Voltaire, casi le da un soponcio cuando los representantes de una nación que todavía no había alcanzado ningún reconocimiento internacional le plantearon la posibilidad de suscribir un convenio en términos de igualdad con su católica majestad, el rey Carlos III.

Como avezado diplomático, el embajador español intentó disimular su sorpresa, rayana en la indignación y, mezclando su buen francés con algunas palabras inglesas, le contestó a Franklin que le parecía algo insólito que la pretensión del Congreso americano se dirigiese, de entrada, a intentar firmar un tratado de amistad cuando su país no había alcanzado todavía la independencia efectiva e incluso tenía graves problemas para afirmar el dominio sobre su territorio. Y añadió que le hubiera parecido más consecuente que de momento solicitase el auxilio de las potencias europeas a cambio de algunas ofertas ventajosas, al menos hasta haber salido de apuros.

Ante las diferencias radicales de mentalidad y de planteamientos, el encuentro hubiera podido degenerar en un diálogo de sordos, pero ambas partes decidieron achacar la falta de

entendimiento inicial al problema de la lengua, conviniendo que debían posponer unos días la entrevista, y que para la nueva contarían con la ayuda de un intérprete. Por lo que el embajador les dio cortésmente las buenas noches, pidiéndole a su ayudante que acompañara a sus visitantes de nuevo hasta la puerta trasera.

Aunque, conociendo el carácter del rey Carlos III, Aranda sabía que el monarca nunca iba a reconocer oficialmente a los representantes de una nación que se había sublevado contra su soberano legítimo, y también adivinaba cuál podía ser la reacción del secretario de Estado Grimaldi, en línea con la de su amo, sobre las pretensiones de los norteamericanos. Pero como el conde pagaba a distintos espías que le informaban de lo que pasaba en Madrid y en otras capitales europeas, también sabía que en España existían, incluso a nivel de gobierno, bastantes simpatías por los colonos rebeldes, por el mero hecho de que estaban debilitando el poderío del archienemigo tradicional.

Y ya Aranda había sido informado de que algunos ministros del gabinete estaban utilizando testaferros para hacer llegar en secreto ayuda financiera, armas y pertrechos de guerra a las milicias que luchaban contra Inglaterra. También sabía que tanto en Madrid como en París no estaban del todo curadas las cicatrices de la humillante derrota que les había infligido Inglaterra en la guerra anterior, que precisamente se había desarrollado en gran parte en el marco de la América septentrional, y cuyo resultado había supuesto para Francia la cesión de todas sus posesiones en ese territorio y para España la pérdida de las dos Floridas y de la isla de Menorca.

Aun sabiendo que la actitud del pusilánime ministro de Estado italiano, marqués de Grimaldi, no iba a ser favorable a recoger el guante que le tendían los comisionados americanos, con la vehemencia que caracterizaba al aristócrata aragonés, expuso por escrito su convicción de que la corte española debía reconocer sin reservas a los representantes de las colonias y declarar inmediatamente la guerra a Inglaterra, argumentando que «en siglos no se presentaría ocasión semejante a la presente para reducirla».

PRIMERA PARTE

Capítulo 1
La ruta hacia Almadén

Habla Bernardo de Gálvez

En la carretera que bajaba desde Madrid hacia Andalucía —aunque la denominación de carretera quizás era excesivamente generosa para aquel sendero polvoriento y lleno de baches—, al llegar a Puerto Lápice, el pelotón de jinetes compuesto por el sargento Melecio Rodríguez, un pastor de la zona que nos servía de guía, cuatro alabarderos de palacio y yo mismo, nos desviamos por un camino más estrecho que, según el guía, era un atajo que nos llevaría a Almadén.

Como yo conocía la ruta principal, por haberla practicado para ir y volver de Cádiz, había pensado que habría sido mejor llegar hasta Ciudad Real utilizando el mismo derrotero que las carretas que llevaban desde Almadén hacia el sur los contenedores de azogue, para embarcarlos hacia las Américas. Pero parecía como si el sargento Rodríguez, encargado por mi tío José de Gálvez de velar por mi seguridad, evitara pasar por poblaciones donde pudiera llamar la atención la escolta de alabarderos. Y en vez del camino habitual frecuentado por otros viajeros, escogía siempre veredas solitarias que se parecían a las trochas tortuosas utilizadas por malhechores y contrabandistas.

Desde que habíamos salido de Madrid, Melecio no me había quitado el ojo de encima —en este caso cuadraba bien lo del ojo en singular, porque el sargento había perdido el otro de un arcabuzazo —, por lo que llegué a pensar que más que mi seguridad, mi tío le había encomendado a ese hombre mi custodia. Aunque por estar aún convaleciente de las heridas que había recibido en el sitio de Argel, difícilmente hubiera podido dar esquinazo al piquete de alabarderos, lo cierto es que la misión que me había encargado don José en las minas de Almadén era bien poco grata.

Tras haber sido dado de alta en el hospital de San Carlos, apenas

había tenido tiempo de ocupar mi plaza en la nueva escuela militar de Ávila, cuando el tío José me mandó llamar urgentemente a Madrid. No era cuestión de hacer esperar a mi tío, aparte de por el respeto que le debía como hermano de mi padre, acababa de ser nombrado por su majestad el rey secretario de Indias, por lo que tomé la primera silla de posta que salía hacia la capital.

Sabiendo que el ascenso que me habían otorgado tras el combate de Argel se debía seguramente a las influencias de don José, quise presentarme en el despacho de mi tío con el uniforme de teniente coronel. Y como no tenía lo suficiente para pagar a un sastre militar, conseguí que una costurera de la calle Hileras me arreglase el uniforme que había pertenecido a un coronel fallecido —precisamente en el sitio de Argel—, y con mucha habilidad la mujer disimuló con unos parches de tela en la casaca del difunto los desgarrones producidos por la metralla.

Don José no me hizo esperar demasiado en la antesala de su despacho del palacio del Buen Retiro y, conforme al carácter que yo bien conocía, fue directamente al grano.

—Sin duda recordarás que durante mi estancia como visitador en el virreinato de Nueva España, debido al ajetreo de la campaña de Sonora y a la dureza de aquel temperamento, caí enfermo con unas perniciosas tercianas. —Don José no esperó a que yo respondiese para continuar—: Y también recordarás que aquella enfermedad, aparte de atacarme el cuerpo, me reblandeció el espíritu hasta el punto de disminuir mi claridad del juicio.

Mi tío me taladró con sus negras pupilas, mientras proseguía con la voz entrecortada por la indignación:

—Y seguro que recuerdas también que, mientras que uno de los dos escribanos encargados de redactar la memoria de la expedición a Sonora actuó con la cordura y la fidelidad que exigían las circunstancias y el respeto a la alta misión que me había encomendado su majestad, el otro actuó de forma desleal, recogiendo en un informe que mandó al virrey los disparates que yo había hecho o dicho mientras me encontraba bajo los efectos de esas malignas tercianas.

Noté que don José estaba tan encolerizado al evocar aquello que ni siquiera había querido pronunciar el nombre del escribano, Juan Manuel de Viniegra, como si le quemara en los labios. Pero estoy

convencido de que, con su memoria de elefante, mi tío recordaba que yo había trabado cierta amistad con el escribano, con quien mantuve largas conversaciones después de que me llamaran para acompañar a mi tío enfermo en Sonora y, una vez que estuvo mejor, volviera con él y con su séquito hacia la capital del virreinato. Durante el largo viaje ni Viniegra ni yo pudimos imaginar lo que se estaba gestando cuando mi tío el visitador se enteró de que el virrey había recibido la memoria en la que reflejaba puntualmente los desvaríos que había cometido don José cuando le atacaron lo que él había llamado malignas tercianas, pero que en realidad había sido, simple y llanamente, un ataque de locura.

Aún no habíamos llegado a la capital del virreinato cuando tanto el otro escribano como Viniegra fueron arrestados y mantenidos incomunicados, mientras se les requisaban todos sus papeles y pertenencias. Mi tío dio órdenes tajantes de que ninguno de los que había viajado con él hasta Sonora —y por lo tanto habían sido testigos de su dolencia— hiciera la menor alusión a su enfermedad. Y cuando intentó obligar a Viniegra a que se retractase sobre el contenido del informe que había llegado a manos del virrey, y aquel se negó, el escribano fue deportado a España bajo registro de navío, como un vulgar delincuente; previamente, los oficiales de la Inquisición se habían incautado de las copias de la memoria sobre la campaña en Sonora. Pero parece ser que, antes de ser arrestado, Viniegra había conseguido ocultar el escrito original, y eso era la que preocupaba a mi tío.

—Hemos intentado por todos los medios que el escribano desleal nos entregue ese informe, pero ese malandrín ha demostrado más orgullo que don Rodrigo en la horca. Cuando me nombraron superintendente general del azogue, se me ocurrió enviarlo a las minas de Almadén, donde lo tenemos a buen recaudo, como a todos los otros reclusos que trabajan en la mina. Aunque durante un tiempo llegué a olvidarme de ese asunto, me he percatado de que, si tras mi nombramiento de secretario se propagase el informe, podría hacerme un daño irreparable en mi carrera política.

No necesitaba tener en mis manos la vara de un zahorí para adivinar lo que iba a pedirme mi tío a continuación: aunque en ningún momento lo había mencionado, don José sabía perfectamente que yo había mantenido una relación de amistad con

Viniegra hasta que fue arrestado, después de lo cual nunca volví a saber de él. Y lo que pretendía mi tío era que en aras de una antigua amistad yo fuera hasta Almadén para persuadir al escribano de que me entregase un documento que había guardado celosamente hasta entonces, aun bajo la amenaza de la tortura y quién sabe si de muerte.

—Estos pliegos contienen los planos para abrir nuevas galerías en las minas de Almadén, y te ruego que los entregues personalmente al superintendente de la mina. Ya sabes que la producción del azogue resulta esencial para el beneficio de las minas de oro y plata de México y de Nueva Granada, por lo que te recomendaría que te dieras una vuelta por la mina para enterarte del proceso de extracción del mineral. —El tío hizo una pausa y me taladró de nuevo con su mirada, antes de añadir—: Y ya que estás allí, no estaría de más que pidieras al alcaide del presidio que te llevase a la celda del escribano y, por los medios que juzgues oportunos, intentases persuadirle de que te entregue la copia original del diario que obra todavía en su posesión.

Me pareció inaudito que mi tío indicase que yo debía conseguir la memoria «por los medios que juzgase oportunos»; y como era evidente que por las malas ya habían intentado recuperar el informe sin resultados, ahora me pedía que intentase que Viniegra me lo entregase por las buenas.

—Lo que sí te pediría —agregó don José— es que salieras cuanto antes para Almadén, pues el tema no admite dilación. Ya he encargado que un hombre de mi confianza viaje contigo y con una escolta para evitar cualquier percance por esos caminos, pues me dicen que las serranías de Ciudad Real están infestadas de malhechores, algunos de ellos atraídos por la posibilidad de robar las carretas cargadas con el rico mineral. Pero ello no debe preocuparte, porque te acompañará un piquete de alabarderos. Solo espero que vuelvas en unos días con el informe; no dejes de visitarme en cualquier caso, pues tengo preparada para tu regreso una sorpresa que creo va a ser de tu agrado.

Pasado el poblado de Puerto Lápice, el sendero por donde transitábamos cruzaba un inmenso secarral, por donde el viento hacía rodar ovillos de cizaña, y aquel paisaje me recordó las grandes extensiones de desierto que había en las provincias internas

del virreinato de Nueva España, incluyendo los despoblados que había atravesado a todo galope cuando fui a ver a mi tío enfermo al campamento del Cerro Prieto, en Sonora. Mientras el sol lanzaba sus últimos destellos tras la cresta de unas colinas que se erguían hacia el oeste, la brisa vespertina hacía girar en forma vertiginosa los molinos de viento que estaban construidos en esos altozanos.

Me vino a la cabeza la escena en la que el ingenioso hidalgo de La Mancha había arremetido contra aquellos colosos de piedra y adobe que su mente perturbada había confundido con gigantes en un escenario semejante. Y pensé que, en definitiva, los desvaríos de aquel grotesco personaje que pretendía implantar en el mundo las leyes de la caballería no eran tan diferentes del ataque de locura de mi tío, que había intentado someter a su credo y a sus costumbres a un puñado de indios bárbaros, utilizando los mismos argumentos que el Quijote: la lanza y la espada.

Capítulo 2
El ajedrez diplomático

Aprovechando que el embajador ante la corte rusa en San Petersburgo, conde de Lacy, se encontraba esos días de visita en París y se hospedaba en la embajada de España, el conde de Aranda le pidió a su colega que asistiera a la siguiente entrevista con los comisionados americanos, dado que Lacy dominaba tanto el inglés como el francés.

El siguiente encuentro entre el embajador de España y los representantes del Congreso se realizó de nuevo de forma secreta y a deshora; pero el tiempo transcurrido había servido para que tanto los comisionados como el representante de España comprendiesen mejor la actitud del otro bando, aunque el conde no había recibido aún instrucciones de Madrid después de su primer encuentro con los norteamericanos. En todo caso, la ayuda del intérprete fue esencial para llegar a precisar las posiciones de ambas partes.

Cuando Aranda insistió de nuevo sobre la imposibilidad de que España firmase un tratado de amistad con el Congreso, porque en la corte se había pensado que la ida del doctor Franklin a Europa se dirigía más bien a solicitar auxilios concretos, el jefe de la delegación americana contestó que la situación de las colonias no era tal que necesitase ayuda urgente y que en virtud de semejante tratado ellos podrían ver cuáles de las potencias europeas querían de verdad ser sus amigas.

Por otro lado, Aranda pudo comprobar que Franklin no estaba al corriente de que España había ayudado ya al ejército revolucionario, colaborado con un millón de libras tornesas al envío de armas, municiones y artículos de primera necesidad que habían sido embarcadas en el buque *Amphitrite*, fletado a nombre de una compañía mercantil privada que actuaba como cobertura de los gobiernos de Francia y España.

Como contrapartida para convencer a su interlocutor de que la

corte española reconociese a los representantes de las colonias y declararse la guerra a Inglaterra, los comisionados americanos ofrecían que su ejército ayudase a que España pudiese recuperar el territorio de las Floridas, que había cedido a los ingleses en la última guerra, y las plazas del golfo de México, Mobila y Pensacola. Por sus conocimientos en el campo militar, el conde de Aranda valoró mucho esa propuesta, sabiendo que el dominio de esas posiciones estratégicas permitía a la flota británica campar por sus respetos no solo en el seno mexicano sino también en el canal de las Bahamas, poniendo así en peligro la supremacía de España en las Antillas.

Cuando acabó esta segunda entrevista, Aranda volvió a redactar otro despacho a Madrid donde aconsejaba —con el hondo convencimiento que siempre tenía de lo acertado de sus criterios— que España se asegurase la amistad de aquel nuevo país por medio de un tratado solemne, cuando todavía no hubiera conseguido una victoria clara contra Inglaterra, para que de esta forma pudiese apuntarse el mérito de haberle sacado de apuros.

El conde argumentaba en su despacho al secretario de Estado Grimaldi que si se esperaba a que la guerra estuviera ganada por los americanos, no se conseguiría que la nueva nación estuviese dispuesta a agradecer a España su apoyo tardío y en gran parte secreto: «Si algo ha de conseguirse ventajoso —advirtió Aranda al italiano—, no ha de ser por los medios ocultos de auxilios secretos, e insuficientes, porque ni sirven de gran mérito, ni ponen en el caso de atraer a la otra parte… El tiempo se pasaría en buenas razones y nada se habría asegurado de importante».

Capítulo 3
La sombra de don José

Habla Bernardo de Gálvez

La víspera de la llegada a Almadén, hicimos noche en un aldea llamada Hontanosas, al norte del valle de Alcudia, en una venta cochambrosa en cuyos establos nuestros caballos tenían que pelear con los cochinos para afanar un puñado de pienso. Con un acento manchego tan marcado que apenas se le entendía al hablar, el ventero presumía de que en esa misma fonda había parado la reina Isabel de Castilla en su peregrinaje hacia el monasterio de Guadalupe, lo que me hizo pensar que o bien la realeza en aquella época era de costumbres muy austeras o que aquel lugar se había deteriorado mucho con el paso del tiempo.

El ventero me acompañó a una boardilla de techo bajo donde a la luz de la linterna pude ver que el camastro donde pretendía que durmiera parecía tener vida propia, por la muchedumbre de insectos y cucarachas que pululaban por el jergón, por lo que cedí ese privilegio al sargento Rodríguez, que no le hizo ningún asco al camastro, quizás porque el ejército de piojos que llevaba encima era capaz de ahuyentar a cualquier hueste de parásitos forasteros.

Yo preferí tumbarme en la tabla de granito que sobresalía del fogón, colocando la manta a guisa de almohada y encogiendo las piernas de forma que el chisporroteo de los troncos de encina no pudiera chamuscar el cuero de mis botas. Aparte de que la dureza del lecho no invitaba al sueño, el baile del fuego de encina en el hogar me trajo a la memoria el color azulado de las llamas en la hoguera de mesquite que se encendía en el campamento cuando volvía con Viniegra en el séquito de mi tío con rumbo a la ciudad de México. El escribano esperaba a que los otros miembros de la comitiva del visitador cayesen rendidos por el cansancio para hacerme sus confidencias y así fue como me enteré de lo que había ocurrido en plena campaña contra los indios rebeldes del Cerro

Prieto.

El escribano pensaba que tanto la frustración por no haber conseguido expulsar a los indios hostiles de su santuario, tras haberles dado un ultimátum para que se rindieran, como el calor agobiante del desierto —a lo que mi tío se refería como «la dureza del temperamento»—, habían conseguido doblegar la férrea energía del visitador que empezó dando síntomas de una gran melancolía y acabó sufriendo delirios y alucinaciones. En una noche de insomnio, el visitador creyó que se le había aparecido San Francisco para darle consejos de cómo debía conducir la guerra contra los indios alzados. Y al amanecer, el visitador había salido de su tienda de campaña medio desnudo y había convocado a gritos a sus ayudantes para contarles que, como estratagema infalible para ahuyentar a los indios, el santo le había recomendado «traer de Guatemala seiscientas monas y vestirlas de soldadesca echándolas a correr por el Cerro Prieto», consejo que el general se había tomado completamente en serio y que estaba dispuesto a seguir al pie de la letra.

Según contaba Viniegra, esa misma mañana, el visitador se había dirigido a los cuarteles que albergaban una tropa muy numerosa y había invitado a oficiales y soldados rasos a tomar de la tesorería de la expedición cuanto dinero quisieran. Y cuando uno de sus ayudantes se permitió objetar en voz alta aquella decisión, el visitador le amenazó con que «Si alguno comentase mi providencia le pondría la cabeza a los pies». Nadie se atrevió a contradecir las órdenes de un visitador nombrado por su majestad, que tenía poderes sobre vidas y haciendas incluso superiores a los del virrey de Nueva España.

Así lo había demostrado don José, cuando a su llegada a México el virrey le había encargado que se ocupase de ejecutar la orden de expulsión de los jesuitas, que había llegado a Nueva España meses después de haberse realizado en la metrópoli. Cuando en algunas ciudades del virreinato se produjeron protestas populares contra esta medida —que en muchos casos privaba a los desheredados de sus guías espirituales, maestros y mentores económicos—, el visitador llevó a cabo una represión durísima contra los que habían participado en las algaradas. En total, el visitador mandó ejecutar a ochenta y cinco personas, condenando a sesenta y ocho a la pena de

azotes y a seiscientos sesenta y cuatro a presidio perpetuo. Aunque afortunadamente yo no había llegado todavía a México, cuando volví a encontrarme con mi tío, él mismo me contó con lujo de detalles el rigor con el que había actuado, de lo que estaba orgulloso, pensando que al obrar de acuerdo con las órdenes del rey estaba cumpliendo con los designios de la Providencia.

En la noche de duermevela que pasé en la fonda de Hontanosas, pude reflexionar sobre mi relación con mi tío José, que tenía los flecos y aristas que a veces se producen en un entramado familiar. En principio, yo hubiera debido estar muy agradecido a mi tío, pues gracias a él había salido del villorrio de Macharaviaya, en la serranía de Málaga, donde mi principal ocupación era cuidar de las cabras y del hato de cerdos que servían para subsistir a nuestra familia de hidalgos pobres. Don José me había proporcionado una educación elemental, había facilitado mi entrada en el ejército y, sobre todo, se había preocupado —a través de su buena relación con la embajada francesa— de mandarme a la escuela militar de Cantabria, donde no solo había aprendido el idioma francés, sino que había ensanchado las entendederas de un joven aldeano con la mente abierta y ganas de aprender. A partir de ese momento, mi carrera militar estaba asegurada.

Por otro lado, pensaba que la sombra alargada de mi tío había impedido que se me reconocieran objetivamente mis valores, pues cuando había logrado un ascenso, como en el caso reciente después del sitio de Argel, todo el mundo pensaba que se había conseguido por la influencia de mi tío, y no por mis propios méritos. Lo que también me producía cierto desasosiego era que don José fuera incapaz de darme las gracias en las ocasiones en que yo le había ayudado a él a salir de algún aprieto, como cuando había caído enfermo durante la campaña de Cerro Prieto. Cuando me avisaron para que fuera a hacerle compañía, tuve que recorrer a uña de caballo la enorme distancia que separaba la provincia de Sonora del lugar donde me encontraba, cerca del Paso del Río Grande. Como siempre que mi tío me había llamado, no dudé un momento en acudir junto a él, atravesando sierras y llanuras infestadas de indios bárbaros, que fácilmente hubieran podido tender una emboscada a un jinete solitario. En vano esperé que, una vez que estuvo completamente restablecido, se acordase de la ayuda que le había

prestado y me dirigiese unas palabras de cariño o de gratitud. Quizás esa forma de actuar no formaba parte de su carácter.

Sí se había acordado de mí en cambio cuando pensó que podía servir sus intereses en la delicada misión con el escribano recluido en Almadén, y no había dudado en encomendarme que viajase hasta ese remoto destino, aun sabiendo que yo estaba todavía convaleciente de las heridas de la expedición de Argel.

Capítulo 4
El Consejo de Ministros

Cuando Jerónimo Grimaldi recibió en Madrid los pliegos cifrados donde el embajador en París comentaba las conversaciones con Franklin y sus compañeros, y el embajador daba su opinión sobre la forma en que debía responderse a las peticiones de los representantes del Congreso, el secretario de Estado estaba a punto de cesar en su cargo para ser sustituido por el embajador de España ante la Santa Sede, conde de Floridablanca.

Aunque Grimaldi había mantenido siempre una relación tormentosa con el aragonés y sus puntos de vista sobre esa materia eran radicalmente opuestos a los del embajador, el asunto era de tal envergadura que le pareció que debía someter ese asunto a la consideración del propio rey antes de cesar en su puesto. Y una vez que hubo leído los despachos, fue el propio monarca quien pidió que se distribuyesen copias de los mismos entre los miembros de su gabinete y convocó un consejo extraordinario para que los responsables de los distintos ministerios pudieran pronunciarse sobre ese asunto.

El consejo se celebró a primera hora de la mañana y, antes de empezar, Carlos III anunció que quería concluir la reunión antes del mediodía, pues quería desplazarse a los montes de El Pardo para practicar su afición favorita, que era la caza. Los miembros del gabinete sabían perfectamente cuál era la opinión del monarca sobre este conflicto, y aunque algunos de ellos —del mismo partido aragonés que Aranda— podían coincidir en ciertos aspectos con su dictamen, intentaron expresar sus opiniones de forma que no contrariasen demasiado lo que pensaba Carlos III.

La información que dio al consejo el marqués de Grimaldi sobre el desarrollo del conflicto entre la metrópoli y sus colonias —del que seguramente había sido informado por el embajador inglés en Madrid— suponía ya desautorizar implícitamente las propuestas del

embajador en París.

—Se sabe que los insurgentes se defienden mal, que no resisten a las tropas del ejército inglés, que las armas británicas han recuperado provincias enteras y, lo que es peor, que con estos malos sucesos se han abatido los ánimos, introduciéndose la división y la desconfianza entre los principales promotores de la sublevación.

Aunque llevaba muchos años al servicio de la Corona española, Grimaldi era de origen genovés, por lo que cometía faltas e imprecisiones gramaticales al hablar en castellano, por lo que hizo una breve pausa para comprobar que el monarca y el resto de la concurrencia habían entendido bien sus palabras, para después concluir:

—En definitiva, pienso que a la España le conviene entretener a las colonias y socorrerlas bajo mano, para no provocar una reconvención de la Inglaterra, y proveerles de lo que necesitan para continuar a defenderse sin llegar a ningún acuerdo formal.

Intervino después el secretario de despacho de Hacienda, Miguel de Múzquiz, que por ser también aragonés, era amigo de Aranda.

—Coincido con nuestro ilustre secretario de Estado en que la independencia de los colonos está en embrión y por lo tanto tiene pocas raíces para mirarla como establecida. También estoy de acuerdo en ayudarlos porque la prolongación de esa guerra debilita a nuestro principal enemigo, siempre que la Inglaterra no pueda acusarnos de parcialidad y empleen sus fuerzas superiores para arruinar nuestra flota y nuestro comercio con América.

En su intento de no ofender a nadie, la intervención de Múzquiz no ayudaba a tomar ninguna decisión, por lo que el rey se encogió de hombros y le dio seguidamente la palabra al conde de Ricla, secretario de Guerra:

—En vista de lo que ha expuesto míster Franklin en las conferencias reservadas que ha tenido en París con el conde de Aranda, estoy plenamente de acuerdo con lo que han expresado ante su majestad mis ilustres colegas, y que conviene auxiliar con cuanto podamos a los colonos sin que trascienda al público de este manejo. Y solo en el caso de ser los ingleses los primeros agresores es cuando nos puede convenir hacer una alianza formal y pública con las colonias.

A continuación, habló el secretario de Marina, marqués

González de Castejón que, sin llegar a respaldarlo abiertamente, tuvo el valor de apoyar ante el monarca al menos parte de las opiniones del embajador en París:

—Pienso que no deberíamos dejar pasar la oportunidad de aprovechar los presentes embarazos en que se hallan los ingleses, pero, por otro lado, debo confesar sin hipocresía que mi opinión no debería inclinar la balanza en estos asuntos, pues ni me he criado ni he versado en los de estado. Aunque estoy convencido de que debemos ser los últimos de la Europa en reconocer potencia alguna en América, independiente y soberana; y esto a más no poder.

Cuando José de Gálvez tomó la palabra, todos los otros ministros lo escucharon con especial atención, debido a que el conflicto se estaba desarrollando cerca de los dominios americanos que caían bajo la competencia del secretario de Indias. Quizás para congraciarse con el monarca, el ministro empezó por soltar una andanada contra el embajador en París.

—Aun cuando podamos admitir que la victoria de los rebeldes pudiera arrebatar a nuestro común enemigo el dominio universal que ha usurpado sobre todos los mares de ambos hemisferios, no puedo expresar mi aprobación sobre la propuesta del conde de Aranda, siempre inclinado por su profesión de militar más a la guerra que a la paz, y con el respeto debido me parecería inconcebible empeñar a los dos mayores monarcas de Europa en sostener la erección de un nuevo estado soberano en América.

Pero, gracias a su amplia formación jurídica, Gálvez quiso justificar su opinión en una base legal:

—La primera consideración que hace al caso sería preguntarse si el Congreso americano tiene una constitución fija —lo que evidentemente le falta—, por lo que de momento no creo que debamos tratar a sus representantes en pie de igualdad. —Y, satisfecho por haber dado al monarca un sólido argumento para justificar su repugnancia a reconocer a unos vasallos rebeldes, se atrevió a decir al final—: Si coincide con las recomendaciones de nuestro embajador, conviene a las dos monarquías dar a los insurgentes en secreto cuantos auxilios podamos suministrarles, con la mira importante de que sostengan y alarguen su querella y se aniquilen en ella ambos partidos.

El rey sacó su reloj de la faltriquera, para que los ministros

pudieran notar que tenía ganas de acabar la sesión del consejo, pero antes de irse quiso informar al gabinete de su propio punto de vista:

—Aunque todos sabemos que la rebelión de esas colonias debilita la posición de nuestro principal enemigo, debemos evitar adoptar una actitud demasiado complaciente hacia los insurgentes que pudiese provocar que en otros lugares de América pueda saltar la chispa de la rebeldía, pero eso no impide dar a los representantes del Congreso el apoyo que juzguemos necesario, siempre que sea de forma secreta. Y ahora ruego que vuestras mercedes me excusen, pues ignoro si la guerra entre Inglaterra y sus colonias puede esperar, pero la caza no aguarda.

Capítulo 5
Valdeazogues

Habla Bernardo de Gálvez

Finalmente había conseguido conciliar el sueño sobre la piedra de granito de la fonda cuando el sargento Melecio Rodríguez me sacudió por los hombros para que pudiéramos continuar la jornada hacia Almadén antes de que amaneciese. Durante las dos primeras horas de la cabalgada tuvimos que confiar en el tranco seguro de nuestras monturas para recorrer en la penumbra senderos tan estrechos que parecían más bien las trochas que dejan marcadas los animales salvajes cuando atraviesan el monte. En algún momento me pareció oír a lo lejos el aullido de un lobo, pero quizás era un capricho de mi fantasía, excitada por las cavilaciones de la noche de insomnio, o quizás fuera solo un eco de mi propia conciencia.

Cuando el sol despuntó detrás de las escarpadas colinas, al coronar la quebrada pudimos ver que el sendero atravesaba un valle cubierto de vegetación por donde discurría un riachuelo de aguas transparentes que iba sorteando una apretada arboleda de encinas, alcornoques y madroños. Aunque la vegetación era algo diferente de la que crecía en las serranías de Nueva España, lo apretado de la maleza y la fuerza del riachuelo que bajaba de la misma sierra de Almadén me trajo a la memoria la primera expedición contra los apaches que los jefes militares de Chihuahua habían confiado a mi mando.

A pesar de que sabían que no tenía ninguna experiencia en la lucha contra los indios bárbaros, me habían encomendado —no sé bien si para darme la oportunidad de lucirme o para que me estrellase definitivamente— la difícil tarea de perseguir y castigar a una banda de apaches mescaleros que desde la serranía del río Ruidoso asolaban la región del Paso del Río del Norte. Los gentiles habían atacado recientemente a la conducta que dos veces al año llevaba ganado y mercancías desde Santa Fe, capital de la provincia

de Nuevo México, hasta Chihuahua.

Más allá de la villa de El Paso, nos internamos en un tramo que tenía la sombría denominación de Jornada del Muerto, pues en ese largo trecho del camino real no había ni lugares donde la caballería pudiera pastar ni ojos de agua donde darles de beber, por lo que durante esa travesía había que rellenar y cargar pellejos de agua para que las bestias no murieran de sed.

Siguiendo la pista de los objetos robados a los viajeros de la conducta que los indios habían desechado —de los brazos de los grandes cactus colgaban vestidos de mujer ensangrentados, cuernos de pólvora vacíos y odres de aguardiente cuyo contenido los salvajes habían sorbido hasta la última gota—, conseguimos acortar distancias con la banda de salvajes, gracias a los vestigios de sus propios desmanes.

Pero, precisamente cuando tanto los jinetes como la tropa de a pie habían tomado confianza al ver que estábamos ya cerca de nuestro objetivo, al fondo de la planicie se acumuló un rebaño de nubes negras que descargó sobre el valle que cruzábamos un verdadero diluvio, acompañado de una granizada de gotas tan gruesas como huevos de paloma, amén de la descarga de rayos y truenos que hacían trepidar el suelo. El temporal fue tan intenso que en pocos minutos caló las túnicas de cuero de los soldados y penetró el envoltorio de lona de los bastimentos, estropeando el pinole y el bizcocho tostado que servía de sustento para la tropa. Sin embargo, estaban todos tan agotados cuando di el alto para acampar que se tumbaron cerca del fuego, envueltos en sus frazadas húmedas, sin fuerza para intentar mascar un pedazo de tasajo y sin ánimos de protestar.

Esa misma madrugada encontramos las cenizas del fuego de su anterior campamento todavía calientes, pero cuando reemprendimos la marcha cruzando un valle profundo, vimos que el rastro de los gentiles cruzaba del otro lado de un río que bajaba muy crecido debido al reciente aguacero. Cuando alcanzamos el borde del torrente, con tan solo mirar las caras demacradas y el gesto desabrido de la tropa que llevaba casi veinticuatro horas sin comer, le dije a mi ayudante que ordenase un alto en la marcha, para que los soldados pudieran secar al sol de la mañana las túnicas que habían absorbido la humedad del chaparrón. Hasta el mismo

árbol seco donde me había sentado para saborear unas hebras de tasajo me llegaban murmullos de desaliento de los soldados: «Tenemos hambre, no podemos seguir comiendo raíces y sabandijas» y «Volvamos a Chihuahua a buscar provisiones».

En otras ocasiones, los soldados habían vuelto a sus cuarteles diciendo que su oficial había caído bajo las flechas de los gentiles, cuando en realidad ellos mismos lo habían degollado y arrojado su cuerpo a una barranca para que fuera pasto de los zopilotes. Por lo que, jugándome el todo por el todo, me subí a lo alto del tronco seco para que mi voz pudiera dominar el murmullo de la corriente, y pronuncié este exordio:

—Compañeros míos, llegó el día de hacer el último esfuerzo para dar al mundo una prueba de nuestra constancia… El cielo con sus muchas aguas nos ha hecho perder el bastimento y mojado la munición, pero si volvemos a buscar que comer daremos tiempo a que los indios nos corten el rastro y después será imposible alcanzarlos… Irnos a Chihuahua con el sonrojo por haber gastado tiempo y dineros sin hacer nada no es para quien tiene vergüenza, ni esta ignominia se acomoda a mi modo de pensar. Si no hubiese quien me acompañe, me iré yo solo, yo llevaré una cabellera para Chihuahua y cumpliré por uno o pagaré con la vida el pan que he comido al rey. Vuélvanse los que tengan el corazón débil y síganme los que quieran tener parte en mis gloriosas fatigas, en el supuesto de que nada puedo darles sino las gracias de esta fineza que vivirá siempre en mi memoria y reconocimiento.

Sin aguardar para comprobar el efecto que había producido mi arenga en la tropa, piqué espuelas a mi caballo obligándole a cruzar el riachuelo, pero pronto sonó a mis oídos el chapoteo que hacían los otros caballos que me seguían y los soldados de a pie que cruzaron la corriente con el agua hasta la cintura, levantando sus armas sobre la cabeza para no mojar la poca pólvora que nos quedaba. Todos iban detrás de mí como un solo hombre.

Sin darnos ni un minuto de respiro, esa misma noche, caímos sobre la ranchería de los apaches sin que sus centinelas pudieran imaginarse que una pandilla de soldados famélicos y desarrapados hubieran sido capaces de cruzar el río y trepar hasta el repecho donde habían instalado su campamento. Matamos más de quince apaches, más otros tantos que se ahogaron intentando cruzar el

torrente; tomamos más de cincuenta cautivos, una caballada de más de doscientas cabezas y un botín de pieles de cíbolo bien curadas que en el mercado valieron más de dos mil pesos.

Estaba todavía absorto en los recuerdos de aquella aventura cuando advertí que el valle que estábamos cruzando se parecía mucho al que había cruzado con mi tropa a la zaga de los apaches en nuevo México, aunque la vegetación fuera algo diferente; aquí el soto tenía una tupida floresta de robles y castaños, pero también lo cruzaba un arroyo bordeado por un juncal de espadañas cuyas mazorcas oscilaban en la brisa de la mañana. Al llegar al borde de la corriente, el guía tomó la brida de mi montura, pues al fondo del lecho había gruesos cantos cubiertos de verdín, donde los cascos del caballo podían resbalar.

Pero cuando desmonté e hice ademán de beber de las aguas cristalinas, el guía me arrancó el cubilete de estaño de las manos antes de que llegase a mis labios. Y con su acento extremeño casi incomprensible me advirtió que aquel riachuelo de aguas transparentes tenía el nombre de Valdeazogues, y que el caudal bajaba contaminado por los efluvios nocivos del mineral de azogue tratado en las minas, por lo que sus aguas estaban emponzoñadas.

Solo entonces noté que los cantos rodados del fondo estaban recubiertos por una pátina rojiza que seguramente eran residuos del mineral de cinabrio que se trabajaba en la mina. Sobre el cauce del arroyo flotaba una nubecilla pestilente y entre los juncales los cuerpos de varias aves muertas, incluyendo una bellísima garza real.

Capítulo 6

El sobrino del secretario de Indias

Al acabar el consejo, mientras el secretario de Estado acompañó a su majestad hasta la puerta del palacio, los otros ministros se quedaron recogiendo sus papeles y dando un sorbo al agua con un azucarillo en un vaso que había traído el mayordomo. José de Gálvez aprovechó que los últimos en levantarse de la mesa fueron el secretario de la Guerra, Ricla, y el de Marina, González de Castejón, a quienes pidió que se quedaran unos minutos para hacerles una consulta.

—Excelencias, una vez que el rey se ha ausentado, quizás podemos hablar entre nosotros con mayor libertad y, sin coincidir en todo su contenido con los farragosos despachos que ha enviado nuestro embajador en París, concuerdo con él en que podría resultar peligrosa la política de ambigüedad que propugna esta corte ayudando bajo cuerda a los rebeldes pero sin atrevernos a romper con Inglaterra. El peligro inherente que apunta el embajador es que de esta forma ni conseguiremos granjearnos la amistad de los norteamericanos ni tampoco contentar a los ingleses, que seguramente a estas horas están enterados de esa ayuda supuestamente secreta.

Los ojos de los otros dos ministros intercambiaron miradas de inteligencia; parecía como si, en ausencia del monarca, estuviesen dispuestos a expresar sus opiniones con franqueza.

—Si, como nos informaba el conde de Aranda, ni los propios beneficiarios de esa ayuda se enteran de que los estamos favoreciendo —dijo el secretario de la Guerra, esbozando un amago de sonrisa que intentó disimular con su mano gordezuela—, difícilmente podrán agradecérnoslo.

—Creo que la advertencia del embajador es perfectamente válida —corroboró el ministro de Marina—, porque suponiendo que las colonias ganasen la guerra contra Inglaterra, nos encontraríamos

mano a mano con un nuevo estado cuyos gobernantes apenas reconocerían que España ha tenido algo que ver con su victoria.

—Por no ser experto en política exterior —observó el ministro Ricla, mostrando un ardor guerrero que apenas si había aflorado en sus labios en presencia de Carlos III—, creo que un exceso de ambigüedad no suele dar buenos resultados, pues, como bien advierte Aranda, podría ocurrir que al final de la contienda nos encontrásemos con dos enemigos en lugar de uno.

Como el diestro taurino que trastea a su enemigo por bajo antes de iniciar la faena, Gálvez estaba llevando a Ricla y a Castejón al terreno que le interesaba.

—Existe un dato importante en el despacho de Aranda que no todos habrán comprendido: la oferta de los propios representantes del Congreso de que ellos nos ayuden en recuperar para España el dominio de ambas Floridas y, lo que es incluso más importante, el dominio de la navegación por el río Mississippi, pues ese gran río es el pulmón por el que respiran todos los territorios del centro y el oriente de la América septentrional.

Sus colegas no se esperaban que el ministro de Indias pudiera hablar con tanta soltura de un tema que parecía reservado a quienes estaban formados en las tácticas militares y navales. Y entre ambos, que tenían título nobiliario, se cruzaron miradas de inteligencia que expresaban su sorpresa de que un ministro «golilla» —como llamaban los funcionarios de rancio abolengo a los que habían conseguido su posición por méritos propios— les estuviera dando lecciones en el ámbito de su competencia. Pero Gálvez aprovechó esa misma sorpresa para rematar su argumento:

—Excelencias, he llegado al convencimiento de que el territorio de la Luisiana que nos cedieron los franceses en la paz de 1763 es para nosotros un punto estratégico esencial; pues solo en ese territorio tenemos frontera tanto con las posesiones inglesas que caen al este del Mississippi como con el territorio al norte del río que han conquistado los rebeldes del dominio británico. Por lo que deberíamos utilizar la Luisiana como base de operaciones para realizar los suministros de armas y bastimentos que puedan llegar por el Mississippi hasta los estados del norte, por cauces tan directos que los rebeldes no puedan negar haber recibido esos auxilios.

Gálvez había conseguido conducir a sus interlocutores al terreno que le interesaba, y en términos taurinos podría decirse que don José había lidiado con gran eficacia al enemigo, y que para redondear la faena solo le faltaba entrar a matar. Al llegar a ese punto, los ministros de la Guerra y de Marina se quedaron callados, esperando en qué acababa todo aquello.

—Y si sus excelencias están de acuerdo con ese planteamiento, coincidirán también conmigo en que deberíamos nombrar como gobernador de la Luisiana a un oficial dinámico y atrevido que sea capaz de avanzar en los preparativos de una guerra inevitable y que por otro lado sirva de correa de transmisión discreta pero eficiente con las colonias rebeldes.

Dado que quien todavía ocupaba el cargo de gobernador en la Luisiana pertenecía a la Real Armada, el ministro de Marina se atrevió a decir:

—Pero entiendo que Luis de Unzaga, el actual gobernador en Nueva Orleans, está desarrollando su labor de una forma eficaz, e incluso ha conseguido ganarse el favor de la población francesa, que era inicialmente contraria al traspaso de esa colonia a España por parte de Francia.

—Eso es cierto —contestó José de Gálvez, levantando simbólicamente el estoque verbal antes de entrar a matar—, pero he podido saber que don Luis de Unzaga se siente cansado y ha pedido ser relevado de su puesto; y pienso que debemos aprovechar esa circunstancia para confiar esa importante misión a un joven oficial que ha demostrado en diversas acciones su valor y su capacidad de mando y que además se entenderá a las mil maravillas con los criollos de la Luisiana, porque habla bien el francés. Ese oficial acaba de ser ascendido a teniente coronel por su conducta heroica en el sitio de Argel y su nombre es Bernardo de Gálvez.

Ambos ministros estaban indignados por la forma un tanto sibilina con la que su colega les había comunicado un nombramiento que en realidad caía bajo su competencia, pero ninguno de los dos se atrevió a rechistar, suponiendo que, por la forma en que don José había anunciado el nombramiento de su sobrino, lo había consultado ya con el propio monarca.

Cuando Ricla y González de Castejón se inclinaron sobre la mesa para recoger sus papeles hicieron un gesto parecido al del toro que

humilla su testuz para que el diestro pueda efectuar limpiamente el descabello.

Capítulo 7
Las minas de Almadén

Habla Bernardo de Gálvez

Cuando, al filo de mediodía, llegamos frente al recinto amurallado de las minas, me dio la sensación de que se trataba más de una fortaleza que de una explotación minera. En realidad, cumplía ambas funciones, pues desde tiempos inmemoriales la corona destinaba al trabajo de las minas a reos de graves delitos, por lo que el emplazamiento de los pozos estaba rodeado por una impresionante muralla de piedra, cuyo perímetro interior estaba dominado por una fortaleza que servía al tiempo de cuartel a los soldados que vigilaban a los reclusos y de cárcel para los mineros. En cualquier caso, debido a que los efluvios del azogue eran sumamente venenosos, la pena de trabajar en las minas era, a decir verdad, una condena a muerte diferida.

Cuando el sargento Melecio Rodríguez dio el santo y seña a los guardias del portón de hierro macizo, salió a recibirnos don Fermín Urrutia, alcaide del presidio, que agarró la brida de mi caballo y me sostuvo el estribo para ayudarme a desmontar. Me producía cierto enojo el saber que si me trataba con tanta deferencia no era por respeto a mi persona ni en atención a mi rango militar, sino únicamente por ser sobrino de don José de Gálvez, que como superintendente general del azogue era su jefe absoluto.

En cuanto estuvimos solos en su despacho, me percaté de que don Fermín estaba al corriente de la naturaleza de mi misión, porque cuando le entregué los planos de la mina, que se suponía eran documentos importantes para el desarrollo de la explotación, los guardó sin hacer ningún comentario en una gaveta.

—Gracias por traer en persona esos planos, que los ingenieros de la mina estaban esperando para abrir nuevos pozos… —Y, tras una breve pausa, el alcaide añadió—: Pero entiendo que el motivo de su visita es entrevistarse con el contador Viniegra.

Seguramente el alcaide notó que mi expresión reflejaba cierta sorpresa, pues nadie me había informado de qué era lo que hacía el escribano en la mina:

—Aunque mantengo a Viniegra bajo custodia como cualquier otro recluso —me explicó el alcaide—, me pareció absurdo no aprovechar los conocimientos del escribano, por lo que le he encomendado la supervisión del envase y almacenamiento del azogue y debo decir que desde que Viniegra hace funciones de contador no ha faltado ni una onza del precioso mineral. También se hospeda en una celda algo más confortable que los otros reclusos en la torre del presidio y, asimismo, en atención a su edad y al mal estado de salud, recibe mejor rancho que el resto de los reclusos. ¿Desea que le mande llamar?

—No, prefiero ir yo mismo a verlo en su lugar de trabajo, y así conoceré la mina, cosa que me recomendó el propio secretario de Indias. Si vuesa merced quiere acompañarme, le agradeceré que me dé una idea sobre el funcionamiento de la explotación.

El alcaide me hizo bajar por unas empinadas escaleras de piedra y un túnel que conducía hacia las galerías de la mina, a las que se tenía acceso por una verja maciza custodiada por un retén de guardias armados; de lejos pude observar grandes calderas humeantes y gigantescos alambiques.

Pero lo que más me impresionó fue un depósito de azogue ya purificado, del tamaño de una gran piscina, lleno hasta el borde del líquido viscoso y brillante. Aunque el líquido parecía estar en reposo, alguna ráfaga de aire subterráneo provocaba de cuando en cuando un estremecimiento en la superficie del azogue, dándome la sensación de que al fondo de aquella inmensa caldera se movían los anillos de una serpiente.

—En esa alberca hay azogue suficiente para alimentar las norias de las minas de plata de toda Nueva España —dijo el alcaide, que me condujo después hacia un pasadizo subterráneo—. Para evitar fugas de los reclusos —explicó—, hemos cavado este túnel que lleva desde las mazmorras subterráneas del presidio al pozo de la mina.

—¿Así que los reclusos no llegan a ver la luz del sol?

—Esa medida resulta una precaución necesaria, pues no se puede ni imaginar las artimañas e ingenios que han llegado a utilizar algunos de los forzados para escapar de la mina. —La

expresión del alcaide se ensombreció cuando, tras una breve pausa, añadió—: Aunque lo cierto es que después de pasar unos años trabajando en la mina, su suerte está sellada.

A continuación, el alcaide me contó que al respirar los vapores venenosos del mineral de cinabrio, los mineros contraían una dolencia que afectaba a su sistema motriz, bloqueando su aparato respiratorio, y que en la fase final de su enfermedad provocaba tremendas convulsiones que semejaban un ataque epiléptico: de ahí que a los que contraían esa enfermedad los llamasen «azogados», porque temblaban como el mismo azogue.

Por otro lado, según el alcaide, el mineral que extraía de aquella mina era un elemento esencial para la explotación de los minerales nobles de México y de Perú, por lo que la Corona seguía con mucho interés la producción y el transporte del azogue, que indirectamente mantenían al erario. La relación con la minería americana justificaba que fuera precisamente el secretario de Indias quien tuviera el cargo de superintendente general del azogue.

Ya en el interior de la mina, la falta de luz, la atmósfera contaminada y el aspecto infrahumano de los forzados que empujaban pesadas carretillas por aquellos vericuetos me produjeron la sensación de un infierno dantesco, excepto que mi cicerone no era el refinado poeta Petrarca sino el rudo alcaide del presidio. Los reclusos que se cruzaron con nosotros parecían tan ensimismados en su tarea y en el esfuerzo físico que realizaban que ni siquiera repararon en nuestra presencia, como si fuéramos transparentes. Sus rostros estaban tiznados por el mineral, sus miembros carcomidos por el esfuerzo, y cuando momentáneamente hacían una pausa en su trabajo, todo su cuerpo oscilaba como si sufrieran una pavorosa calentura: eran las convulsiones típicas de los azogados.

Al final de un largo pasadizo llegamos a la sala circular donde el contador Viniegra revisaba el contenido de los cuencos del azogue, rellenando unos capachos de cuero con unos cubiletes de estaño. La cercanía de un yunque de fragua donde se fundía el plomo con el que el contador sellaba las bolsas de cuero llenas de mineral me recordó el ambiente tenebroso del cuadro con que un famoso artista quiso reflejar la fragua del dios Vulcano.

Capítulo 8
El azogado

Continúa hablando Bernardo de Gálvez

Aunque hubieran transcurrido bastantes años desde la última vez que nos vimos en Nueva España, no me costó reconocer el perfil aguileño del escribano, pese a que sus facciones acusaban un envejecimiento prematuro. Las paredes de la sala retumbaban con el repiqueteo de los martillos en las galerías vecinas y el chirrido de las carretillas de madera, por lo que era imposible que el escribano hubiera podido discernir el ruido de nuestros pasos; pero, por alguna razón, el contador se percató de nuestra llegada y giró la cabeza hacia nosotros. Por el gesto que se pintó en su semblante pensé que, a pesar del tiempo que llevaba sin verme, Viniegra me había reconocido; pero mi presencia en aquel lugar debió de parecerle tan insólita que se le escapó de las manos el cubilete de azogue y el líquido escurridizo y viscoso se esparció por el suelo, provocando un gran sobresalto entre sus acólitos, que se apresuraron a recoger el valioso mineral con los instrumentos que tenían a mano.

Tras frotarse enérgicamente los ojos, Viniegra se levantó de su banqueta y se acercó adonde yo estaba, e inesperadamente se abrazó a mí, echándome a la cara su aliento pestilente y manchándome la pechera de la casaca de babas y lágrimas; y cuando se serenó, secó sus lágrimas con la misma bayeta sucia con la que se limpiaba las partículas de azogue, me dijo, con el tono vacilante de quien había perdido la costumbre de hablar con sus semejantes:

—Sé muy bien quién eres y hasta puedo adivinar el motivo por el que has venido hasta este infierno. Pero aunque desconfío de las intenciones de quien te ha mandado, es de agradecer que alguien del mundo exterior se haya molestado en venir hasta este lugar maldito para verme.

Viniegra movía las manos al hablar de una forma extraña y me quedé consternado al comprender que aquellos temblores eran parte de los síntomas de la contaminación: Viniegra estaba ya «azogado». El escribano no podía ignorar que mi presencia en Almadén tenía algo que ver con la persona que le había perseguido y torturado, pero también pude intuir que mi aparición le traía a la memoria una etapa más feliz de su vida, y me atreví a decirle:

—Espero que aún recuerde usted las conversaciones que tuvimos durante las largas cabalgadas a través del despoblado, y los buenos momentos que compartimos charlando junto a la hoguera del campamento, bajo la luz de la luna o de las estrellas del desierto de Nueva España.

—No he tenido más remedio que recordarlo, porque después de ese viaje me ha sobrado tiempo para pensar. Y aunque los años no pasan en balde, recuerdo muy bien cuál era entonces tu carácter y tus convicciones, y confío que hayas conservado el sentido de caballerosidad que entonces inspiraba tus actos. —Viniegra hizo una pausa, como intentando controlar sus emociones, y en un tono firme me espetó—: Puedo imaginar lo que has venido buscando, y aunque ello pueda sorprenderte, estoy dispuesto a entregártelo sin ninguna coacción. Pero antes me gustaría poder hablar contigo a solas, sin que esta pandilla de cancerberos embrutecidos escuche nuestra conversación.

El propio Viniegra propuso que nos llevasen a la capilla que quedaba dentro del recinto amurallado del presidio, donde no existía el menor peligro de que el recluso intentase fugarse, lo que el alcaide aceptó. El capellán del presidio nos permitió hablar a solas en la sacristía, que era una sala muy amplia, decorada por imágenes de santos y apóstoles, aunque sus muros rezumaban la misma humedad que el resto del edificio.

Una vez que estuvimos solos, permití que el escribano se desfogase de toda la amargura que bullía en sus entrañas por haber sido tan injustamente perseguido solo por haber cumplido con su obligación, aunque su memoria sobre la expedición a la Sonora incluyese por fuerza los desvaríos que había sufrido el visitador general por efecto del cansancio o la dureza del temperamento, como decía mi tío. El escribano había sido perseguido solo por no querer retractarse de lo que había escrito y, en definitiva, por

defender la verdad. Aunque no podía ignorar la relación de parentesco que me unía con su verdugo, pude apreciar la categoría de aquel hombre por la sencillez y la sinceridad con la que contaba los agravios y humillaciones que había sufrido, sin atacar directamente a mi tío. Me sentí tan empequeñecido ante su grandeza moral que jamás me hubiera atrevido a pedirle que me diese la copia original de su memoria sobre la expedición a Sonora. Pero sorprendentemente fue él mismo quien me la brindó.

Sin dejar de hablar en un tono alto que retumbaba en los muros de piedra de la sacristía —quizás para despistar a quienes pudieran estarnos escuchando desde fuera—, el escribano se acercó a una de las imágenes que estaban colocadas en un retablo de aquel cuarto, en concreto la del San Juan el Evangelista, una talla de madera de escaso valor artístico pero de gran expresividad, pues el apóstol blandía un tomo de los Evangelios como si estuviera dispuesto a golpear con él a algún descreído. Trepando con inesperada agilidad a la tarima del retablo, sacó de su faltriquera un pequeño cortaplumas, con cuya punta despegó hábilmente la tapa del libro que el evangelista tenía en la mano; tras un pequeño forcejeo, la tapa del Evangelio se abrió y apareció en su interior un paquete envuelto en tela embreada.

—No creas que el haber escondido mi memoria en el tomo del Evangelio de San Juan obedece a ningún capricho, pues en una de las escenas del Apocalipsis se cuenta que uno de los ángeles vengadores rompe el sello de un gran receptáculo, derramando sobre la tierra su contenido, que es un veneno líquido parecido al mineral de azogue. Con la complicidad del capellán de este presidio he podido guardar aquí el documento que todos buscaban, sin percatarse de que lo más lógico es que un libro esté escondido en otro libro.

Cuando con sus dedos trémulos el azogado consiguió deshacer el envoltorio de brea, apareció un grueso manuscrito encuadernado en piel de carnero, cuyos folios de pergamino no parecían haber sufrido ningún deterioro en aquella sacristía. El escribano pasó sus dedos tiznados de mineral sobre la superficie rugosa del pergamino, como quien da su último adiós a un ser querido, y después me lo ofreció diciendo:

—Aunque las penalidades de este infierno hayan podido alterar

mi juicio, conservo el suficiente entendimiento para saber que este manuscrito, que ha sido el origen de tantos problemas para mí, también ha supuesto mi salvoconducto, pues los esbirros de tu tío no se hubieran atrevido a matarme sin saber dónde estaba escondido este documento. Pero si deciden hacerlo ahora, probablemente me harían un gran favor si acabasen de una vez por todas con mis miserias.

Aunque en mi fuero interno no me sentía orgulloso de aquella hazaña, lo cierto es que sentí un profundo alivio al haber cumplido la difícil misión sin haber tenido que emplear ningún embuste y mucho menos ninguna forma de coacción. Mi tío me había encargado que recuperase un documento y ya lo tenía en mis manos, por lo que apenas si acerté a darle las gracias al escribano, y cuando salí del recinto de la capilla con el envoltorio de brea debajo del brazo, me encontré con el sargento Rodríguez, que debió intuir inmediatamente que había conseguido lo que quería porque me instó a que subiera al caballo que tenía ya preparado. Aprovechando que hacía una noche de luna, me sugirió que tomásemos de inmediato el camino de vuelta.

De haber podido hablar con el alcaide, le hubiera preguntado qué pensaban hacer con Viniegra, una vez que el motivo principal de su reclusión había desaparecido; pero no podíamos esperar a que saliera de la mina cuando los caballos ya estaban ensillados, y lo cierto era que yo mismo estaba impaciente por alejarme de aquel infierno.

Y cuando horas después acampamos en un claro del bosque, al contemplar el baile de las llamas de la hoguera que se reflejaban sobre las ramas de la arboleda, imaginé que sobre los fustes de las encinas y los madroños estaban trepando las monas vestidas de dragones que —de acuerdo con el delirio del visitador— hubieran servido para ahuyentar a los guerreros indios del Cerro Prieto.

Capítulo 9
Los sofocos del embajador

–¿Qué podemos esperar de un ministro de Estado genovés que ni siquiera sabe cómo se pronuncia correctamente en castellano «cuerno» ni «cebolla» ni «ajo»?

Así se expresaba el conde de Aranda, en el colmo de su enojo, ante el conde de Lacy, que le había ayudado a descifrar la contestación enviada por Grimaldi a los despachos del embajador donde informaba sobre sus dos entrevistas con Franklin y los otros comisionados norteamericanos.

El marqués de Grimaldi no solo se pronunciaba absolutamente en contra de establecer un acuerdo con los representantes del Congreso, sino que calificaba de despropósito la posibilidad de declarar la guerra a Inglaterra, y pretendía que admitiese que todos los miembros del gabinete eran contrarios a la guerra; cuando, por sus informadores en Madrid, Aranda sabía muy bien que existía una división de opiniones entre los ministros con respecto a ese asunto.

Según el embajador iba descifrando el contenido del despacho secreto, con la ayuda de su colega en San Petersburgo, le iba inundando tal indignación que casi echaba espumarajos por la boca. Intentaba contener su nerviosismo aspirando continuamente rapé, y cuando la preciosa cajita de plata y porcelana se quedó vacía, para desfogar su ira, el conde la lanzó contra el suelo, haciéndola mil pedazos. Temiendo que le diese un ataque de apoplejía, Lacy le pidió al mayordomo una infusión de manzanilla con unas gotas de láudano para el embajador, y cuando Aranda dio un buche a la taza de manzanilla, pareció serenarse y en términos algo más sosegados le comentó a Lacy.

—En lo único que ese grupo de mentecatos que forman el gabinete del rey están de acuerdo es en seguir enviando armas y pertrechos bajo cuerda al ejército rebelde, pero de poco nos va a servir el gastar nuestro dinero en esa ayuda si los propios

americanos no se enteran de ese esfuerzo, como ocurrió el otro día con Franklin, que no sabía que España había colaborado en el envío del *Amphitrite*.

—Como bien argumentaba vuecencia en uno de sus despachos que tuvo la amabilidad de leerme, si no apoyamos a los colonos de una forma más abierta, al final de este conflicto nos vamos a encontrar mano a mano en la América septentrional con un rival, en vez de con un amigo.

—En efecto, con una nueva potencia que ya ha invocado el nombre patricio de América con dos millones y medio de habitantes y que, según ciertas informaciones, en poco podría llegar a ocho o diez millones, que proceden de la misma Europa, pues serán atraídos a la nueva república por el atractivo que ofrecerán las leyes de aquel nuevo estado y por las posibilidades de expansión de un continente apenas explorado ni explotado.

Aranda echó un nuevo vistazo a la comunicación de Grimaldi, antes de añadir:

—Para colmo, lo que me dice el mentecato del ministro genovés es que me limite a seguir en todo la postura que adopte la corte francesa. Seguramente ya me habrá oído decir que mientras Inglaterra es nuestro peor enemigo, la Francia es nuestro peor amigo. Y, por lo que llevo visto, estoy persuadido de que el ministro Vergennes practicará en todo momento la política que más le convenga a la Francia, sin tomar en consideración los intereses de España, que en este caso son bien diferentes.

—Incluso para los que no estamos perfectamente informados de esa cuestión, pues ya sabe que la corte de San Petersburgo ha declarado su neutralidad en este conflicto, para cualquier observador perspicaz resulta evidente en ese particular la diferente postura de ambas Coronas borbónicas, porque, al haber perdido todas sus colonias americanas en la pasada guerra, la Francia tendría poco que perder, mientras que nuestras posesiones y el comercio con nuestras colonias serían vulnerables a las ofensas de la flota británica.

—Creo que los comisionados americanos saben muy bien que sobre este particular los intereses de España no coinciden con los de Francia, pero a ellos les conviene aparentar que lo ignoran y les viene bien meternos en el mismo saco —dijo Aranda, lanzando un

gran suspiro, tras haber dado otro sorbo a la taza de manzanilla.

Como suele decirse en estos casos, hablando del rey de Roma, por la puerta asoma, pues estando hablando de los norteamericanos los embajadores oyeron que alguien llamaba a la puerta del despacho, pero, como tenía instrucciones de no molestarles, el lacayo no se atrevió a entrar, limitándose a asomar por la rendija un pequeño billete, como si fuera una bandera de paz.

—¿No he dado instrucciones de que no se me interrumpa bajo ningún concepto mientras estoy abriendo los despachos de Madrid? Espero que esa nota contenga algún mensaje urgente, porque de otra forma alguien se va a ganar un buen bastonazo.

El sirviente se libró del bastonazo cuando Aranda leyó el billete, que estaba firmado por el señor Arthur Lee y le pedía que le concediese inmediatamente una cita para informarle de un asunto que no admitía demora.

—El propio que ha traído esa nota se ha presentado en la puerta de esta casa sin avisar y dice que tiene instrucciones de su amo de no moverse de allí hasta que se le dé una respuesta.

—Está bien, está bien, puede decirle al mensajero que recibiré al señor Lee a las dos de esta misma tarde.

El conde de Aranda le volvió a pedir al embajador en Rusia que lo acompañase durante la visita de esa tarde de Lee a la embajada. Y en aquel caso la presencia de Lacy resultó providencial, no solo por su habilidad como intérprete, sino porque a diferencia de los otros interlocutores, era un hombre con un tacto exquisito, que a través de su interpretación supo limar las asperezas entre dos individuos tan convencidos de su valor personal y de la infalibilidad de sus criterios que hubieran podido acabar como el rosario de la aurora.

Según había podido saber el conde de Aranda, a través de la red de informantes que mantenía en varias capitales europeas, Arthur Lee pertenecía a una prestigiosa familia de Virginia y su hermano Richard Lee era quien el año anterior había presentado en el Congreso la moción sobre la separación de las colonias de la metrópoli inglesa que, una vez elaborada por la pluma de Jefferson, se convertiría en la Declaración de Independencia. Arthur Lee había cursado estudios de medicina en Inglaterra y había sido anteriormente nombrado agente secreto de las colonias en Londres

por el mismo «Comité de Correspondencia» que había nombrado a Franklin y a Silas Dean como representantes del Congreso ante las cortes europeas.

Aunque Lee había sido nombrado en esa misma terna *a posteriori*, en sustitución de Jefferson, que se había excusado de viajar a Europa debido a la enfermedad de su esposa, su nombramiento estaba plenamente justificado tanto por su entrega a la causa de la revolución como por su reputación como hombre de una gran inteligencia y eficacia. Esa buena fama en el terreno profesional no se extendía al ámbito personal, pues todos los que le habían conocido lo criticaban por su carácter irascible y pendenciero y su orgullo satánico, que le hacía llevarse mal incluso con sus compañeros de delegación.

Cuando el lacayo condujo al despacho del embajador al señor Arthur Lee, el visitante se quedó un momento parado en el umbral de la puerta; la gran estatura del comisionado y la mirada desafiante bajo unas cejas fruncidas hubieran intimidado a cualquiera que no fuera, como en el caso de Aranda, aparte de embajador, un valiente soldado.

—Pase, pase, señor Lee, mi colega el conde de Lacy y yo le estábamos esperando. Si no tiene inconveniente, el embajador tendrá la amabilidad de actuar de nuevo como intérprete en nuestra conversación.

Lee apenas si respondió con un gesto desabrido a la bienvenida del conde de Aranda.

—Señor embajador, vengo para informarle de que mis compañeros, Benjamin Franklin y Silas Dean y yo mismo hemos juzgado conveniente que uno de los tres pase a la corte de Madrid, y como de momento hemos pensado que la presencia de Franklin en París es necesaria, yo mismo me he brindado para realizar ese viaje, que emprenderé en breve, por lo que le rogaría que pudiera enviar lo antes posible un mensaje a España anunciando mi visita.

Después de oír al intérprete, Aranda se quedó pensando unos instantes, antes de contestar.

—¿Ustedes han considerado indispensable este paso? Me permito recordarles que atendiendo a las peticiones de su delegación ya he transmitido a Madrid sus propuestas, aunque todavía estoy a la espera de una contestación —dijo el embajador,

prefiriendo ocultar a su interlocutor que ya había recibido la respuesta de Madrid en sentido muy negativo a las pretensiones de los norteamericanos.

—En efecto —respondió Lee—, hemos apreciado su buena disposición y sabemos que la corte de España seguirá muy de cerca la postura que adopte la corte francesa. Pero aunque para el objetivo general que nos ha traído a Europa posiblemente bastaría con nuestras conversaciones con el ministro francés y con usted mismo, entendemos que existen algunos asuntos particulares de la relación de mi país con España que exigen la presencia allí de uno de nosotros.

Aunque el intérprete intentó suavizar el sentido de las palabras y la dura entonación del comisionado, que más que pedir una autorización del embajador parecía que le estaba informando de una decisión, el aragonés pudo captar el tono arrogante del discurso de su interlocutor, por lo que a su vez contestó de forma bastante desabrida:

—Si ustedes han tomado ya, por lo que veo, esa decisión, no me corresponde a mí aprobarla o desaprobarla, y tampoco intentaré disuadirle de su viaje, aunque hubiera juzgado correcto el que se me hubiera permitido proponerlo a la corte.

Lee tampoco necesitó la interpretación de Lacy para responder:

—Ya he recibido un pasaporte del ministro Vergennes para poder viajar por Francia, y rogaría que, si lo tiene a bien, su excelencia me dé una carta de presentación que pueda servir de salvoconducto para las autoridades españolas.

A pesar de que Aranda sabía muy bien que la visita de Arthur Lee caería en la corte de Madrid como un jarro de agua fría, consideró que no estaba en su mano el impedirlo, una vez que el ministro francés le había dado a Lee un documento de viaje. Y, en realidad, al taimado aragonés le producía una íntima satisfacción poner en evidencia la actitud ambigua de la corte española con esa visita intempestiva a España del norteamericano.

Capítulo 10
Un favor bien pagado

Habla Bernardo de Gálvez

La mañana en que fui a visitar a don José a su despacho, a mi vuelta de Almadén, noté como si en el palacio estuviera ocurriendo algo fuera de lo común: los ujieres corrían por los pasillos entrando y saliendo de los despachos, como si fueran portadores de noticias urgentes. Evidentemente, en ese momento yo no podía imaginar la razón de tantas idas y venidas, aunque lo sabría al final de la entrevista con mi tío.

—Aquí tiene usted la memoria de Viniegra sobre la campaña en Sonora, que me entregó en Almadén el propio escribano.

Cuando le tendí el envoltorio con el manuscrito de Viniegra, con el mismo orgullo que un perro que deposita una valiosa pieza a los pies del cazador, me molestó que mi tío lo guardase en una gaveta sin hacer siquiera ademán de abrirlo, por lo que me atreví a comentar:

—Quizás le sorprenderá saber que el escribano me lo dio *motu proprio*, sin tenerle que forzar. No me corresponde a mí decidir la suerte de Viniegra, pero creo que si el escribano hizo mal en ocultar ese escrito, al entregarlo voluntariamente se ha rehabilitado, y en mi opinión no estaría justificado que continuase recluido en un lugar tan siniestro como las minas de Almadén…

—Tienes razón al decir que no te corresponde decidir el destino de ese hombre —me espetó mi tío con la voz sibilante que a veces utilizaba, taladrándome con sus negras pupilas—, aunque te recuerdo que durante varios años ha mantenido en vilo la reputación y el prestigio de tu tío, haciendo peligrar una carrera política de la que, por cierto, también tú te has beneficiado.

Como no podía contestar a aquel argumento, opté por quedarme callado, y cuando vio que no replicaba noté que mi tío cambiaba de expresión, esbozando una sonrisa mientras me tendía un pergamino

que tenía sobre su mesa, cubierto de sellos reales.

—No merece la pena que perdamos el tiempo hablando del pasado cuando se te presenta un futuro prometedor: lee ese nombramiento.

El pergamino contenía un real decreto por el que se me nombraba coronel del regimiento fijo de la Luisiana y, como don José explicó a continuación, la designación era solo el primer paso antes de nombrarme gobernador interino de esa provincia, para acceder después a gobernador titular de ese territorio. Me quedé tan abrumado por la noticia que no encontré las palabras adecuadas para darle las gracias a mi tío por ese favor. Posiblemente en un remoto rincón de mi conciencia algo me decía que para obtenerlo yo había tenido que pagar un precio muy alto.

Al ver que me había quedado como paralizado, fue mi tío quien se levantó de su silla y vino a abrazarme.

—Aparte de nuestra relación familiar, considero que eres la persona adecuada para desempeñar el cargo de gobernador de la provincia, aunque también te anticipo que ese puesto será todo menos un lecho de rosas: en la última guerra cedimos a los ingleses la orilla izquierda del Mississippi, y aunque en su momento te daré instrucciones mucho más extensas, en definitiva, de lo que se trata es de recuperar todo el territorio para nuestra Corona. Mi recomendación es que no te andes con paños calientes y hagas lo que tengas que hacer para dominar ambas orillas del río Mississippi, expulsando a los ingleses.

—¿Antes de que se produzca una declaración de guerra?

—Yo te recomendaría que empezases a hostigar a los ingleses antes de recibir las instrucciones oficiales de la corte, pues cuando se produzca esa declaración, el enemigo estará sobre aviso. Precisamente te he elegido para esa misión porque sé que eres de los que piensan que la mejor defensa es el ataque, y si vences a los ingleses, tendrás mi aprobación y mi recompensa.

—¿Y si me derrotan?

—Entonces probablemente te someterán a un consejo de guerra por haber actuado de forma irresponsable y temeraria, y yo no podré ayudarte.

Después don José me pidió que le acompañara al fondo del despacho, donde, extendido sobre una mesa, había un inmenso

mapa de la Luisiana, dibujado por un cartógrafo francés cuando todavía ese inmenso territorio pertenecía a Francia. La carta recogía los afluentes del gran río Mississippi desde el Illinois hasta el golfo de México y parecía muy precisa, pero estaba diseñada con la delicadeza proverbial de los artistas del país vecino. Las riberas del río principal y sus afluentes estaban marcadas con un fino trazo verde mientras que las grandes praderas y la tierra yerma estaban coloreadas con suaves tonos ocres. En la parte superior del mapa había un escudo real de los Borbones y una cartela lateral incluía un dibujo alegórico, con unas esbeltas palmeras y unas mujeres indias igualmente esbeltas, en paños menores.

Don José me dejó que me recrease en la belleza del mapa y que mi imaginación bebiese en el cauce del gran río, para luego exigirme:

—En unos meses quiero que todo ese inmenso territorio pase a formar parte de nuestras posesiones. —Con un puntero, don José fue señalando los lugares, en la orilla izquierda del gran río, donde estaban las posiciones militares inglesas—: Baton Rouge, Manchac, Natchez, todas ellas son pequeñas guarniciones que te pueden servir de aperitivo en tu campaña contra los ingleses, y me consta que de momento no han reforzado sus efectivos. Lo primero que hice al ser nombrado secretario fue establecer una red de informadores en toda esa zona. Nuestro principal objetivo será la toma de los puertos fortificados del golfo de México, especialmente la Mobila y la bahía de Pensacola. De momento, compartimos con los ingleses la navegación por el Mississippi, pero queremos decretar el uso exclusivo de su cauce, aprovechando que estamos en posesión de Nueva Orleans, que es por donde desembocan todas las mercancías.

Y entrelazando los dedos de las manos en forma de copa, el tío añadió:

—Debes imaginar que toda la cuenca del Mississippi forma como una inmensa botella invertida, cuyo tapón está aquí abajo, en Nueva Orleans. Y tú vas a tener la posibilidad y el orgullo de descorchar esa botella.

Capítulo 11
Noticias de París

Continúa hablando Bernardo de Gálvez

En ese momento nos interrumpió un ujier con librea que entró en el despacho casi sin llamar.

—Perdone su excelencia que les irrumpa de esta manera, pero está ahí fuera el señor Villepin, secretario de la embajada francesa, y dice que tiene mucha urgencia en verlo. También me dice que solo le entretendrá unos minutos.

Monsieur Villepin hizo una profunda reverencia ante mi tío y se contentó con dar un cabezazo en mi dirección, pues no me conocía. Yo sabía que el secretario de la delegación francesa había tratado a don José desde los tiempos en que mi tío había sido el abogado de la embajada francesa.

—Monsieur Villepin, me dice el ordenanza que tenía usted urgencia en verme, ¿puede decirme qué asunto requiere esa premura?

El secretario comenzó a explicarse en un español tan balbuciente y con un acento francés tan irritante que mi tío le pidió que hablara en su lengua, que don José conocía perfectamente y que yo entendía bastante bien, tras mi estancia en la academia francesa de Cantabria.

—Excelencia —dijo el secretario—, sabe que no me atrevería a interrumpirle, y menos cuando se encuentra ocupado con otra visita, si no fuera porque la amistad que le une con el señor embajador Ossun me obliga a comentarle confidencialmente un asunto del que creo que debe estar informado.

Cuando el francés se refirió a la confidencialidad del asunto me miró a mí y después hizo una pequeña pausa, esperando la reacción de mi tío, que hizo un gesto para tranquilizarlo.

—Villepin, el coronel Gálvez es mi sobrino, hijo de mi hermano Matías, y puede usted hablar en su presencia con la misma

confianza que si estuviéramos solos.

—Mucho gusto, *monsieur le colonel, enchanté de faire votre connaissance* —dijo el diplomático, cuyos modales refitoleros empezaban a atacarme los nervios—, se ha producido una situación delicada en relación con los comisionados americanos y que indirectamente podría afectar a las relaciones entre la Francia y la España.

Mi tío miró al gabacho con expresión impaciente, como diciéndole: «Déjate de rodeos y desembucha», por lo que el secretario se metió una mano en el bolsillo interior de su casaca y sacó un papel algo arrugado que tendió a don José.

—He pensado que su excelencia debería tener copia de la carta que hoy mismo ha dirigido el embajador Ossun a su excelencia el secretario de Estado Grimaldi; esta carta refleja una comunicación que se ha recibido en la embajada desde París por correo especial esta misma mañana.

Don José tardó solo unos minutos en leer la misiva que le tendía el secretario y comentó en voz alta:

—Por lo que veo, en la balanza del ya difícil equilibrio de nuestras relaciones con los representantes del Congreso americano se acaba de introducir un nuevo elemento inesperado, pues entiendo que Arthur Lee, uno de los comisionados, pretende viajar a España… —Mi tío le devolvió la copia de la carta al secretario—. No puedo quedarme con copia de una correspondencia que no viene dirigida a mi atención, pero como entiendo que usted mismo ha entregado en persona al marqués de Grimaldi la carta del embajador Ossun, tengo verdadera curiosidad por saber cómo ha reaccionado el secretario de Estado.

El francés hizo un ademán expresivo, como para subrayar la obligada reserva sobre el contenido de esa entrevista, pero después se explayó:

—Su excelencia, le aseguro que ante personas de tanta categoría como ustedes no me atrevería a repetir *mot pour mot* las expresiones que salieron por la boca del marqués de Grimaldi, *malgré sa bonne éducation. Oh, mon Dieu, quelle averse de jurons et*
d'insultes!
Lo menos que puedo decir es que el secretario de Estado se ha

mostrado sumamente molesto y preocupado ante la noticia de la llegada a España del comisionado americano.

—¿Y se sabe qué medidas van a tomar para evitar que el comisionado americano llegue a Madrid?

Monsieur Villepin giró los ojos en sus órbitas y miró alrededor, como para asegurarse de que nadie lo estaba escuchando, y después vomitó:

—De lo que he oído decir al marqués de Grimaldi en mi presencia puedo deducir que monsieur Lee no va a llegar a Madrid, pues lo detendrán antes de que cruce la frontera o, si ello no es posible, en una de las ciudades del camino, quizás Vitoria o Pamplona.

—¿Y qué piensan hacer con él, meterlo en un baúl para facturarlo de vuelta a Francia? Quizás han olvidado que no se trata de un contrabandista ni un maleante, sino de un miembro del Congreso norteamericano.

—Creo que han acudido a los buenos oficios de un comerciante bilbaíno, un tal Gardoqui, que hace tiempo tiene relación con las colonias rebeldes y que además habla fluidamente el inglés, para que sirva de mediador: el señor Gardoqui saldrá al encuentro del señor Lee e intentará explicarle las razones por las que no resulta conveniente su presencia en la corte y, si es posible, convencerlo de que debe regresar a París.

—Al menos han elegido bien al designar a don Diego de Gardoqui para esa difícil misión: ahora que lo pienso, creo que esa debe ser la razón por la que esta misma mañana me lo he cruzado en los pasillos del palacio.

Comprendí entonces a qué se debía el trasiego de ordenanzas con cartas y billetes que había observado mientras esperaba en la antesala de mi tío.

Capítulo 12
El viaje en diligencia

Aprovechando la presencia del comerciante bilbaíno en Madrid, al secretario de Indias se le ocurrió que convenía presentarle a su sobrino a Diego de Gardoqui, para que ambos pudieran concertarse en la entrega de los suministros a los rebeldes norteamericanos desde el puerto de Nueva Orleans.

Como Gardoqui estaba a punto de emprender su viaje hacia el norte, para interceptar a Arthur Lee y entregarle la carta en la que le anunciaba que su sobrino estaba también a punto de viajar hacia el norte para llegar al puerto de El Ferrol, se le ocurrió a don José que si ambos tomaban la misma diligencia para Burgos, el comerciante y el futuro gobernador de la Luisiana podrían aprovechar los días de viaje para cambiar impresiones sobre un tema en el que, a partir de ese momento, estaban ambos implicados. Desde allí, Bernardo de Gálvez se dirigiría al puerto de El Ferrol para abordar la nave que le transportaría hasta Nueva Orleáns, mientras que Gardoqui tomaría la carretera hacia Vitoria o Pamplona, donde esperaba encontrar al comisionado norteamericano que se dirigía hacia Madrid.

A pesar de la diferencia en edad y carácter, pues como buen malagueño, Bernardo era de carácter alegre y expresivo, mientras que el bilbaíno, con su cara enjuta y su nariz prominente era de naturaleza mucho más reservada, hicieron buenas migas desde el primer momento y disfrutaron de la conversación que les hizo más llevadero el largo y polvoriento camino que atravesaba la meseta castellana. También aprovecharon las paradas del viaje, en fondas modestas pero bien surtidas de morcillas de arroz y de buen vino de la ribera del Duero, para comentar las luces y sombras de la política de la corte con respecto al conflicto en la América septentrional.

Sin pasar los límites de la discreción —aparte de experto comerciante, Gardoqui era un avezado diplomático—, el vasco le

confesó al futuro gobernador en Luisiana que no podía estar de acuerdo con la forma en que se estaba tratando a los representantes del Congreso.

—Si los colonos rebeldes ganasen la guerra —le decía Gardoqui al joven malagueño, tras haber apurado un par de cubiletes con caldo de uva tempranillo—, y las últimas noticias que hemos tenido es que los colonos acaban de ganar una batalla importante en Saratoga, y llegan un día a convertirse en una nación independiente, los nuevos gobernantes podrían olvidar la deuda contraída con la corona española.

—En estos días he tenido ocasión de leer copias de las cartas que ha dirigido el conde de Aranda a la corte, tras haberse entrevistado con varios comisionados norteamericanos y el mismo Arthur Lee que ahora viene a España, y nuestro embajador recomienda que se reconozca cuanto antes a los representantes del Congreso para que, una vez pasada la guerra, se sientan obligados a pagar esa deuda.

Aparte de que Gálvez coincidía con Gardoqui en su apreciación sobre cuál debía ser la política de España en relación con este conflicto, los dos aprovecharon su conversación para coordinar el envío de armas, medicinas y pertrechos a las tropas rebeldes, utilizando como base el puerto de Nueva Orleans. De hecho, aunque pudiera parecer que este derrotero suponía un largo rodeo en relación con la posible entrega de las mercancías en Nueva York o en Filadelfia, lo cierto es que el tráfico marítimo en toda la costa oriental estaba bloqueado por la flota británica, que también controlaba el canal de las Bahamas.

Como Gardoqui tenía ya preparados en Bilbao varios cargamentos de ropas, armamentos y municiones, para ganar tiempo acordó con Bernardo de Gálvez que el bergantín *Santa Catalina* que llevaría desde El Ferrol al nuevo gobernador a Nueva Orleans podía ya transportar barriles de pólvora, cajas de fusiles y cortes de tela para los uniformes de los rebeldes. Y cuando unos días más tarde llegó a El Ferrol, Gálvez se encontró con que ya estaban dispuestos en el muelle los pertrechos y municiones que le había prometido el bilbaíno. Solo tuvo que firmar el recibo de entrega y pedir al comandante del buque que cargaran aquellos bultos en la bodega, indicando en el registro que formaba parte del equipaje del coronel del regimiento fijo de la Luisiana.

Capítulo 13
El viaje de Arthur Lee a España

Mientras Gardoqui y Gálvez viajaban hacia Burgos, Arthur Lee, tras haber recorrido el sur de Francia y haber pasado por Bayona, el domingo 23 de febrero de 1777 cruzaba la frontera de España, donde contrató a un calesero para que lo llevase a Madrid en su silla de posta al precio nada barato de treinta pistolas (doblones de oro), a condición de que el viaje se realizase en once días. Lo que demostraba la premura que tenía el comisionado en llegar a la capital. Evidentemente, durante su viaje, Lee no había tenido medio de averiguar que su presencia en la corte no solo no era deseada, sino que se habían tomado medidas para detenerlo en el camino.

El marqués de Grimaldi —que no conocía con exactitud ni las fechas del viaje del comisionado ni su itinerario— expidió instrucciones tanto al regente de Pamplona como al administrador de correos de Burgos para que detuvieran al norteamericano —eso sí, sin causarle la menor molestia o vejación—, y le entregasen la carta que había preparado Diego de Gardoqui explicándole las razones por las que la corte española no veía con buenos ojos su presencia en Madrid.

En el diario que fue escribiendo minuciosamente durante su viaje, Arthur Lee iba reseñando tanto las dificultades que presentaba el desplazamiento por malas carreteras y el alojamiento en peores fondas, como otros datos que le parecían de interés. En Burdeos sus agentes le habían entregado una carta que había escrito ya hacía un par de meses su hermano Richard Lee desde Baltimore, para informarle de que había sabido, a través de un general español que se dirigía hacia Sudamérica, que el rey de España estaba bien dispuesto a dar a los Estados Unidos pruebas de su amistad y que posiblemente podía obtenerse un préstamo en esa corte en mejores condiciones que en cualquier otro sitio; información que sin duda le levantó la moral al comisionado, haciéndole olvidar

momentáneamente las duras condiciones del viaje.

Al cruzar la frontera, Lee indicó en su diario que «el paso por los Pirineos es al principio extremadamente malo, pero al entrar en España la carretera es buena». También sería positiva su valoración de la población de Guipúzcoa, que describe como gente fuerte, bien alimentada y vestida, añadiendo quizás sorprendido que «hombres y mujeres trabajan igualmente en los campos».

En cambio no fueron nada favorables sus observaciones sobre el paisaje y paisanaje de Castilla: «Al cruzar el Ebro en Miranda se entra en Castilla la Vieja, donde el orgullo, la pobreza y la suciedad reinan por doquier (…). Los castellanos se parecen en ciertos aspectos a los indios, pero con peor catadura, y su suciedad y el olor a ajo los hace más desagradables que la pintura y la grasa de cerdo salvaje con que estos se embadurnan».

En ese juicio de valor tan negativo sobre los castellanos podían haber influido los prejuicios adquiridos durante su adolescencia y juventud en los colegios y universidades ingleses, pues aunque los norteamericanos se hubieran rebelado contra la metrópoli no habían desechado los estereotipos ingleses sobre la mediocridad y la crueldad de los españoles: el compararlos con los indios, para un norteamericano anglosajón, suponía colocarlos en los escalones más bajos de la humanidad.

A los pocos días de haber cruzado la frontera, Grimaldi recibió la comunicación del regente de Pamplona, advirtiéndole de que un inglés llamado Arthur Lee había pasado hacia Madrid con pasaporte de Francia y varias cartas de recomendación, incluyendo una para el infante don Gabriel, hermano del rey. Aunque este aviso puso la maquinaria policial en marcha, no consiguieron localizar a Lee hasta que llegó a Burgos, donde todavía no se habían hecho presentes ni Diego de Gardoqui ni el secretario de Estado saliente, que quería entrevistarse en persona con el norteamericano.

Aun cuando el administrador de correos de esa ciudad, siguiendo las instrucciones de su jefe, le entregó a Lee la carta de Diego de Gardoqui, redactada con suma delicadeza y en un correctísimo inglés, el verse detenido debió sentarle a cuerno quemado al suspicaz y orgulloso comisionado. Afortunadamente, su interlocutor español no hablaba una palabra de inglés, por lo que no pudo entender los sapos y culebras que salieron de la boca de

Arthur Lee.

La carta de Gardoqui, fechada en Madrid unos cuantos días antes, empezaba explicándole a su destinatario que su casa comercial había negociado con las colonias más de treinta años, durante los cuales siempre se había esforzado en servirlas. Después se refería al viaje del comisionado para tratar de asuntos de las colonias y con toda delicadeza le prevenía de que, en una ciudad tan pequeña como Madrid, sería imposible que guardase el incógnito, diciendo textualmente que sería espiado «por alguien que tiene en ello verdadero interés» (en una alusión clara al embajador inglés), lo cual impediría que el comisionado pudiera entrevistarse con los ministros «sin perjudicar en el más alto grado a las colonias en sus propios negocios».

Gardoqui proponía finalmente que, como el marqués de Grimaldi, que acaba de cesar como secretario de Estado y «estaba impuesto de las intenciones de su majestad», estaba de camino hacia su destino en Roma, podría detenerse en su viaje en algún lugar que se escogiera y tratar cualquier asunto que se le ofreciese sin los inconvenientes que podría producir la presencia de Lee en Madrid. Añadía una posdata, sugiriendo que se encontrasen en Burgos, donde le pedía amablemente que esperase a su llegada y la del secretario de Estado saliente.

Capítulo 14

Conversaciones en Burgos y Vitoria

Por su respuesta lacónica a la amable carta de Gardoqui, diciendo que le esperaría en Burgos, podemos imaginar la inmensa contrariedad que le proporcionó a Arthur Lee el haber sido detenido en su viaje como si fuera un vulgar salteador de caminos, después de haber ofrecido al calesero una propina de otros seis doblones si le conducía a la capital de España dos días antes de lo acordado. Al menos el norteamericano no tuvo mucho que esperar, pues el comerciante vasco —que había viajado hasta Burgos con Bernardo de Gálvez— se presentó en su fonda al día siguiente de su llegada.

Aunque al principio parecía un verdadero basilisco, gracias a sus modales exquisitos y a su perfecto conocimiento del inglés, el comerciante vasco consiguió tranquilizar a Arthur Lee, que, a pesar de su carácter insoportable, comprendió enseguida que en Gardoqui iba a tener a su mejor aliado para conseguir sus propósitos; por lo que, a la espera de la llegada del secretario de Estado, el comisionado decidió sacar el mejor partido de una mala situación.

Cuando llegó Grimaldi, se entabló entre el exministro y el comisionado un forcejeo dialéctico en el que cada uno defendía posturas prácticamente irreconciliables. El comisionado pretendía que España reconociera la independencia de la nueva nación y se declarase públicamente en su favor, indicando que ese reconocimiento sería de mucho más valor para las colonias que los socorros que España y Francia estaban dando de forma disimulada. También le presentó a Grimaldi un memorial que ya traía preparado, donde se argumentaba que la neutralidad de España y Francia dejaba a la Gran Bretaña en campo abierto para obrar con toda su fuerza.

Grimaldi se defendió diciendo que no era el mejor momento para declarar la guerra a Inglaterra, puesto que Francia aún no estaba dispuesta y España estaba comprometida en un ataque a

Portugal. Al no poder entenderse en el terreno de los principios, Grimaldi optó por ofrecer a su interlocutor una ayuda material y financiera que, en esos momentos, era igual o más importante que el reconocimiento político. Finalmente, Lee tuvo la sinceridad de reconocer a Grimaldi que su ejército sufría graves carencias no solo de armas y municiones, sino de elementos de uso común como mantas, agujas, anclas, etc., y al apreciar que por parte de la corte española existía una cierta mala conciencia por haberse negado a recibirlo, comprendió que, si era capaz de reprimir su orgullo, podía sacar buen partido de aquella situación al menos en términos materiales.

Fueron muchos los asuntos que se trataron en torno a una mesa de la fonda iluminada por velas, pues Grimaldi había insistido, como lo había hecho ya en dos ocasiones el embajador en París, en tener aquellas conversaciones a deshora. Aparte de la concesión de tres mil barriles de pólvora y otros suministros que se encontraban ya en el puerto de Nueva Orleans, a disposición del ejército rebelde, Arthur Lee dictó a Gardoqui una minuta con una larga lista de artículos que necesitaban urgentemente:

> Anclas para navíos de treinta y seis cañones.
> Artillería de a veinticuatro libras la bala.
> Obuses.
> Lonas para velamen de navío.
> Jarcia de todas clases.
> Vientos para tiendas de campaña.
> Lienzos ordinarios para camisas.
> Paños para vestuario.
> Mantas.
> Hilo y agujas.
> Botones blancos y amarillos.
> Medias y zapatos.
> Sombreros.
> Llaves de fusil.
> Plomo, cobre, fierro en planchas y hoja de lata.
> Fusiles bayonetas y pólvora.

A todo ello accedió Grimaldi, y, como compensación, Lee volvió a ofrecer que su ejército recuperase Pensacola y la península de

Florida, para después cederlas a España. También prometió que los dominios del Centro y Suramérica pertenecientes a la Corona de España no serían molestados, y aseguró que transmitía dicha afirmación por encargo expreso del Congreso de los Estados Unidos.

En definitiva, tras varios días de agotadores forcejeos —iniciados en la fonda de Burgos y continuados días después en Vitoria—, el exministro y el comisionado se despidieron sin haber conseguido ninguno de ellos completamente sus objetivos, pero pudiendo presentar ante sus superiores resultados relativamente positivos de aquel encuentro. En el caso de Grimaldi, se fue hacia Roma satisfecho de haber podido rendir un último servicio a la Corona como secretario de Estado. En el caso de Arthur Lee, aunque tuvo que informar a los otros comisionados de que no había conseguido convencer a la corte española de que tomase partido abierto por la joven nación y que declarase la guerra a Inglaterra, volvía hacia París con promesas muy concretas de ayuda financiera por parte de España y del envío de pertrechos que eran muy necesarios para hacer frente a los ingleses.

A su vuelta a París, Arthur Lee enviaría por escrito ya al nuevo secretario de Estado español, conde de Floridablanca, el resumen de lo acordado en sus reuniones con su antecesor, donde expresaba que los norteamericanos comprendían que, de momento, España no podía ofrecer una alianza, pero que los norteamericanos recibirían asistencia con mercancías enviadas por la casa Gardoqui, que quedarían depositadas en Nueva Orleans para que fuesen recogidas por el ejército rebelde. Para cumplir inmediatamente lo acordado con el comisionado, Gardoqui salió de Burgos hacia Palencia con objeto de encargar allí con celeridad las mantas y telas para uniformes que había solicitado Arthur Lee.

Paradójicamente, quien salió más perjudicado de ese principio de entendimiento entre la corte española y las colonias fue el conde de Aranda, porque, antes de salir de Madrid, Grimaldi había conseguido convencer al rey de que la inoportuna visita de Arthur Lee a España se había realizado no solo con su conocimiento, sino también por iniciativa del propio embajador en París, suscitando la ira del monarca, que dio instrucciones al nuevo secretario de Estado de marginar totalmente al embajador de los temas relativos al conflicto en la América septentrional. Como Floridablanca

compartía la inquina de su antecesor contra el aristócrata aragonés, no tuvo ningún empacho en mandarle unas instrucciones que indicaban claramente que, a partir de ese momento, ese asunto sería tratado en París exclusivamente por el gobierno francés.

«Por lo que toca al manejo artificioso con los diputados (americanos) residentes en París, su majestad indica que convendrá lo lleve solo el señor conde de Vergennes, informándonos por medio de su embajador en Madrid para nuestro gobierno».

SEGUNDA PARTE

Capítulo 15
El padre de las aguas

Habla Felicitas de St. Maxent

Hace un par de noches que me despierto sintiendo una profunda desazón y empiezo a dar vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño hasta el amanecer; lo peor es que no consigo averiguar la causa de esa profunda inquietud. A veces, cuando me despierto, noto que sin darme cuenta he metido mis dedos en los recovecos de la entrepierna. Pero no creo que mis desvelos tengan como principal motivo la añoranza del placer que me había proporcionado mi difunto esposo, Jean Baptiste Honoré
d'Estréhan.
Cuando nos casamos, Jean Baptiste ya era un hombre maduro, pero su delicadeza y experiencia en los lances del amor suplieron con creces el vigor y la pasión que hubiera podido ofrecerme un esposo más joven.

Habían pasado ya dos años desde su fallecimiento, los mismos que tiene nuestra hija Adelaida, y aunque algunos distinguidos caballeros me habían hecho la corte, hasta entonces no había sentido el mordisco de la soledad. Incluso me había horrorizado la idea de volver a depender de otro hombre: en la sociedad de Nueva Orleans, la situación de una viuda joven con un padre rico resultaba envidiable, porque gozaba de mucha libertad y tenía pocas obligaciones. Quizás lo más incómodo era el tener que apartar continuamente los moscones que rondaban a mi alrededor en cualquier festejo o cuando paseaba por la ciudad; aunque, sin necesidad de enfadarme, sabía cortar con una frase lapidaria las alas de esos moscardones. El idioma francés resulta muy útil para poder ser contundente sin necesidad de emplear ninguna expresión vulgar. Probablemente otras mujeres en mi situación hubieran aceptado esos devaneos para pasar el rato, pero yo no podía permitírmelo, sobre todo por el mal ejemplo que un

comportamiento liviano hubiera podido dar a mis hermanas menores e incluso a mi propia hija.

Pero cuando empecé a sufrir los ataques de insomnio, la convicción de que estaba actuando de forma honesta y prudente no consiguió calmar la profunda desazón que me embargaba, más difícil de calmar que las meras necesidades femeninas. Aunque solo tenía por entonces veintidós años, y consideraba que todavía tenía tiempo por delante, a veces me preguntaba qué iba a hacer de mi vida.

¿Me quedaría en Nueva Orleans en casa de mi padre como un vistoso bibelot de porcelana de los que adornan las estanterías de los salones para ir marchitándome día a día, como lo hacían las más bellas orquídeas del jardín? ¿Intentaría salir de la colonia y hacerme una nueva vida en Francia, para poder ocuparme de la nada desdeñable herencia que mi marido había dejado a la pequeña Adelaida?

Cuando el territorio de la Luisiana había pasado de manos francesas a España, algunos de nuestros compatriotas habían vuelto a nuestro país de origen, y otros se habían quedado en la colonia a regañadientes, protagonizando algaradas contra la nueva administración colonial, llegando a echar de Nueva Orleans al primer gobernador español Antonio de Ulloa. Pero esa revolución tuvo un corto recorrido, y cuando el gobernador
O'Reilly
llegó a Nueva Orleans restableció el orden con mano firme, con ayuda de algunos ciudadanos de origen francés, como mi propio padre, Antoine Gilbert de St. Maxent, que había intuido que la situación era irreversible.

El siguiente gobernador, Luis de Unzaga, que más tarde había contraído matrimonio con mi hermana Isabel, había utilizado desde el principio más tacto que sus antecesores en el trato con los criollos franceses, escuchando sus peticiones y hasta confiándoles cargos de gobierno. Alguien me había comentado que Unzaga estaba a punto de ser sustituido por otro militar español, y debo confesar que me inspiraba cierta curiosidad saber quién vendría a relevarlo, pero ciertamente esa curiosidad no era lo que me quitaba el sueño.

Una noche de luna, salí de mi habitación y me puse a pasear por la veranda de la casa, que tenía vistas sobre el río. Bajo la intensa

claridad del astro nocturno, la extensión del Mississippi ejercía una sobrecogedora fascinación. La intensa claridad iluminaba las orillas del río cuajadas de juncales y de macizos de palmeras. Pero había algo casi pétreo en aquella descomunal masa aparentemente inmóvil, como si en vez de la desembocadura del río estuviera contemplando una inmensa caldera volcánica colmada hasta los bordes de un mineral líquido. Bajo el sudario siempre algo triste de la luna, el espectáculo del río traía sombrías reminiscencias, como la muerte de los primeros exploradores españoles por los indios ribereños, que se ensañaban de tal forma con los cadáveres de los conquistadores que tuvieron que meter el cuerpo ya sin vida de Hernando de Soto en el tronco hueco de un sauce, para evitar que fuera profanado después de muerto.

A pesar de los intentos de otros viajeros europeos que se habían aventurado a ascender por el río que los indígenas ribereños llamaban «el padre de las aguas», intentando dominar su cauce y ahormar su corriente, sus aguas turbulentas seguían devorando la tierra y triturando toda la materia viva que encontraba a su paso. Los hombres y mujeres que vivíamos en el valle del Mississippi y queríamos utilizar sus feraces orillas estableciendo cultivos y plantaciones, sabíamos que, cuando el padre de las aguas desataba una de sus imprevisibles y violentas crecidas, íbamos a ser desahuciados de nuestras posesiones y tendríamos que refugiarnos en los altozanos o trepar rápidamente a los árboles como los grupos de insectos que se agarraban a los palos que flotan sobre las aguas.

Recientemente me había enterado de que los comerciantes ingleses asentados en la orilla izquierda del Mississippi, para eludir las tasas que cobraba la aduana española al pasar por Nueva Orleans, habían intentado construir un canal desde el lago Pontchartrain hasta el río, aprovechando que ese lago tenía por uno de los márgenes una salida hacia el mar abierto. Con la diligencia y el tesón que el pueblo anglosajón suele emplear cuando se trata de eludir el peaje impuesto por unas autoridades extranjeras, durante varios meses un equipo de ingenieros militares había hecho trabajar a un batallón de esclavos, socavando la franja de tierra que permitiría conectar el río con el lago.

Pero probablemente los ingleses no habían pedido la venia para realizar su proyecto al padre de las aguas, pues cuando las obras del

canal estaban ya avanzadas, en una impresionante crecida, el Mississippi lanzó sobre aquella zanja un alud descomunal de fango, piedras y troncos que provenían de su cabecera. En cuestión de segundos, los ingenieros vieron volar por los aires las compuertas cuidadosamente preparadas y el río levantó, en la parte aún no excavada, una inmensa barrera de detritus que ninguna fuerza humana sería ya capaz de desplazar.

A pesar de sus imprevisibles cambios de humor, los que estábamos cerca del gran río nos sentíamos orgullosos de estar en la vecindad de ese poderoso monstruo, pero siempre lo consideramos como una fiera salvaje que ha sido enjaulada pero nunca totalmente domesticada, capaz de enfurecerse de pronto y tronchar las vidas de hombres y animales de un solo zarpazo. Yo había oído historias maravillosas sobre el río de mi antigua aya, Mulinde, hija de un esclavo negro y de una joven india cautiva. Por sus venas corría la sangre de hechiceros africanos y se mezclaba en el fondo de su conciencia con las tradiciones orales de los indios ribereños.

Cuando, aquella misma noche, noté que empezaba a filtrarse entre los árboles del jardín la luz del amanecer sin que hubiera conseguido conciliar el sueño, me vestí, bajé a desayunar y le pedí a uno de los esclavos que me preparase un carruaje para acercarme a la plantación en cuyos barracones vivía Mulinde. Como en otras ocasiones, noté cuando entré en su jacal que la esclava Mulinde ya «sabía» que yo iba a llegar a la plantación en cualquier momento:

—*Mademoiselle de St. Maxent* —me dijo la esclava, que todavía me llamaba por mi nombre de soltera, como si los años que había estado casada hubieran sido borrados del tiempo y del espacio—, *je suis bien contente de vous voir, mais comment ça se fait que vous étés ici tellement de bonne heure?*

Aunque fingió sorprenderse de verme allí tan temprano, se había puesto unas sayas nuevas con dibujos de flores y un turbante de color fucsia en la cabeza: ese no era el atuendo con el que trabajaba en el secadero de tabaco.

Yo sabía que, para conseguir que Mulinde ejerciera sus facultades de adivinación, que en ciertos casos había sido capaz de leer en mi interior como si fuera un libro abierto, debía fumar un par de pipas que rellenaba con unas hierbas que al quemarse producían un olor dulzón demasiado intenso para mi gusto. Me

senté en un taburete de madera bajo un sicomoro, mientras la esclava se colocaba en cuclillas sobre la arena extrayendo largas bocanadas a su pipa de espuma.

No siempre aquellos hierbajos habían tenido un efecto inmediato, pero en aquella ocasión Mulinde pareció entrar rápidamente en trance y las frases que musitaba brotaron de una forma extraña de su boca, como si le estuvieran manando de sus entrañas.

—Comprendo que *mademoiselle* esté nerviosa y hasta un poco desquiciada, porque sin duda intuye que en un futuro muy próximo van a ocurrir sucesos que marcarán profundamente su vida futura.

(Esta es una interpretación personal de un parlamento difícilmente comprensible, porque Mulinde utilizaba para expresarse palabras del dialecto indio de su madre, otras del *patois créole*, y todo ello deformado por el temblor de los labios que le producía su delirio).

—Estoy viendo a un hombre que en pocos días llegará al puerto, donde se congregarán para darle la bienvenida muchos ciudadanos y gran número de soldados. Es un hombre no muy alto, joven pero tampoco muy hermoso, aunque siento que tiene una gran fuerza de carácter y presiento que ese hombre va a ocupar un lugar importante en la vida de *mademoiselle*.

No quise interrumpirla, pero pensé para mis adentros que en ese aspecto Mulinde se equivocaba, pues yo no me consideraba todavía en condiciones de entablar una relación seria con ningún hombre.

—El hombre que veo está llamado a ocupar importantes posiciones y obtendrá grandes victorias contra los enemigos de su país. Llegará a ser rey o algo parecido en un lugar donde hay grandes tesoros de plata y oro. Y si la *mademoiselle* le acepta como marido, le dará nueva descendencia y la hará muy feliz.

Noté que repentinamente Mulinde se callaba, como si estuviera percibiendo en su visión algo menos positivo y agradable de lo que acababa de decirme. Y al cabo de un largo silencio, me dijo:

—Siento que ese hombre ha cometido en el pasado un pecado terrible y si quiere tener la conciencia tranquila tendría que remediar esa falta. No he podido vislumbrar con exactitud qué es lo que ocurrió, pero intuyo que ese hombre tendría que borrar ese pecado con una buena acción. De otra forma, si quiere habitar cerca

del gran río, el padre de las aguas no lo aceptará como uno de sus hijos y levantará contra él vendavales, aguaceros y tormentas.

Capítulo 16
El puerto de Nueva Orleans

Habla Bernardo de Gálvez

El viaje desde El Ferrol a Nueva Orleans, con una escala en La Habana, se me hizo muy corto, en parte porque navegamos con vientos muy favorables, pero también porque iba tan absorto estudiando toda la información sobre la Luisiana que me había proporcionado mi tío José, que los treinta días de navegación pasaron casi sin sentir.

Cuando el secretario de Indias me entregó el borrador de las instrucciones como gobernador en la Luisiana, comprendí que la tarea que me esperaba en aquel territorio hubiera hecho temblar a otra persona con menos energía y menos ambición que yo. Pero esa misma dificultad constituía para mí un desafío que aceptaba no solo con resignación, sino con gran ilusión.

Un asunto en el que me había insistido mucho el secretario de Indias, a quien le preocupaba mucho el tema del comercio en nuestros dominios, era que adoptase medidas estrictas contra el tráfico irregular y el contrabando, porque de nada servía que España tuviera sus aduanas en la desembocadura del río en el mismo puerto de Nueva Orleans si a lo largo de todo el curso del río se practicaba un comercio no controlado, por el que no se pagaban dichas tasas. Parece ser que mis antecesores habían hecho la vista gorda sobre esta cuestión, para evitar indisponerse con los vecinos ingleses de la margen izquierda del río, que eran los que controlaban el tráfico ilegal tanto con los europeos como con los indios, a quienes habían llegado a dominar vendiéndoles armas y alcohol.

Pero quizás la recomendación más inmediata e importante era obtener información sobre lo que estaba ocurriendo en las colonias inglesas en su lucha contra la metrópoli, y me habían autorizado a contratar espías que facilitasen esa información, pagando a estos

agentes a cuenta del erario, sin escatimar gastos.

Estaba tan absorto revisando mis papeles que la mañana que llegamos a nuestro destino tuvo que venir el capitán a mi camarote a advertirme de que estábamos ya cerca de la desembocadura del río. Tuve entonces que dejar caer la pluma para tomar la espada y vestirme con el uniforme de coronel del regimiento fijo de la Luisiana, pues era costumbre que el nuevo jefe militar hiciera la revista de la tropa a su llegada. Cuando, ataviado con el uniforme de gala —casaca y calzón azules, chupa, solapa y collarín encarnados y todos los botones de la pechera dorados—, subí al puente del *Santa Catalina*, la proa del bergantín estaba ya surcando las aguas del estuario entre los cayos cubiertos de densa vegetación tropical que quedaban a sotavento, mientras que en derechura se veían ya, en la distancia, las edificaciones del puerto de Nueva Orleans.

Desde el puente apenas si la vista conseguía abarcar las orillas del poderoso río que empujaba hacia el mar abierto un flujo de aguas color canela donde flotaban —como bizcochos sobre un plato de natillas— troncos de árboles gigantescos que habían sido arrancados en algún lugar del cauce superior. Recordé entonces el mapa del Mississippi que me había enseñado mi tío la misma mañana que me había anunciado mi nombramiento. Aunque la carta del ingeniero francés fuese de una gran belleza y precisión, el dibujante no había podido reflejar sobre el papel la impresión de fuerza salvaje y de poderío incontenible de aquel río.

La contemplación de aquel prodigio de la naturaleza suscitó dos sensaciones simultáneas y en parte contradictorias: por un lado, el placer de disfrutar un espectáculo de una grandiosidad y belleza inigualable; pero, por otro lado, como representante de la Corona encargado de extender su autoridad a todo el cauce del río, me invadió cierta sensación de antagonismo, al saber que para llevar a cabo mi tarea tendría que sojuzgar la fuerza de aquel poderoso rival.

Pero, al ver al pie del muelle a los soldados del regimiento fijo y a su lado a la milicia criolla perfectamente uniformada, olvidé de inmediato aquel prurito agresivo para entregarme de lleno a aquel caluroso recibimiento del ejército y de los ciudadanos de Nueva Orleans. Cuando bajé de la lancha se me acercó el gobernador Luis

de Unzaga, que tras el saludo militar me estrechó entre sus brazos de una forma sumamente cordial.

Una vez que hube pasado revista a la tropa, el gobernador Unzaga me indicó que tanto los soldados como los ciudadanos esperaban que el nuevo coronel y futuro gobernador pronunciase unas palabras para inaugurar informalmente su mandato. Me subí a un pequeño estrado donde estaban los otros mandos militares y las fuerzas vivas de la ciudad. Al captar, en medio del general bullicio, algunos comentarios en lengua francesa, tuve repentinamente la corazonada de que debía pronunciar mi discurso en francés; y así lo hice.

—Excelentísimo señor gobernador y otras autoridades militares y civiles, señoras y señores, el que les habla, Bernardo de Gálvez, ha sido designado por su majestad el rey de España para el cargo de coronel del regimiento fijo de la Luisiana, posición que juzgo honrosísima y que espero desempeñar con el celo y la dedicación que he empleado en puestos anteriores en servicio de su majestad, con el propósito de mejorar las condiciones de vida en este territorio, y conseguir la prosperidad y la felicidad de todos sus habitantes.

Hice una pausa en mi discurso y miré alrededor para observar el efecto que estaban teniendo mis palabras, y fue en ese momento la primera vez que noté el impacto de una mirada que se clavaba en mi persona con una especial intensidad, aunque de momento no pude localizar de dónde provenía.

—Y cuando digo la felicidad de todos —proseguí— es porque pienso que en la Luisiana no debe haber diferencias entre los súbditos de origen francés y los de origen español, porque si las hubiera estaríamos traicionando los deseos de su majestad el rey católico Carlos III y de su principal amigo y aliado, el rey cristianísimo de Francia, ya que ambos han querido que los estrechos vínculos de familia que les unen se reproduzcan entre quienes compartimos una común cultura y religión, y el deseo de una común bienaventuranza. Deseo por tanto agradecerles a todos ustedes esta calurosa bienvenida, que desde hoy mismo llevo grabada en mi corazón, y acabaré mis palabras con un ¡Viva España! y ¡*Vive la France*!

Al acabar mi discurso, la multitud que abarrotaba los aledaños

del puerto y especialmente el grupo de ciudadanos distinguidos que ocupaba la tribuna desde donde había yo había hablado prorrumpieron en una salva de aplausos tan fuertes que hicieron temblar el frágil tenderete de madera.

Y sin embargo, continué notando la persecución de aquella mirada que me había seguido desde el momento en que puse el pie en tierra para recibir el abrazo del gobernador. Tanto mientras realizaba la revista de la tropa como durante mi discurso tuve la sensación de que alguien observaba atentamente cada uno de mis movimientos. No me refiero a los cientos de ojos que estaban fijos en mi persona, sino a un par de ojos en concreto que me contemplaban con especial intensidad.

En el Evangelio de San Juan se cuenta cómo en cierta ocasión, cuando Jesucristo estaba rodeado de una multitud que se apretujaba a su alrededor, en cierto momento se volvió a uno de los discípulos y le dijo: «¿Quién me ha tocado? Alguien me ha tocado». El discípulo le respondió: «Pero, maestro, estás rodeado de una masa de gente que pugna por estar cerca de ti y por recibir tu bendición, ¿cómo vamos a saber cuál de ellos te ha tocado?». Pero Jesús sabía que el contacto de esa mano era diferente, y resultó ser la de una madre que confiaba en que el maestro sanaría a su hijo enfermo. Como en aquel pasaje del Evangelio, entre la multitud de hombres y mujeres que tenía alrededor, alguien me había mirado de una manera especial; e inmediatamente intuí que esos ojos pertenecían a una mujer.

Probablemente a una bella mujer.

Capítulo 17
La ayuda a los rebeldes

Al acabar la ceremonia organizada para recibirle, Bernardo de Gálvez le pidió al gobernador en funciones que le acompañase a bordo del bergantín para poder empezar a tratar el traspaso de poderes.

—Deseo felicitarlo por su discurso —le dijo Unzaga—, y pienso que sus palabras van a allanar el camino con los ciudadanos franceses, que otros gobernadores hemos tenido que recorrer no sin algunos sobresaltos. Si hubiera sabido que usted conocía tan bien el francés, yo mismo le hubiera recomendado que hablase en esa lengua, que de momento es la de la mayor parte de la ciudadanía de esta colonia.

—Tuve la suerte de pasar un tiempo en la academia militar francesa, donde aprendí muchas cosas, aparte del idioma —contestó Gálvez, levantando su copa de jerez para brindar con Unzaga antes de que les sirvieran el almuerzo en su camarote.

—Huelga decir que, por mi parte, yo le brindaré gustoso toda la información disponible sobre la Luisiana. Antes de abordar esos asuntos, me gustaría comentarle un tema que me parece urgente, el de su instalación en la ciudad, pues supongo que este buque deberá zarpar en cualquier momento. Me hubiera gustado mucho poder albergarlo en mi casa, pero la residencia del gobernador, que ya no estaba en muy buen estado, sufrió las consecuencias de un reciente huracán y no es adecuada para hospedar a nadie. Al conocer estas circunstancias, un caballero de Nueva Orleans llamado Antoine Gilbert de St. Maxent ha ofrecido su casa, que es amplia y dotada de todas las comodidades, ofreciéndole que permanezca en ella el tiempo que juzgue necesario.

—Si usted me lo recomienda, no dudaré en seguir su consejo y albergarme en casa del señor St. Maxent, a quien he tenido ya el gusto de saludar durante la ceremonia de recibimiento que tan

amablemente me han preparado. Este bergantín tendrá que partir para Veracruz en unos días, pero hasta que consiga aclimatarme y ordenar mis enseres, me quedaré a bordo, si no tiene inconveniente.

—Por supuesto que se trata de un ofrecimiento pero no de un compromiso. Lo que le recomendaría en cambio es que aprovechase la cena que ofrece el señor St. Maxent en su honor esta misma noche en su casa, pues ello le dará la oportunidad de juzgar por sí mismo si le interesa o no aceptar esa invitación.

El gobernador hizo una pausa antes de añadir, con una sonrisa:

—Aunque podrá verificar personalmente la calidad de la vivienda si acepta ir esta noche a cenar, comprobará que este caballero tiene varias hijas, incluyendo una joven viuda, Felicitas de St. Maxent, que está reconocida en la ciudad como mujer de una excepcional belleza y encanto. En realidad, todas sus hermanas son jóvenes y muy atractivas. —Y sin poder evitar un ligero rubor bajo su curtido semblante, Unzaga añadió—: La única entre las hijas de St. Maxent a quien no podrá ya hacerle la corte es a María Isabel, con quien tuve la dicha de contraer matrimonio hace aproximadamente un año.

—Acepto con mucho gusto la posibilidad de cenar en casa de ese caballero, y no desaprovecharé la ocasión de disfrutar de la belleza de esas jóvenes damas. Solo le pido que me venga a buscar al muelle a la hora que considere oportuna. Y si le parece, podemos aprovechar ya para despachar algunos temas sobre los que me interesa muchísimo conocer su opinión, si tiene la bondad de expresarla.

—Por supuesto, lo haré con agrado y, además, como parte de mi obligación. Como usted ha estado tan recientemente en la corte, me pregunto si trae instrucciones precisas en relación con nuestros vecinos ingleses y también sobre la ayuda que han decidido prestar a los rebeldes. Le confieso que, quizás por la falta de un contacto directo con quienes se ocupan de estos temas en el gobierno, no he conseguido tener una conciencia clara de lo que desde Madrid pretenden que hagamos en Nueva Orleans.

Quizás animado por los dos vasitos de jerez que había tomado casi en ayunas, Gálvez se atrevió a contestar a su interlocutor:

—Difícilmente habrá podido recibir instrucciones precisas cuando en la corte tampoco tienen unas ideas claras sobre el

particular. Le ruego que no tome esta contestación como displicente o inoportuna. Si he de expresarme con toda sinceridad, le diría que nuestra política sobre este conflicto es sumamente ambigua, cuando no contradictoria.

—Precisamente yo había tenido la misma impresión, pues, por un lado, recibí instrucciones de mantenerme en buenas relaciones con los vecinos ingleses; pero en cambio, hace unos meses, me mandó el capitán general de Cuba una partida de pólvora y otros pertrechos militares con la indicación de que, de forma reservada, debía entregarlos a unos agentes del ejército rebelde que se pusieron en contacto conmigo para ese propósito. Se me ocurrió, para cubrir las apariencias, poner bajo arresto al capitán norteamericano que había bajado a Nueva Orleans con ese motivo. Después fui despachando los barriles de pólvora como si fueran barriles de cerdo en manteca, y también otros suministros de forma que apareciese como operación del comercio privado, y no como una donación de la Corona española. El oficial rebelde me pagó con una letra extendida por el Gran Consejo de Virginia, por una cantidad de mil ochocientos cincuenta dólares en piezas de a ocho.

—Creo que es muy importante valorar de forma exacta la ayuda militar, porque será la única forma de que al final de la guerra podamos recuperar nuestro dinero.

—Por otro lado, el mismo oficial que había venido a recoger esos pertrechos me entregó una carta que me dirigía el general Charles Lee, que, como sabe, es uno de los principales ayudantes de George Washington. En esa carta, Lee solicitaba la ayuda de España a su causa argumentando que si los ingleses llegaban a ganar la guerra, todo ese territorio, incluida la Nueva España, sería invadido por aquella nación, que desde hace tiempo tenía la vista puesta en los ricos minerales de México; mientras que si las colonias rebeldes ganaban su independencia, España no tendría nada que temer del nuevo país, ya que por diversas circunstancias, los americanos de Nueva Inglaterra estaban interesados tan solo en el comercio y la agricultura y no tenían ningún interés por la expansión territorial.

Gálvez dio un buche prolongado a su copa de vino, antes de contestarle:

—Ya sabe que ese pueblo que se describe como de agricultores ha entrado a sangre y fuego en los territorios que la Corona inglesa

había reservado para los indígenas que les ayudaron en la pasada guerra.

Hasta bien entrada la tarde, Gálvez y Unzaga estuvieron intercambiando impresiones sobre distintas cuestiones, y solo cuando las aguas de la dársena empezaron a teñirse de rojo con el reflejo del sol poniente, el gobernador se dio cuenta de que apenas les quedaba tiempo para cambiarse y acudir a la cena que ofrecía en honor del nuevo gobernador Antoine Gilbert de St. Maxent y se fue del barco.

Capítulo 18

Los ojos dejan huellas

Esa misma mañana, Felicitas de St. Maxent le había pedido a su padre permiso para quedarse en casa descansando y no acudir con el resto de su familia al recibimiento de Bernardo de Gálvez. Antoine Gilbert —que estaba ya ataviado con el uniforme de gala de coronel de la milicia criolla— le dijo que no podía faltar en un acontecimiento tan importante. Para cumplir los deseos de su padre, la joven viuda se maquilló y perfumó, poniéndose un vestido de terciopelo granate y una mantilla de blonda que levantaron murmullos de admiración cuando, de la mano de su padre, subió al estrado donde se habían colocado las autoridades y fuerzas vivas de la ciudad para recibir al nuevo gobernador.

Pero, tras asistir al recibimiento en el muelle de Nueva Orleans, cuando Felicitas se encerró sola en su cuarto le invadió una inquietud aún más intensa que la que había sentido previamente. Con la diferencia de que hasta entonces la mujer no había podido definir el origen de su desazón; pero, desde el momento en que había visto al nuevo gobernador bajar de la chalupa que llevaba en la popa la bandera blanca y roja con la cruz de San Andrés para pasar revista a la tropa, le había embargado un intenso sentimiento de atracción hacia aquel desconocido.

Mientras el bergantín que llevaba al nuevo gobernador iba hacia puerto, Felicitas había entornado sus ojos claros para evitar el reflejo del sol sobre las aguas del estuario; pero las salvas de cañonazos que dispararon cuando el navío entró en la dársena la sacaron de su ensoñación. Y cuando volvió a abrir los ojos, Bernardo de Gálvez estaba ya sobre las tablas del malecón, embutido en su flamante uniforme; la luz del mediodía hacía resaltar los hilos dorados de las charreteras, los botones de plata perfectamente bruñidos, y sacaba imponentes destellos del acero que había desenvainado, como si hubiese desembarcado del océano

un tritón envuelto en una túnica de brillantes escamas y empuñando un tridente de oro.

Cuando oyó la voz grave y bien templada del oficial pronunciando el discurso en francés, Felicitas sintió una profunda vibración en sus entrañas, en especial cuando repitió en varias ocasiones la palabra «felicidad», lo que interpretó como una señal premonitoria, aunque no supiera muy bien por qué. Mientras se revolcaba entre las sábanas, Felicitas sabía muy bien que no era adecuado que una joven viuda sintiese una atracción tan profunda por un hombre con quien ni siquiera había cruzado dos palabras.

La mujer se preguntó si a aquel flechazo amoroso podría haber contribuido la profecía de la esclava Mulinde diciéndole que pronto se cruzaría por su vida un hombre que ocuparía un lugar importante en su corazón. Pero si aquel vaticinio resultaba acertado, ¿sería también cierto que aquel hombre había cometido en el pasado un terrible pecado del que tendría que redimirse? Los franceses tenían un proverbio sobre las primeras impresiones que contradecía el tradicional consejo de no fiarse de juicios superficiales: «*Méfiez vous, la bonne! c'est* » (aunque no lo parezca, ¡la primera impresión es la que vale!). Y tanto por la voz firme con la que había pronunciado su discurso como por el ademán resoluto con que había pasado revista a las tropas, le había causado la impresión de que era una persona noble, incapaz de cometer un acto mezquino.

Como hacía funciones de ama de casa en la mansión de su padre, Felicitas tuvo que interrumpir sus elucubraciones y ponerse a dar órdenes a los esclavos y criados para que preparasen la cena que esa noche daría su padre en honor de Bernardo de Gálvez. Y cuando, tras ponerse un vestido de muselina blanca que realzaba su tez trigueña y un corpiño de raso verde que hacía juego con el color garzo de sus ojos, salió a recibir a los invitados, el murmullo de la sala le dio la aprobación que necesitaba para participar en una cena donde estaría sentada al lado del desconocido que inesperadamente había encendido tantas luminarias en su interior.

Al principio, Felicitas aprovechó su condición de anfitriona para pajarear entre los invitados, pero como durante la cena le correspondió estar sentada al lado del invitado de honor, el

revoloteo del abanico, que con los flecos de encaje parecía querer echarse a volar, la salvó de tener que mirar al español cara a cara y conversar un rato con él. Y en cuanto se cruzaron sus miradas, Bernardo tuvo la corazonada de que los ojos que le habían observado intensamente desde el mismo momento en que puso el pie sobre las tablas del muelle pertenecían a la mujer que estaba sentada a su lado.

Y cuando Bernardo volvió a encontrarse solo en su camarote, el recuerdo de los ojos de la mujer asomándose al borde del abanico le impidió conciliar el sueño. En ese mismo momento Felicitas estaba mirando desde la veranda de su casa la silueta del bergantín español y quizás la atmósfera cargada de perfumes nocturnos transportó su anhelo al corazón del hombre, porque Bernardo sintió un profundo comezón y subió de nuevo a cubierta para disfrutar de la vista del estuario bajo la claridad de la luna.

La nave se mecía suavemente aguantando con las anclas el flujo de la marea y, aunque apenas si se apreciaba la suave corriente, Bernardo sabía que, bajo la engañosa impresión de tranquilidad que daba la superficie de las aguas, la resaca tenía una fuerza de cuatro o cinco nudos. El brillo sordo que emanaba del astro nocturno daba a la corriente una apariencia metálica, viscosa, que le hizo recordar la balsa colmada de mineral de azogue que había visto en su visita a las minas de Almadén.

Capítulo 19
Oliver Pollock

Unzuaga había quedado en visitar de nuevo a Gálvez a bordo de la fragata para seguir tratando asuntos de interés común. Cuando a la mañana siguiente regresó al barco no venía solo en la lancha que le recogió del muelle. Le acompañaba un joven de aire desgarbado cuyo rasgo físico más notorio era una ensortijada melena pelirroja y unas largas patillas del mismo color, que permaneció en cubierta mientras el gobernador bajaba al camarote de Bernardo de Gálvez.

—Coronel Gálvez, me he tomado la libertad de subir al barco en compañía de un amigo que me gustaría presentarle, pues creo que le podría ser de gran utilidad sobre el asunto de la ayuda que la corte quiere prestar a los colonos rebeldes. Su nombre es Oliver Pollock, un comerciante y financiero irlandés, aunque su principal ocupación en estos momentos es actuar como representante oficioso del Congreso americano en esta ciudad, y allegar fondos para la causa de la independencia y conseguir suministros para las tropas rebeldes.

—Parece que en ese sentido pueden coincidir mis intereses con los del joven irlandés —dijo Gálvez.

—Pollock ha logrado reunir una fortuna bastante considerable, que está poniendo al servicio de la revolución para conseguir expulsar a los ingleses de sus colonias en América, y solo respira y vive con ese propósito. Y desde que supo que se iba a producir un cambio en la gobernación de esta provincia, me pidió que intentase conseguir lo antes posible una entrevista con usted, razón por la que me he atrevido a traerle al barco. Pero si usted prefiere diferir ese encuentro a otro momento, ya he avisado a Pollock de que usted y yo teníamos asuntos urgentes que despachar.

—Al contrario, nada me parece más urgente que conocer a un amigo de España y un enemigo de los ingleses.

—Pollock habla perfectamente el español por haber vivido unos

años en La Habana, y tiene grandes afinidades de cultura y religión con nosotros. Si me permite una pequeña indiscreción que pudiera orientarle en el trato con este individuo, le contaré que la primera vez que le anuncié a Pollock su llegada a la Luisiana me advirtió de que, si el nuevo gobernador tomaba partido por Gran Bretaña, él no permanecería en la ciudad ni veinticuatro horas, pero en cambio que si se alineaba en el bando en que ya se ha colocado la Corona francesa, usted tendría a su servicio al comerciante más honesto y capaz de toda la Luisiana.

Cuando el ayudante avisó a Pollock de que podía pasar al camarote del coronel, tras hacer una profunda reverencia ante el futuro gobernador y pronunciar unas palabras de saludo, el irlandés se sacó de un bolsillo interior de la levita una carta que le entregó a Gálvez. La carta era de Patrick Henry, a la sazón gobernador de Virginia, y estaba ya traducida al español. En un estilo retórico no carente de una cierta belleza, Henry empezaba diciendo que aunque la grandeza de España no dependiese únicamente del comercio, para asegurar que el país pudiera acceder a los suministros que en el futuro pudieran brindar los estados del sur en la América septentrional era imprescindible derrotar antes a su «antiguo y natural enemigo», Inglaterra. A cambio de la alianza con España, el gobernador de Virginia prometía que, una vez que ganasen la guerra, todo el flujo del comercio de los estados del norte sería canalizado por el río Mississippi hasta Nueva Orleans, con el subsiguiente beneficio del comercio en aquella ciudad.

Aunque Gálvez no quiso responder inmediatamente, pensó que, con la excusa de favorecer la natural pretensión de España sobre sus antiguos dominios, Patrick Henry estaba en realidad recortando la competencia aduanera de España sobre el río Mississippi, proponiendo la utilización del cauce del gran río para la exportación de los productos de los estados del norte.

—Necesitaré consultar mi contestación a la carta del señor Henry con la corte, pero puede decirle desde ahora, señor Pollock, que los intereses de España y de las colonias inglesas frente al enemigo común nos llevan a considerar con gran interés cualquier propuesta por su parte.

La cara rubicunda de Oliver Pollock —cuyo salpicón de pecas sobre la nariz le daba un aspecto algo infantil— se iluminó de

alegría, lo que Gálvez quiso aprovechar para ofrecer a su interlocutor algo que el irlandés no esperaba:

—Aparte de otras propuestas más ambiciosas, tengo entendido que las tropas de las colonias que están luchando en el norte necesitan que se les envíen armas y municiones, además de medicinas y ropa de abrigo para poder enfrentarse con el duro invierno en esas latitudes, ¿no es así? —Gálvez remachó el golpe de efecto sacando de una carpeta que tenía sobre la mesa un papel que contenía una relación de productos, que leyó en voz alta—: En este albarán que me dieron antes de salir de El Ferrol figuran seis cajones de quinina, cien rollos de paño grueso, cien barriles de pólvora y trescientos mosquetes con sus bayonetas en treinta cajas. ¿Cree, señor Pollock, que esas armas, medicinas y ropa podrían satisfacer las necesidades de sus tropas en el norte?

Pollock no encontró palabras para responder, pero todas las pecas de la nariz se le encendieron de alegría.

—Quizás por alguna intercesión de la Providencia, la lista de suministros que usted acaba de leer responde exactamente a lo que se está necesitando con gran urgencia en los fuertes del norte que están en peligro de ser recuperados por el enemigo.

—Pues todo eso está almacenado en la bodega de esta misma fragata y le pediría que con la oportuna discreción se sirviera retirar esas cajas y paquetes, así como los barriles de pólvora, lo antes posible, porque no me complace la idea de que este bergantín siga siendo una especie de polvorín ambulante. El buque debe partir en breve hacia otros destinos y para entonces la carga debe ser transportada al navío que ustedes designen, si es posible esta misma noche.

Pollock tomó las manos del coronel entre las suyas y las apretó largamente, sin poder evitar salpicarlas de unas lágrimas de alegría.

Capítulo 20

Escaramuzas en distintos campos

Hasta que pudo evaluar la situación y sopesar el equilibrio de fuerzas en presencia, en los primeros meses después de su llegada, Gálvez había preferido respetar el *statu quo* en la frontera con los ingleses, e incluso había trabado cierta amistad con el gobernador de Pensacola, Peter Chester, mandándole varias cajas de vino de Málaga y rollos de tabaco procedentes de los secaderos de La Habana.

Sin embargo, era plenamente consciente de que los comerciantes ingleses habían abusado de la tolerancia de los anteriores gobernadores españoles hasta convertir las orillas del gran río en un nido de contrabandistas y piratas. Su desfachatez llegaba al punto de que, aunque en principio los ingleses tenían solo derecho de navegación por el río, pero no de comercio, el intercambio de suministros era tan intenso que hasta habían llegado a construir pontones en ambas orillas, para facilitar que atracasen allí las gabarras que utilizaban para realizar el tráfico ilegal de mercancías. Pero aunque aparentaba haber asumido esta situación, el nuevo gobernador lo único que estaba esperando era un pretexto para adoptar las medidas drástica que se había planteado desde el mismo día de su llegada.

Esa excusa se la proporcionó la fragata inglesa *West Florida*, que inopinadamente se incautó en el lago Pontchartrain de tres barcos españoles —una goleta y dos gabarras—, cuando estas últimas se dedicaban a la extracción de brea con destino a los astilleros de Cuba, con el permiso reglamentario. Tan pronto como supo que los ingleses habían capturado a los barcos españoles, Gálvez dio órdenes para que los lanchones armados que vigilaban el río apresaran a once barcos ingleses que se dedicaban al contrabando, y que los condujeran a Nueva Orleans, donde serían sometidos a un tribunal como presas de guerra. Como complemento

de aquella drástica medida, Gálvez promulgó un edicto que ordenaba a todos los súbditos ingleses abandonar el territorio de la Luisiana española en menos de dos semanas.

Tan pronto tuvo noticia de lo ocurrido, el gobernador Chester mandó desde Pensacola la fragata *Atlanta*, bajo el mando del capitán Thomas Lloyd. El barco inglés se colocó en la desembocadura del puerto con los cañones apuntando hacia Nueva Orleans y le mandó a Gálvez una carta en la que exigía una explicación por lo que calificaba como una «conducta extraordinaria», puesto que el tratado de París de 1763 aseguraba el derecho a los barcos ingleses de navegar por el Mississippi.

Gálvez sabía perfectamente lo precario de la situación, pues la estacada que protegía a Nueva Orleans y al Bayu San Juan del otro lado del río estaba podrida por la humedad, y sus cañones habían quedado al descubierto, completamente oxidados. Pero no se dejó intimidar por la presencia de aquel buque de guerra ni por el discurso prepotente del capitán inglés, respondiendo a la carta de Lloyd con cierta cortesía pero mayor firmeza. Por un lado, observó que el derecho de navegar por el Mississippi no les permitía a los navíos ingleses hacer contrabando; por otro lado, le recordaba al capitán inglés que el mismo barco que mandaba había amedrentado con fuego de cañón y detenido en aguas del golfo al barco francés *Margarita* y al español *María* sin ningún motivo aparente, a lo que Lloyd respondió que lo había hecho pensando que se trataba de buques corsarios.

Tras el intercambio de unas salvas epistolares, la sangre no llegó al río —nunca mejor dicho que en este caso—, y el capitán inglés se vio desautorizado cuando los propios comerciantes ingleses que habían sido desahuciados defendieron la conducta del gobernador español, por lo que el buque británico no tuvo otro remedio que virar de bordo y enfilar de nuevo la proa hacia Pensacola.

Cuando informó al gobernador de Cuba, Diego Navarro, del incidente, Gálvez se jactó de «haber recibido a los ingleses con las mechas encendidas», aunque sabía muy bien que si se hubiera visto forzado a aplicar la mecha para el combate, las fortificaciones de la ciudad apenas si hubieran aguantado ni la primera andanada del buque inglés. Por lo que utilizó la misma misiva en la que contaba a Navarro que había salido airoso de aquel arriesgado farol para

solicitar de La Habana refuerzos, tanto navales como de tropas. El gobernador comprendió la necesidad de este socorro, enviando a Nueva Orleans la fragata *Volante*, pero aprovechó su respuesta a la carta de Gálvez para mandarle una dura reprimenda por la forma temeraria en que se había comportado, recordándole que el gobierno español no había cambiado sus instrucciones de contemporizar con los ingleses.

Pero cuando se enteró de este incidente, que en realidad era la primera finta de un duelo que ambos países consideraban inevitable, el ministro de Indias no dudó en apoyar a su sobrino, dando instrucciones al jefe en La Habana para que tuviera disponibles en caso necesario más barcos y dando órdenes de reforzar los efectivos del batallón fijo. Don José incluso comentó al rey lo que había ocurrido y transmitió a Bernardo que su majestad había aprobado la firmeza con la que había actuado en este caso, lo que supondría un respaldo de máximo nivel a un comportamiento que otros juzgaban temerario. Pero esa divergencia de criterios entre la corte y el gobernador de Cuba, que era el jefe militar de quien dependía Gálvez, a la larga no beneficiaría los proyectos de este último.

Tanto el incidente del lago Pontchartrain como el apoyo de Gálvez al ejército revolucionario en el alto Mississippi —que había permitido al coronel Clark conservar los fuertes del valle del Ohio— no iban a pasar desapercibidos en la capital británica, por lo que el comandante en jefe del ejército Henry Clinton decidió reforzar las guarniciones de Bute (Manchac), Panmure (Natchez) y Baton Rouge, y envió a la plaza de Pensacola al general de brigada John Campbell, que hasta entonces había luchado en el norte. Igualmente mandó a las guarniciones que defendían la Mobila y Pensacola tropas del regimiento alemán de Waldeck y cuerpos de realistas americanos desde Pensilvania y Maryland. Aunque hubiera podido interpretarlo como un gesto defensivo, cuando Bernardo de Gálvez se enteró de que los ingleses habían tomado esas medidas, pensó que estaban ya preparando un ataque a la Luisiana, por lo que aceleró sus preparativos para mejorar la capacidad defensiva de Nueva Orleans.

Entretanto, sobre el ajedrez de la política europea también se estaban moviendo las fichas; el ministro francés de Asuntos

Exteriores, conde de Vergennes, había conseguido que el rey Luis XVI reconociese la independencia de las colonias, lo que en la práctica representaba la ruptura de hostilidades con Inglaterra. Y aunque a regañadientes, a Carlos III no le quedó más remedio que seguir de nuevo la iniciativa francesa, y mandar un ultimátum a Londres, cuya negativa por parte de Jorge III también suponía la declaración de guerra. Pero, aferrado a sus prejuicios sobre el tema, el rey católico ni enviaría un cuerpo expedicionario a luchar con el ejército continental ni reconocería por el momento la independencia del nuevo estado.

Aunque a medio plazo la guerra con Inglaterra iba a afectar a otros territorios americanos, como había previsto el ministro de Indias, al haber mandado a la Luisiana a su sobrino, las primeras escaramuzas de esa guerra se iban a librar en las orillas del río Mississippi. Afortunadamente, Bernardo de Gálvez se había anticipado a la ruptura de hostilidades expulsando a los vecinos ingleses en la cuenca del río y preparando tanto al regimiento fijo como a la milicia criolla para el combate.

Aparte de sus preparativos bélicos, Bernardo de Gálvez sabía que, al haber aceptado alojamiento en casa de Antoine Gilbert de St. Maxent y sus bellas hijas, había abierto en la esfera personal otro frente, de resultados también imprevisibles. A pesar de que, utilizando argucias típicamente femeninas, Felicitas procuraba que Bernardo no se percatase del *coup de foudre* (flechazo) que había sentido por él nada más verlo en la explanada del muelle, su forma de tratarlo, pretextando desdén e incluso indiferencia, era la prueba más evidente de sus sentimientos. Su huésped había notado que cuando se le acercaba alguna de las otras hermanas, Felicitas la ahuyentaba con un gesto que significaba que aquella pieza de caza mayor estaba reservada para ella.

Y aunque el vivir bajo un mismo techo por un lado facilitaba esa relación entre Felicitas y Bernardo, por otro lado también la complicaba, pese a que durante un tiempo ambos mantuvieron las formas para no defraudar la confianza que St. Maxent había depositado en aquel desconocido, al ofrecerle que viviera en su propia casa.

Capítulo 21
La difícil convivencia

Habla Felicitas St. Maxent

Estoy plenamente convencida de que mi padre, que es todo un caballero, ni siquiera ha podido imaginar que —tras haber guardado un luto riguroso por mi anterior marido más de dos años — yo me hubiera enamorado locamente de un hombre que apenas conocía. Pero, por desgracia, no todos los habitantes de esta ciudad son igualmente caballerosos ni confiados, y con certeza alguna matrona está ya frunciendo la nariz por el hecho de que un hombre joven y soltero esté viviendo bajo el mismo techo que tres jóvenes doncellas en edad de merecer y una viuda.

Para no dar pie a ninguna murmuración, aun conservando los buenos modos a que me obligan las leyes más elementales de la hospitalidad, he decidido comportarme con el ilustre invitado con una estudiada frialdad. Pero confío que a la fina sensibilidad de Bernardo no habrá podido escapar el hecho de que no trato de la misma forma tan seca y desabrida ni a otros amigos de mi padre, ni a mis familiares y ni siquiera a mis propios criados y esclavos. De hecho, raro es el día que no me encuentro en mis aposentos un gran ramo de flores que el español ha cortado para mí en los macizos del jardín y enviado con un atento billete a través de una de las esclavas del servicio. Espero que esas gentilezas por su parte no respondan solo al prurito del cazador, siempre deseoso de añadir a su percha una nueva becada.

Por otro lado, entiendo perfectamente que Bernardo no pueda dedicarle demasiado tiempo a nuestra relación, por haber tomado posesión de su cargo en una situación muy delicada, pues si los ingleses deciden atacar Nueva Orleans, la ciudad no cuenta con defensas ni con tropas suficientes, ni siquiera sumando las milicias de mi padre al regimiento fijo, para rechazar el ataque combinado de la poderosa flota británica y su ejército de tierra. Pero el ser

consciente de esa situación no parece arredrar los ánimos del español, que cuando cada mañana acude al comedor para desayunar con la familia, conserva en sus ojos ese destello de alegría, con un toque picaresco, con el que consigue derretirme las entrañas.

Como los aposentos de nuestro huésped no quedan muy lejos de mi alcoba, me he enterado de que, en un despacho secreto que llegó en un navío español, la corte de Madrid le anunciaba que estaban a punto de declarar la guerra a Inglaterra; pero como no le interesaba que se supiera esa noticia hasta el momento oportuno, Bernardo solo citó en privado a los mandos del ejército y de la milicia, y a dos altos cargos de la administración civil. Me enteré de lo que se habló en el consejo de guerra que se celebró en el comedor, pues mi padre no quería que entrase en la habitación ninguna persona del servicio y me tocó a mí servir el chocolate y los bizcochos.

Bernardo explicó con toda claridad la situación: mientras que las tropas regulares inglesas y alemanas alcanzaban ochocientos fusiles, sin contar ni indios auxiliares ni ciudadanos leales a la corona británica, la guarnición española no sumaba más allá de seiscientas cabezas, de las que dos terceras partes eran milicias no suficientemente adiestradas y jóvenes reclutas. Pero, a pesar del desequilibrio de fuerzas entre los dos bandos, el nuevo gobernador proponía pasar a la ofensiva para aprovechar el factor sorpresa. Cuando escuché su reacción me sentí avergonzada ante la cobardía de mis compatriotas: la mayor parte de los presentes —con la excepción de mi propio padre y del irlandés Oliver Pollock— se declararon absolutamente contrarios a tomar una iniciativa contra los ingleses, hasta que no llegaran a Nueva Orleans los refuerzos que se habían pedido de La Habana.

Y como les daba cierta vergüenza expresar esa opinión, algunos de los que estaban reunidos en torno a la mesa se limitaron a hundir la nariz en la taza de chocolate con la misma ansiedad con la que el colibrí mete su pico en la copa de una azucena.

Capítulo 22
Primer azotazo
del padre de las aguas

Continúa hablando Felicitas de St. Maxent

Ante la mezquina respuesta de sus ayudantes civiles y militares, Bernardo buscó el apoyo de su campaña en la marinería de las gabarras que recorrían el Mississippi, entre los quincalleros que iban a vender mercancía al puerto, entre los indios que bajaban el río vendiendo pieles, y hasta en los esclavos que habían escapado de la férula de los dominios británicos buscando un trato más favorable bajo la corona española. Haciendo de la necesidad virtud, el gobernador consiguió armar los barcos y reunir a unas fuerzas de milicia que a pesar de su bisoñez estaban dispuestas a medirse contra los curtidos casacas rojas y ponerse al alcance de la afilada hacha de guerra de los pieles rojas.

Pero quien no había dado su beneplácito a los planes de Bernardo era el padre de las aguas. Cuando todo estaba ya preparado, en un abrir y cerrar de ojos, se acumularon sobre el cauce del Mississippi unas nubes tan oscuras que parecían haber salido del infierno. Y, con un pavoroso despliegue de rayos y truenos, se desató un aguacero de tal magnitud que en cuestión de horas el cauce del río se había desbordado, estrellando contra las orillas los barcos que estaban atracados en los muelles, inundando los barracones de las milicias, llevándose por delante armas y municiones y asolando los campos que debían suministrar el alimento para la tropa.

El chaparrón me pilló dando un paseo por la ciudad, y como el viento me arrancó la sombrilla de las manos, esperando a que aflojase la tormenta, fui a refugiarme bajo un cobertizo, donde recordé la visión de la esclava Mulinde, y se me ocurrió pensar que el padre de las aguas acababa de asestar un poderoso mazazo a los propósitos del nuevo gobernador. Cuando conseguí llegar a casa

absolutamente empapada, los criados me dijeron que él había salido cuando empezó la lluvia y que no había vuelto. Estuve un buen rato despierta en mi habitación, pero me quedé dormida sin llegar a oír a Bernardo volver a la suya; después me enteré de que durante toda la noche había estado visitando los lugares más afectados por la tormenta, intentando achicar el agua de los barcos que no estaban completamente hundidos y tratando de evaluar los daños materiales y personales que había traído la crecida.

Y en cuanto los primeros rayos de luz se filtraron entre los jirones de nubes todavía tormentosas, salté de la cama y pedí a uno de los esclavos que ensillase mi yegua para ir a la plantación donde trabajaba Mulinde. Al ir hacia allí tuve que apartarme de la orilla del río, dando un gran rodeo, pues toda la planicie estaba inundada; el vendaval había arrancado el techo de los barracones donde vivían los esclavos. Pero Mulinde, que como otras veces había adivinado mi llegada, me esperaba al pie del gran sicomoro, sentada en un parche de arena fumando ya su pipa de hierbas pestilentes.

Tan pronto como me vio bajar del caballo, la esclava me increpó:

—¡No dirás que no te lo había avisado! Aunque no estamos en época de tormentas, ese hombre ha hecho caer sobre todos nosotros la maldición del gran río. Por mucho que lamento lo ocurrido, me tranquiliza que sepas que no me había equivocado cuando te anuncié que ese hombre arrastraba un terrible pecado. ¿No podrías recomendarle que hiciera algo para purgar su conciencia?

—Posiblemente no te equivocaste al decirme que iba a sentirme atraída por ese caballero, pero ¿cómo voy a echarle en cara un pecado que no sé bien en qué consiste ni cuándo ocurrió a alguien que apenas conozco?

—Tú sabrás lo que tienes que hacer, ama Felicitas, pero si el padre de las aguas sigue enfurruñado por la presencia de este hombre, acabará destruyendo nuestras cosechas y ahogando a la población, como ya ocurrió en el diluvio que nos cuenta en la misión el padre capuchino.

—Si al menos pudieras ver en tus sueños en qué consistió la falta o el pecado que cometió este hombre antes de llegar aquí.

Mulinde dio una profunda calada a su pipa y tras quedarse un

buen rato con los ojos cerrados, dijo en un susurro (en su lengua bastarda que tuve que interpretar):

—Anteanoche, justo la víspera del aguacero, tuve un sueño que podría tener alguna relación con mi visión anterior. No es fácil explicarlo porque el sueño transcurría en un lugar muy oscuro, como si fuera una cueva o un pasadizo subterráneo. Yo veía la sombra de un hombre joven entrando en una de esas fraguas donde se funden los metales. Al joven le acompañaban otros individuos que llevaban en sus manos linternas para iluminar las entrañas de la tierra, hasta que llegaban a una sala más grande donde el joven saludaba a otro hombre de más edad que no alcancé a ver claramente, pero me dio la impresión de que estaba muy enfermo.

Mulinde, que mientras hablaba siempre tenía los párpados entornados, los abrió un momento para observar la impresión que estaba produciendo en mí aquel relato, y luego prosiguió:

—La escena siguiente del sueño transcurría en otro lugar, donde había figuras de santos cristianos por las paredes. El hombre viejo entregaba al joven algo envuelto como en tela embreada y el joven le daba las gracias. Pero entonces tuve un sobresalto al ver que los mismos individuos que le habían acompañado al joven a la cueva subterránea se habían escondido tras unas columnas del templo, y uno de ellos se pasó el dedo índice por la base del cuello, como indicando que pensaban degollar a alguien.

Mulinde volvió a cerrar los ojos, pero todo su cuerpo se estremeció con un fuerte escalofrío.

—Cuando, al salir del barracón esa misma mañana, vi las nubes borrascosas que empezaban a formarse sobre el río, presentí que el padre de las aguas iba a manifestar su indignación por aquel crimen.

Capítulo 23
La fuerza de una arenga

Aunque la destrucción que había provocado la tormenta suponía un duro golpe en los preparativos de su campaña, sacando fuerzas de flaqueza el nuevo gobernador se dedicó a levantar la moral de la tropa y de los milicianos que habían estado dispuestos a seguirlo antes de que el diluvio les enfriase los ánimos. Bernardo comprendió que había llegado el momento oportuno de divulgar la noticia de la declaración de guerra que había recibido con el mismo despacho en que le mandaban el nombramiento de gobernador en propiedad. Como hasta entonces no había hecho pública ninguna de esas dos noticias, con su fino instinto político, pensó que tendría un efecto positivo si las proclamaba a la vez.

Con la ayuda de un pregonero mandó reunir en la plaza principal de Nueva Orleans a las tropas del regimiento fijo, y a las compañías de pardos y mulatos que habían llegado ya de La Habana y de Nueva España, convocando también a los ciudadanos que andaban limpiando el barro de las calles o reparando el techo de sus casas, arrancados de cuajo por el vendaval. Y desde uno de los balcones de las casas consistoriales se dirigió al público —esta vez en español—. Aunque no vibraba con la euforia de su primera alocución, su voz seguía teniendo un timbre de seguridad y firmeza:

—Acaba de llegarme el decreto de su majestad con el nombramiento de gobernador de la Luisiana en propiedad. Pero no puedo tomar posesión de mi cargo sin antes jurar ante el cabildo que defenderé la provincia; pero, aunque yo estoy dispuesto a derramar la última gota de mi sangre por la Luisiana y por mi rey, no puedo prestar un juramento que quizá tenga que violar, sin saber primero si estáis dispuestos a resistir los designios ambiciosos de los ingleses. —El gobernador hizo una breve pausa para abarcar con su mirada a toda la concurrencia, antes de añadir—: ¿Qué decís? ¿Prestaré el juramento de gobernador? ¿Juraré defender la

Luisiana?

Uno de los vecinos, erigido espontáneamente en intérprete de los sentimientos de los demás, se subió al pescante de una carreta que había quedado desvencijada en la plaza y con la ruedas hundidas en el lodo y desde allí le pidió al nuevo gobernador:

—Tomad el juramento por la defensa de la Luisiana y por el servicio del rey, os ofrecemos nuestra vida y os ofreceríamos también nuestra hacienda, si es que algo nos quedara después de la tormenta.

Al verse respaldado de nuevo por la población, y con la ayuda de bateleros y pescadores, consiguió recuperar los cuatro barcos que el ímpetu de la crecida había mandado al fondo de las aguas, armándolos con cañones ligeros para enviar a aquella improvisada flotilla por la orilla del río, para proteger la expedición por tierra que él mismo iba a dirigir. Era una tarde calurosa de agosto, y cuando todavía flotaba en el ambiente la humedad producida por la reciente tormenta, inició la ascensión por la orilla izquierda del río un ejército variopinto de unos setecientos hombres, de los que solo un tercio eran soldados veteranos, en su mayor parte eran reclutas recién llegados de México, milicianos locales, compañías de pardos y de negros que querían vengarse de sus antiguos amos y una escueta representación de voluntarios norteamericanos entre los que destacaba por su ardor revolucionario Oliver Pollock.

Como durante la tormenta se habían perdido gran parte de las armas y bastimentos, las tropas tenían que llegar a su destino lo antes posible, para arrancar las provisiones a los fuertes ingleses que iban a atacar. Durante las dos semanas siguientes las tropas de a pie atravesaron apretados bosques y tuvieron que vadear con el agua hasta la cintura profundas marismas, de donde salían con racimos de sanguijuelas colgando de las pantorrillas.

Cuando aquel ejército con los uniformes mojados y harapientos —con muchos soldados completamente descalzos al haberse dejado las botas pegadas al fango— llegó a las inmediaciones del primer objetivo, que era el fuerte de Manchac, y el jefe de la expedición revisó sus efectivos, pudo comprobar que casi la mitad de los que habían salido de Nueva Orleans habían sucumbido a las fiebres o se había perdido en la jungla.

Para poder atacar con éxito a los fuertes ingleses, Gálvez

contaba con la valiosísima información sobre su configuración, la posición de la artillería y el número de oficiales y soldados de cada plaza que había obtenido Antoine Gilbert de St. Maxent, aprovechando que los ingleses dejaban circular con libertad por sus reductos al antiguo trampero que durante años había suministrado carne seca y otras provisiones a los soldados.

Afortunadamente, la noticia de la declaración de guerra no había llegado aún a aquellos fuertes aislados, cuyos oficiales se quedaron despavoridos al ver acercarse a la empalizada del fuerte una compañía de dragones vociferantes con la bayoneta calada, dispuestos a un combate cuerpo a cuerpo. Tras librar un combate testimonial, en aras del orgullo británico, al amanecer del siguiente día se rindieron los ocupantes del fuerte, y aunque algunos escaparon aprovechando la maleza circundante, las tropas de Gálvez capturaron en esa misma acción a dos oficiales y dieciocho soldados.

El fuerte de Baton Rouge, que era el siguiente objetivo, resultó un hueso más duro de roer, pues estaba rodeado por un foso ancho y profundo y resguardado por un muro defendido por trece cañones, con una dotación de cuatrocientos soldados regulares y ciento cincuenta vecinos fieles a la corona británica. Con una táctica de paralelas aprendida en la escuela militar francesa, Gálvez creó un punto de diversión, talando árboles y cavando la tierra al otro lado del fuerte, como si los españoles estuvieran dispuestos a instalar allí sus trincheras, mientras que, aprovechando la oscuridad, colocaron las baterías del lado opuesto de la fortaleza. De forma que cuando, al día siguiente de madrugada, empezaron a rugir los cañones por donde no se lo esperaban, salieron dos soldados ingleses del fuerte con bandera de parlamento.

El comandante del fuerte, teniente Dickinson, se vio obligado a aceptar los términos impuestos por el gobernador, de rendición incondicional, más la entrega del fuerte Panmure que protegía la ciudad de Natchez, donde Gálvez había mandado un pelotón de milicianos al mando del coronel St. Maxent. Pero la noticia de las capitulaciones de Dickinson llegó al general Campbell en Pensacola a tiempo para desautorizarlo, y de mandar rápidamente instrucciones al capitán Foster en Panmure para que intentase resistir a los españoles. Los ingleses contaban allí con la ayuda de

numerosas mesnadas de indios, cuyos semblantes pintados de rojo, de verde o incluso con sangre humana y sus aullidos de guerra hacían más estragos en el espíritu del enemigo que las hachas de guerra en sus cuerpos. En esas circunstancias, St. Maxent fue el primero en asomar su cabeza por una tronera del fuerte, a riesgo de perder la vida o por lo menos la cabellera, pues al otro lado de la empalizada aguardaban los pieles rojas.

En esas circunstancias, Oliver Pollock mandó una carta a los ciudadanos de Natchez que, al haber cambiado de ciudadanía en menos de diez años, no estaban suficientemente apegados a la corona británica para morir por su causa, y les ofreció grandes beneficios en las futuras relaciones comerciales con España. El irlandés acertó en el tono de su misiva, por un lado idealista y por el otro práctico, y sus argumentos hicieron un efecto tan inmediato que las milicias locales retiraron su apoyo a Foster, obligándole a entregarse con su bandera y ochenta granaderos del ejército británico.

Algunos días después, Bernardo de Gálvez tendría noticia del comportamiento poco caballeroso de quien sería su rival cuando atacase la plaza de Pensacola. Inicialmente el general Campbell no había dado crédito a los informes de los éxitos militares de Gálvez en el Mississippi, achacándolos a una estratagema del militar español para obligar a salir refuerzos de Pensacola. Pero cuando comprobó que eran ciertos, intentando disculparse por esa derrota, mandó una carta al secretario de asuntos americanos en Londres, lord George Germain, donde aseguraba que los españoles llevaban preparándose desde hacía tiempo para la guerra —lo cual podía ser en parte cierto—, y que la independencia de América había sido públicamente proclamada, a bombo y platillo, en las calles de Nueva Orleans, lo cual era rigurosamente falso.

Cuando la noticia de la rendición de los fuertes ingleses en el Mississippi llegó al general Washington, el comandante en jefe del ejército continental la recibió con inmensa satisfacción, pues el éxito de las armas españolas paralizaba todo posible intento británico de dominar el Mississippi desde el golfo de México. Además de estas ventajas, la acción río arriba había tenido el efecto de convencer a los guerreros chactas que hasta entonces habían sido aliados de los ingleses de aceptar la alianza con España, al haberse

demostrado que resultaba un amigo más poderoso.

Cuando el gobernador volvió a Nueva Orleans, con un buen cargamento de víveres y de armas arrebatados a los ingleses, que sustituyeron a los perdidos en la crecida del Mississippi, fue recibido con entusiasmo por la población, más por el alivio del hambre que había provocado el padre de las aguas destruyendo sus cultivos que por la victoria militar.

Al regresar a la casa de St. Maxent, Bernardo de Gálvez se encontró con que Felicitas había preparado una fiesta para celebrar el regreso del gobernador y su triunfo sobre los ingleses. Tanto la viuda como las otras hermanas se habían puesto sus mejores galas para esta ocasión y después de saborear los exquisitos manjares —siempre con un toque de sofisticada cocina francesa— y los mejores vinos de Burdeos que el padre había guardado en su bodega para una ocasión especial, sonaron los acordes de una banda de música. Como correspondía a la ocasión, el invitado de honor se marcó el primer vals con Felicitas.

Era la primera vez que Bernardo sentía latir junto a su pecho el corazón de la bellísima viuda, que supo transmitirle con el calor de su cuerpo lo que sus labios no habían querido expresar. Sin importarles que al día siguiente cundiese por toda la ciudad el rumor de un posible idilio entre ambos, el gobernador y la viuda bailaron enlazados hasta el amanecer.

Capítulo 24

La carta del general Campbell

Habla Oliver Pollock

A mi vuelta de un viaje a Filadelfia —donde pude comprobar la satisfacción que había producido entre los miembros del Congreso el envío de armas y medicinas río arriba, que había salvado para la revolución los fuertes de Kaskaskia y de Vincennes—, apenas había llegado a Nueva Orleans cuando recibí una nota del gobernador Gálvez que me pedía que pasara lo antes posible por su despacho, por lo que sin cambiarme siquiera de ropa salí hacia el cuartel.

Aunque ya había tenido una buena relación tanto con el gobernador
O'Reilly
—a quien me conquisté cuando salvé de una hambruna a los vecinos de la ciudad vendiéndoles harina a la mitad del precio oficial, y también supe ganarme la buena voluntad del gobernador Unzaga—, Gálvez me había tratado desde el día de su llegada con tanta deferencia que sentía hacia él una especial predilección. Posiblemente el nuevo gobernador debía saber que yo me sentía muy agradecido, pues la misión que quería encomendarme no era ningún plato de gusto.

Apenas entré en su despacho, Gálvez me entregó una carta y me pidió que leyera en voz alta: se trataba de una epístola dirigida por el general Campbell desde la plaza de Pensacola al comandante en jefe del ejército inglés, general Clinton.

La carta, que había sido interceptada cuando un navío español abordó al buque correo inglés que la llevaba, decía así:

Querido señor:

Por los despachos oficiales que obran en sus manos, seguramente habrá podido juzgar la situación tan desagradable en la que nos encontramos aquí (…). Yo

confío sinceramente que consiga convencer a vuestra excelencia para que envíe los refuerzos que juzgue pertinentes lo antes posible y, por otro lado, puede confiar plenamente en mí de que haré todo lo que esté en mis manos para defender hasta el último extremo nuestras posiciones contra cualquier fuerza de la que pueda disponer don Gálvez para atacarlos (…).

Por lo tanto, yo le pido humildemente y le suplico que su excelencia tenga la bondad de reforzar esta plaza con tropas suficientes… y si no puede ser así, permítame solicitar a su excelencia permiso para buscar una plaza en el ejército, en vez de quedarme aquí, sin tener la menor posibilidad de servir con algún crédito para mí mismo y con honor y ventaja para mi amo el rey (…).

Campbell acababa la carta con los saludos de rigor.

—¿Qué le parece el contenido de esa carta? —me preguntó el gobernador cuando acabé de leerla—. Lo primero que se me ocurre pensar es que mi colega inglés en Pensacola no tiene demasiado entusiasmo de que un día lleguemos a medir nuestras fuerzas en el asedio a esa plaza. Pero lo más interesante para mí es que el general Campbell reconozca que la plaza no tiene suficientes efectivos para asegurarles la victoria.

—En efecto, excelencia, parece inaudito que el general Campbell le proponga a su jefe que, si no puede reforzar sus tropas, le permita salir de esa plaza, lo que fácilmente podría considerarse como un gesto de cobardía.

Gálvez esbozó una sonrisa, al tiempo que me miraba fijamente para ver mi reacción mientras me hacía la siguiente propuesta:

—Estamos de acuerdo, pero la razón por la que le he enseñado esta carta, amigo Pollock, es para que me ayude a conocer con exactitud cuál es el estado de las defensas y sobre todo la posición exacta y la capacidad de tiro de la artillería inglesa en el entorno de Pensacola. Es posible que sea usted la única persona en quien pueda confiar para realizar una misión que, no le oculto, yo mismo considero sumamente difícil y arriesgada.

—Su excelencia sabe que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa

que considere de utilidad para asegurar la derrota de nuestro común enemigo.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando me arrepentí de haber hecho una manifestación tan rotunda, especialmente cuando el gobernador me explicó:

—Como probablemente el general Campbell no está al corriente de que la carta nunca llegó a manos de Clinton, tendríamos quizás la posibilidad de ser nosotros quienes contestásemos a Campbell de la forma que nos pareciese más conveniente. —Gálvez se quedó callado unos instantes, como para darme tiempo de procesar mentalmente aquella idea, y luego añadió—: Pollock, usted sería el portador de una misiva que supuestamente habría escrito el comandante en jefe inglés en respuesta de lo que le plantea su subordinado, el general Campbell.

Tardé unos instantes en encontrar un argumento válido para intentar apartar de mis labios aquel cáliz:

—Con todos los respetos, excelencia, debo expresar mis dudas sobre la viabilidad de esa estratagema: quizás podamos crear una confusión inicial en la mente del enemigo, pero pienso que en muy breve plazo se descubriría que se trataba de un engaño.

Por el tono desabrido en que me contestó, comprendí que Gálvez no estaba dispuesto a librarme de ese compromiso:

—Pasado un tiempo, no me importa en absoluto que se descubra la falsedad de la carta, lo que me interesa es que con la excusa de entregarle esa carta pueda enterarse de la situación actual de sus defensas, el número exacto de sus defensores y la posición de su artillería.

Me quedé horrorizado, especialmente cuando caí en la cuenta de que, una vez que Gálvez me había propuesto esa misión y me había enseñado la carta dirigida a Clinton, yo no podía dejar de aceptar la misión; por lo que me limité a asentir con la cabeza y me guardé la carta de Campbell en el bolsillo, pidiendo permiso al gobernador para retirarme.

Pero antes de dejarme marchar, Gálvez, cuya expresión se había iluminado con una sonrisa al saber que yo estaba dispuesto a jugarme la vida para conseguir lo que me pedía, abrió un cajón de su mesa y sacó una botella cuidadosamente envuelta en una bolsa de fino terciopelo, que me tendió.

—Pollock, creo que Campbell le recibirá mejor si le entrega este pequeño obsequio. Es un coñac francés muy viejo, que según me han dicho es el favorito del general, aunque ahora estén en guerra con Francia. —Y con una sonrisa cautivadora añadió—: Lo único que sugiero es que no le diga que se lo lleva de mi parte.

A la salida del cuartel, deambulé un rato por los muelles, sin ningún destino fijo; pero cuanto más lo pensaba, llegaba al convencimiento de que la misión que me había encomendado el gobernador era prácticamente inviable. Porque, aunque pudiera engañar al general Campbell y a sus ayudantes, cualquier persona que estuviera de paso en Pensacola podría reconocerme. Y una vez descubierto, el castigo que conllevaba un acto de espionaje de esa índole era la pena capital.

TERCERA PARTE

Capítulo 25
En el claustro del convento

Habla Bernardo de Gálvez

Además de las dificultades que tenía para conseguir los efectivos que me permitirían atacar las plazas fuertes de Mobila y Pensacola, el haber iniciado una relación amorosa con Felicitas de St. Maxent suponía, a nivel personal, otra preocupación.

Para no incitar posibles habladurías, me fui de la casa de Antoine Gilbert de St. Maxent; pero, aunque Unzaga se hubiera ya marchado, la residencia del gobernador había sido de nuevo desguazada por la tormenta, por lo que tuve que aceptar la hospitalidad de los padres capuchinos, cuyo convento estaba edificado en un material más sólido que la mayor parte de los edificios de Nueva Orleans. El prior del convento, fray René Lambert, me ofreció una celda muy espaciosa y el uso de la sala capitular para mis reuniones con mis ayudantes. Después de desayunar en el refectorio, solía ir a estirar las piernas en torno al claustro con el prior, que, por ser oriundo de la Provenza, sabía hablar catalán y entendía el castellano.

El padre había debido adivinar la frialdad que sentía hacia los temas religiosos porque una mañana me dijo:

—Me he fijado, por el tiempo que lleva viviendo entre nosotros, que su excelencia no recibe con demasiada frecuencia los sacramentos; porque no ha tomado la santa comunión durante la misa y tampoco, que yo sepa, se ha acercado por el confesionario.

La forma espontánea con la que se expresó el prior me hizo contestarle de la misma forma:

—Reverendo, es cierto que, aunque soy creyente, no practico con demasiada frecuencia los sacramentos. Creo que el haberme apartado de las prácticas religiosas tiene algo que ver con los años que pasé en Francia en la academia militar, donde mis compañeros me prestaron libros de Rousseau y de Voltaire, lo que me hizo

percibir mi relación con un ser superior de otra manera.

—¡Vaya, veo que, una vez más, los españoles echan la culpa de todo lo malo que les ocurre a los franceses! —dijo el prior con una carcajada; pero se puso serio antes de añadir—: Si me he permitido aludir a la necesidad de acercarse más al Señor a través de sus sacramentos es porque pienso que en momentos difíciles como los que usted está pasando se necesita no solo ayuda celestial sino también la comprensión y el afecto de otro ser humano para llevar a buen puerto sus deseos y proyectos.

Me detuve un momento en nuestro paseo y me quedé mirando a Lambert, imaginando ya lo que iba a decir.

—Le ruego que no se tome lo que voy a decirle como una oficiosidad o indiscreción —continuó—, pero todos en la ciudad sabemos que ha iniciado usted una relación amorosa con la hija de Antoine Gilbert de St. Maxent, la bella Felicitas. Y debo suponer que en estos momentos para usted una relación amorosa debe ser, por un lado, una fuente de satisfacción y alegría y, por otro lado, un motivo de preocupación.

—Mentiría si dijese lo contrario, y confieso que me sorprende que haya podido usted penetrar en mi conciencia con tanta claridad. ¿Acaso llevo mis pensamientos escritos en la frente?

—En absoluto, pero aunque su carácter jovial y campechano le lleva a expresarse en forma desenfadada, mi conocimiento del alma humana me ha hecho adivinar que la procesión va por dentro.

—Puedo decirle que me gustaría, por una parte, poder satisfacer el amor que siento por Felicitas pidiéndole que se casase conmigo, pues jamás encontraré a otra persona que reúna los atributos de belleza, inteligencia y encanto que tiene esa mujer. Pero existe un obstáculo que no resulta fácil franquear: como alto funcionario de la administración colonial, para poder casarme con una mujer de la misma colonia tengo que pedir una autorización real.

—Lo sé, porque tuvo que pedirla el anterior gobernador para poder casarse con Isabel, la hermana de Felicitas. ¿Existe alguna razón para no actuar de la misma manera?

—Me temo que si en circunstancias normales puede tardar meses en llegar de la corte esa autorización, en un estado de guerra como el actual, un permiso de este tipo podría tardar años en ser concedido.

—Si usted, señor gobernador, saliera de aquí para guerrear contra los ingleses, es posible que su destino militar le lleve por otros derroteros y otros mundos, y en ese caso le habría provocado un daño irremediable a una mujer que lo ama. —El prior hizo una breve pausa antes de añadir—: Espero que sepa perdonar mi atrevimiento, ¿no piensa que podría haber una excepción en esa regla?

—¿Una excepción a la autorización real? ¡Imposible!

—Sé que otro de los oficiales españoles se casó con una ciudadana de la Luisiana sin pedir ese permiso, celebrando el matrimonio *in articulo mortis*.

Confieso que me quedé tan atónito ante esa posibilidad que no supe qué responder.

Capítulo 26
Segundo azotazo del padre de las aguas

Ante la demora por parte de los mando militares de La Habana de enviar la ayuda en barcos, tropas y suministros que había solicitado Bernardo de Gálvez para iniciar su campaña en el golfo de México, a principios de enero de 1780, el gobernador decidió reunir las tropas y transportarlas en los escasos barcos disponibles para atacar la plaza fuerte de Mobila. Gálvez pensaba que si tomaba esa plaza sería un buen precedente para convencer a los mandos de Cuba de lanzar un ataque contra Pensacola.

Pero aun antes de alcanzar las aguas del golfo, los barcos de trasporte se quedaron varados, en una barra de arena que no se había visto antes en la desembocadura del río. Y cuando, tras alijar los navíos, consiguieron bogar en mar abierta, el padre de las aguas levantó una fuerte marejada que desperdigó a las embarcaciones, estrellando seis de ellas contra los arrecifes.

Cuando pasó la tormenta, Gálvez consiguió poner a flote algunas de las naves y utilizó alguno de los cañones de los barcos inservibles para instalar una batería cerca del fuerte Charlotte, que protegía la entrada de la bahía de Mobila. Una vez en posición de atacar la ciudad, entre Elías Durnford, el comandante de Mobila, y el gobernador Gálvez se cruzaron varias cartas para fijar las bases de la campaña, como era costumbre entre caballeros.

El mensajero de Gálvez a la plaza fue agasajado por el comandante inglés con un banquete donde todos los oficiales se emborracharon y donde al final brindaron por Jorge III y Carlos III, aunque no se acordó suspender las hostilidades. Un par de días después llegaba al campamento español un regalo de Durnford, que consistía en doce botellas de vino, una docena de pollos, un carnero y pan fresco; a lo que Gálvez correspondió enviándole una caja de vino de Burdeos, otra de vino español, unas canastas de naranjas y

una caja de puros. Pero como lo cortés no quita lo valiente, Gálvez le mandó una carta a Durnford echándole en cara que hubiera destruido parte de los arrabales de la ciudad para poder asegurar mejor la defensa del fuerte:

«Las fortalezas —decía Gálvez en su misiva— se construyen únicamente para defender las poblaciones, pero vuestra merced está empezando a destruir la ciudad en favor de la fortaleza que es incapaz de defender».

Pero cuando aún se encontraban los jefes enemigos en esos *pourparlers*, llegó a manos del gobernador español una carta interceptada a los ingleses que anunciaba que la plaza sitiada recibiría refuerzos desde Pensacola, por lo que Gálvez decidió entrar en acción. Esa misma noche dio instrucciones a sus hombres para socavar una trinchera desde donde pudieran bombardear con eficacia la fortaleza enemiga, y al amanecer los barcos españoles que podían maniobrar se colaron en la bahía, por lo que de madrugada sometieron al fuerte a un fuego combinado desde tierra y desde la bahía.

No tardó ni unas horas en enviar Durnford un emisario proponiendo cesar las hostilidades para determinar la forma de capitulación, y tras rechazar la primera propuesta del comandante inglés que ofrecía entregar el fuerte a condición de que la tropa pudiera salir hacia Pensacola, el gobernador aceptó la segunda propuesta de que la guarnición quedase prisionera, aunque se le concedieran honores de guerra.

Poco después se supo que el comandante de Pensacola había salido ya con un ejército de cerca de mil hombres para socorrer Mobila, pero que al tener noticias de la capitulación del fuerte Charlotte se volvieron de nuevo al punto de partida. Tras desfilar con el fusil al hombro, al son de las cajas de su banda, los ingleses entregaron sus armas y Gálvez tomó posesión del fuerte con más de doscientos prisioneros. Ya de regreso a Nueva Orleans, la población enfervorecida llevó casi en volandas al gobernador hasta el convento de los capuchinos, donde Gálvez tuvo que saludar desde el balcón.

Pero cuando se disolvió la multitud y se quedó a solas con el prior, el militar victorioso detectó en los ojos del religioso un brillo malicioso que le preocupó.

—Ya está, ya está —dijo el prior René Lambert, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Lo hemos conseguido!

—Es cierto que hemos conquistado Mobila, pero aún me queda lo más difícil, tomar la plaza de Pensacola.

—Perdóneme, pero no me refería a eso, estoy tan contento que no he sabido expresarme: pero me tomé la libertad de hablar con Felicitas y ella estaría dispuesta a casarse realizando la ceremonia del matrimonio *in articulo mortis*.

No sabiendo bien qué contestar, a Gálvez se le ocurrió decir:

—Sin embargo, supongo que, para celebrar esa ceremonia, tendrán que existir las circunstancias objetivas de ese caso, es decir, que uno de los contrayentes debe estar a punto de morir.

El prior soltó una de sus espontáneas carcajadas que en ese momento no le hicieron al gobernador ninguna gracia.

—Bueno, eso déjelo de mi cuenta. —Y, guiñando un ojo, añadió —: Si me encargan a mí oficiar esa ceremonia, descuide que yo no voy a pedir el parte médico.

Capítulo 27
La melaza cubana

Mucho antes de que se produjese la declaración de guerra a Inglaterra, José de Gálvez había enviado instrucciones al gobernador de La Habana para que estableciera una red de espías en diferentes puntos del Caribe, para que le proporcionaran una información directa de lo que estaba ocurriendo en el conflicto entre Inglaterra y sus colonias.

A Jamaica envió a Luciano Herrera; a la Florida, al importante comerciante habanero Eligio de Lapuente; y por recomendación especial del gobernador Diego José Navarro, destinaron al punto neurálgico del nuevo estado, que era Filadelfia, al español de origen valenciano Juan Miralles, por cierto, cuñado de Lapuente.

A pesar de que muchos le achacaban a Miralles un pasado turbio de contrabandista y tratante de esclavos, e incluso algunos le acusaban de haber estado en convivencia con los ingleses cuando entraron en La Habana en 1762, el valenciano cumplió a la perfección la difícil tarea de ser el agente oficioso de la Corona de España ante un gobierno con quien la corte no tenía relaciones oficiales. Para ello, Miralles se valdría de sus relaciones de negocios con Robert Morris, el más importante financiero de la revolución, que había sido nombrado por el Congreso miembro del Comité de Correspondencia Secreta; relaciones que, por cierto, habían desarrollado durante el periodo en que había estado en posesión de los ingleses La Habana, cuando también había colaborado con Oliver Pollock.

Aunque la única credencial que tenía Miralles era una carta de recomendación del gobernador de Cuba, Diego Navarro, como se había instalado en Filadelfia un mes antes de la llegada de Conrad Alexander Gerard, el embajador acreditado por Francia en los Estados Unidos, los líderes del Congreso le trataron en pie de igualdad con el francés, con quien el valenciano trabó una relación

de amistad y colaboración. Poco después de llegar a Filadelfia, Miralles había ofrecido un magnífico banquete en honor del general Washington y de su esposa, que pronto le honraron con su amistad.

Es probable que George Washington supiera perfectamente que aquel agente no representaba oficialmente a la corona española, pero el general intuía que esa forma de tratar al comisionado español favorecía la impresión de que España estaba apoyando abiertamente a las colonias rebeldes, lo que estaba muy lejos de la realidad. Curiosamente, desde la otra punta del globo, el conde de Aranda también pretendía ante las autoridades francesas que Miralles tenía un mandato de la corte, cuando el embajador sabía que era un simple agente del gobernador de Cuba.

Como el apoyo a la causa de la revolución no les impedía atender a sus propios intereses, las goletas de Miralles y de Morris restablecieron la red comercial que había existido antes de la última guerra entre los puertos del sur de los Estados Unidos y Cuba, transportando a La Habana productos variados, arroz, azúcar, y volvían cargados con pertrechos militares, ropa y medicina, que hacían llegar al puerto de Nueva Orleans para que Bernardo de Gálvez los canalizara río arriba hasta el alto Mississippi.

En marzo de 1778, Miralles envió a Oliver Pollock una donación de nueve mil varas de paño azul, dieciocho mil varas de paño tinto de lana de las fábricas de Alcoy, así como seis cajas de quinina, ocho cajas de otras medicinas, cien quintales de pólvora en cien barriles y trescientos fusiles con sus bayonetas. Dadas las estrecheces que en aquella época estaba sufriendo el ejército continental, bloqueado en la nieve por las tropas inglesas, y los apuros financieros del propio Congreso, esos suministros —y sobre todo la ayuda financiera en *Spanish milled dollars* que el agente español distribuía con largueza—, no es descaminado pensar que habían salvado de la bancarrota al nuevo país.

Por otro lado, la relación de Miralles con algunos de los líderes de la revolución le permitió detectar cierta resistencia, especialmente entre los representantes de los estados del sur, a ayudar a España a conquistar los territorios que estaban en manos de los ingleses. Y el agente valenciano advirtió al ministro de Indias sobre esta ambigüedad, ya que, por una parte, los líderes revolucionarios sabían que necesitaban la ayuda de España para

vencer al enemigo común, y por otra, temían las consecuencias de la alianza con una potencia europea que inevitablemente recortaría sus ambiciones territoriales.

Es posible que los turbios negocios de su pasado le ayudasen a Miralles a navegar en las aguas revueltas de un país en periodo de gestación, cuyos líderes habían sabido envolver con una bandera idealista intereses a veces inconfesables. Por ejemplo, todo el mundo conocía la reacción airada de los comerciantes de Boston cuando la metrópoli intentó imponer el monopolio sobre el té, que provocó el famoso incidente en el que unos blancos disfrazados de indios tiraron al agua los fardos de té, en una acción que sería conocida como el *tea party*. Pero no se había difundido igualmente el hecho de que las medidas restrictivas impuestas por Inglaterra habían supuesto el colapso del comercio de ron entre Cuba y las refinerías norteamericanas de Massachusetts y Rhode Island, que anualmente elaboraban con melaza cubana cientos de miles de barriles que después eran destinados a los puertos africanos para adquirir esclavos negros.

El propio John Adams, que había sido nombrado por el Congreso representante para negociar con Inglaterra un posible acuerdo de paz y comercio, y que en 1779 pasó por España, donde fue atendido por Diego de Gardoqui antes de seguir camino hacia París, en algún momento declaraba: «No sé por qué deberíamos sonrojarnos para confesar que la melaza fue un ingrediente esencial en la independencia de América».

En ese ovillo de intereses casi inextricable entre las distintas partes en presencia, es evidente que las prioridades de Jaime Miralles no coincidían con la línea trazada por el ministro de Indias y encomendada a Bernardo de Gálvez; puesto que para este último el objetivo prioritario de la guerra con los ingleses era expulsarlos de la cuenca del Mississippi y del golfo de México, mientras que para el agente valenciano y el resto del llamado clan floridiano —que tenían gran influencia en el propio gobernador español en La Habana—, el objetivo principal para derrotar a los ingleses era restaurar el comercio que habían interrumpido entre los puertos del sur de los Estados Unidos y los de Cuba.

Esta disparidad de criterios sin duda iba a repercutir en la falta de apoyo inmediato que debía prestar don Diego Navarro y los otros

jefes militares de Cuba a las peticiones de Bernardo de Gálvez para la toma de Pensacola. Para conseguir atacar con éxito esa plaza, el gobernador de la Luisiana pedía entre cinco mil y siete mil hombres, a lo que el capitán general de Cuba respondió que con unos tres mil soldados sería suficiente para apoyar al contingente con el que Gálvez había iniciado su campaña contra Inglaterra. Y cuando Gálvez solicitó del comandante en jefe de la Armada en La Habana, Juan Bonet, el envío de barcos para realizar una operación combinada, terrestre y marítima, contra Pensacola, el almirante se negó en rotundo a que salieran de los muelles de los puertos de la isla los barcos que consideraba imprescindibles para poder repeler un posible ataque de la flota británica a Cuba.

La toma de La Habana en 1762 por los ingleses había dejado profundas cicatrices tanto entre los mandos militares como en los de la Armada, a quien hubiera correspondido la defensa del puerto. Para ayudar a digerir ante la opinión pública la humillante derrota de lo que hasta entonces se pensaba que era la fortificación más segura de las Antillas, Carlos III quiso aplicar un castigo ejemplar a quienes se consideraba responsables de esa derrota. Y como a la sazón el conde de Aranda ocupaba un importante puesto de gobierno en la corte, se le nombró presidente del consejo de guerra que juzgaría al capitán general de la isla y al oficial responsable de la defensa de El Morro, quien al rendir esa fortaleza había dado a los ingleses la llave de la capital. El inflexible aragonés procedió a condenar a muerte al marqués de Portocarrero y a varios de sus ayudantes, aunque en última instancia la pena capital sería conmutada por un indulto real.

Y aunque habían pasado casi veinte años desde ese episodio, y desde que la capital de Cuba hubiera sido devuelta a España, todavía en La Habana el hablar de retirar barcos y soldados en plena guerra con los ingleses era como mentar la cuerda en casa del ahorcado.

Capítulo 28
Misión en Pensacola

Una mañana desapacible del otoño del año 1780 llegaba frente al estuario de la bahía de Pensacola, procedente de San Agustín, una pequeña goleta que hacía el cabotaje entre los puertos ingleses de la Florida Oriental y de la Occidental, a bordo de la cual viajaba Oliver Pollock. El patrono de la embarcación era un escocés llamado McIntry, que no sabía qué negocio llevaba a Pollock a Pensacola; tampoco se lo había preguntado cuando se embarcó en San Agustín, aunque el viajero trasportaba un maletín de cuero reluciente en cuyo interior, con los movimientos del barco, sonaba lo que pudieran ser frascos de medicinas.

Pollock había preferido no adoptar un disfraz demasiado marcado que hubiese podido resultar sospechoso; los peluquines podían desplazarse con una ráfaga de viento y el maquillaje para disimular las pecas de la nariz podía derretirse bajo los rayos del sol. En cambio, se había hecho cortar a raíz de las sienes las patillas pelirrojas que eran el rasgo más característico de su identidad y un barbero de San Agustín le había teñido la mata de pelo cobrizo con un tinte oscuro que el fígaro aseguró que era absolutamente indeleble. Como su acento irlandés era tan evidente, Pollock también había renunciado a afectar otra pronunciación, aunque intentaría hacer desaparecer cualquier otro vestigio que le hiciera reconocible.

Pollock tampoco se atrevió a falsificar, como le había propuesto Gálvez, una carta de contestación del propio general Clinton a la misiva del general Campbell que había sido interceptada y obraba en su poder, porque el estilo de redactar del oficial inglés podría ser distinto o quizás el membrete de la carta podía haber cambiado por cualquier circunstancia. Para intentar salir airoso de una misión tan delicada, Pollock había decidido que la mejor estrategia era posiblemente la más simple: se presentaría ante el comandante del

fuerte de Pensacola sin otra acreditación que el ser portador de instrucciones verbales del comandante en jefe en respuesta a su petición de socorros, indicándole a Campbell que el general Clinton no se había atrevido a mandarle estas instrucciones por escrito ante el peligro de que el barco en el que viajaba el correo fuera interceptado por los corsarios americanos o un buque de guerra español. Es decir, intentando sacar verdad de mentira.

Para capear un viento contrario del suroeste, al llegar a la altura de la isla de Santa Rosa, el capitán McIntry tuvo que pasar de largo la entrada de la bahía de Pensacola y virar luego de bordo ciñéndose al viento para entrar en el canal muy estrecho que había entre la punta occidental de la isla y los acantilados que quedaban a babor, llamadas Barrancas Coloradas por los españoles y Red Cliffs por los ingleses.

Incluso antes de que los ingleses construyeran ahí su batería, aquel escarpado bastión tenía un aspecto amenazador porque sus laderas, carcomidas por la erosión y los nidos de las gaviotas, presentaban grietas en la piedra que podían recordar las arrugas de una faz monstruosa. A Oliver le trajo a la memoria un grabado que había visto en casa de sus padres, oriundos del pueblecito de Mermaid, en cuya costa se erguía también un promontorio rocoso que los más ancianos decían era la cabeza de un gigante que había sido petrificado por el maleficio de una bruja.

Era la primera vez que Pollock contemplaba de cerca el gran promontorio, y la luz de la tarde inundaba de canales rojizos las grietas del acantilado, como si fuesen heridas abiertas. Pero más heridas podía provocar con sus cañones la guarnición de «casacas rojas» que controlaban las aguas de acceso a la bahía.

Cuando la goleta entró por el estrecho canal, cuya profundidad variaba con los movimientos de los bancos de arena en la costa, Pollock pudo comprobar que la proa de la embarcación enfilaba directamente hacia el promontorio y por lo tanto quedaba un rato merced de sus cañones. Oliver sacó el reloj de su faltriquera y anotó cuidadosamente en un bloc el tiempo (cuatro minutos y treinta segundos) que tardaba la goleta en recorrer el tramo del canal que caía bajo los farallones de las Barrancas Coloradas, que sería el mismo tiempo que cualquier barco que pasase por allí estaría expuesto al fuego de las baterías construidas en lo alto del

promontorio.

Pollock también tomó nota en su libreta de la distancia aproximada entre el centro del canal y el extremo occidental de la isla de Santa Rosa, llamado por los españoles Punta Sigüenza y donde los ingleses habían colocado otra batería para someter a un fuego cruzado a cualquier buque enemigo que se atreviese a pasar por allí. Cuando el patrón del barco le preguntó qué es lo que estaba dibujando, Pollock le contestó que era un paisajista aficionado.

Una vez que la goleta atravesó las aguas tranquilas de la bahía y entró en el puerto, Pollock se metió el bloc de notas en el bolsillo y tragó saliva, repasando mentalmente lo que pensaba decirle al general Campbell, si es que llegaba a hablar con él. Pero las cosas que parecen a primera vista más difíciles a veces resultan las más fáciles; y sin hacerle muchas preguntas ni pedirle otra identificación que el antiguo salvoconducto que se usaba en las colonias de su majestad británica —extendido a nombre de un tal Robert Maguire —, un par de granaderos ingleses le acompañaron hasta el fuerte George, donde estaba el despacho del general.

Cuando Pollock dijo que traía instrucciones verbales del general Clinton que solo podía dar al general Campbell, el ayudante de campo John Moore, que resultó ser también irlandés, reconoció inmediatamente el acento de su compatriota. Quizás por esa simple afinidad con Moore, el visitante no tuvo que esperar ni cinco minutos. Al pasar al despacho donde se encontraba el comandante militar de la plaza, Campbell lo recibió con una sonrisa hospitalaria. El general estaba embutido en un uniforme de paño rojo, en donde cada uno de los botones y cada hebilla metálica del correaje habían sido escrupulosamente bruñidos, y trató al desconocido con una familiaridad que a Pollock casi le pareció excesiva. Tenía la cara ovalada, perfectamente rasurada, pero las encendidas rosetas de los mofletes parecían indicar que la abstinencia del alcohol no entraba entre las posibles virtudes del general. Lo elegante de su ademán y la ecuanimidad de su expresión parecían atestiguar la nobleza de su origen, pero Pollock pensó que Campbell era un ejemplar característico de la aristocracia anglosajona que, sin perder sus modales exquisitos y su sonrisa flemática, había sometido bajo su férula a media humanidad, incluyendo al pobre pueblo irlandés. Si

bien, en este caso, el general era de origen escocés.

—Con que se han juntado aquí dos bandidos irlandeses, usted, Robert Maguire, y mi ayudante, John Moore —bromeó el general—. Veo que, no contento por ponerme un edecán irlandés, el general Clinton me manda un mensajero de la misma calaña.

—El general Clinton se disculpa por no haber contestado antes su carta del pasado mayo, por haber estado demasiado ocupado con las travesuras —Pollock había empleado la expresión «travesura» con la que los realistas querían minimizar las acciones a veces exitosas del ejército de Washington— de los rebeldes al norte del país. Y no quiso ponerle ninguna comunicación por escrito para evitar que pudiera ser interceptada por los corsarios americanos que infestan estas aguas.

—Entiendo muy bien lo que me dice, Maguire, y lo interpreto como una prueba más de la clarividencia de nuestro comandante en jefe. Por otro lado, supongo que el general Clinton le habrá puesto al corriente de nuestras necesidades. ¿Le dejó el general leer mi carta?

—En efecto, quiso que yo la leyera para que captase la situación que describe, que entiendo que es bastante crítica, ante la posibilidad de un ataque por parte de los españoles que, como sabe, ya han conquistado la Mobila.

—No le quepa la menor duda, señor Maguire, de que los españoles nos atacarán, y a decir verdad me extraña que no lo hayan hecho ya.

—Para tomar esta plaza, aun sin los refuerzos que el general Clinton desea mandarle, necesitarían sacar tropas y barcos de La Habana, pero los mandos militares de esa isla no están dispuestos a dejar salir de allí ni un solo barco ni una sola compañía de soldados, por temor a que les ocurra lo que ya sucedió en la guerra anterior.

—Veo que es usted un hombre muy bien informado, lo que parece lógico, al ser un ayudante muy próximo al general. Yo también creo que el recuerdo de nuestra toma de La Habana posiblemente nos está salvando de que ataquen Pensacola; aunque tal vez los españoles estén esperando también a que se retiren de la proximidad de la plaza nuestros auxiliares indios. Es cierto que nos estamos dejando una fortuna en alimentar a esa muchedumbre de

salvajes, pero gracias a los ímprobos esfuerzos de nuestro superintendente en el departamento indio, señor Cameron, de momento los hemos conservado como aliados.

El general hizo una pausa y, encogiéndose de hombros, lanzó un profundo suspiro, como si le costase reconocer lo inevitable:

—Pero, por desgracia, esa jauría de salvajes, con todos sus gritos de guerra y sus actos de crueldad, no va a amilanar a don Gálvez, que sabemos tiene experiencia en combatir a los indios. Por eso le he insistido humildemente al general Clinton para que envíe refuerzos y fondos para restaurar nuestras fortificaciones, que no se encuentran en condiciones de soportar un ataque en regla.

Intervino el ayudante, que hasta entonces había estado callado:

—Si yo tuviera que luchar contra los españoles preferiría hacerlo saliendo de los fuertes que quedándome aquí como un pato cojo —*like a sitting duck*, dijo en inglés—, esperando que una granada española me vuele la cabeza.

—John, aunque posiblemente tengas razón, ya te he dicho que nunca hagas ese tipo de comentario en público —lo reprendió su jefe, sacudiendo la cabeza—, pues la tropa está ya bastante desmoralizada a la espera del ataque de don Gálvez, que hasta ahora no parece detenerse ante nada.

—El joven gobernador ha conseguido esa fama —intervino Pollock—, pero sabemos que algunos de sus compatriotas dudan que su carrera fulgurante se deba a sus propias hazañas o sea consecuencia del favor de su tío, que, como sabe, es un ministro de la corte muy influyente.

Como por la expresión del general Pollock intuyó que empezaba a estar algo sorprendido de que el visitante estuviera al corriente de aquellas interioridades de la administración española, el espía consideró que había llegado el momento de regalarle a Campbell la botella de *brandy* añejo que le había dado el gobernador español, como si fuera un presente del general Clinton. Abrió el estuche de cuero donde guardaba la botella, junto con los frascos que podían hacerle pasar por un vendedor de medicinas, intentando que no se viera el bote de veneno que estaba dispuesto a ingerir si las cosas se ponían mal, para evitar el oprobio de morir ahorcado.

Cuando el general Campbell sacó la botella de *brandy* de su estuche de terciopelo, casi se le saltaron las lágrimas de la emoción.

—Querido Maguire, para ganar mi confianza no necesita usted mejor credencial que esta botella, pues es la mejor prueba de que el comandante en jefe conoce muy bien cuáles son mis gustos. —Y con un guiño picaresco inadecuado hacia un soldado de rango inferior, añadió—: Por no decir mis debilidades.

Campbell dedicó algunos minutos a contemplar en completo silencio la botella y su envoltorio, como si acabasen de entregarle el Santo Grial, y una vez que lo guardó cuidadosamente en uno de los cajones de su mesa de caoba, adquirió de nuevo una actitud más marcial:

—Maguire, aunque nada me gustaría más que descorchar inmediatamente esa botella e invitarle a pasar el resto de la tarde charlando con usted y con esa bella panzuda —refiriéndose a la forma de la botella—, lo cierto es que usted y yo tenemos mucha tarea por delante, y vive Dios que se trata de una tarea urgente, si queremos que los refuerzos lleguen a tiempo. Aunque supongo que habrá llegado cansado por la travesía, creo que la única forma en que usted mismo se dé cuenta de nuestras necesidades es recorriendo nuestras instalaciones para ver lo poco que tenemos y lo mucho que nos falta.

Si el mismo Pollock hubiera solicitado que el general le enseñase las fortificaciones, su interés hubiera podido sonar sospechoso, pero, habiendo partido del general, solo tenía que dar gracias a San Patricio de que su misión estuviera saliendo a pedir de boca. Si mientras estaba valorando los peligros que debía arrostrar —lo que le llevó a redactar un testamento ológrafo—, el irlandés hubiera imaginado que iba a ser recibido de tal forma por el propio general Campbell, hubiera pensado que estaba soñando. Pero puesto que el viento parecía estar soplando a su favor, aprovechó la coyuntura para preguntarle al general:

—¿No le importará, su excelencia, si voy tomando algunos apuntes en mi bloc de notas, para luego poder elaborar un informe lo más completo posible para el comandante en jefe?

Acompañado por el propio general, su ayudante Moore y un par de granaderos que iban abriendo camino en un sendero anegado de arena y transitado por verdaderos enjambres de indios con cara de pocos amigos, fueron recorriendo uno a uno los fuertes que, marcando una media circunferencia en lo alto de una colina

arenosa, protegían la plaza de Pensacola.

—Por favor, no repita esto al general Clinton —dijo el general Campbell al ver que sus botas de piel de potro relucientes se hundían en la arena hasta media caña—, pero ¿usted cree que realmente merece la pena sacrificar vidas y medios materiales para defender este arenal en un lugar tan perdido? —El general dijo en inglés: *this pit of sand in the middle of nowhere*.

Notó que el ayudante Moore hizo un gesto de inteligencia a su jefe, mirando de reojo a los granaderos que los acompañaban, para hacerle un mudo reproche a Campbell después de que el mismo general acabara de reconvenirle por desmoralizar a la tropa.

De los tres fuertes construidos para la defensa de la plaza sobre Gage Hill, el que parecía más resistente era el llamado Fort George, que quedaba como a mil doscientas varas del centro de la ciudad de Pensacola, y alojaba los cuarteles del general. Era el único que había sido reforzado recientemente y estaba protegido por una doble empalizada, y el foso que mediaba entre ambas estaba relleno de arena, por lo que el general no hizo ningún comentario a este respecto.

En cambio, cuando por el camino de arena llegaron a los fortines que defendían el fuerte principal, el llamado Prince of Wales, que tenía una forma elíptica, erigido como a trescientas varas del fuerte George en dirección noroeste, y el otro, llamado Queens'Fort, situado a la misma distancia, pero ya en la cuerda de la colina, el general le señaló al visitante los numerosos fallos en sus defensas: cortinas derrumbadas, faginas desmanteladas, cañones aún no instalados en sus troneras, por carecer de material de construcción, junto a otros cañones oxidados que el propio Campbell declaró inservibles.

El espía fue tomando minuciosamente nota de todos y cada uno de aquellos fallos en la defensa, pensando que si conseguía volver a Nueva Orleans, su informe le sonaría a Gálvez como música celestial. A Pollock le costaba no esbozar una sonrisa cada vez que el propio Campbell le pedía que se fijase en algún defecto que el visitante no parecía haber notado, para que Clinton estuviera puntualmente informado de esos defectos.

Capítulo 29
Los patos de la bahía

Al acabar la inspección de los fuertes de la colina, el general le indicó a Pollock que aún les quedaba la visita al fuerte de las Barrancas Coloradas, verdadera joya de las fortificaciones, que Campbell quería enseñar al visitante para que no fuera solo negativo el informe que debía someter al general Clinton. Subieron en un pequeño carricoche de dos ruedas, tirado por un par de mulos, que a duras penas pudo franquear el repecho de la colina, pues la brisa que venía del mar empujaba montoncitos de arena sobre el trazado del camino.

Al llegar por el cordel de la colina a la punta del promontorio, Pollock pudo contemplar el imponente escenario que se divisaba desde el fuerte de las Barrancas Coloradas. Por desgracia, pudo constatar también que las baterías del fuerte dominaban completamente las aguas del canal que trascurría justo al pie del acantilado. Tras recibir el saludo militar del jefe de la guarnición, el general Campbell mostró al visitante la magnífica construcción de las instalaciones que protegían la batería, compuesta por cinco piezas del calibre treinta y dos, y otras seis de seis pulgadas que apuntaban a los flancos del promontorio. Como si fuese un niño enseñando a un amigo un valiosísimo juguete, el general le mostró a Pollock en detalle cada uno de los cañones, a los que él mismo había bautizado con un nombre grabado en el cobre, destinado a infundir terror al enemigo.

—Observe, amigo Maguire, que estos cañones dominan totalmente el único canal de acceso a la bahía y, además —y tendió su catalejo al visitante—, si se fija en el recodo que forma el canal justo al pie del promontorio, comprenderá que el barco que tenga que virar de rumbo desde la mar abierta para enfilar la boca de este estrecho pasadizo forzosamente debe dirigir su proa en dirección a las baterías, que tendrán ocasión de alcanzarlo tanto por delante

como de costado y después por la popa.

Al acabar su explicación, Campbell dio a uno de los cañones una palmada cariñosa, como la caricia que hace un jinete a su corcel favorito, añadiendo:

—Por lo que es casi imposible que esos barcos salgan indemnes.

Al ver la confianza que el general tenía en esa batería, Pollock se atrevió a preguntar:

—Excelencia, para poderle dar al general Clinton un informe completo de mi visita, ¿sería demasiado pedir que los artilleros realicen unos tiros de prueba?

El irlandés estaba seguro de que Campbell iba a acoger gustoso aquel desafío.

—¡Por supuesto que estaremos encantados de realizar una prueba! Iba a haberlo sugerido yo mismo, pero como estamos algo escasos de pólvora y municiones, no quería que el general Clinton pudiera pensar que las malgastamos en experimentos.

Ni corto ni perezoso, el general señaló al artillero un blanco a unas doscientas toesas de distancia, en medio del canal, un lugar donde las aguas eran más oscuras y sobre las cuales en aquel momento revoloteaba una gran bandada de aves acuáticas.

—Adelante, sargento, le ruego reduzca a fosfatina a esas aves imprudentes que se atreven a desafiar a las baterías de su majestad. —Y dirigiéndose a Pollock, le pidió que se apartase unos pasos de la boca de fuego—: Estos cañones de treinta y dos pulgadas son de tal potencia que conviene no estar demasiado cerca cuando se disparan; también le aconsejo que se tape las orejas con las manos.

El mismo Campbell dio la orden de fuego y el cañón vomitó su carga mortífera con una explosión ensordecedora, que impulsó a la cureña un par de varas de retroceso. La nube de humo tardó unos instantes en disiparse, pero cuando Pollock pudo observar con el catalejo el lugar donde había caído la bala, vio que el proyectil no había dado en el blanco: el tiro había impactado cien toesas más allá del parche azul, en aguas de un color más claro, por tener el fondo de arena.

El general se quedó un momento tan atónito que no alcanzó a decir nada, pero luego intentó quitarle importancia al fallo:

—Vamos, sargento Douglas, no sea usted tan respetuoso con las bandadas de patos, pues si consigue alcanzarlos, mandaré una

lancha para recoger algunas piezas y que el cocinero pueda prepararme un pato a la naranja, aunque sea un plato francés. Le ruego que afine un poco más su puntería para demostrar a nuestro ilustre visitante cómo disparan las Barrancas Coloradas.

Una y otra vez, con el consiguiente estruendo y bocanadas de humo que momentáneamente envolvían la plataforma de tiro, los artilleros dispararon distintos cañones sin llegar a acertar a la bandada de patos que se había posado tranquilamente en medio del canal.

Según iban repitiéndose los fallos, Campbell empezó a ponerse de mal humor y de las primeras observaciones irónicas pasó a reprender duramente al teniente que dirigía la batería.

—Señor Long, resulta evidente que sus hombres han practicado poco en los últimos meses, pero espero que lo que han ahorrado en pólvora y munición no se lo hayan gastado en raciones de aguardiente. Lo cierto es que en un par de días volveré por aquí, pondremos en el canal una lancha averiada y al artillero que no sea capaz de echarla a pique le pondremos a trabajar en el foso del fuerte de la Reina.

El teniente se quedó tan corrido, al verse increpado delante de todos sus hombres, que no alcanzó a responder. Cuando ya se volvían hacia el fuerte se produjo el incidente que, de no haber sido por la sangre fría que demostró el irlandés, hubiera podido costarle la vida. Estaban ya cerca del carruaje, cuando el visitante oyó que alguien gritaba a sus espaldas: «¡Pollock! ¡Oliver Pollock!».

Pero el espía estaba preparado para que pudiera suceder algo parecido, por lo que ignoró el llamamiento y siguió conversando con el ayudante del general, sin volver siquiera la cabeza. Pero no tuvo más remedio que detenerse cuando alguien le tocó la espalda. Uno de los guardas de la batería había creído reconocer en él a un amigo de la juventud, pero cuando Pollock se volvió y el hombre comprobó que tenía el pelo muy oscuro, se quedó un tanto perplejo.

—Perdóneme, señor, pero creía que había reconocido a otra persona a quien conocí hace unos años. Usted no será Oliver Pollock, ¿verdad?

—Amigo —respondió el espía con gran aplomo—, le aseguro que nunca he oído ese nombre en mi vida.

Ante la contundencia de la respuesta, el granadero se quedó

mirándole con expresión de perplejidad y se atrevió a añadir tímidamente:

—Es curioso, porque la persona que yo digo era también irlandés y el acento suyo también parece irlandés. Pero más vale que no sea esa misma persona, porque alguien me contó que el tal Pollock se había pasado al bando rebelde, y se encargaba de proporcionar armas y pertrechos para los maleantes en Illinois.

Intervino entonces el ayudante que, por ser irlandés, probablemente se había sentido insultado:

—Déjanos en paz, buen hombre, y procura en lo sucesivo no ver visiones. ¿Acaso piensas que todos los irlandeses son traidores al rey?

Pollock respiró hondo, pensando que el orgullo del ayudante probablemente le había salvado la vida en aquella situación. El general Campbell, que iba bastante por delante, dando grandes zancadas que reflejaban su indignación, ni siquiera se enteró de lo que había ocurrido. El general estaba tan disgustado que no abrió la boca durante el trayecto de vuelta hacia el fuerte. Solo cuando se apearon del carruaje, Campbell comentó en voz muy baja al visitante, para que no pudiera oírlo ni siquiera su ayudante:

—Señor Maguire, le aseguro que este fallo no se volverá a repetir en el futuro y lo que me permitiría pedirle, en aras de nuestra naciente amistad, es que no incluya en el informe que va a preparar para su excelencia el general Clinton ninguna referencia a lo que ha visto en las Barrancas Coloradas, pues se trata de un accidente que no se repetirá. Y ahora le invito a que suba a mis aposentos para probar el *brandy* que tan amablemente me ha traído de parte de su excelencia.

El sol se estaba poniendo sobre las aguas de la bahía y cuando, desde las almenas del fuerte, Pollock echó un último vistazo hacia las Barrancas Coloradas pudo comprobar que la bandada de ánades seguía revoloteando al pie del acantilado.

Capítulo 30

Matrimonio in articulo mortis

Habla Bernardo de Gálvez

A la vuelta de la expedición a Mobila había seguido viviendo en el convento de los capuchinos para no echar más leña al fuego de las habladurías que circulaban ya por la ciudad sobre mi romance con Felicitas. Pero seguía realizando frecuentes visitas a la casa de St. Maxent, donde, al acabar la cena —siempre servida en vajillas de porcelana francesa y con cristalería de factura italiana—, el resto de la familia tenía la delicadeza de dejarme a solas con Felicitas en la veranda de la casa que daba sobre el gran río, de donde al anochecer emanaba una brisa fresca y voluptuosa, preñada de los exóticos aromas de los cañaverales que crecían en la orilla.

Una noche noté que Felicitas estaba nerviosa, porque se trabucaba al hablar y estrujaba entre sus manos el pañuelo de encaje que siempre llevaba consigo. Cuando le pregunté si estaba preocupada por alguna razón, rompió a sollozar, tapándose la cara con el pañuelo, lo que me produjo una alarma profunda. Confieso que lo primero que pensé es que la mujer hubiera podido quedarse embarazada en uno de nuestros escarceos amorosos a la luz de la luna.

—Felicitas, dime lo que te ocurre, si tu disgusto tiene que ver conmigo, te ruego que tengas la confianza de manifestarlo. Y si de alguna forma te he faltado, te aseguro que estoy dispuesto a enmendarlo.

La mujer se serenó al oír aquellas palabras y, aunque enjugó con su pañuelo las lágrimas de su bello rostro, me habló con la voz aún entrecortada:

—Si resulta ser cierto lo que me han contado, será difícil que puedas enmendar una falta que probablemente cometiste hace algunos años.

Me quedé un tanto sorprendido de que alguien hubiera podido

levantar falsos testimonios contra mí.

—Puedo asegurarte por mi honor que ni ahora ni nunca he cometido una falta de la que pudiera avergonzarme y casi prefiero no saber quién ha sido la persona ruin que te ha malmetido contra mí, porque le pondría la cabeza a los pies… —Recordé que esa era la expresión que había utilizado mi tío José cuando, en pleno ataque de locura, quiso amedrentar a un oficial que expresó desacuerdo sobre su forma de actuar, y me arrepentí de haberla pronunciado—. Querida Felicitas, no es necesario que me digas quién te ha contado esas patrañas, pero si me dices al menos de qué se me acusa, estoy seguro de que podré responder a ese infundio de forma que te quedarás satisfecha.

Felicitas se tranquilizó bastante y me explicó que lo que había motivado su preocupación era lo que le había contado una hechicera o adivina que a veces frecuentaba y que, por lo visto, poco antes de que yo llegase a Nueva Orleans, había visto en sueños a un hombre que según todos los indicios era yo mismo. Aunque la parte positiva de su sueño es que había vaticinado que entre Felicitas y yo brotaría la chispa del amor, la parte sombría del delirio es que la mujer estaba convencida de que en algún momento del pasado yo había cometido un crimen nefando que tendría que purgar. Y la bruja le había advertido a Felicitas que si yo no me redimía de aquel pecado, el padre de las aguas —que es como los pobladores ribereños denominan al río Mississippi— descargaría todo su poder contra mí.

Ante una acusación tan peregrina, basada en el delirio de una esclava, no se me ocurrió ninguna respuesta, pero en vez de intentar dar una explicación, lo que hice fue tomarla en mis brazos y besarla con una pasión que nunca había sentido hasta ese momento, cuando por un momento pensé que estaba a punto de perderla. Felicitas también me abrazó en una actitud de entrega absoluta y cuando conseguí separarme de ese abrazo noté que los miembros y todo el cuerpo me temblaban como si fuera un azogado. Y lo era, pues estaba penetrado por el veneno del amor.

Al día siguiente, me presenté de nuevo en casa de Antoine Gilbert de St. Maxent para pedirle la mano de su hija, a lo que aquel caballero no puso ninguna objeción; pero también me pareció oportuno advertirle que, como gobernador de la Luisiana, debía

pedir permiso al rey, como lo había pedido mi antecesor Luis de Unzaga, para poder casarse con su hija Isabel. Lo que suponía un grave inconveniente si pretendíamos contraer matrimonio antes de salir de campaña contra los ingleses. Pero cuando le conté a mi futuro suegro lo que me había dicho el prior de los capuchinos sobre el matrimonio *in articulo mortis*, a St. Maxent no le pareció mala idea, e incluso me ayudó a improvisar una parodia de enfermedad que requiriese celebrar de esta forma la boda.

Yo me ausentaría unos días de la ciudad y regresaría en apariencia ya gravemente enfermo, tras haber tomado una pócima que iba a facilitarnos la misma bruja que le había hablado a Felicitas de un supuesto pecado en mi pasado. Como yo tenía ya proyectado un viaje río arriba, para comprobar el estado en que habían quedado los fuertes ingleses, ya durante el viaje hice el paripé ante mis ayudantes de que no me sentía bien de salud. Y lo cierto es que cuando ingerí el purgante de la hechicera, me encontré realmente mal, me asaltaron vómitos y escalofríos como si de verdad hubiera sucumbido a unas fiebres tercianas.

Me sentí algo avergonzado cuando supe que por toda la ciudad había cundido la noticia de que el gobernador había vuelto gravemente enfermo de su viaje y que en algunas iglesias estaban celebrando oficios para mi recuperación.

Al regresar a la ciudad, volví a hospedarme en el convento, donde el padre René Lambert lo tenía ya todo preparado. Había dispuesto en su propia celda una cama muy grande con sábanas de hilo fino y dos grandes almohadas, donde me recosté. La tarde que se celebró la ceremonia me desnudé, poniéndome un camisón largo de seda que, dependiendo de las circunstancias, podía hacer las veces de mortaja o de jubón nupcial. Y, para dar más verosimilitud a la escena, el fraile me había marcado las ojeras con una pomada oscura que me daba un aspecto cadavérico.

Cuando las hermanas menores de Felicitas entraron en la celda, al verme en aquel estado rompieron a llorar, pues obviamente no estaban en el secreto de aquella pantomima. De la mano de su padre, que en este caso hacía de padrino de boda, entró después la desposada ataviada con un traje de raso oscuro que realzaba su grácil silueta. Traía el pelo cubierto con una mantilla también negra, pero llevaba a los hombros un mantón de Manila bordado de

flores y mariposas, por lo que también su atuendo podía responder tanto a la etiqueta de una boda como a la de un funeral.

Cuando todo estuvo dispuesto, se oyó cantar en el pasillo del convento un salmo gregoriano y entró en la celda una procesión de frailes capuchinos, presididos por unos acólitos que agitaban sus incensarios. Quien oficiaba la ceremonia nupcial no era el prior del convento, sino fray Cirilo de Barcelona, como vicario general de la Luisiana, a quien fray Lambert había sabido involucrar en aquel enredo, a pesar de que los capuchinos franceses y la orden española del vicario no se llevaban muy bien. Tras situarse en la cabecera de la cama en la que yo estaba recostado, el oficiante pronunció en latín las preces previstas para del casamiento *in articulo mortis*, que se parecían demasiado a lo que yo había oído en los funerales.

La escenificación era tan perfecta que llegué a asumir el papel del moribundo y casi rompo a llorar, pensando que aquella mujer tan joven y bella, que ya había estado casada una vez, volviera a quedarse viuda en tan poco tiempo. Pero cuando Felicitas acercó su mano a mi pecho, mientras nos poníamos los anillos y, con los ojos medio entornados, contemplé a quien iba a ser mi esposa, tan recatada y al tiempo tan sensual, noté que algo se endurecía entre mis piernas, levantando las sábanas que me cubrían; hasta el punto de que ese movimiento inesperado casi hizo caer las vinajeras con los santos óleos que habían dejado sobre la cama. Afortunadamente, conseguí dominar de inmediato aquel impulso carnal, pensando que hubiera cometido un gran pecado si hubiera tenido una erección al tiempo que me daban la extremaunción.

Pero no bien me dejaron a solas con la que ya era mi esposa, me volvió a asaltar un deseo incontrolable, quizás porque aquel ritual entre fúnebre y festivo había tenido en mí un poderoso efecto afrodisíaco. Felicitas debió comprender lo que yo sentía, pues sin decir una palabra cerró la puerta de la celda y se tumbó junto a mí en la cama. Con la mayor delicadeza —pues se suponía que era un agonizante—, le fui quitando poco a poco la ropa, desatando los lazos de su enagua y desvelando la carne satinada que a la luz de los velones que los frailes habían dejado allí resultaba un manjar que deseaba fervientemente acariciar, lamer y morder.

Aquella noche, hasta las paredes de aquella celda construida como receptáculo de oración y de penitencia vibraron impulsadas

por un temblor poco habitual, pero que quién sabe si en realidad suponía la expresión de la libido contenida que sentía cada uno de los frailes en sus celdas.

CUARTA PARTE

Capítulo 31

Plegaria al padre de las aguas

«Si la mar no nos da algún otro azotazo espero que, con el favor de Dios, seremos felices, pues todo lo que va, hasta los marineros, van a mis órdenes». El 17 de febrero de 1781, mientras salía del puerto de La Habana al mando de un convoy militar con rumbo a la plaza inglesa de Pensacola, Bernardo de Gálvez expresaba así en su diario la inmensa satisfacción que le producía haber podido reunir un número de barcos y de tropas suficientes para poder emprender la conquista de esa plaza, tras varias expediciones malogradas, la última a causa de un pavoroso huracán con el que el padre de las aguas saladas quiso castigar, una vez más, el orgullo y la ambición del gobernador de la Luisiana.

El primer «azotazo» a que Gálvez se refería lo había sufrido la pequeña flotilla de embarcaciones preparada para ascender la orilla izquierda del Mississippi para tomar los fuertes ingleses, que fue desmenuzada por un tremendo aguacero. El segundo azotazo se cebó en otra flota de Gálvez cuando salió de Nueva Orleans hacia Mobila, haciendo embarrancar los navíos en unos traicioneros bajíos, en la misma desembocadura del río, y estrellándolos después contra la costa.

Y el tercer y más severo azote de los elementos a los planes de Gálvez se había producido cuando, después de haber convencido tras arduas negociaciones a los reticentes miembros de un consejo de guerra en La Habana de la necesidad de disponer de una escuadra de veintiocho buques de guerra y un convoy de transporte con más de tres mil hombres bajo su mando para una operación combinada en la bahía de Pensacola, apenas se habían alejado de Cuba cuando se había abatido sobre la escuadra y el convoy un tremendo temporal que durante más de ochenta horas se ensañó con la flota. Los vientos huracanados desarbolaron veintitrés navíos, dispersando la escuadra por todo el golfo de México. Algunos

barcos fueron a parar a Nueva Orleans, otros a la Mobila, y cuando varios de los navíos buscaron refugio del temporal en la bahía de San Bernardo, frente a Texas, uno de ellos fue atacado por los indios de la costa que, tras matar a todos sus tripulantes, le prendieron fuego.

En esas adversas circunstancias, Gálvez había tenido el valor de mantenerse a bordo del buque insignia del convoy, la fragata *Nuestra Señora de la O*, capeando el temporal y procurando reunir a los barcos que habían sobrevivido al desastre para proseguir la expedición hacia Pensacola. Pero el estado lastimoso en que quedaron hombres y barcos hacía imposible emprender un asedio que se preveía difícil y prolongado a la principal plaza fuerte de los ingleses en el golfo de México.

Con el tesón que caracterizaba al militar malagueño, apenas había vuelto a La Habana, Gálvez volvió a convocar la junta de guerra para proponerles una nueva expedición con el mismo propósito, lo que le costó aún más que la vez anterior. Aunque su majestad el rey le había nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales y terrestres para la toma de Pensacola, con el título de mariscal de campo, desde la primera vez que desembarcó en La Habana para conseguir los necesarios refuerzos, el gobernador de la Luisiana solo había encontrado falta de entusiasmo y escepticismo en los mandos militares y navales; y especialmente estos últimos achacaban el anterior desastre de la escuadra a que el mariscal de campo no hubiese escuchado sus consejos cuando habían vaticinado el temporal.

Con vistas a agilizar la toma de Pensacola, Carlos III había nombrado comisario real para esa campaña a Francisco de Saavedra, íntimo amigo de Bernardo de Gálvez por haber coincidido en la academia militar; desafortunadamente, en su viaje hacia Cuba, la nave del comisario había sido abordada por un buque inglés que le había retenido en Jamaica durante unos meses. Pero, una vez liberado, Saavedra había llegado a La Habana y contribuido a suavizar las tensiones en el consejo de guerra, convenciendo finalmente a los mandos navales de que cediesen a Gálvez otra escuadra, aunque fuese bastante menor que la que se perdió en la tormenta anterior. Contribuyó también a vencer la resistencia del consejo de guerra la noticia de que los ingleses

habían lanzado un ataque contra la plaza de Mobila, por lo que decidieron que los navíos de guerra y el convoy de transporte fueran, en primer lugar, a socorrer a los españoles cercados en Mobila y que, solo una vez asegurada esta plaza, intentasen el asedio a Pensacola.

Aunque Bernardo de Gálvez no fuera muy devoto, la víspera de su partida se había presentado en la capilla del fuerte de El Morro, a cuyo capellán Gil de Santiváñez conocía bien. Cuando el capellán lo vio entrar en la iglesia, saludó al mariscal de campo con una respetuosa inclinación de cabeza, pero a continuación se dirigió a él con la confianza que le granjeaba muchos años de colaboración al servicio de su majestad.

—Dicen las Sagradas Escrituras que se alegran más los cielos por un pecador que se arrepiente y vuelve al redil que por un centenar de hombres buenos que tienen ya aseguradas sus plazas en el paraíso —bromeó Santiváñez—. Aparte de la alegría de verlo por estos santos lugares que no suele frecuentar, confieso que me mata la curiosidad por saber qué le trae a su excelencia a visitar a su más humilde servidor cuando se supone que debe estar ocupándose de los últimos preparativos para la salida del convoy.

—Aunque sé que hay quien me tacha de descreído, he querido pasar por el templo porque sin la ayuda divina jamás hubiera podido reunir a una fuerza tan considerable; pero también quiero darte esta bolsa con el ruego de que dediques varias misas y novenas a unas intenciones muy concretas: quiero que reces por la feliz singladura de la escuadra y para conseguir la bendición en esta operación del padre de las aguas.

El páter se quedó mirando al mariscal con expresión de perplejidad, y metiéndose las manos bajo la pechera del sayal, dijo:

—En los años que he estado bajo sus órdenes, su excelencia, siempre ha conseguido sorprenderme con alguna ocurrencia extraordinaria. Pero en este caso lo que me pide me deja verdaderamente atónito. ¿Cómo podría dedicar una misa o unas oraciones al padre de las aguas, cuando esa advocación no figura en ningún santuario ni en ninguna de las letanías que yo conozco?

—Pues piensa que va siendo hora de que vosotros los religiosos comprendáis que en estas latitudes prevalecen algunos poderes que no figuran en nuestro santoral —le espetó Gálvez, con tono de

mariscal—. Pero, además, no existe ninguna razón para creer que el mismo Dios que calmó la tempestad sobre el lago Tiberíades y que en épocas remotas también sacó a Jonás del vientre de la ballena no quiera congraciarse con las fuerzas que gobiernan las mareas y los vientos. ¿Acaso no quieres ayudarme a culminar la empresa que me ha encomendado el mismo rey y que por tres veces consecutivas ha sido desbaratada por la fuerza de los elementos?

Como el páter conocía el furor del mar embravecido, no quiso provocar la furia del mariscal, por lo que se guardó en la faltriquera la bolsa que le ofrecía Gálvez, y haciendo un gesto de aquiescencia, prometió:

—Amén, rezaremos por el padre de las aguas y porque Dios les proteja en su travesía.

Capítulo 32
Las Barrancas Coloradas

Cuando el mariscal se despertó de madrugada al día siguiente, oyó que todas las campanas de La Habana tañían alegremente para despedir la escuadra y el convoy. Tras abotonarse con cuidado la casaca, se colgó la espada de su tahalí, y subió al alcázar del buque insignia *San Ramón* para contemplar la salida de la flota. Una vez que hubieron levantado la gruesa cadena que bloqueaba el acceso a la dársena, al pie de las murallas de El Morro fueron desfilando los siete navíos de guerra, las seis fragatas, varias polacas, saetías, balandras, paquebotes y bergantines, amén de una goleta cargada exclusivamente de sal y aguardiente para los indios que servirían como auxiliares en la expedición. Gálvez sabía que en la bodega del *San Ramón* iban ciento cincuenta mil pesos para los gastos de campaña, aparte de los bastimentos necesarios.

Y cuando el buque insignia donde viajaba Gálvez desplegó su imponente velamen y la airosa silueta de la nave pasó bajo la capilla del fuerte, el mariscal no pudo evitar una sonrisa al recordar la cara que había puesto el páter cuando le había pedido que introdujese en sus preces una advocación al padre de las aguas.

Pero cuando desde el alcázar bajó al camarote de oficiales, donde el capitán de navío José Calvo de Irazábal, comandante del buque insignia y de las fuerzas navales de la expedición, estaba reunido con otros capitanes, y vio que ninguno de los marinos se levantaba para saludarle, pensó que quizás había pecado de excesivo optimismo cuando había anotado en su diario la satisfacción que le producía que toda la expedición, incluidos los marinos, fuesen a sus órdenes.

Pocos días antes de la partida del convoy, el comandante del navío insignia, capitán Calvo de Irazábal, había dirigido una nota a Juan Bautista Bonet preguntándole si en la expedición de Pensacola debía ir como subordinado y obedecer las órdenes de Gálvez. A lo

que el jefe de la flota había contestado: «Sí debe ir subordinado y obedecer las órdenes del expresado don Bernardo relativas a la conquista de Pensacola, pero debe vuestra señoría ponerlas en práctica, según su conocida notoria inteligencia, sin separarse en lo demás de lo que previenen la reales ordenanzas de la Armada». Esa respuesta del jefe de la Armada resultaba tan ambigua que en ciertas circunstancias podría interpretarse como excusa para desobedecer las órdenes del mariscal, cuando estas pudieran estar en contradicción con las ordenanzas navales. Pero, con tal de no provocar nuevas tensiones, Gálvez había tolerado algún desplante, pensando que no merecía la pena enfrentarse con la Armada sobre cuestiones de protocolo.

Sin embargo, pronto iba a comprender el mariscal que la actitud del capitán Calvo de Irazábal y sus oficiales iba más lejos que los meros asuntos de protocolo: los miembros de la Armada consideraban que Gálvez no podía cambiar las instrucciones sobre la campaña de Pensacola que habían dado sus jefes en el consejo de guerra, incluyendo el almirante Juan Bonet.

Cuando la escuadra estaba ya cerca de la costa de la Florida, llegó desde la Mobila un buque correo con la noticia de que los defensores de la plaza habían rechazado valientemente el ataque de los ingleses, que en este caso encabezaba una compañía del regimiento Waldeck, cuyo capitán había muerto en la refriega, por lo que había recaído el mando de los asaltantes en un oficial inglés algo bisoño, que optó por una prudente retirada.

Al no tener ya que ir a Mobila, el mariscal quiso dirigir la escuadra directamente hacia Pensacola, pero ello suponía apartarse del plan inicial que había sido aprobado por el consejo de guerra en La Habana. El capitán Calvo solicitó que se reunieran en el *San Ramón* los mandos militares y navales para reconsiderar la situación. Deseoso de contemporizar con todas las fuerzas bajo su mando, Bernardo de Gálvez no puso ninguna objeción a esa petición y expuso ante los oficiales reunidos el plan de asedio que tenía planeado hacía tiempo. Aunque sin gran entusiasmo, el comandante de la flota y sus oficiales aceptaron la nueva estrategia, a reserva de poder hacer observaciones cuando la escuadra llegase frente a su objetivo.

Bernardo de Gálvez utilizó el tiempo de travesía que les quedaba

antes de llegar ante la bahía de Pensacola para mostrar a los oficiales de la marina los mapas de la zona y el emplazamiento de los diversos fuertes que protegían la ciudad. Como la plaza de Pensacola estaba protegida por tres fortines colocados en abanico sobre la colina, al mariscal le parecía imprescindible que el asedio se realizase al tiempo por tierra y por mar, para lo que los buques españoles deberían entrar en la bahía.

El problema, que preocupaba especialmente a los oficiales de marina, era que para entrar desde el mar abierto las naves tenían que enfilar por un canal muy estrecho donde serían sometidos al fuego cruzado de dos baterías: por el lado de babor, la de las Barrancas Coloradas, y por el lado de estribor, la del fuerte situado en el extremo occidental de la isla de Santa Rosa, llamada por los españoles Punta Sigüenza. Lo que se le había ocurrido a Bernardo de Gálvez, para conjurar parcialmente ese peligro, era realizar previamente el desembarco de las tropas de tierra en la isla de Santa Rosa antes de que la flota intentase forzar el puerto. Si el desembarco se efectuaba según estaba previsto, las tropas de granaderos y cazadores atacarían desde la espalda el fortín de Punta Sigüenza, que era de mucho más fácil acceso que la batería instalada en las Barrancas Coloradas. Y, una vez neutralizado ese fuerte, los navíos españoles al menos no estarían sometidos al fuego cruzado de ambas baterías.

En la reunión que se celebró a bordo del *San Ramón* poco antes de llegar a la costa de Pensacola, Gálvez expuso de forma tan clara la estrategia del ataque combinado del ejército y la armada que muchos de los oficiales de marina que participaban en ella apoyaron sus ideas. Incluso algunos de los capitanes expresaron el deseo de que su barco fuera el primero que entrase por el canal, una vez que las tropas de tierra hubieran silenciado los cañones de Punta Sigüenza.

Poco antes de llegar al derrotero de Pensacola se incorporaron a la flota varios barcos que habían salido de La Habana algo más tarde que el resto de la flota, entre ellos el bergantín *Galveztown*, que había sido un regalo al mariscal de unos corsarios norteamericanos que lo habían capturado a los ingleses en el Mississippi. A diferencia de los otros buques de la Armada, este pequeño bergantín y su capitán Pedro Rousseau caían bajo el

mando directo de Bernardo de Gálvez. Era una nave de dos palos, con un bauprés afilado, construida para aprovechar hasta la menor ráfaga de viento en sus velas cuadras, sus estáis, sus foques y su gran cangreja, que hacía las veces de vela mayor. El mariscal decidió mudarse a bordo del *Galveztown* con el pretexto de que, al ser más manejable que el buque insignia, podría dirigir desde allí con más facilidad la maniobra de desembarco; lo cierto es que durante toda la travesía se había sentido incómodo a bordo del *San Ramón*, cuyo capitán Calvo de Irazábal en ningún momento había abandonado su actitud orgullosa y levantisca.

Ya de madrugada, los pilotos pudieron reconocer el perfil de la isla de Santa Rosa, que tenía la forma de un cetáceo descomunal, tumbado sobre la arena como si estuviera protegiendo las aguas interiores de la bahía de Pensacola. Aunque la mar no estaba completamente en calma, el desembarco se realizó sin ningún incidente, y en cuanto tocaron tierra, las tropas de cazadores del coronel Longoria se dirigieron en el mayor silencio y en la más completa oscuridad hacia la Punta Sigüenza, para tomar la batería inglesa allí situada. Pero con la primera luz del día pudieron comprobar que el reducto había sido abandonado, y tan solo quedaban tres cañones desmontados y una batería de faginas medio deshechas.

Cuando tuvo estas noticias, Gálvez volvió a bordo del *San Ramón* y propuso al capitán Calvo que iniciase la maniobra para entrar en el puerto, según se había acordado en la última reunión; pero como todavía no se había podido comprobar la forma y profundidad del canal, el mariscal sugirió que intentasen pasar primero las fragatas y otras naves de menor calado, dejando para más tarde la entrada del *San Ramón*, que era el buque más grande de la escuadra.

Pero el capitán Calvo insistió en que, como comandante del buque insignia, debía ser el primero en someterse al fuego enemigo. Ya surgió una primera discusión entre ambos mandos cuando Gálvez le pidió al marino quedarse a bordo para pasar por el riesgo, pero el capitán se negó en redondo a concederle ese privilegio; por lo que, para evitar un incidente en un momento tan delicado, el mariscal se vio obligado a ceder ante el capitán y volver a embarcarse en el *Galveztown*. Pudo observar, sin embargo, desde el

bergantín que, tras haberse aproximado a la costa, lejos aún del alcance de las baterías inglesas, el *San Ramón* viró de bordo y, tras una extraña maniobra, volvió a fondear donde aguardaban todos los otros buques.

La discusión que Gálvez había querido evitar cuando el capitán Calvo le obligó a bajar de su navío se produjo cuando el mariscal volvió a bordo del *San Ramón*, donde el comandante, en términos casi insultantes, le echó en cara que, por haber intentado cumplir sus instrucciones, el barco había tocado una barra de arena y, tras perder algunas tablas al fondo, había tenido que alijarse para salir de allí, largando lastre, agua, leña y hasta el forraje para el ganado. A lo que Gálvez tuvo que responder que el percance no habría ocurrido si le hubieran hecho caso, mandando por delante las fragatas a la cabeza del convoy. Con tal motivo se produjo un intercambio bastante fuerte, durante el cual Calvo volvió a insistir en que el problema se había producido por haberse cambiado los planes aprobados por el consejo de guerra de La Habana.

Pero el tiempo había cambiado desde que llegaron ante la costa y el mariscal empezó a recelar que en cualquier momento se levantase un temporal, de los que eran muy frecuentes en esas costas, obligando a la escuadra y al convoy a levar anclas, con lo que dejarían al ejército abandonado en tierra. A petición del comandante de la flota, Gálvez accedió a celebrar otra nueva consulta a bordo del *San Ramón*, pero los mismos capitanes que pocas horas antes se habían disputado el honor de pasar los primeros bajo el fuego enemigo, tras la espantada de su jefe en el buque de línea, se negaron a aventurar sus naves cruzando el canal.

Al defender cada parte argumentos irreconciliables se produjo un diálogo de sordos: mientras el mariscal intentaba persuadirles de que, si los buques no forzaban el puerto, un cambio de tiempo podía hacer fracasar toda la operación, el capitán Calvo defendía a ultranza la seguridad de la flota bajo su mando; y argumentaba que el canal de entrada era tan estrecho que si el fuego del enemigo conseguía desarbolar o echar a pique el primer buque, el barco hundido impediría el tránsito del que le siguiese, y era previsible que en esa eventualidad dieran unos barcos con otros, antes de poder virar y ponerse a salvo.

Capítulo 33
Yo solo

El mariscal y el capitán Calvo estaban aún enzarzados en esa discusión cuando llegó una balandra al mando del teniente de fragata don Juan de Riaño, con la noticia de que el coronel Ezpeleta había llegado con novecientos hombres al río de los Perdidos, que distaba a solo cinco leguas de Pensacola. Aunque se trataba de una buena noticia, contribuyó a aumentar la preocupación del mariscal, pues si la flota les abandonaba serían todavía más tropas las que se quedarían en tierra, desasistidas.

Decidiendo jugarse el todo por el todo, en la tarde del 14 de marzo, el mariscal dio instrucciones al capitán del bergantín *Galveztown* para que sondase esa misma noche el interior del canal para saber cuántas brazas de fondo había en la bocana. Una vez que lo supo, Gálvez decidió que con la flotilla compuesta por el bergantín *Galveztown*, la balandra de Juan de Riaño y dos lanchas cañoneras que también dependían directamente de su mando tenía efectivos navales suficientes para forzar el puerto.

Una vez que hubo tomado esa decisión, Gálvez envió a bordo del buque *San Ramón* al oficial de ingenieros Gelabert, que se dirigió al capitán Calvo mientras este se encontraba en el puente de mando con todos los capitanes de la flota. Los marinos y grumetes que zascandileaban entre las jarcias se quedaron como de muestra al ver al mensajero del mariscal, sabiendo que la relación entre ambos jefes estaba prácticamente cortada. Una vez en el alcázar, Gelabert abrió una bolsa de cuero de donde se desprendió un objeto redondo que cayó pesadamente a los pies del capitán Calvo, al tiempo que leía en voz alta el mensaje del mariscal:

—«Una bala de cañón de a treinta y dos recogida en el campamento, que conduzco y presento, es de las que reparte el fuerte de la entrada. El que tenga honor y valor que me siga. Yo voy por delante con el *Galveztown* para quitarle el miedo».

El capitán Calvo de Irazábal se quedó unos instantes como paralizado por la magnitud del insulto, pero después se alzó con la mano crispada sobre la empuñadura del sable que colgaba de su cintura, y respondió a voz en grito:

—El general es un audaz malcriado, traidor al rey y a la patria, y el insulto que acaba de hacer a mi persona y a todo el cuerpo de Marina lo pondré a los pies del rey; el cobarde lo es él, que tiene los cañones por culata.

Y, mirando al oficial Gelabert que había sido el portador de la ofensa, añadió:

—¡Otra vez semejante recado me lo debe mandar el mariscal por un hombre ruin y no con un oficial, para tener la satisfacción de colgarlo de un peñol!

Gelabert no contestó nada, recogió la bola de cañón que rodaba con las oscilaciones del navío, y se retiró.

A las dos y media de la tarde, Gálvez subió a bordo del *Galveztown*, que le esperaba fondeado en la misma boca del canal que daba paso a la bahía. La primera persona que vio en cubierta fue a Oliver Pollock, que le pidió encarecidamente permiso para acompañarlo.

—De ninguna manera, soy el jefe de esta expedición y debo ir solo, ¡yo solo! —le contestó el mariscal en un tono de voz que no admitía respuesta; pero después añadió, con una sonrisa—: Espero que no se equivocase en los datos que me dio sobre las Barrancas Coloradas, pero si no fuera así, no creo que llegue a pedirte cuentas por ese error.

—Recuerde, excelencia, que debe mantenerse lo más cerca posible de la Punta Sigüenza, porque los cañones de las baterías no alcanzan al otro lado del canal. ¡Que San Patricio le proteja!

El mariscal se sentó a popa, bajo la toldilla del bergantín, y le mandó al capitán Rousseau que colocase en el palo del trinquete el banderín con una corneta, símbolo del mando supremo de la expedición, y disparase con los cañones de a bordo la salva reglamentaria para que los artilleros de las Barrancas Coloradas se enterasen de quién iba a bordo de aquella pequeña embarcación.

Cuando el *Galveztown* largó la vela, le siguieron a una cierta distancia la balandra que capitaneaba Juan de Riaño y las dos lanchas cañoneras. El viento del sudeste había caído, pero quedaba

una brisa vespertina que hinchaba las velas de la flotilla con rumbo al acantilado en cuya cima estaba colocada la batería inglesa. La escena de cuatro pequeños barquitos navegando lentamente al pie del monumental promontorio podría parecer idílica para quien no supiera lo que estaba ocurriendo.

Los artilleros de las Barrancas Coloradas, que habían oído la salva de cañonazos y habían podido observar desde la cima del promontorio la corneta en lo alto del trinquete que indicaba el rango militar de quien navegaba en el bergantín, sabían que nunca volverían a tener a su alcance un blanco más deseable y murmuraron preces para que fuese la bala de su cañón la que echara a pique al *Galveztown*. De pronto, el silencio de la bahía se vio truncado por el estruendo de cinco cañones de treinta y dos pulgadas que disparaban a la vez; y momentos más tarde retumbaron en las piedras de la fortaleza otras explosiones de calibre más pequeño.

Desde la cubierta de los buques españoles que esperaban afuera y desde la playa de la isla de Santa Rosa, donde se habían congregado las tropas ya desembarcadas, los marinos y dragones contuvieron la respiración, temiendo oír el chasquido de un mástil alcanzado por una granada y ver como en cuestión de segundos se hundía en el canal la esbelta silueta del bergantín. Cada vez que una bala erraba el blanco y caía al agua, levantando un surtidor de espuma, los cazadores y granaderos de la isla de Santa Rosa que habían ido acompañando la trayectoria de la flotilla corriendo sobre la playa prorrumpían en vítores y aplausos.

Durante los cuatro minutos y medio que había medido Oliver Pollock —y que a los españoles que contemplaban la escena les parecieron cuatro siglos—, el humo de las descargas que flotaba sobre el canal ocultó a las tropas españolas la visión de la flotilla. Pero después un soplo de brisa disolvió la humareda, y desde las naves y la playa los españoles observaron que la flotilla de Gálvez había entrado en las aguas de la bahía donde las balas no podían ya alcanzarles. Y en ese momento el eco de una cerrada ovación cruzó el canal y llegó hasta la cima de las Barrancas Coloradas: «¡Viva el rey de España! ¡Viva Gálvez!».

El capitán Calvo, que siguió con su catalejo el derrotero del *Galveztown* y pudo observar que el mariscal se había mantenido

durante toda la travesía sentado bajo la toldilla, sintió una tremenda humillación y fue a refugiarse en su camarote para no oír los aplausos de la tripulación. Pero pronto empezaron a desfilar ante él los capitanes de los buques de guerra, pidiéndole autorización para seguir el ejemplo que había dado el mariscal. Y aunque inicialmente el comandante de la flota les negó su permiso, e incluso llegó a dar instrucciones de que ningún barco se moviese de su posición, ni siquiera para enmendar sus amarres, las presiones de los oficiales fueron tan fuertes que Calvo de Irazábal se vio obligado a autorizar a que los barcos españoles entrasen a la ensenada.

Cuando al día siguiente las fragatas y el resto del convoy siguieron el mismo derrotero que el *Galveztown*, sin sufrir percance digno de consideración, a pesar de los ciento cuarenta cañonazos que les dispararon desde el fuerte de las Barrancas Coloradas, el comandante de la flota ya no se encontraba allí para ver la hazaña de sus buques: ese mismo día de madrugada el *San Ramón* había levantado anclas y tomado el rumbo de regreso hacia La Habana.

Capítulo 34
La piel del oso

Habla Bernardo de Gálvez

Aunque en la serranía de Málaga de donde procede mi familia nunca se había visto un oso —si acaso, aparecía durante la paridera una loba descarriada que afanaba en un descuido unos cuantos cabritos—, recuerdo que el abuelo solía decir que nunca había que intentar vender la piel del oso antes de haberlo matado. Y el abuelo siempre tenía razón.

Con lo mucho que me había costado reunir la fuerza expedicionaria para el asedio de Pensacola, tras vencer la resistencia de los mandos militares y navales de La Habana, y de haber arriesgado mi propia vida forzando la entrada a la bahía, cuando finalmente me encontré en las inmediaciones de la plaza con las tropas de refuerzo que me habían mandado desde Nueva Orleans y la Mobila, pensé que el resto de esa campaña iba a ser un paseo militar. Pero pronto comprendí que lo más importante del combate estaba todavía por llegar. El oso del proverbio conservaba todavía la mayor parte de sus garras y dientes, y estaba dispuesto a vender caro su duro pellejo.

Apenas habían desembarcado en la playa que quedaba del otro lado de la bahía nuestros dragones cuando fueron objeto de un fuego graneado por parte de los artilleros ingleses, que sembraron la muerte y confusión entre sus filas, pues no esperaban tal reacción del enemigo. Sin darles tiempo de volver a subirse a las lanchas, un enjambre de salvajes que estaban escondidos entre los árboles que crecían en lo alto del terraplén se lanzaron colina abajo lanzando aullidos escalofriantes, y con sus hachas y cuchillos se ensañaron con los heridos que habían quedado tendidos en la playa y se retiraron tan rápidamente como habían llegado, dejando sobre las dunas de arena el rastro de las cabelleras recién arrancadas de los cráneos de los soldados.

Al preguntar al capitán St. Maxent, hijo de Antoine Gilbert, la procedencia de esos indios, el joven oficial me confirmó que pertenecían a las tribus choktaws, creeks y semínolas, que podían ser terriblemente crueles y agresivos —como aparecía ya en las crónicas de los primeros exploradores españoles en la Florida—. St. Maxent me recordó que los tratantes ingleses llevaban mucho tiempo vendiéndoles licores y armas a los salvajes, y probablemente, en este caso, a los mandos militares británicos no les había costado mucho convencerles de que les ayudasen a combatir a los mismos colonos que hacía algún tiempo habían entrado a sangre y fuego en el territorio de los cherokees, expulsándoles de sus dominios ancestrales; aunque, puestos en pie de guerra, a los indios les daba igual arrancarle la cabellera a un colono rebelde que a un soldado español.

Otro obstáculo que iba a encontrar en el asedio de Pensacola era el comportamiento poco caballeroso de John Campbell, comandante de las fuerzas británicas, al que Oliver Pollock había descrito acertadamente como un caballero sumamente correcto y amable en apariencia, pero capaz de cualquier acto mezquino. El primer indicio de la falta de respeto de Campbell a los usos de la guerra entre naciones civilizadas me lo dio uno de los indios auxiliares que había llegado a Santa Rosa con las tropas de Ezpeleta, que se había enterado a través de un desertor de su propia tribu de que, para evitar que el ejército español atacase las posiciones inglesas amparándose en las casas de la ciudad, el general había dado órdenes de quemar o destruir en la plaza todo lo que pudiera servir de parapeto para ese propósito.

No perdí un solo instante en mandar un mensajero al general en estos términos:

Excelentísimo señor, muy señor mío:

Los ingleses en La Habana intimaron con amenazas que no se destruyesen, quemasen ni echasen a pique las fábricas y buques así del rey como de particulares so pena de ser tratada con el mayor rigor. La misma prevención hago a VE y demás a quienes competa con las mismas condiciones.

Dios guarde a VE muchos años.

Campo de la isla de Santa Rosa, 20 de marzo de 1781

Su más atento servidor, Bernardo de Gálvez

La respuesta que me envió el general Campbell estaba redactada en un estilo arrogante y pendenciero, impropio de un soldado y menos de un caballero:

Muy señor mío:

Las amenazas de un enemigo que nos embiste no son consideradas bajo otro aspecto que el de un ardid o estratagema de guerra, de que se vale para seguir sus propias ideas. Confío en que no haré en mi defensa de Pensacola (al ver que estoy siendo atacado) nada contrario a las reglas y costumbres de la guerra, pues me considero con obligaciones hacia vuestra excelencia por su franca estimación, aunque le aseguro que mi conducta dependerá más bien de la suya en respuesta a las proposiciones que el gobernador Chester le enviará mañana acerca de los prisioneros y las mías relativas a la ciudad de Pensacola, que de sus amenazas.

Ínterin quedo de VE su más humilde y obediente servidor.

Cuartel general de Pensacola, a 20 de marzo de 1781

John Campbell

Me alegré de que el gobernador Peter Chester, con quien había tenido una relación correcta antes de que se iniciaran las hostilidades, quisiera contestar a mi petición. En efecto, al día siguiente recibí dos cartas de Chester. En una de ellas me proponía que por no disponer en sus cuarteles de un alojamiento adecuado para los prisioneros españoles, por principios de humanidad, los ingleses estaban dispuestos a dejar a los que pudieran aprehender en libertad, bajo su palabra de honor de que no sirvieran contra su majestad británica y ninguno de sus aliados.

En la otra carta, el gobernador inglés aceptaba proteger a las mujeres y niños de la ciudad de las calamidades de la guerra, por lo que prometía que las dependencias de esta ciudad quedarían tranquilas, siempre que las tropas españolas y la gente de mar no cometiesen injurias ni acrecentasen las desgracias de estos pacíficos

sujetos. Al recibir estas misivas, decidí ignorar los términos impertinentes de la carta de Campbell y acepté las propuesta del gobernador, tanto en lo que se refería a los prisioneros de guerra como a respetar la tranquilidad de los habitantes de Pensacola, evitando utilizar la ciudad como campo de batalla.

Tras analizar todas estas circunstancias llegué a la conclusión de que sería imposible intentar llegar con un ataque frontal al fuerte George, pues estaba protegido por los fuertes de la Reina —que mis soldados pronto bautizaron como «el fuerte de la Media Luna», debido a la forma elíptica de su construcción— y por el fuerte Príncipe, que dominaba el altozano que los ingleses llamaban Gage Hill. Y comprendí que en este caso no podía utilizar la misma estrategia que había empleado con éxito en el ataque de los otros reductos ingleses, mucho peor defendidos y situados en peor posición; por lo que decidí cambiar de táctica y tomarme el tiempo necesario para construir unas buenas paralelas en torno a los fortines enemigos, sometiéndoles a un asedio lento pero constante, hasta que sus defensas cayeran como fruta madura.

Como la fuerte inclinación del terreno impediría a los zapadores construir zanjas del tamaño adecuado para instalar allí nuestros cañones, pensé que era mejor cavar en un amplio perímetro alrededor de la colina con trincheras cubiertas, de forma que el enemigo no supiera en ningún momento dónde estaban exactamente los soldados ni desde dónde se les iba a atacar.

Capítulo 35
El trato con los indios

Continúa hablando Bernardo de Gálvez

Una mañana quise comprobar con mis propios ojos cómo estaban avanzando las trincheras, por lo que me subí a una de las lanchas que cruzaban la bahía y trepé por el talud de la colina con cuidado de dar un buen rodeo para quedar fuera del alcance de la artillería enemiga, que con tanta eficacia había sabido repeler cualquier incursión de nuestras tropas.

Parece mentira que, tras mi experiencia sobre la puntería de los guerreros apaches, no tomase en cuenta que en aquel lugar, aunque estuviera a cubierto de los fusiles del fuerte no lo estaba con respecto a los francotiradores indios que aguardaban escondidos al otro lado de la loma. Cuando oí la primera descarga era ya demasiado tarde: sentí como una quemadura en la mano donde llevaba el bastón de mando seguido de un fuerte impacto en el abdomen, que me hizo tambalearme aunque no llegué a caerme. Me agarraron entre varios hombres, mientras otros acudían al lugar de donde habían partido los disparos para castigar a los agresores.

Durante la travesía de la bahía perdí durante unos minutos el conocimiento debido a la pérdida de sangre, pero lo recuperé a tiempo para bajar a tierra por mi propio pie, pues hubiera desmoralizado terriblemente a la tropa el saber que su jefe podía estar herido de gravedad. Aunque el rasponazo de la mano manaba más sangre que la herida en el vientre, al cirujano que practicó en mi tienda la primera cura le preocupaba más la del abdomen; y días después me dijo que había tenido mucha suerte de que la bala hubiese rebotado en el puño de plata del bastón, que la había desviado, pues si hubiera impactado directamente en el abdomen, seguramente hubiera afectado a algún órgano vital.

Cuando el cirujano me abrió la camisa para ponerme el vendaje descubrió las otras dos cicatrices que tenía en el pecho, resultado de

dos lanzadas que me habían atravesado la túnica de cuero de protección cuando había perseguido en solitario a una banda de apaches que habían atacado una hacienda en los alrededores de Chihuahua. Estaba visto que no era la primera vez que me enfrentaba con el enemigo «yo solo».

Sin embargo, esta circunstancia me obligó a quedarme unos días en la tienda mientras cicatrizaba la herida del vientre. Aproveché ese tiempo de forzosa quietud para reflexionar, y también para escribir un diario con las incidencias de la campaña de Pensacola, pensando que en su momento mandaría ese informe a mi tío y a su majestad. Afortunadamente, la mano herida era la izquierda, aunque también hubiera podido dictar el diario a cualquiera de los ayudantes.

El que ese percance proviniese de un francotirador indígena me dio mucho que pensar, pues una de las principales tareas que me había encomendado el secretario de Indias cuando despachamos en Madrid había sido intentar estrechar nuestras relaciones con las tribus de la zona, tarea que se había hecho más necesaria tras la declaración de guerra contra Inglaterra, pero que precisamente los preparativos para la campaña me habían impedido desarrollar. En cambio me enteré de que los comandantes militares de los fuertes de Mobila y Pensacola habían convocado reuniones para ganarse la buena voluntad con los tallapoosas, chickasaw, choctans y crech. Y había tenido mucha suerte de que poco antes de atacar el fuerte Charlotte se hubieran ido los indios de allí. También supe que el gobernador de Cuba, Diego Navarro, que seguramente había previsto la posibilidad de que los indios de aquella zona se aliasen con los ingleses, había mandado unos meses atrás una goleta para invitar a los caciques de esas tribus a La Habana, donde los agasajaron, los emborracharon y arrancaron una promesa de fidelidad que por lo visto los indios habían tardado poco en olvidar.

En las ordenanzas que estaban en vigor en Nueva España sobre el trato de las autoridades militares con los gentiles estaba rigurosamente prohibido vender armas y licores a los indios, lo que había sido el instrumento principal utilizado por las otras potencias europeas para granjearse la amistad de los indios bárbaros; aunque para afianzar su alianza también distribuían medallas con las efigies de sus monarcas y banderas para que el jefe las colocase frente a su

tienda. Costumbre que las autoridades españolas habían adoptado cuando el territorio de la Luisiana pasó del dominio francés al español.

Al poco tiempo de mi llegada a Nueva Orleans, me había escrito una carta el capitán Fernando de Leyba, comandante del pequeño fuerte de San Luis, en la que precisamente me advertía de que se le habían acabado las medallas, banderas y diplomas que hasta entonces había estado distribuyendo entre los jefes indios y que esta escasez podría producir algún disturbio. También me decía Leyba en su misiva que los jefes de esas tribus habían manifestado una gran curiosidad por conocerme en persona y que con tal propósito se habían desplazado a las cercanías de San Luis varias naciones indias —kickapoo, sac, maha, mascuten, missouri—, así como grandes y pequeños osages.

El propio Leyba me desaconsejaba en su carta acudir a esa cita, por los elevados gastos que esta reunión podría acarrear, diciendo que una vez que los indios se presentan en masa «solo hay dos formas de tratar con esa gente: o espantarlos a escopetazos o darles de comer. Pero como no han dado motivos para actuar con violencia, y por otro lado tampoco tendríamos medios en ningún caso para poder ahuyentarlos, no tengo más remedio que agasajarlos, aunque me esté costando muy caro».

En los dos años que había durado el conflicto, al no haber podido atender los ingleses ni los colonos rebeldes (a los que los indios llamaban «bostonianos») los compromisos que tenían con esas mismas tribus, habían acudido al comandante de San Luis como perrito sin amo, por lo que Leyba había tenido que entregar tres mil raciones más que lo que estaba presupuestado para dar de comer a los indios. Pero cuando revisé las cuentas con el intendente de Nueva Orleans, me di cuenta de que, aún cuando las incidencias de la guerra hubieran hecho recaer sobre el erario español mayores gastos en alimentos y regalos, el gasto total era infinitamente más pequeño que lo que en las provincias internas de Nueva España suponía mantener la línea de presidios que había instaurado el marqués de Rubí para intentar contener las incursiones de los gentiles.

Poco después de regresar de la campaña en el Mississippi, Antoine Gilbert de St. Maxent me informó de que dos jefes indios

querían entregarme en persona varias medallas y otros objetos que habían recibido de los ingleses, como prueba de su rechazo de la anterior alianza y de la petición de tratar con España. Para incentivar que otras tribus de la zona siguieran su ejemplo, le pedí al intendente que me trajese las medallas y banderas que dábamos a los caciques de las tribus amigas y cité a los jefes en la plaza de armas de la ciudad, mandando que preparasen comida y abriesen varias garrafas de aguardiente para convidar a aquellos caciques.

Utilizando como intérprete a Antoine Gilbert de St. Maxent, transmití a los jefes el mensaje del gran amor y respeto que tenía su majestad por las naciones indias situadas en los dominios de la Corona, y que el gran capitán de los españoles consideraba a los súbditos indígenas como a cualquier otro de sus vasallos, por lo que deseaba fervientemente mantenerse en paz con esas tribus. Con gran solemnidad entregué entonces a los jefes dos medallas de plata con el perfil de Carlos III grabado en ambos lados y otras dos banderas con la cruz de Borgoña, y quedaron muy agradecidos por tales presentes.

Ya bajo los efectos del alcohol, me pareció observar que uno de los jefes señalaba en una de las medallas el perfil pronunciado del monarca y se tocaba luego su propia nariz, que tampoco era roma, celebrando ese supuesto parecido con grandes risotadas. Cuando, tras agotar hasta la última piltrafa de carne y apurar las damajuanas de aguardiente, los jefes se fueron con paso solemne pero no muy firme, subí a mi despacho para informarle al secretario de Indias de la visita de los caciques:

«Esta gente es muy sensible y es necesario recibirles y entretenerles e incluso soportar sus impertinencias, aunque al mismo tiempo no debe permitírseles que olviden nuestra superioridad y el respeto que nos deben. Y no dejé de señalar:

»Creo que al rey le daría gran contento mantener en paz a los indígenas de esta zona durante diez años con la misma cantidad que gasta en las provincias internas en un año en hacer la guerra a los gentiles».

Capítulo 36
La bahía de azogue

Continúa hablando Bernardo de Gálvez

Me encontraba aún convaleciente de la herida en el abdomen cuando a través de los desertores llegaron al campamento insistentes rumores de que la flota de Rodney andaba merodeando por el Caribe y que si no decidía atacar La Habana, bien podía cruzar el golfo de México para socorrer a las tropas sitiadas en Pensacola. Esa contingencia no me hubiera preocupado si, en caso de necesidad, hubiera confiado completamente en la respuesta de los oficiales de la Armada, cuyos barcos estaban ya fondeados en la bahía.

Pero lamentablemente el intercambio de insultos y amenazas entre el capitán Calvo de Irazábal y yo había dejado profundas secuelas entre los capitanes de la Armada, pues pensaban que el insulto que yo había dirigido a su capitán afectaba a todos los miembros de la marina. Noté ese resquemor cuando, al día siguiente de entrar en la bahía, invité a almorzar a los principales oficiales de la flota y aunque inicialmente el almuerzo transcurrió con normalidad, una observación de uno de los oficiales de Marina me irritó de nuevo. Posiblemente yo estaba todavía nervioso por la tensión de los días anteriores, porque acusé al jefe de la Armada, el marqués González de Castejón, de haber retrasado de un modo innecesario la conquista de Pensacola. Y me referí al conjunto de los oficiales en términos poco correctos, diciendo que habían demostrado mucha «collonería» en el tema de la entrada del puerto, lo que evidentemente suscitó la protesta de algunos capitanes que me suplicaron que me sirviese mudar de asunto.

Intervino entonces el capitán Alderete, que acababa de entrar en la tienda, y al que también reprendí por no haberme hecho los honores correspondientes cuando pasé frente a su barco con el *Galveztown* habiendo enarbolado en el trinquete la corneta de

general de las fuerzas de mar y tierra. A lo que el capitán —que siempre había defendido la actitud del capitán Calvo— contestó con insolencia que no había hecho ese saludo porque no tenía orden para ello ni que la ordenanza se lo mandaba, y además añadió que podía estar seguro de que en el futuro tampoco pensaba hacerlo, respuesta que me hizo perder definitivamente los estribos y que les dijese que podían irse todos a La Habana cuando quisieran, porque yo podía conquistar Pensacola sin necesidad de la marina.

Cuando después de aquel altercado salí de la tienda y me di un paseo por la playa, el aire fresco de la bahía me ayudó a reducir mi enojo y, de vuelta al campamento, mandé una esquela a Alderete, ofreciéndole que iría al día siguiente a comer con él y sus compañeros en su fragata. Hice ese gesto, en primer lugar, por un deber de caballerosidad, pero también porque, como jefe de la expedición, no podía permitirme el tener a la contra a todos los jefes de la flota. Haciendo de tripas corazón, durante el almuerzo con los capitanes les ofrecí olvidar todo lo que había pasado y quedar en buen entendimiento para operaciones futuras.

Yo pensé, quizás ingenuamente, que podía dar todo el tema por zanjado, pero luego me enteré de que el capitán Alderete había dado parte de oficio a la superioridad, tras pedir declaración a los oficiales que habían asistido al primer almuerzo y se sentían insultados. Al saberlo, comprendí que la herida había cerrado en falso y que aquel altercado con los capitanes tendría sus consecuencias. Y no me equivocaba.

Todavía no me había dado de alta el cirujano que me había atendido la herida del abdomen cuando una noche el oficial de guardia me trajo a la tienda una nota interceptada al enemigo, donde se anunciaba ya con toda seguridad que la flota de Rodney, compuesta por ocho navíos y catorce fragatas de guerra, había salido con rumbo a Pensacola, lo que no era exactamente una noticia que me ayudase a conciliar el sueño. Un frío viento del sureste había empezado a sacudir la lona de la tienda y me hacía temer que si era, como en otras ocasiones, anuncio de un temporal, la escuadra tendría que salir de las estrecheces de la bahía, con lo que de nuevo las tropas de tierra se quedarían desprotegidas.

Cuando intenté entornar los ojos, en vez de quedarme dormido, mi conciencia dio un salto en el tiempo situándose en las minas de

Almadén, cuando mi tío me había mandado allí con el cargo de recuperar la memoria del escribano Viniegra. Por alguna razón que nunca llegué a comprender el escribano había querido entregarme voluntariamente aquel documento comprometedor que había motivado la persecución del ministro de Indias, pero que también, como Viniegra sabía, cuya posesión era su tabla de salvación.

La penumbra de la tienda de campaña empezó a poblarse de los fantasmas humanos con los que me había encontrado al fondo de la mina, y me pareció que llegaban a mis sentidos los mismos efluvios pestilentes que me habían asaltado al bajar a las galerías de la mina; sobre todo recordé como si la estuviese viviendo la escena en la que el escribano había sacado de su escondite el documento, envuelto en tela de brea:

«No creas que el haber escondido mi memoria en el tomo del Evangelio de San Juan obedece a ningún capricho, pues en una de las escenas del Apocalipsis se cuenta que uno de los ángeles vengadores rompe el sello de un gran receptáculo, derramando sobre la tierra su contenido, que es un veneno líquido parecido al mineral de azogue».

Aunque llevaba bastante tiempo expuesto a los efluvios del mineral, el escribano había conseguido conservar la claridad de su mente, y no se engañaba sobre lo que podía acaecerle cuando hubiera entregado el manuscrito:

«Aunque las penalidades de este infierno hayan podido alterar mi juicio, conservo el suficiente entendimiento para saber que este manuscrito que ha sido el origen de tantos problemas para mí, también ha supuesto mi salvoconducto, pues los esbirros de tu tío no se hubieran atrevido a matarme sin saber dónde estaba escondido este documento».

Y, tras hacer una pausa, el escribano añadió:

«Pero si deciden hacerlo ahora, probablemente me harían un gran favor si acabasen de una vez por todas con mis miserias».

La excitación que sentí cuando tuve en mis manos el documento que había ido buscando y las prisas del sargento Melecio Rodríguez por emprender el camino me impidieron hablar con el alcaide de la mina, a quien le hubiera pedido que dejase al escribano en libertad, una vez que Viniegra había entregado el documento por el que había sido perseguido y recluido, pero no pude hacerlo. Sí me atreví

en cambio a interceder por el escribano cuando don José me recibió en su despacho; pero tampoco pude insistir mucho, porque no podía ignorar que —a cambio de haber conseguido el manuscrito del Viniegra— me estaba entregando el decreto de mi nombramiento como coronel del regimiento fijo y futuro gobernador de la Luisiana. Mi vida había evolucionado de tal manera desde que me había incorporado a mi nuevo cargo, con acuciantes responsabilidades, que aunque hubiera querido hubiera sido imposible averiguar desde el otro confín del mundo cuál había sido el destino de Viniegra.

En cualquier caso, como no me apetecía seguir compartiendo mi tienda de campaña con los fantasmas de la mina, me levanté de la cama y me vestí solo, con cuidado de no hacer un gesto brusco que pudiera volver a abrirme la cicatriz del abdomen. Para no despertar al ayudante que dormía en la tienda contigua, salí andando muy despacio, y el rumor de mis pasos fue ahogado por el colchón de arena que el viento había empujado sobre la explanada del campamento. Al llegar al perímetro exterior, los centinelas reconocieron mi silueta, quizás porque cojeaba ligeramente como consecuencia de la herida, y me dejaron pasar sin pedirme el santo y seña. Tras haber limpiado de nubes el firmamento, el viento del sureste había amainado, por lo que al llegar a la orilla de la bahía encontré el mar completamente en calma.

Una luna muy potente alumbraba el paisaje, lo que me recordó el escenario de la desembocadura del gran río que había contemplado por primera vez desde el puerto de Nueva Orleans, también en una noche de luna. Bajo la luz del astro nocturno, la extensión de la bahía también me trajo a la memoria la consistencia de la inmensa piscina de azogue que había visto en Almadén.

Capítulo 37
Un socorro inesperado

Apenas había regresado Bernardo de Gálvez de su paseo nocturno cuando llegó a la tienda un ayudante con la noticia de que del otro lado de la isla de Santa Rosa se habían visto velas de navíos con rumbo a la Punta Sigüenza, buscando el canal de entrada a la bahía.

Olvidándose por completo de la herida y apenas envuelto en un capote, el mariscal salió corriendo hasta alcanzar la loma desde donde se divisaba el extremo de la isla y las Barrancas Coloradas. Todavía no se había levantado la bruma que flotaba al amanecer sobre la costa y Gálvez no consiguió ver con el catalejo ni la bandera que llevaban a popa los navíos ni otras señales que permitieran identificar su nacionalidad. Pero al abrirse un jirón en la niebla, reconoció la bandera gualda y roja, que era la insignia establecida en la nueva ordenanza de la Armada Real, para evitar que los colores blancos y azules de la cruz de San Andrés se confundieran sobre el fondo azul del mar. Y pronto pudo comprobar que todos los barcos que se veían sobre la línea del horizonte eran españoles.

Gálvez no podía comprender que la presencia anunciada de la flota británica se hubiese convertido ante sus ojos, como por arte de encantamiento, en una flota española, pero no tuvo que aguardar demasiado porque un lanchón enviado desde el navío *San Luis* atracó en la orilla interior de la bahía y un guardiamarina le entregó al mariscal una carta que decía:

Muy señor mío:

En virtud de avisos que se tuvieron por cabo Corrientes de haber pasado por allí una escuadra enemiga, resolvió la junta, sospechando fuese algún socorro fuerte para Pensacola, que saliera inmediatamente la escuadra de su majestad al mando del jefe de escuadra don José Solano, y

un destacamento de mil seiscientos hombres de tropa a mis órdenes para ocurrir a todo lo que pudiera ofrecerse en estos parajes.

En la carta que enviaba el comandante del ejército, Juan Manuel de Cajigal, se añadía la disponibilidad de otros mil trescientos cincuenta hombres que podría sacar Solano de la guarnición de sus navíos, que se sumaban a los que aportaba en sus barcos el jefe de escuadra francés, señor Monteil, que se había unido a la flota española. Si esas noticias le causaron una inmensa satisfacción, Gálvez apreció aún más la esquela reservada que figuraba como posdata de la carta:

Amigo mío:

Aquí me tiene a sus órdenes para cuanto guste mandarme. Sabe bien que lo amo y cuán análogo es nuestro modo de pensar. A la vista le diré lo que ha ocurrido en nuestra famosa junta, y cuanto pienso sobre los asuntos del día

VM

.

De su comandante y fiel amigo,
Cajigal

Esa misma noche, el mariscal invitó a su mesa en el campamento a Juan Manuel de Cajigal, su hijo y dos edecanes, uno de ellos —a quien el comandante presentó con especial énfasis— era el teniente de origen venezolano Francisco Miranda.

El comandante Cajigal era hijo del antiguo capitán general de la isla, y como miembro de la junta de guerra de La Habana había apoyado siempre las peticiones de refuerzo por parte del mariscal; y cuando en su nota reservada prometía poner a Gálvez al corriente de lo que había ocurrido en la «famosa junta», el mariscal ya imaginaba que Cajigal le contaría algún jugoso chismorreo sobre lo que estaba ocurriendo en Cuba. Aunque no podía estar al corriente de los últimos desencuentros que Gálvez había tenido con los capitanes de la flota, Cajigal conocía perfectamente la falta de entendimiento que existía entre el militar malagueño y los jefes de

la Armada, que se había hecho público cuando el navío *San Ramón* había vuelto sin el resto de la escuadra a Cuba.

Durante la cena, bien regada con vinos generosos que procedían de la bodega de Antoine Gilbert de St. Maxent, Cajigal completó la información que había anticipado en su carta sobre la razón por la que el capitán general de Cuba había enviado la flota para socorrer a las tropas españolas en Pensacola. Sabiendo que La Habana era la pieza clave de la arquitectura defensiva española en el Caribe, el almirantazgo británico había mandado a la flota de Rodney para intentar una nueva invasión de la isla. Pero en el tiempo transcurrido desde que los ingleses tomaron La Habana, las autoridades españolas habían reforzado las defensas de la isla, cuyo perímetro estaba jalonado de puntos de vigía, barcos de aviso y brigadas de acémilas para el transporte de tropa y munición. Aparte de haber reforzado El Morro y construido otros fuertes como el Castillo del Príncipe, la amarga experiencia de la breve dominación británica de parte de la isla había convertido a la ciudadanía cubana en la población más marcial de todo el Caribe.

Al realizar una prolongada inspección en torno a la isla, el almirante inglés pudo constatar que cualquier intento de agresión podría resultar muy peligroso, por lo que tan solo se atrevió a realizar un desembarco testimonial en la boca del Jaruco, saqueando el ingenio de San Juan de la Cruz y otras fincas colindante. Así que el sello que dejó Rodney en Cuba en aquella ocasión correspondía más bien a la actuación de un vulgar bucanero que al comandante de la flota británica más importante del Caribe.

Pero tras dar la vuelta a la isla, los navíos británicos tomaron rumbo al noroeste. El capitán general Navarro interpretó aquel amago como una maniobra que intentaba disimular el propósito de llevar socorro a las tropas inglesas sitiadas en Pensacola. De ahí que el gobernador hubiera decidido mandar la flota de Solano y las tropas de Cajigal para reforzar los efectivos que ya habían desembarcado en la isla de Santa Rosa.

Gálvez y Cajigal aprovecharon ese primer encuentro para pergeñar su plan de acción conjunto contra Pensacola, pero los efluvios de amistad entre los dos comandantes favorecieron un ambiente de camaradería durante la cena; y la sobremesa se prolongó hasta altas horas de la madrugada, dando ocasión a que

cada uno de los oficiales contribuyese a la conversación contando anécdotas y sucedidos que provocaron grandes risotadas y aplausos entre los comensales.

Francisco Miranda, que al principio parecía algo cohibido quizás por ser el único oficial criollo en esa concurrencia, se destapó hacia el final de la velada relatando cómo el capellán de un buque de guerra había sometido a una dura penitencia a un general de la marina, cuando había descubierto en su camarote un libro prohibido por la Inquisición. Según contó el caraqueño, en uso de sus facultades eclesiásticas, el páter había obligado a su superior jerárquico en la Armada a realizar un acto de penitencia pública que consistió en subir de rodillas la pendiente pedregosa que llevaba hacia una ermita cercana a La Habana con el jubón remangado y una pieza de jarcia y velamen colgada de la espalda como si fuera una cruz.

Todos los presentes se rieron a mandíbula batiente de aquella ocurrencia, pero no todos sabían que quien había tenido que enseñar las pantorrillas en público para cumplir la orden del capellán había sido el mismo comandante de la flota que acababa de llegar a la costa de Pensacola, el general Solano.

Aunque estaba presente en la cena, el único que no se rio de las bromas de los otros comensales fue Oliver Pollock, que se mantuvo muy serio toda la velada y se levantó de la mesa en cuanto pudo. Cuando el mariscal preguntó a los otros oficiales qué le ocurría al irlandés, le contaron que esa misma tarde los ingleses habían ahorcado en lo alto de un parapeto a un desertor español al que habían sorprendido tomando planos y medidas de las fortificaciones inglesas, queriendo demostrar con esa ejecución pública el tratamiento que daban a los espías. Por lo visto esa escena había impresionado mucho a Oliver Pollock.

Capítulo 38
Incidente en las trincheras

Habla Bernardo de Gálvez

Aunque la flota de Rodney no hubiera aparecido aún en las inmediaciones de Pensacola, la presencia de la flota de Solano protegiendo la bocana del puerto contra la posible incursión de la flota británica era un factor muy positivo; especialmente porque desde su llegada el general me había ofrecido toda su colaboración en la toma de los fuertes, poniendo a mi disposición parte de los artilleros de sus buques y un par de compañías de guardiamarinas. Aunque con las tropas de refuerzo que traía Cajigal, probablemente no necesitaría de los guardiamarinas para batir los fuertes ingleses, le contesté al general Solano que aceptaba gustoso la ayuda que me ofrecía para que sus hombres pudieran compartir la gloria de esta conquista.

Lo cierto era que, antes de la aparición de Solano y Cajigal, sumando las milicias y negros a las fuerzas profesionales, yo contaba ya con unos tres mil hombres. Y si a esa cifra se añadían los refuerzos recién llegados, que ascendían a unos mil quinientos, y las tropas del almirante francés, la cifra total de efectivos bajo mi mando se acercaba a ocho mil fusiles, que superaba con creces mis peticiones más ambiciosas cuando desde Nueva Orleans empecé a organizar la expedición contra Pensacola.

Es probable que el sentimiento de superioridad numérica con respecto a las tropas inglesas que defendían los reductos de la ciudad hubiese podido suscitar entre las tropas españolas un exceso de confianza, que a su vez redundó en cierta relajación de la disciplina. Pues difícilmente puede encontrarse otra explicación al lamentable incidente que se produjo en las trincheras después de que los ingenieros hubieran conseguido instalar seis cañones de veinticuatro pulgadas en la parte más alta de la colina.

Hacia mediodía estaba yo reunido con varios jefes militares en

mi tienda, cuando interrumpimos la reunión al oír una fuerte descarga de artillería que procedía del fuerte de la Media Luna, seguida de un fuego de fusilería graneado. Cuando vinieron a darme la novedad me dijeron que un ataque de los ingleses desde el fuerte de la Media Luna había sorprendido completamente a los centinelas de la trinchera, que no esperaban que se produjese esa salida por parte de los defensores del fuerte. Lo cierto fue que, aprovechando ese descuido, los ingleses habían entrado impunemente en las trincheras, destruyendo todo lo que podían, arramplando con todo lo que encontraron a su paso —incluso los cubiertos de plata en la mesa del comandante—, y atravesaron con la bayoneta a soldados desarmados que vomitaban al tiempo la sangre de sus pulmones y el almuerzo todavía no digerido; y antes de volverse a su reducto, los ingleses clavaron los cañones que aún no se habían utilizado para batir sus defensas.

Al verse sorprendidos, los dragones del regimiento Mallorca habían salido corriendo hacia las mismas filas del enemigo gritando: «¡Somos perdidos, que nos pasan a cuchillo!». Por lo que los atacantes hicieron en aquellos cobardes una verdadera escabechina: dieciocho muertos y dieciséis heridos; y también se habían llevado un número muy alto de prisioneros, entre otros al capitán del regimiento Hibernia. La conclusión evidente, tras los primeros informes era que en ningún caso el ataque de los ingleses hubiera tenido tan malas consecuencias de haber estado los responsables más atentos a sus obligaciones; por lo que mandé arrestar de inmediato al capitán Pablo Figuerola, que era el comandante de la trinchera, para que respondiese ante un consejo de guerra.

Aparte de la pérdida irreparable de vidas humanas y de los importantes daños materiales, un incidente de ese tipo contribuía a minar la moral de un ejército que quizás confiaba demasiado en la victoria, aunque lo cierto es que hasta el momento la mayor parte de la tropa no había entrado en combate, si descontamos las escaramuzas de artillería y las periódicas incursiones de los salvajes que desde los bosques cercanos a la ciudad atacaban cuando menos se pensaba, dejando siempre un rastro siniestro de cuerpos mutilados y cráneos desnudos cuando se retiraban.

Aquel desgraciado incidente suscitó un comentario crítico por

parte del ayudante de Cajigal, cuando estábamos los tres sentados tomando un refrigerio esa noche en mi tienda:

—Antes de que ocurriera este percance ya me había fijado en la forma en que estaban construidas las trincheras, que más bien parecían simples zanjas —dijo Francisco Miranda—. Y en cuanto a la actitud de sus jefes, algunos soldados me han comentado que en el momento del ataque se encontraban absolutamente desprevenidos, disfrutando de un copioso almuerzo, como si en vez de en el campo de batalla se encontrasen en una fonda de la plaza Mayor de Madrid.

—Esas trincheras —le respondí a Miranda tajantemente— han sido construidas de la mejor forma posible, considerando la mala calidad del terreno y la proximidad de las líneas del enemigo. Y en cuanto a la actitud de los jefes en este incidente, por respeto a la justicia militar debemos esperar el resultado del consejo de guerra que he mandado convocar para los responsables.

Intentando cambiar de asunto, fuimos a dar a otro en el que tampoco pudimos coincidir el ayudante de Cajigal y yo, al comentar el problema que constituían los auxiliares indios de los ingleses, que se complacían en torturar a los enemigos que capturaban vivos. Miranda se permitió expresar su admiración por el general Campbell, que el día anterior había salvado a un desgraciado prisionero de la muerte, redimiendo al cautivo mediante una elevada recompensa de doscientos pesos fuertes y varias barricas de ron.

—En realidad —añadió el ayudante de Cajigal—, este tipo de excesos corresponde al bajo nivel de civilización de esos salvajes, mientras que el gesto humanitario del general inglés demuestra en cambio la preocupación de los individuos civilizados por sus semejantes.

—Mi experiencia de varios años luchando en la frontera de Nueva España me obliga a disentir de su interpretación sobre los distintos niveles de civilización entre el hombre blanco y los salvajes, como se dice, aunque yo prefiero llamarlos indígenas —le expliqué a Miranda—. Coincidimos en que el comportamiento de los auxiliares con sus prisioneros es deplorable, aunque pienso que para entender cabalmente su actitud tendríamos que analizar también el trato que han recibido del hombre blanco. Le

sorprendería saber que alguno de sus hábitos más detestables, como el arrancar la cabellera a los enemigos, lo han aprendido de nosotros, cuando pusimos precio a sus cabezas.

Pero no era fácil intentar convencer al ayudante venezolano, que respondió a mi argumentación:

—Sin duda, su excelencia tiene una experiencia mucho más dilatada que yo en el trato con los salvajes, pero aceptará que el gesto del general Campbell al rescatar a uno de nuestros hombres de manos de los salvajes demuestra su talante humanitario.

—Permítame que ponga en duda el talante humanitario del general inglés, porque cuando estábamos negociando los términos de esta campaña, tuve que convencer a Campbell para que no destruyese parte del caserío de la ciudad para que esos edificios ocupados por los ciudadanos de Pensacola no pudieran constituir un obstáculo al fuego de sus cañones.

—No conocía ese dato, ya que no estaba aquí al principio del sitio.

—Aparte de este detalle, también debo decirle que por lo general no tengo buenas referencias del comportamiento de los ingleses, con respecto a los nativos de esta zona, porque cuando han ambicionado un territorio ocupado por los indígenas no han tenido el menor empacho en desahuciarlos de sus tierras y exterminarlos, utilizando a veces métodos tan reprobables como la distribución de mantas infectadas con gérmenes de viruela.

En ese momento, Cajigal debió comprender que mi conversación con su edecán trascurría por senderos bastante escabrosos, por lo que buscó cualquier pretexto para mandar a Miranda a hacer un recado.

Cuando nos quedamos a solas en la tienda, le comenté al comandante:

—Es evidente que este ayudante suyo tiene una gran capacidad dialéctica, aunque quizás debido a su juventud pueda caer en el error de hablar de temas que no conoce.

—Por supuesto que todos podemos equivocarnos —respondió Cajigal—, pero debo decir que, por lo general, Miranda emite juicios bastante certeros, basados en una erudición y cultura verdaderamente excepcionales. Ese hombre siente verdadera pasión por los libros, con los que viaja a todas partes y cuyo contenido

absorbe con facilidad: en realidad, el propio Miranda es como una biblioteca ambulante.

—Quizás en esa biblioteca le convendría incluir un manual sobre la oportunidad de quedarse callado en determinadas ocasiones —dije yo entonces—, por ejemplo, me parece que sus comentarios irónicos sobre lo que ha ocurrido en las trincheras estaban fuera de lugar cuando todavía no se han enfriado los cuerpos de los soldados que murieron en ese desgraciado incidente.

Capítulo 39
La explosión del fuerte de la Media Luna

Continúa hablando Bernardo de Gálvez

Esa misma tarde se levantó un fuerte sureste que desplazó sobre la costa nubes tormentosas, algunas de las cuales se habían enganchado a la cima de las Barrancas Coloradas, que parecían adornadas con un inmenso turbante. Según avanzaba el día, el temporal fue arreciando con ráfagas de fuerte viento que en ciertos lugares levantaba tormentas de arena y sacudía de tal forma las tiendas del campamento como si estuviesen a punto de emprender el vuelo. Por haber aguantado otros azotazos de los elementos, yo sabía que el temporal iría en aumento, por lo que di instrucciones a los capitanes de las naves que estaban fondeadas en la bahía para que soltaran las amarras y salieran al mar abierto.

Apenas habían atravesado la bocana del puerto, las aguas de la bahía se encresparon como si se estuviera librando un terrible combate de monstruos marinos bajo la superficie. Del otro lado de la bahía se veían caer cortinas de agua sobre la colina que ocupaban los reductos ingleses y supuse que esa misma tromba de agua iba a inundar las trincheras, como de hecho ocurrió. Pronto vinieron a avisarme de que el aguacero había anegado completamente la tienda del hospital y que las ráfagas de viento habían arrancado los anclajes de la arena, dejando a los pobres enfermos y heridos a la intemperie. Y aunque yo mismo me acerqué al hospital para intentar auxiliarlos, no pude evitar que algunos de los pacientes —creo que sobrecogidos por la proliferación de truenos y relámpagos— murieran de pasmo.

Mientras estaba ayudando a uno de mis hombres a afianzar los amarres de una tienda, me escurrí en la arena húmeda, y al caer a plomo noté un desgarramiento en el abdomen: antes de quitarme la venda supe que se había vuelto a abrir la cicatriz de la herida.

Cuando el cirujano levantó el vendaje, comprobó que la herida había vuelto a sangrar, por lo que no tuve más remedio que quedarme esa noche tumbado en el catre de mi tienda aunque las mantas estaban húmedas y la lona desgarrada permitía que el viento y el resplandor de los relámpagos se colasen por sus resquicios.

Aun en estas condiciones, era tal el cansancio acumulado de los días pasados que acabó por vencerme el sueño, pero fue un sueño preñado por una horrible pesadilla. Me encontraba de nuevo a bordo del *Galveztown*, al pie de las Barrancas Coloradas, dirigiendo una pequeña flota de buques de guerra que intentaban alcanzar con sus cañones las baterías que estaban en lo alto del acantilado. Aunque nadie en su sano juicio hubiera intentado tomar el reducto enemigo desde el mar, yo había dado órdenes a una compañía de guardiamarinas de desembarcar al mismo pie de la roca e intentar escalar hasta lo alto del promontorio.

Y cuando uno de mis hombres se atrevió a indicarme: «Mariscal, este combate es una locura, pues nuestros cañones jamás podrán alcanzar la altura del fortín ni las tropas podrán trepar por ese muro de roca que cae casi a pico sobre el agua», le amenacé con atravesarle con mi sable si no cumplía mis instrucciones y ordenaba inmediatamente a sus guardiamarinas desembarcar al pie del acantilado para intentar escalarlo. Aunque el oficial sabía que mandaba a sus hombres a una muerte segura, dio la orden de subir por la muralla. El sueño me presentó con tanto realismo la nube de pólvora que ocultaba la superficie vertical del promontorio, que me pareció que sentía el olor acre de la pólvora. Cuando se disolvió la cortina de humo y miré a través del catalejo a los que habían conseguido escalar hasta la mitad del acantilado, me di cuenta de que aquellas figuras no eran de soldados humanos, sino un pelotón de simios vestidos con el uniforme de guardiamarinas que hacían, mientras trepaban por la roca, los gestos propios de esos animales, si bien sus ojos desorbitados reflejaban un terror muy humano. Luego se produjo una descarga de las baterías del promontorio y vi que los monos habían sido barridos por completo por la metralla y que sus cuerpecillos descoyuntados caían al agua como guiñapos de trapo.

Aquella visión me produjo una impresión tan fuerte que me

desperté y vi que estaba a punto de amanecer. Tras apretarme la venda de la herida, que estaba empapada de sangre y de agua, salí de la tienda —o de lo que quedaba de ella tras el vendaval—, pues quería comprobar con mis propios ojos los estragos que había hecho la tormenta en el campamento. Igual que hice los días anteriores, me dirigí por la orilla de la playa —que la marejada de la noche anterior había sembrado de algas y conchas de crustáceos— a un lugar desde donde podía observar los fuertes del otro lado de la bahía y el perímetro de nuestras trincheras. Durante la noche los ingenieros zapadores habían conseguido achicar el agua que corría por la zanja como un torrente por la ladera de una montaña, y pude comprobar que nuestras baterías seguían funcionando porque, en cuanto salió la bola del sol rojizo, retumbaron los cañones de nuestra artillería, que pronto respondieron desde el fuerte de la Media Luna.

Estaba ya regresando hacia el campamento cuando toda la cuenca de la bahía retumbó con el eco de una tremenda explosión, cuya onda expansiva casi me derribó; y al volverme, todavía alcancé a ver que uno de los fortines ingleses —que por la posición identifiqué como el de la Media Luna— acababa de volar por los aires. La explosión proyectó hacia el cielo una inmensa columna de humo que momentáneamente ocultó la luz del sol y repartió en un extenso radio una lluvia de fragmentos de muralla, pedazos de cobre y hasta los cuerpos descoyuntados de soldados que habían sido lanzados al cielo como los muñecos de un guiñol.

Apenas estuve de vuelta en mi tienda, uno de los capitanes de las trincheras, que había cruzado rápidamente en una lancha la bahía, me contó que una de las granadas lanzadas desde nuestras trincheras se había colado por la tronera del polvorín del fuerte de la Media Luna, reventando toda la estructura del bastión y provocando una terrible mortandad entre quienes se protegían tras sus muros.

Para aprovechar al máximo aquella baza que nos daba la suerte, di instrucciones a Cajigal y a los otros mandos militares para que sus tropas atacasen de inmediato al fuerte accidentado para expulsar a los soldados que hubieran quedado allí. Mis órdenes fueron cumplidas al instante, y las tropas de Cajigal, de Espeleta y de Girón se lanzaron al ataque desde las trincheras; aunque los

soldados ingleses sobrevivientes, quizás por miedo de ser alcanzados por nuestros disparos si se arriesgaban a retirarse hacia el fuerte George, se habían enrocado entre los escombros, como cangrejos sorprendidos por la marea.

En esas circunstancias, favorables para nuestras armas y que hubiera querido aprovechar al máximo, se produjo de nuevo un acto de indisciplina por parte del capitán Alderete, cuando, siguiendo mis instrucciones, Cajigal le hizo llegar una nota en estos términos:

Muy señor mío:

El comandante general de este campo me previene diga a que en atención a hallarse los enemigos con sus obras exteriores arruinadas, y las tropas de S. M. en posesión de ellas, se sirva inmediatamente ir a batir el fuerte principal George por esa parte de la bahía, del modo que juzgue más conveniente y con todas las embarcaciones que le parezca, conducentes al mejor efecto
VM
.

Aunque Alderete sabía perfectamente que Cajigal se limitaba a transmitir mis instrucciones, el prurito protocolario que parecía preocupar más a los marinos que el servicio a su rey impidió que el capitán cumpliese esas instrucciones, batiendo desde la orilla el fuerte George.

A la postre, resultó que tampoco hubiera hecho falta el bombardeo de los buques contra el fuerte para convencer al general Campbell de que había llegado el momento de alzar la bandera blanca, lo que probablemente estaba deseando desde que iniciamos el asedio. Apenas Espeleta, que sufrió una herida superficial, como Cajigal, que tuvo una fuerte contusión durante el ataque, acabaron de tomar posesión del fuerte de la Media Luna, se vio ondear sobre el fuerte George una bandera que anunciaba una petición de tregua y llegó un mensajero de Campbell que me entregó una nota:

Señor:

Para evitar un nuevo derramamiento de sangre,

propongo a vuestra excelencia un cese de hostilidades hasta mañana al mediodía, en cuyo tiempo se estudiarán los artículos de capitulación, supuesto vuestra excelencia esté dispuesto a acceder a honorables términos para la tropa de mi mando, así como a procurar la defensa, seguridad y protección de los paisanos.

Pero como ya conocía las mañas del general Campbell, rechacé el contenido de aquel escrito, que podía constituir una añagaza para que los ingleses reagrupasen sus fuerzas, y exigí iniciar las capitulaciones de la rendición inmediatamente, lo que el inglés aceptó.

Dada la complejidad de los términos, la redacción de las capitulaciones se prolongó durante toda la noche y no se concluyó hasta entrar el nuevo día. En la revisión de las cláusulas de la rendición participó, con plenos poderes, el brigada James Campbell, sobrino del general, lo que no supe interpretar si era en un intento de facilitar las cosas o un nuevo desplante del arrogante aristócrata escocés. Por parte española quise que interviniese directamente en la redacción de las capitulaciones el coronel Ezpeleta, que se había sentido defraudado por las consecuencias que habían extraído los ingleses de los generosos términos de la capitulación en Mobila.

Una vez firmado el acuerdo por los representantes de ambos bandos, se produjo la ceremonia de entrega del fuerte George. Con todos los honores militares, el general Campbell y otros novecientos soldados desfilaron ante las tropas vencedoras con su fusil al hombro y las banderas desplegadas, haciendo después la entrega de sus armas y banderas, mientras que nuestros cañones disparaban salvas de artillería para celebrar este acontecimiento.

Una vez que tuvimos acceso a los fuertes que no habían sido destruidos por la explosión, nos encontramos con un increíble botín de guerra de más de ciento cuarenta cañones, dos mil cien fusiles, trescientos barriles de pólvora y otros pertrechos militares. Lo que no dejó de hacerme pensar que, de haber tenido los arrestos necesarios, las tropas de Campbell podían haber aguantado un sitio mucho más prolongado sin verse cortos de armas ni bastimentos; y que, por lo tanto, la carta dirigida al general Clinton que habíamos interceptado no reflejaba la situación real de sus defensas.

Como si el general Campbell quisiera dejar un nuevo testimonio de su mala fe, aprovechó la misma noche en que estábamos negociando la rendición para hacer salir del fuerte al amparo de la oscuridad a trescientos dragones con destino a Georgia —escamoteando así parte de la tropa que hubieran debido rendirse como prisioneros de guerra—. Los ingleses también utilizaron ese tiempo para distribuir entre los indios aliados abundantes raciones de pólvora y aguardiente, por lo que, tras haber cometido tantas crueldades, los indios volvieron a sus aldeas con un importante botín, que incluía las cabelleras de soldados españoles.

Apenas hubo acabado la ceremonia de la rendición, mandé con el bergantín *Galveztown* un mensaje al gobernador de Cuba y otro al secretario de Indias, indicándoles que había cumplido con la misión que me había encomendado su majestad: expulsar a los ingleses de sus posiciones en el río Mississippi y de las plazas del golfo de México.

Y cuando llegó a la corte la noticia de esta victoria, se produjo allí una explosión general de euforia y de agradecimiento que casi superó la lluvia de cenizas y escombros —en este caso más bien de incienso y laureles— que se produjo en Pensacola cuando estalló el polvorín del fuerte de la Media Luna. En este caso, lo que cayó del cielo fueron multitud de mercedes y ascensos que concedió su majestad el rey en recompensa a los que habíamos contribuido al triunfo de nuestras armas.

A los tres comandantes de la campaña, Solano, Cajigal y yo mismo, nos ascendieron a tenientes generales, con una pensión especial; a Ezpeleta y a Girón les hicieron brigadieres, y la pedrea de aquella tómbola llegó a cargos subalternos como el edecán Francisco Miranda, que fue ascendido a coronel. Para Francisco Miranda, aparte del ascenso, el principal botín de aquella campaña consistió en la adquisición por la cantidad de cuatrocientos noventa dólares de dos esclavos negros, Bob y Perth, y la compra en la tienda de libros de Pensacola John Falconer & Cia de una interesante colección de libros en inglés, que incluían obras de Chesterfield, Watson (*El reino de Felipe II*), Robertson (*Historia de Escocia*), así como poesía de Milton y de Waller.

QUINTA PARTE

Capítulo 40
El castillo del Príncipe

Aunque sé perfectamente que la obligación del narrador omnisciente debe limitarse a contar una historia con la mayor amenidad y objetividad, y pasando lo más desapercibido posible, creo que en este caso debo hacer una excepción a esa regla para disculparme ante el lector porque vuelva a aparecer en estas páginas un personaje secundario que tan solo se había incluido en capítulos anteriores como contrapunto del personaje principal del relato.

Tras los ascensos concedidos por su majestad el rey a los comandantes militares y navales que habían participado en la toma de Pensacola, aunque conservaba sus competencias como gobernador de la Luisiana y de la Florida Occidental, Bernardo de Gálvez recibió el nombramiento de jefe de las operaciones aliadas en las Bahamas para la conquista de la isla de Jamaica; el almirante Solano pasaba a ser el comandante de la Armada en La Habana, en sustitución del almirante Juan Bonet —con quien Gálvez había tenido serios desencuentros en la junta de guerra—; y Juan Manuel de Cajigal pasaba a ser capitán general y gobernador de Cuba, sustituyendo a Diego Navarro, que tampoco había tenido una relación muy cordial con el gobernador de la Luisiana.

Al poco tiempo de haber regresado Juan Manuel de Cajigal de la Florida Occidental, y cuando apenas había tomado posesión de su destino como capitán general de la isla, se produjo un desagradable incidente, cuyo protagonista —en este caso involuntario— fue el mismo general John Campbell. El general pasó por La Habana, donde había hecho escala un buque español flagatrús —como se llamaba por deformación de la expresión inglesa *Flag of Truce* (bandera de paz) a los barcos que conducían prisioneros de guerra —, que iba en ruta hacia Nueva York de acuerdo con las capitulaciones que se habían firmado apenas unas semanas atrás.

El sentido quizá excesivo de caballerosidad del capitán general español le hizo recibir al adversario vencido —con la generosidad que refleja el abrazo del marqués de Spínola al general holandés en el cuadro de *Las lanzas*—. Cuando Cajigal supo que Campbell había desembarcado en El Morro, mandó inmediatamente una invitación a almorzar en su magnífica residencia al general inglés y a los otros oficiales que lo acompañaban en el mismo barco. Hubiera sido lógico que Francisco Miranda, que era uno de los pocos oficiales cercanos al nuevo gobernador que hablaba un inglés bastante aceptable, hubiera sido invitado a ese almuerzo para servir de intérprete entre Cajigal y los oficiales británicos. Pero no fue así, pues, para combatir un ataque de fiebres, el venezolano se había ido a pasar unos días a la hacienda del conde de Casa Montalvo.

En vista de lo cual Cajigal designó como cicerone e intérprete a otro de sus ayudantes, un tal José de Montesinos, que solo hablaba francés, por lo que nada más podía entenderse con el único oficial británico que dominaba esa lengua. El problema surgió cuando, al final de la recepción en el palacio gobernador, este ofreció a sus invitados dar una vuelta en diligencia por los alrededores de la ciudad, y Montesinos cometió la torpeza de llevar a los prisioneros británicos a visitar las instalaciones militares del Castillo del Príncipe, en contra de las más elementales precauciones.

Se trataba de un fuerte de edificación relativamente reciente, que las autoridades de Cuba habían construido precisamente para cubrir un espacio demasiado separado entre otras fortificaciones, lo que fue utilizado por los ingleses para colarse en La Habana en 1762. Tomando como base las ruinas de una antigua torre derruida, el brigadier Luis Huet había completado una nueva fortaleza —llamada Castillo del Príncipe en honor del futuro Carlos IV— que se suponía incorporaba las técnicas más actualizadas de la construcción militar.

Como no queda ningún testimonio escrito de los visitantes ingleses y en cambio quedan quizás demasiados de la parte española, no es fácil imaginar lo que pensarían aquellos oficiales cuando, todavía en plena guerra, los mandos militares en La Habana les mostraban uno de los reductos que formaban parte de las defensas de la ciudad; lo que estaba rigurosamente prohibido en cualquier código militar, no solo con respecto a cualquier forastero,

sino muy especialmente a los oficiales de un ejército enemigo. ¿Se trataba de un fallo garrafal del sistema de seguridad militar? ¿O quizás los españoles habían llevado al Castillo del Príncipe a los oficiales ingleses para que pudieran comprobar que, tras la toma de La Habana de 1762, las defensas de la ciudad se habían reforzado de forma que en esas condiciones hubiera sido inútil intentar un nuevo asalto?

Dado que el carácter del general Campbell era bastante enrevesado, todavía es más difícil adivinar lo que se le pasaría por la mente al general que precisamente acababa de perder una plaza estratégica de valor esencial para la flota y el ejército británicos. Hasta cierto punto podía considerarse que la toma de La Habana por las tropas de Albemarle había sido como el envés de la moneda de lo que acababa de ocurrir en Pensacola. ¿Se sentiría ofendido el oficial inglés al ver que los españoles, de una forma sutil, le estaban restregando el escozor de su derrota?

El que definitivamente no solo se consideró ofendido sino que puso el grito en el cielo fue el brigadier Luis Huet, que estaba justificadamente orgulloso de haber utilizado para su construcción los más modernos conocimientos de defensa. Apenas se enteró que se había permitido que el general Campbell y otros oficiales británicos visitasen el fuerte y recorrido sus instalaciones, mandó una carta al oficial que se encontraba ese día de guardia en el Castillo del Príncipe pidiéndole explicaciones de que el general Campbell hubiera podido entrar en el fuerte y reconocerlo «a todo su placer».

En su contestación a Huet, el oficial de guardia le quitaba importancia a la visita, diciendo que él ni siquiera se había dado cuenta de que eran visitantes forasteros —seguramente Campbell y sus oficiales no iban de uniforme—, y que se había limitado a dar acceso al castillo a quienes iban acompañados por un ayudante del capitán general; añadiendo también para su descargo que los forasteros solo vieron la obra interior y nada de lo exterior (lo que parece casi imposible).

Ante una respuesta tan poco satisfactoria, el brigadier Huet pasó copia de esa correspondencia al capitán general, que aunque reprendió al oficial de guardia, no le quiso dar excesiva importancia al incidente, del que debía sentirse en parte responsable por no

haber dado instrucciones suficientemente precisas al oficial encargado de acompañar a los ingleses en su visita a los arrabales de la ciudad.

Como quiera que fuese, el ministro de Indias llegó a tener conocimiento de este incidente y solicitó que los mandos militares realizasen la oportuna investigación sobre este fallo en la seguridad y se castigase a los culpables. Pero, debido a la mala fe o al simple desconocimiento de lo que realmente había ocurrido, se echó la culpa de este contratiempo a Francisco de Miranda, a quien seguramente hubiera correspondido acompañar a los ingleses por su conocimiento de esa lengua.

Una vez que se puso en circulación ese infundio, no tardó en recibir el propio Cajigal una carta del mismo ministro de Indias en la que le informaba de que el rey había llegado a saber con sumo desagrado que al general Campbell y a otros oficiales ingleses se les había permitido ver las fortificaciones de esa plaza «a influjo y compañía de don Francisco de Miranda, que es un entusiasta apasionado de los ingleses». Y en esa misma carta, José de Gálvez transmitía el mandato de su majestad de que Cajigal retirase inmediatamente a ese oficial de su lado y que en la primera embarcación que saliera de La Habana después de recibir aquella comunicación, enviase a Miranda de vuelta a España, a los efectos oportunos.

Aunque el gobernador era consciente del poder casi ilimitado del ministro de Indias, en este caso Cajigal no le dio excesiva importancia a la carta ni cumplió el mandato del ministro de arrestar a Miranda, al saber que la acusación contra su querido y admirado edecán era absolutamente falsa, y que ello podía demostrarse fácilmente alegando que Miranda se encontraba fuera de la ciudad cuando se había producido el incidente con el general Campbell.

En su contestación al ministro, Cajigal explicaba que Miranda no podía haber acompañado a Campbell al Castillo del Príncipe puesto que ese día se encontraba lejos de La Habana, en la finca Ojo de Agua del conde de Casa Montalvo, circunstancia que podían corroborar varios testigos, que estaban dispuestos a declarar la verdad. Debido a que la escala de los ingleses en La Habana había sido muy corta, el coronel Miranda y el antiguo comandante de

Pensacola no habían podido coincidir en ningún momento en la ciudad. Por lo que, en su carta al ministro, Cajigal concluía que cualquier medida que se adoptase contra su edecán basándose en esos infundios constituiría un abuso y una injusticia.

Ni Juan Manuel de Cajigal ni Miranda comprendieron en ese momento que acababa de ponerse en marcha una bomba de relojería de efecto retardado, pero que a la larga afectaría no solo al porvenir de Miranda sino al de su protector.

Capítulo 41
La virtud republicana de Sarah Livingston

Una vez que España hubo declarado la guerra a Inglaterra, el Congreso de los Estados Unidos designó a John Jay —que hasta entonces había presidido ese cuerpo legislativo— para representar a su país ante la corte de Carlos III. Sarah Livingston, la esposa de Jay, no dudó un momento que su deber era acompañar a su marido en esa difícil misión.

Sarah sabía muy bien que aquel nuevo destino de su esposo, tras al aparente atractivo de un cargo de embajador, no lo era tanto si se conocían las circunstancias que atravesaban la relaciones entre la monarquía hispana y el nuevo estado que aún luchaba por conseguir la independencia y el reconocimiento de otras naciones. Sarah era consciente de la forma ambigua en la que la corte española había actuado desde el principio del conflicto, y el tratamiento que había sufrido uno de los comisionados del Congreso que había sido detenido cuando pretendía llegar a Madrid, como si fuera un vulgar delincuente. Aunque estaba dispuesta a apoyar a su marido en cualquier circunstancia, a Sarah le preocupaba que John Jay, que había tenido una brillante trayectoria en la abogacía y en la política, pudiera ser ninguneado o ignorado por los gobernantes de un país por los que las personas de su entorno no sentían ninguna afinidad.

Pero Sarah estaba imbuida por los ideales de la virtud republicana, y creía firmemente en la necesidad de sacrificar el interés individual en aras del bien común, lo que en ese momento le impulsaba a acompañar a su marido a un viaje largo y arriesgado y sobre todo a soportar el dolor de la separación de su hijo primogénito, Peter Augustus. Sarah estaba convencida de que el deber de una mujer republicana era apoyar a su cónyuge en todo momento, proporcionándole tranquilidad en la vida privada para

que pudiera cumplir mejor su cometido público. La dimensión de su sacrificio no pasó desapercibida entre los líderes de la revolución, y hasta el propio general Washington, que era amigo de su padre, William Livingston, poco antes de su partida le mandó una carta con un recuerdo muy personal: «Se complace en entregarle este pequeño regalo —un mechón de su propio pelo—, y desea ardientemente que vientos favorables, un mar tranquilo, y todo lo grato y deseable suavicen el camino que usted está a punto de emprender».

Desafortunadamente, el comandante en jefe del ejército continental no podía extender su poder a los elementos, y el padre de las aguas sacudió violentamente la fragata norteamericana *Confederación* que llevaba al matrimonio Jay, junto con otros miembros del séquito diplomático, hacia España, según contaba la propia Sarah en una carta a su madre:

> *Sobre las cuatro de la mañana nos alarmó un ruido estrepitoso en cubierta… Se había caído el mástil mayor… Imagínate, mamá, qué situación tan peligrosa, más de trescientas almas, dejadas a su suerte en la inmensidad del océano, en un velero sin mástil y sin gobierno*.

Por suerte, los Jay no estuvieron mucho tiempo en esa situación, pues llegó a su rescate la fragata francesa *Aurora* que, tras una travesía algo accidentada, les depositaría en el puerto de Cádiz. Desde allí fueron trasladados a El Puerto de Santa María por mar, en una barcaza que había puesto a su servicio el comandante de la bahía, Antonio de Gálvez, hermano del secretario de Indias y tío de Bernardo.

Tras la experiencia poco grata que Sarah había tenido en alta mar, la viajera comentó en otra de sus cartas las delicias de aquella travesía por aguas tranquilas:

> *Estaba decorada con un toldo de damasco carmesí con preciosos flecos y los bancos estaban cubiertos con cojines del mismo material. Los remeros eran dieciséis o veinte con un uniforme extravagante pero no desagradable… La regularidad del sonido de los remos, la música, la serenidad*

del tiempo y la bella perspectiva de la bahía conspiraron para convertir la travesía en algo verdaderamente agradable.

Para poder descansar después de la larga travesía y esperando que la corte hiciera desde Madrid un gesto de bienvenida y reconocimiento a John Jay, el matrimonio decidió quedarse un tiempo disfrutando de la luminosidad y la hospitalidad de la ciudad de Cádiz. Allí tuvieron la suerte de encontrar a Hortensia Ortiz, que había servido en casa del cónsul británico hasta que tuvo que salir de allí, y había aprendido de sus antiguos amos lo suficiente de la lengua inglesa —aunque con un marcado acento gaditano—, para hacerles de intérprete en su entorno, dado que ni Sarah ni John hablaban ni una palabra de español.

El compás de espera que el dignatario se había tomado, por delicadeza hacia las autoridades españolas, se convirtió en una situación incómoda, cuando pasaban los días sin que desde Madrid se realizara el menor gesto de bienvenida ni de aceptación de la condición de John Jay como ministro de los Estados Unidos.

Finalmente, cansado de esperar, John Jay decidió ponerse en camino hacia Madrid, en compañía de Sarah, con el resto de su séquito. Aunque antes de partir se les había prevenido de la dureza de los caminos en España, a Sarah le sorprendió la incomodidad de los carruajes, el mal aspecto de los cocheros, y sobre todo la suciedad de las fondas.

Por fortuna, la diligente y servicial Hortensia intentaba evitar a sus nuevos amos todas las incomodidades que podía y sobre todo, en su inglés macarrónico y su cerrado andaluz, les hacía funciones de intérprete, sin lo cual los norteamericanos hubieran estado aún más perdidos en los primeros meses de su estancia en España. Hortensia había hecho buenas migas con el carretero Martín Porres, que anteriormente había transportado mineral de azogue desde las minas de Almadén al puerto de Cádiz, y por lo tanto se conocía bien el camino. Y, a pesar de su aspecto algo patibulario, contaba con cierta gracia las anécdotas que había ido cosechando en sus anteriores derroteros.

Martín también relataba historias truculentas sobre bandoleros que habían asaltado a viajeros por aquellos mismos caminos,

aunque Hortensia prefería no traducir aquellos cuentos a los visitantes norteamericanos, que estaban ya bastante preocupados por las historias que habían leído de viajeros ingleses por Andalucía. Al llegar a las cercanías de Almadén, Martín contó a los viajeros —a través de la lengua de Hortensia— cómo se desarrollaba el trabajo en las minas que producían el azogue necesario para la amalgama del oro y la plata en las minas americanas. Y, de paso, quiso impresionar a los forasteros añadiendo algunos detalles truculentos sobre el trabajo en las minas, como el hecho de que los forzados estaban condenados a vivir sin ver la luz del sol, la dureza de la extracción del cinabrio, cuyos efluvios producían efectos letales, y remató esa historia con el relato de un terrible incendio que había asolado la mina recientemente, incendio que posiblemente había sido provocado por los mismos reclusos, pero donde habían muerto muchos de ellos cuando el fuego se propagó por las galerías de la mina, bloqueando su escapatoria.

Cuando llegaron a Madrid, la familia Jay tuvo la suerte de encontrar en la calle San Mateo la misma casa que había pertenecido al embajador británico hasta que se había producido la declaración de guerra. El barrio era muy agradable y el edificio tenía la ventaja de tener fuente de agua potable en el jardín, lo que evitaba que sus moradores tuvieran que depender de los aguadores para rellenar sus aljibes. Además, la experiencia de Hortensia en casa de otros ingleses le facilitó mucho a Sarah la adaptación a aquella vivienda, que en pocos días la diligente mucama había hecho brillar como los chorros del oro, con un sentido de la limpieza más propio de las gentes del sur que de los castellanos: «¡Señora, aquí nos come la mierda!», había dicho Hortensia antes de arremangarse las sayas y tirarse a fregar el suelo, cuyas baldosas había dejado tan limpias que casi se podía comer en ellas.

Pero la satisfacción de haber llegado a su destino tras tantas incomodidades se desvaneció cuando John Jay tuvo que aceptar la desagradable realidad de que el conde de Floridablanca no lo recibiría y que el rey Carlos III no aceptaría sus credenciales porque todavía no quería reconocer a los enviados del Congreso como representantes de un país soberano.

La falta de un reconocimiento oficial no solo entorpeció la

misión que había traído a John Jay a España, sino que situó a su mujer en una incómoda posición de ostracismo social. Como los Livingston pertenecían a una élite económica e intelectual, Sarah estaba acostumbrada a acudir a muchos actos sociales y a reuniones de otras mujeres que se ayudaban unas a otras en los rigores y carestía que provocaba la guerra. Sarah no solo echaba de menos a su hijo y al resto de su familia, sino que añoraba el contacto con otras personas de su misma clase y posición.

«Henos aquí en un país cuyas costumbres, lengua y religión son absolutamente contrarias a las nuestras. Sin conexiones, sin amigos: juzga entonces si Dios no podría habernos preparado un presente más aceptable», escribía Sarah a su hermana, tras haber vivido unos meses en la capital de España. Según iba pasando el tiempo, para Sarah resultaba desesperante comprobar que su marido, que gozaba del mayor prestigio y aceptación entre la nueva sociedad americana, era totalmente ignorado por el gobierno ante el que estaba acreditado, lo que a su vez lo colocaba en una posición muy difícil para transmitir las instrucciones que había recibido del Congreso.

A la frustración de John Jay por la falta de reconocimiento era preciso añadir sus dificultades económicas. El Congreso no le mandaba dinero y el préstamo que le había facilitado el doctor Franklin a su llegada se agotó con rapidez, especialmente porque la capital de España era una de las ciudades más caras de Europa y, debido a que la corte y el gobierno se trasladaban continuamente de Madrid a Aranjuez, después a La Granja y de allí a El Escorial, quien pretendía ser recibido por el ministro de Estado o uno de sus ayudantes, como era el caso de John Jay, tenía que desplazarse a esos lugares, con los consiguientes gastos extraordinarios… «Un carruaje tirado por tres mulas me cuesta cada vez que voy de aquí a Aranjuez (siete leguas) diez dólares —se quejaba amargamente en una carta a uno de sus cuñados—, y mi situación es tan difícil que no puedo alquilar correos para llevar mis despachos a la costa o a Francia».

Capítulo 42
La isla de Guárico

Al haber sido nombrado jefe de las operaciones aliadas en las Bahamas para la conquista de Jamaica, Bernardo de Gálvez fue destinado a la isla de Guárico, donde se había acordado que se reunirían las fuerzas militares y navales españolas y francesas antes de emprender la campaña contra aquel bastión, que seguía siendo la clave de la actividad británica en el Caribe.

En ruta hacia su destino, realizaron una dilatada escala en Cuba, donde Bernardo y Felicitas —que se encontraba en avanzado estado de buena esperanza— aprovecharon para contraer oficialmente el matrimonio que se había realizado antes clandestinamente, con todos los parabienes eclesiásticos y civiles.

La boda se celebró con toda solemnidad en la catedral de Santiago de Cuba, oficiando la ceremonia el obispo don Santiago José de Echevarría y Elguera y como padrinos don Miguel Antonio Herrera y Chacón y la condesa viuda de Macurijes.

Ya habían llegado a la isla en Guárico cuando Felicitas dio luz a su hijo varón Miguel, alumbramiento que el prócer malagueño recibió con inmenso orgullo y satisfacción, como pudo demostrarse en la preparación de la ceremonia del bautizo, que revistió la mayor brillantez y solemnidad. El neófito fue acompañado a la iglesia en procesión por piquetes de granaderos armados y soldados franceses, y era tanta la concurrencia alrededor del templo que la tropa tuvo que abrir paso entre la multitud para llevar el niño al baptisterio. Tanto durante la salida de la casa, como en el momento del crisma y a la salida de la iglesia se dispararon salvas de artillería, como jubiloso augurio de que el infante seguiría la carrera militar de forma tan brillante como su padre.

Apenas recibió el bautismo de manos del capellán del regimiento de Guadalajara, sus padres vistieron al tierno infante con un diminuto uniforme de granadero, simbólica ofrenda del varón

primogénito al rey por parte de su padre. A continuación, Gálvez ofreció una comida a seiscientos soldados españoles y franceses y un refrigerio a otros doscientos invitados principales, siguiendo luego entretenimientos de música y baile, rematados por una magnífica cena.

Para un soldado acostumbrado a la acción como Bernardo de Gálvez, a quien sus superiores habían recomendado misiones difíciles, la obligación de permanecer a la espera de unos acontecimientos que dependían más de las decisiones de otras personas en otras partes del globo que de su propia iniciativa se haría, según iba pasando el tiempo, cada vez más insoportable. Aunque lo aceptó con la esperanza de un éxito fulgurante cuando consiguiera juntar el número de barcos y de tropas que hiciera factible la toma de Jamaica. Esa situación de incertidumbre durante más de dos años hubiera dado al traste con los nervios de cualquier otra persona, pero no del correoso malagueño, que se tragó la píldora de la inactividad y la inacción de la misma forma que había soportado en otros momentos circunstancias igualmente difíciles.

En cambio, para Felicitas de St. Maxent, el tiempo que vivieron en la paradisíaca isla de Guárico, disfrutando de la compañía de su marido, al que había echado de menos durante la larga campaña en Pensacola y disfrutando del resto de la familia, fue una de las épocas más felices de su vida. Aparte de ayudar a su marido a controlar su justificada impaciencia, Felicitas no tenía grandes responsabilidades ni obligaciones. Y podía dedicar el tiempo a dar largos paseos en un quitrín con dos briosos caballos que ella misma conducía, a veces en compañía de algún apuesto oficial francés que la entretenía con su conversación en la lengua que mejor conocía, y que los militares franceses sabían manejar seguramente con mucha más destreza que el sable que colgaba de su tahalí.

Por otro lado, Gálvez tenía que dedicar algún tiempo a poner orden y concierto entre los oficiales españoles y los franceses —que a veces por un quítame allá esas pajas eran capaces de desafiar a un oficial de la nación aliada—, y también estaba ocupado en mantener una activa correspondencia con distintas autoridades en Europa y en América. La cercanía de la isla de Cuba le daba asimismo algún trabajo, especialmente el capitán general de La Habana, Juan Manuel de Cajigal, y su edecán favorito, Francisco

Miranda, que no perdía la oportunidad de meterse en algún embrollo.

Cajigal no había llegado a recibir ninguna respuesta a la carta en la que excusaba a su ayudante de la acusación que pesaba sobre él en relación con la visita del general Campbell a La Habana. De hecho, con más confianza en la buena voluntad de los mandos militares de Madrid que realismo, el gobernador Cajigal pensaba que ese asunto estaba zanjado; y, al sentirse respaldado por su jefe, el venezolano creyó que había llegado el momento de acometer nuevos proyectos.

El estado de guerra entre España e Inglaterra, que duraba ya varios años, había llevado a Cuba a centenares de prisioneros ingleses, que desbordaban las celdas de las cárceles provocando una situación insostenible. Y en la isla de Jamaica ocurría lo propio, pero a la inversa, es decir, que no cabían ya en sus cárceles los prisioneros de guerra españoles. A Cajigal —o a Francisco Miranda, que actuaba como el cerebro gris de la capitanía— se le ocurrió que los mandos militares de ambas naciones podrían ponerse de acuerdo para intercambiar prisioneros, lo que sería no solo un gesto humanitario, sino que también supondría un ahorro muy importante para el tesoro de Londres y de Madrid.

Cajigal tenía una confianza tan absoluta en su subordinado que, cuando Miranda le hizo la propuesta de realizar una gestión ante las autoridades inglesas en Jamaica, sometió la idea inmediatamente a Gálvez, que debía dar su aprobación como jefe de las operaciones militares en el Caribe. Aunque sin decirlo de forma absolutamente clara, Cajigal también le proponía a Gálvez que la misión de intercambio de prisioneros que pensaba confiar a su ayudante —ya ascendido a coronel—, tendría como complemento una tarea de espionaje: averiguar la situación militar de la isla, el estado de sus defensas, puertos y guarniciones, así como la forma más eficaz para realizar el ataque.

Aunque Gálvez reconocía la buena preparación intelectual y la cultura de Francisco Miranda, no tenía una confianza tan desmedida como Cajigal en el venezolano. Pero al tiempo que no se sentía responsable de su misión secreta, le vendría muy bien tener una información actualizada sobre las defensas de la isla y su potencial naval y militar para cuando llegase el momento de atacar

Jamaica. Probablemente también pensaba el malagueño que si alguien tenía que colgar de la punta de una horca por espía, prefería que fuera un oficial criollo que un español, por las mayores repercusiones que podía tener el incidente en este caso.

En cualquier caso, era ya demasiado tarde para dar vuelta atrás, pues Francisco de Miranda se había presentado ya en Jamaica y había entablado negociaciones con el general John Dalling, comandante de las fuerzas británicas en la isla. Y como las prolijas negociaciones con el general inglés se prolongaron durante más de cuatro meses, Miranda aprovechó ese tiempo para recorrer Jamaica de punta a cabo y tomar apuntes de toda las fortificaciones, castillos, puertos, y averiguar el número de sus tropas militares y navales y las baterías que tenían asignadas para la defensa de la isla. Y, engrasando alguna cerradura por aquí y dando algún soborno por allá, el venezolano también adquirió mapas muy exactos de Jamaica y de las bahías de King Stone y de Port Royal.

Tras complejas negociaciones, Miranda llegó también a un acuerdo con los ingleses sobre el intercambio de prisioneros, que fue plasmado en unas capitulaciones que recibieron la aprobación tanto de Cajigal, que era su jefe directo, como del propio Bernardo de Gálvez, que para evitar problemas solicitó el visto bueno de Madrid. El acuerdo suponía la liberación de un total de veintidós oficiales y ochocientos cincuenta soldados, los cuales, ya en diciembre de 1782, se embarcaron en Port Royal con destino a Cuba en una goleta, dos bergantines y dos *flagatruses*.

Era indiscutible que la operación de intercambio de prisioneros se había coronado con éxito, aunque había quien pensaba que algunos aspectos de la negociación nunca serían conocidos por ser algo turbios. Otro tema que tampoco quedaba muy claro era lo que le había costado a Miranda alguno de los planos y mapas que había conseguido. Para realizar esas gestiones, el venezolano había recibido un anticipo importante del erario y también había pedido prestado dinero a nivel particular. Y uno de los problemas con los que se encontraría Francisco Miranda al regresar a Cuba era que no podía explicar fácilmente cómo había gastado las cifras que se le habían anticipado para gastos reservados.

Capítulo 43
Contrabando en Batabanó

Pero este no sería el principal problema con el que se enfrentaría Francisco de Miranda a la vuelta de su misión. Una vez que concluyó las capitulaciones sobre la mutua entrega de prisioneros, volvió hacia Cuba con una nave atestada de mercancías inglesas cuya entrada estaba absolutamente prohibida por las aduanas españolas. Tras anunciar que iba a desembarcar en el puerto de Trinidad, acabó haciéndolo en el puertecito de Batabanó.

Lo que no sabía Miranda era que el intendente de la isla, don Juan Ignacio Urriza, hacía tiempo que mantenía al venezolano en su punto de mira, y el hecho de haber estado tanto tiempo fuera de la isla sin un propósito evidente no había contribuido a disminuir las sospechas del intendente. Por lo que el mismo día en que Miranda desembarcó, pensando que en Batabanó iba a eludir más fácilmente las pesquisas de los aduaneros, se encontró con los hombres de Urriza que procedieron a incautarse de todo el alijo que traía el venezolano. Entre las compras que Miranda había hecho en Port Royal figuraban varias cajas de libros, de Adam Smith, Laurence Sterne (*El viaje sentimental*), John Milton y Tobías Smollett; pero ese no era el tipo de contrabando que le interesaba al intendente.

En una época en que la práctica del contrabando era un hábito inveterado y prácticamente aceptado en la vida cubana, no parecía que unos cuantos rollos de tela de Liverpool, unas barricas de *whisky* y unos cuantos sacos de harina pudieran suscitar tanto interés por parte del intendente. Y, por otro lado, el coronel cubano no era un eslabón importante en el mecanismo de la administración colonial, por lo que la trampa de Urriza parecía destinada a cazar a una pieza mayor.

Si así fuera, el objetivo del intendente se cumplió a pedir de boca. Pues cuando Cajigal se enteró de que las pertenencias de un

ayudante suyo habían sido confiscadas sin que nadie le hubiese advertido previamente de esta operación, cometió la torpeza de mandar un piquete de soldados a detener a los agentes de aduana que había enviado Urriza al puerto. Y lo que fue aún peor, cuando el intendente se mantuvo en sus trece, el capitán general intentó convencerlo de que echara tierra sobre el asunto, indicando que Miranda había ido a Jamaica por una cuestión de Estado, lo que solo contribuyó a levantar mayores sospechas en el suspicaz intendente. Ni corto ni perezoso, Urriza acusó tanto a Miranda de intentar lucrarse con comercio ilegítimo como al capitán general de tratar de abusar de su autoridad para acallar un asunto muy turbio.

Lo cierto fue que el éxito que había conseguido Miranda en el intercambio de prisioneros y también su fructífera labor como espía se vieron salpicados por este incidente, que tendría graves consecuencias cuando el intendente mandó a la corte a su secretario llevando documentos en que se detallaban las acusaciones contra el gobernador y su ayudante.

Cuando se enteró de que el intendente había enviado esa comunicación a Madrid, Cajigal comprendió que debía tomarse en serio el asunto y escribió al ministro de Indias intentando disipar de una vez por todas las acusaciones que pesaban sobre su ayudante, y que en cualquier momento podían repercutir en su propio prestigio.

En esa carta Cajigal no solo daba ciertos detalles —que probablemente hubiera debido omitir— sobre el éxito de la misión de espionaje de Miranda en Jamaica, sino que aprovechaba la ocasión para poner a su ayudante en los cuernos de la luna, como persona de un nivel intelectual altísimo, de una formación militar excelente y con unas dotes personales que habían permitido el éxito de una difícil negociación con los ingleses. Hasta tal punto llegaba la admiración del gobernador por el venezolano que —con un total desconocimiento del sentido de oportunidad—, en esa misma carta, solicitaba que se le diera a Francisco Miranda el ascenso al que según él se había hecho acreedor por el éxito de su doble misión en Jamaica.

Aparte de escribir al ministro —quizás por pensar que Bernardo de Gálvez pudiera interceder a favor del venezolano con su tío—, quiso que el jefe de operaciones conociera directamente lo que había logrado Miranda en su espionaje de Jamaica, mandándole a

Guárico con todos los documentos y planos de la isla que había conseguido.

Cuando Gálvez recibió a Miranda en su despacho, lo primero que hizo el coronel fue sacar de unos grandes cartapacios todos los documentos y cartas de la isla, que fue depositando ordenadamente en la mesa de reuniones que había en la sala adjunta. Gálvez leyó con cuidado cada uno de los listados de la tropa de tierra y de la marina y revisó uno a uno los mapas de la isla y los planos de las fortificaciones, y al fin hizo un gesto de asentimiento con la cabeza:

—Veo que mi amigo Cajigal no exageraba cuando me anticipó que usted había conseguido una información excelente. —Pero tras una pausa añadió—: Aunque supongo que también habrá que tenido que pagar un precio bastante alto por estos documentos.

Miranda adoptó el gesto de un perro que ha depositado una pieza valiosa a los pies de su amo y al que este contesta dándole un bastonazo en el lomo:

—Excelencia, sabe muy bien que todo en la vida tiene su precio; ustedes, los que han disfrutado de un respaldo inmediato a sus ambiciones, quizás no han tenido que pasar por el bochorno de tener que suplicar, coaccionar y sobornar para conseguir sus objetivos. Pero los que no hemos podido contar con ese entorno privilegiado tenemos que arrastrarnos a veces por el lodo para lograr ciertos resultados.

Gálvez se quedó mirando al venezolano entre sorprendido y molesto.

—Señor Miranda, la verdad es que no entiendo su reacción; yo acababa de elogiarle su labor en Jamaica y usted me responde casi con un insulto.

—Discúlpeme, mi general, pero no veo dónde está el insulto.

—De lo que usted acaba de decir podría inferirse que los que hemos tenido la suerte de nacer de una familia hidalga podemos conseguirlo todo sin esfuerzos, lo que le aseguro que no ha sido mi caso ni el de mis familiares. Por lo que en algún momento me comentó el propio Cajigal, usted pertenece a una familia acomodada de Caracas, y probablemente con más medios que una familia de hidalgos pobres como los Gálvez; le aseguro que muchos inviernos, cuando se acababan las orzas de tocino en manteca y el tasajo de cabrito, de niño tuve que atiborrarme de higos chumbos

para engañar el hambre.

Miranda pareció entender aquel argumento, pues adoptó una actitud más relajada, lo que Gálvez aprovechó para añadir:

—Miranda, usted podrá observar que estoy hablando con toda confianza y créame que lo hago en consideración de nuestra común amistad con el capitán general Cajigal: usted es un hombre muy inteligente y capaz de realizar grandes servicios a su majestad, pero luego comete acciones que desmerecen lo que antes ha conseguido. ¡Creo que a veces es usted su peor enemigo!

—Excelencia, ¿le podría pedir que precisara en qué consisten esas acusaciones?

—Usted debería saberlo, como lo sabe el general Cajigal, y como lo sé yo mismo, aunque haya preferido callarme por respeto a su amistad con el capitán general. —Gálvez apartó unos palmos la butaca de su escritorio para poder abrir un cajón, del que extrajo una gruesa carpeta—: No necesito abrir este expediente, pero contiene no menos de cuatro órdenes de arresto inmediato contra su persona.

—¿Se puede saber de qué se me acusa?

Gálvez sonrió.

—En este caso quizá sería más fácil decir de qué no se le acusa: aquí figura un viejo sumario de la Inquisición sobre la posesión de libros prohibidos, una carta del secretario de Indias a Cajigal sobre el incidente que surgió a raíz de la visita de Campbell a La Habana, y últimamente un expediente de aduanas por haber intentado introducir mercancías de contrabando desde Jamaica.

—Usted sabe muy bien que no se me puede achacar el haber acompañado a Campbell a visitar las fortificaciones porque no me encontraba ese día en La Habana.

—La carta también hace una indicación sobre sus simpatías por los ingleses, que aunque no pudieran manifestarse durante la reciente visita del general Campbell, yo había creído ya percibir en alguna de nuestras conversaciones.

—Le aseguro, excelencia, que el que pueda tener cierta admiración hacia la literatura y la cultura británicas no significa que no esté dispuesto a luchar contra ellos, como creo que demostré suficientemente en el sitio de Pensacola y al haber adquirido para ustedes una información que podría facilitar la toma de Jamaica. Y

en cuanto a la acusación de adquirir libros prohibidos, con todos los respetos, debo decir que parece contradictorio que un gobierno que se pretende ilustrado como el de su majestad Carlos III castigue la lectura de los mismos autores que han gestado esa ilustración.

Gálvez no pudo responder porque en ese momento entró en el despacho un ordenanza para anunciar que la señora les esperaba en la terraza para tomar un refresco antes de almorzar. Felicitas había conocido a Miranda en Cuba y le tenía cierto afecto y simpatía, pues el venezolano se ganaba la voluntad de las damas por su elocuencia y por su galantería.

Capítulo 44
El ataque a New Providence

Como jefe de las operaciones en el Caribe, Gálvez no podía emprender ninguna acción directa contra Jamaica hasta que hubieran llegado a Guárico los refuerzos que se habían pactado con los franceses, pero tampoco estaba obligado a quedarse absolutamente inactivo mientras veía que las aguas del Caribe estaban infestadas por corsarios de diferentes nacionalidades que no respetaban banderas ni lealtades y practicaban la filosofía de que «en aguas revueltas, ganancia de pescadores».

Por ello, autorizó una iniciativa del gobernador Cajigal para organizar desde Cuba un ataque a la isla inglesa de New Providence, que se había convertido en el principal nido de corsarios que asolaban las aguas del Caribe, atacando no solo a los barcos mercantes, sino a veces a pequeñas naves de guerra españolas o francesas que se encontraran aisladas.

Cuando Cajigal intentó conseguir que el convoy con la tropa que debía navegar hacia las Bahamas estuviese protegido por buques de la Armada, se topó con la acendrada resistencia a sacar barcos que podrían ser necesarios para la defensa de la isla, especialmente después de que la flota del almirante Rodney hubiera asomado sus velas en la proximidad de La Habana. Una vez más, el capitán general se puso en manos de Francisco Miranda que consiguió que una flotilla de bergantines de las colonias rebeldes escoltase el convoy de tropas hacia New Providence. Al mando de esa flotilla iba el capitán estadounidense Alexander Gillon, propietario de la fragata *La Carolina del Sur*.

Siguiendo el consejo de su ayudante, y dado que en las Bahamas no se esperaban un ataque español, Cajigal había concebido un ataque relámpago a New Providence, que podía resultar arriesgado si la flota inglesa que navegaba por las inmediaciones de Charlestown se enteraba a tiempo y acometía desde la espalda al

convoy español, que podría encontrarse entonces entre dos fuegos. Para evitar esa posible interferencia, el comandante español decidió jugarse el todo por el todo, y apenas los barcos del convoy y los bergantines norteamericanos llegaron frente a Nassau, Cajigal mandó a su ayudante Miranda en la goleta *Surprise* con una carta dirigida al gobernador inglés John Robert Maxwell. Esa carta estaba redactada como un ultimátum, informando al enemigo que la flota española había realizado un cerco total en torno a la isla, y asegurándole que tenían también bloqueada a la flota inglesa de Charlestown; y conminándole a que si no se rendía inmediatamente, los españoles lanzarían un ataque contra la isla de una violencia inusitada, ofreciendo a Maxwell un plazo de doce horas para rendirse.

Aquel órdago de Francisco Miranda dio resultado, pues antes de que se cumpliese el plazo del ultimátum, el gobernador inglés mandó una carta de respuesta al comandante español en la que aceptaba que se iniciasen inmediatamente las condiciones de la capitulación e incluso le agradecía la concesión que le había otorgado de unas horas para deliberar su decisión «aunque este fuese el servicio más duro que he emprendido como soldado».

Para redactar las capitulaciones, Miranda había estudiado a fondo los precedentes que existían para ese tipo de acuerdo, y tuvo especial cuidado de evitar el error que se había producido en las capitulaciones de Pensacola, donde, al no haber especificado el destino de los prisioneros, buena parte de las tropas inglesas que habían combatido allí fueron a reunirse con el ejército británico que luchaba en otros frentes de la América septentrional. Lo que había provocado incluso una protesta del Congreso norteamericano a la corte de Madrid. Las capitulaciones que se acordaron en New Providence estipulaban que los prisioneros que fueran liberados bajo palabra en ningún momento podrían luchar contra ninguno de los enemigos que en aquella guerra tenía Inglaterra.

Como jefe de las operaciones militares en el Caribe, Bernardo de Gálvez se había limitado a autorizar la toma de New Providence, aunque sin demasiado entusiasmo, porque incluso si resultaba exitosa le parecía una operación de menos envergadura que el ambicioso proyecto de ataque a Jamaica. Sin embargo, una vez concluido el ataque a Nassau, Gálvez debió reconocer que la

operación había constituido un éxito, pues se habían apresado doce buques corsarios y sesenta y cinco buques mercantes, y el botín incautado incluía numerosos cañones, mosquetes y pólvora, por lo que al general le pareció oportuno informar a Madrid de ese resultado.

No obstante, al cabo de un tiempo, Gálvez recibió en Guárico con cierta sorpresa y bastante consternación una comunicación del secretario de Indias a la que se adjuntaba una copia de una nota del secretario de Marina, marqués González de Castejón. En dicha nota el ministro acusaba al capitán general de Cuba de haber desobedecido de forma intolerable las instrucciones del rey, que prohibía una cooperación directa con los norteamericanos, e indicando que Cajigal había actuado con la autorización del jefe de operaciones. A mayor abundamiento, la comunicación del ministro de Marina adjuntaba una orden de noviembre de 1781, que indicaba taxativamente que «nunca convenga en auxiliar con las armas y escuadra de S. M. la guerra de los colonos americanos contra su metrópoli, así por el mal ejemplo que en esto se daría a los espíritus revoltosos de nuestras Yndias, como por lo muy perjudicial que siempre sería al rey envolverse en los intereses de las colonias insurgentes».

Aunque Gálvez no contestó como hubiera querido a esa comunicación por espíritu de disciplina, era consciente de que esa orden estaba en flagrante contradicción con las instrucciones del secretario de Indias de ayudar a los colonos rebeldes con armas, municiones y pertrechos y grandes cantidades de dinero, decisión que había sido adoptada en un Consejo de Ministros en el que había participado el propio González de Castejón. Lo más sorprendente era que la orden que ahora traía el ministro a colación se había emitido dos años después de que España hubiera entrado en guerra con los ingleses y, tácita o expresamente, en alianza con los norteamericanos.

Gálvez se preguntó si aquel varapalo era en realidad una venganza diferida del ministro de Marina, a quien seguramente había llegado el informe de sus desencuentros con el capitán Calvo de Irazábal y los demás marinos, puesto que Alderete había dado cuenta de ello a la superioridad. Aunque en ningún momento refrendó la opinión del ministro, Gálvez cumplió con la obligación

de transmitir la nota del secretario de Marina a Cajigal, el cual respondió que la crítica del ministro era absolutamente injustificada, puesto que en ningún momento los barcos americanos habían tenido un papel primordial en la operación de la toma de New Providence, sino tan solo habían custodiado al convoy español en una expedición que había sido «española, y muy española».

Al final de su carta al general, Cajigal incluía una nota anunciando una visita de Miranda a Guárico, debido a que su ayudante quería hablar de esta y otras materias directamente con el general de operaciones en el Caribe.

Capítulo 45
Mercurio, dios de los ladrones

Era casi milagroso que, girando en un planetario de reducidas dimensiones, las estrellas de Gálvez y Miranda no hubieran entrado en colisión frontal. Lo cierto era que ambas personalidades eran muy poderosas y coincidían en ciertos aspectos: los dos eran ambiciosos y soberbios; aunque el orgullo de Miranda estaba basado en su gran erudición y cultura, mientras que Gálvez tenía una inteligencia más orientada a resolver problemas prácticos. Como suele ocurrir en estos casos, el choque entre estos dos caracteres fuertes se produjo por un asunto de tan poca importancia como la publicación de un artículo sobre la toma de Nassau en un periódico de Haití.

Poco antes de que Francisco Miranda llegase a Guárico, el gobernador francés Guillaume Léonard de Bellecombe le había hecho llegar a Gálvez un ejemplar de la revista *Affiches Americaines*, que se publicaba en la parte francesa de la isla y donde contaba con detalle la expedición española a las Bahamas y la conquista de Nassau. Aunque en el artículo no aparecía ninguna alusión personal a Miranda, por la forma en que estaba redactado resultaba evidente que el venezolano había sido el inspirador, o por lo menos el responsable intelectual de este trabajo. Lo que más le molestó a Bernardo de Gálvez era que la noticia destacaba que el negociador español de las capitulaciones en Nassau había evitado el error que se había cometido en Pensacola, indicando que ese descuido había permitido a las tropas inglesas reincorporarse en la lucha contra las colonias rebeldes, por lo que indirectamente suponía una descalificación a su conducta.

Gálvez acababa de recibir el ejemplar de la revista, por lo que estaba aún sobre la mesa de su escritorio el día que el venezolano llegó a Guárico y le recibió en su despacho; pero el visitante estaba tan nervioso que no se fijó en la gaceta ni se percató de la expresión

avinagrada de la cara del general. Casi antes de haber saludado a Gálvez, Miranda sacó de la guerrera un memorándum que había escrito a la atención de Cajigal, pero que quería que el jefe de operaciones también conociera:

—«Señor, yo en honor y por obligación debo deciros que aquí lo que hay es un cúmulo de desafectos que infaliblemente conspiran a denigrar las acciones de usted y su honor, y arruinarme a mí…».

A continuación, Miranda expresó de palabra algunas de las acusaciones, según él todas falsas, que pesaban sobre él, antes de seguir leyendo su nota:

—«Con todos estos antecedentes, y aguardando por instantes que me metan en un calabozo… la suerte y mi desgracia me persiguen duramente y creo que sin un extraordinario esfuerzo de la protección de usted, mi ruina será infalible. Nunca, sin embargo, faltaré a lo que le tengo prometido y solo le suplico por su honor que me diga qué es lo que debo hacer en las presentes circunstancias para tomar (si puedo) el partido que sea menos ruinoso a mi honor y subsistencia».

A pesar de que Gálvez estaba ya indignado por la falta de discreción de Miranda, por haber publicado una acción militar española en un periódico francés, al ver el penoso estado anímico deplorable en que se encontraba su interlocutor —que miraba de un lado a otro de la sala, como si esperase que en cualquier momento fueran a surgir de un rincón los corchetes que debían aprehenderlo —, intentó controlar su irritación y hablar a Miranda en un tono relativamente ecuánime.

—Señor Miranda, comprendo perfectamente que usted esté preocupado, pero, como ya le dije en mi última conversación, estoy persuadido de que por descuido o imprudencia usted ha propiciado esa persecución. Y debe saber que la única razón por la que yo mismo no he ejecutado las órdenes de arresto contra usted es debido al aprecio que le tengo a su jefe, don Juan Manuel de Cajigal, que tiene una fe ciega en usted y está dispuesto a defenderlo contra viento y marea.

La respuesta de Miranda fue de nuevo insolente.

—Puede estar su excelencia seguro de que si mi jefe me defiende es porque tiene absoluta confianza en mi comportamiento.

Gálvez, a su vez, adoptó un tono más severo:

—Le agradecería, señor Miranda, que no me obligue a perder la paciencia que me cuesta mantener cuando acabo de recibir un periódico francés donde aparece la noticia de la toma de Nassau redactada de tal forma que resulta evidente que usted mismo ha sido el autor de este artículo.

Miranda, que ni siquiera se había fijado en el ejemplar de *Affiches Americaines* que el general tenía sobre la mesa, optó por negar la premisa mayor.

—Le aseguro, general, que yo no he escrito este artículo.

—Me es completamente indiferente si es usted quien lo ha redactado, pero quien lo haya hecho ha seguido el dictado de una persona que fue testigo de aquellos acontecimientos, y esa persona no puede ser más que usted. Además, todos sabemos que usted tiene una estrecha relación de amistad con el señor Roland, el editor de ese libelo.

—Me produce cierta decepción que una persona de su elevada inteligencia y cultura pueda considerar como un dato desfavorable ser amigo de un librero. Usted mismo, en anteriores conversaciones, me ha confesado que había aprovechado los ratos libres que tiene en esta isla para leer algunos libros que no había encontrado en España.

Gálvez nunca pensó que Miranda, en vez de excusarse por su indiscreción, iba a defenderse de aquella manera, pero entendió que iba a ser difícil hacerle entrar en razón.

—No quiero perder más tiempo hablando de ese artículo, pero me gustaría que usted supiera que, contrariamente a lo que puede deducirse de su lectura, la expedición a las Bahamas no puede considerarse una operación de gran envergadura sino un lance menor en el conjunto de nuestras operaciones.

Aquella observación consiguió herir profundamente el orgullo del venezolano.

—Excelencia, si se toma la molestia de conocer el botín en armamento, en naves y en cautivos que proporcionó esa operación que usted llama menor, sin duda tendrá que admitir que al menos ha supuesto un incremento sustancioso para las arcas del ejército y de la marina.

Gálvez prefirió no darse por enterado por el tono en que se había dirigido aquel hombre a un superior jerárquico e hizo un

último intento para apaciguar los ánimos del visitante.

—Miranda, supongo que usted ha entrado en este despacho para pedirme ayuda, y como todavía considero que usted es un caballero, le pido bajo palabra de honor que no repita lo que voy a decirle a continuación.

Gálvez esperó a que Miranda asintiese con la cabeza antes de continuar:

—Bajo esa promesa de absoluta reserva puedo advertirle que don Juan Antonio de Uruñuela, magistrado de la Real Audiencia de Guatemala, va a desplazarse hasta La Habana para incoar un sumario sobre el supuesto delito de contrabando, en el que ya implican a Cajigal por intento de cohecho. Pero si yo fuera usted, lo que más me preocuparía es que el secretario de Indias, don José de Gálvez y Gallardo, ha tenido conocimiento de esas acusaciones y no descansará hasta verlo llegar a España para ser enjuiciado allí.

Esa manifestación dejó momentáneamente atónito a Miranda, que tardó unos instantes en responder:

—Excelencia, si he entendido bien, me está poniendo en guardia contra la actitud del ministro, pero ¿acaso el secretario de Indias no es un familiar cercano suyo?

Esta vez fue Gálvez quien hizo una pausa intencionada antes de contestar:

—Si usted está pensando es que yo pudiera hacer alguna gestión en su favor ante el ministro, eso indica que no conoce el carácter de mi tío, que, una vez que ha tomado una determinación, es prácticamente imposible apartarlo de ella. Y puede estar seguro de que, si yo me atreviese a interceder a su favor, lo único que conseguiría sería que el ministro me incluyese en la lista de los sospechosos en este asunto, que es lo mismo que acaba de ocurrirle a Cajigal.

Cuando oyó al general decir eso, Miranda hundió el mentón sobre su pecho como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza, lo que aprovechó Gálvez para sacar su reloj ostensiblemente del chaleco, para que Miranda entendiera que había dado por concluida la entrevista.

—Con lo que acabo de decirle, creo que hemos hablado todo lo que podíamos hablar, y hasta yo diría que algo más de la cuenta.

Pero como la res herida de muerte que se resiste a desplomarse

en la arena y sigue lanzando derrotes al vacío, Miranda se aferró a su silla y le pidió al general:

—Si me lo permite, excelencia, yo sí tenía un último asunto que tratar, aunque no le entretendré mucho, se lo aseguro.

—Está bien, pero si le parece continuaremos nuestra conversación en la veranda, pues mis miembros tienden a bloquearse si me mantengo demasiado tiempo sentado en la misma posición… y creo que mi cerebro también.

Y mientras le acompañaba a sentarse en la terraza que daba al mar, Gálvez pidió al mayordomo un par de copas de jerez. Una vez que hubo tomado un sorbo de su copa, Miranda pareció tranquilizarse y quizás desde el inicio de la conversación por primera vez habló en un tono normal.

—Le agradezco, excelencia, que me escuche unos minutos más, para un tema que me parece de capital importancia: usted ya conoce cómo se ha ensañado conmigo el intendente Urriza, y cómo mandó a sus sabuesos a incautarse de unas cuantas mercancías con cuyo transporte tan solo intentaba pagar el gran favor que me había hecho un comerciante inglés al facilitarme parte de la información secreta que vine a entregarle en mano la última vez que estuve en su despacho. Pues bien, debido al escándalo que se ha formado por lo que en realidad eran cuatro bagatelas, no me he atrevido a dar seguimiento a lo que me parece un asunto mucho más importante que desearía elevar al conocimiento de su excelencia.

Mientras el general daba un buche a su copa de jerez, el venezolano le explicó que durante su prolongada estancia en Jamaica había conocido a un comerciante que tenía en su poder numerosos recipientes de azogue que dos fragatas inglesas se habían incautado en la bodega de un barco español que viajaba hacia Suramérica y que, al no tener utilidad directa para el gobierno británico, la marina inglesa había vendido ese cargamento del precioso mineral a buen precio.

Pero esta vez fue Gálvez quien le interrumpió, de forma bastante brusca:

—¿Y se puede saber qué es lo que usted propone hacer con ese mineral?

Aunque Miranda notó un cambio de tono en su interlocutor, no fue capaz de anticipar que Gálvez estaba a punto de estallar, por lo

que dijo:

—Todavía estamos a tiempo, si conseguimos parar la denuncia de Urriza y de otros exaltados, de hablar con este comerciante y proponerle quizás un trato en el que todos pudiéramos salir beneficiados, sobre todo la industria minera española que tiene tanta necesidad de ese mineral para poder financiar la guerra con Inglaterra.

Gálvez guardó silencio, queriendo evitar una discusión violenta en su propia casa, pero el venezolano estaba tan absorto en su propio discurso, que interpretó erróneamente el silencio como interés, por lo que acabó de decir lo que resultaba aún más inconveniente:

—Además, entiendo que su tío don José, entre otras muchas responsabilidades, tiene competencia sobre la producción y el tráfico de azogue, y he pensado que quizás si llegáramos a interesarle en esta operación, el ministro podría olvidar algunas acusaciones infundadas que se han producido contra mi persona.

Fue en ese preciso momento cuando las dos estrellas entraron en colisión.

—Mire, Miranda, hasta el momento he soportado ciertas razones que ni mi rango militar ni mi condición de hombre honrado me obligan a soportar, pero le confieso que esa última propuesta ha conseguido colmar el cáliz de mi paciencia. Le aconsejo, Miranda, que no diga una palabra más en relación con ese nuevo acto de contrabando que me está proponiendo, pues el origen turbio de ese mineral solo podría ensuciar las manos de cualquier persona que quisiera inmiscuirse en ese trato.

El tono del general era tan seco y contundente que por una vez Miranda no supo qué contestar.

—Pero, antes de que el mayordomo le acompañe hasta la puerta, solo quiero decirle que hace unos años tuve ocasión de visitar una mina de azogue y que esa experiencia me dejó con muy mal sabor de boca. Por lo que usted, sin saberlo, ha ido a mentar la soga en casa del ahorcado. Y para terminar, dado que usted siempre intenta apabullar a los demás con su erudición, le diré que yo también conozco los nombres de los dioses griegos y romanos, y le recuerdo que el mercurio —que es lo mismo que el azogue— era el patrono de los ladrones.

Sería la última vez que Gálvez viese al venezolano, porque a su vuelta a Cuba, Miranda decidió salir hacia Estados Unidos en la balandra americana *Prudent*, no sin antes conseguir cartas de recomendación para el general Washington y para otros líderes del Congreso con quien Cajigal había mantenido correspondencia.

Desafortunadamente, los graves cargos contra su ayudante habían afectado también la reputación de Juan Manuel de Cajigal, que al cabo de poco tiempo iba a ser cesado y enviado de vuelta a España para ser procesado como sospechoso de contrabando y cohecho. Apenas desembarcó en Cádiz, al tío de Bernardo, Antonio de Gálvez y Gallardo, como comandante de la bahía, le tocó el penoso deber de ponerle los grilletes y arrojar a un calabozo a uno de los más brillantes soldados españoles que habían nacido en La Habana.

Como las malas noticias nunca vienen solas, poco después de haberse enterado de la destitución y arresto de su amigo Cajigal, aparecieron en el horizonte unas velas que creyeron se trataba de una avanzadilla de la flota del almirante de Grasse, que estaban esperando. Por desgracia, cuando el marqués de Vaudreil, que venía al mando de esa avanzadilla, pudo desembarcar y contarle a Gálvez su odisea, resultó que aquellos barcos eran solo el remanente de la flota que hubiera debido apoyar a la española en la toma de Jamaica. A la altura de Dominique, la flota del almirante Rodney consiguió alcanzar a la francesa; al haber cometido el almirante de Grasse la torpeza de esperar al convoy de transporte, Rodney había conseguido romper la línea de combate de los buques franceses, produciéndose una sangrienta batalla naval en la que resultaron vencedores los navíos ingleses. El propio almirante de Grasse, después de una heroica defensa en el puente de mando de su barco, había caído prisionero.

Al marqués de Vaudreil, que era uno de los pocos capitanes franceses que habían sobrevivido a la debacle, se le saltaban las lágrimas al contar la magnitud del desastre naval, donde los franceses habían perdido cinco navíos de línea y tres mil hombres, entre ellos sus mejores capitanes. Lo que más le afectó a Gálvez fue el comprender que, tras esa derrota, nunca tendría la oportunidad de que otra flota francesa pudiera unirse a la española para lanzar el ataque a Jamaica.

En cualquier caso, a Gálvez tampoco le hubiera correspondido el honor de dirigir esta operación conjunta, pues al poco tiempo recibió un despacho secreto donde el ministro de Indias le anunciaba que, por haberlo acordado así entre su majestad el rey católico Carlos III y el rey cristianísimo Luis XVI, habían decidido relevarle del mando del ejército y de la Armada para la campaña de Jamaica, nombrando en su lugar al almirante
d'Estaing,
cuya flota estaba ya en ruta hacia las Antillas.

Aunque le sirviese de poco consuelo al general, su destitución y el nombramiento del francés como jefe de operaciones no llegaron a hacerse efectivos, pues ya a principios de 1783 se produjo un armisticio que interrumpió cualquier acción militar, incluyendo la proyectada campaña de Jamaica.

SEXTA PARTE

Capítulo 46
John Jay
finaliza su misión en España

Las tribulaciones del matrimonio Jay en Madrid se vieron momentáneamente compensadas por la alegría de que Sarah diera luz a una niña, lo que supuso un motivo de inmensa satisfacción para los padres de la criatura. La euforia por el nacimiento del bebé se trasladó a las cartas a sus familiares, punteadas de burlas sobre el entorno «papista» en que se encontraban y bromas sobre las recomendaciones de la buena Hortensia, que pedía a su señora que bautizase de inmediato a la niña con el nombre del santo del día. A ese respecto el padre de la criatura comentaba en una carta a su suegro: «Los españoles están muy orgullosos de contar con un santo para cada día del año, pero como los santos están en guerra con nosotros, los herejes, mejor la llamaremos como a alguna pecadora, que probablemente lo apreciará más».

Y cuando la pobre Hortensia intentó explicarles en su media lengua inglesa que debían bautizar pronto a la niña, para evitar que si moría pudiera acabar en el limbo, aquella ocurrencia provocó la hilaridad de la madre, que relataba por carta a una amiga la noción que se tenía en la religión católica de aquel lugar intermedio entre el infierno y la bienaventuranza: «Se trata de un oscuro receptáculo donde habitan las almas de los niños que mueren sin bautizar».

Desgraciadamente, las risas se tornaron en llanto cuando se cumplieron los sombríos vaticinios de la niñera: la recién nacida empezó a sufrir convulsiones que en pocos días acabaron con su frágil existencia. La tragedia contribuyó a entristecer a Sarah Livingston y, por lo que pudieron observar los pocos españoles que frecuentaban esa casa, la infelicidad de la esposa probablemente repercutió también negativamente en el desenvolvimiento de la misión que el Congreso estadounidense le había encomendado a Jay.

El bilbaíno Diego María de Gardoqui, que ya había hecho funciones de intérprete e intermediario cuando el comisionado Arthur Lee decidió viajar a España, fue otra vez utilizado por Floridablanca para intentar tranquilizar a Jay con vagas promesas, para eludir recibir directamente al representante del Congreso. Cuando les visitaba en su casa de la calle San Mateo, Gardoqui tuvo ocasión de observar de cerca la relación entre el americano y su esposa, y le sorprendió hasta qué punto Jay estaba dominado por su mujer.

Antes de que iniciaran su viaje hacia Europa, el padre de Sarah, con su mentalidad puritana, había puesto en guardia a su hija contra las decadentes y suntuosas cortes europeas, y le había recomendado «no caer en las alegrías y divertimentos mundanos y sobre todo en esos llamados de la *High Life* que desterrarían de tu mente tu habitual sentido común y piedad». No podía imaginar William Livingston que durante su estancia en Madrid difícilmente su hija hubiera podido incurrir en los excesos de la sociedad decadente, pues lo cierto era que más bien se encontraba en un vacío social.

El mandatario americano había llegado a España con la principal misión de establecer un tratado de buena correspondencia y amistad semejante al que las colonias rebeldes habían conseguido firmar con Francia. Pero cuando John Jay consiguió ser recibido por Floridablanca, el secretario de Estado manifestó que en ningún caso el tratado que proponía el Congreso estadounidense podría incluir las mismas cláusulas que se habían pactado con Francia, dado que los intereses de ambos países, aunque unidos por el pacto de familia, eran completamente diferentes.

Con una tendencia maquiavélica quizás heredada de su antecesor italiano, Floridablanca estaba convencido de que podía entretener indefinidamente al delegado americano con vagas promesas, y utilizar los buenos oficios de Gardoqui para tranquilizar al emisario, según le comunicó a su secretario de despacho en una nota manuscrita y secreta:

Amigo y señor:

Para responder a Jay, es mejor que Gardoqui esté con él y le diga que no nos separamos de socorrerle, siempre que

haya medio de que lo podamos hacer (…). Que también se hará lo posible para socorrerlas (a las colonias) en vestuario y otras especies: Y, finalmente, que para ampliar las disposiciones del rey, es preciso que den algunas señales efectivas de correspondencia que establezcan una sólida amistad y confianza sin reducirse a palabras y protestas de puro cumplimiento. Sobre esto debe tentar Gardoqui a estos hombres y ver lo que se puede sacar de ellos…

En relación con la ayuda militar y financiera que la corte española había prometido en varias ocasiones a los representantes del Congreso, las circunstancias habían cambiado, pues, al haber declarado la guerra a Inglaterra, España tenía que hacer frente a gastos cuantiosos y, además, el erario se resentía de la falta de entradas de fondos procedentes de América, por la inseguridad del tráfico marítimo. Sin negar totalmente el compromiso adquirido sobre dichas ayudas, Floridablanca fue dando largas a Jay sobre su cumplimiento.

Otro problema de difícil solución con el que se encontraba el diplomático norteamericano era que, antes de que John Jay hubiera partido hacia España, y ante la imperiosa necesidad de conseguir fondos para hacer frente a la guerra con Inglaterra, el Congreso norteamericano había girado unas letras de cambio por valor de cien mil libras esterlinas extendidas a nombre de su representante, sin haber consultado esta medida previamente ni haber negociado las condiciones de esta operación con el gobierno español. Posiblemente el Congreso confiaba en que, basándose en anteriores promesas de subsidio por parte de España, a la llegada de su mandatario a Madrid, la Corona avalase dichas letras o por lo menos concediera a su ministro un crédito suficiente para pagarlas a su vencimiento, que era a muy corto plazo.

Pero al no haber sido consultado previamente, el gobierno español se negó rotundamente a avalar dichos instrumentos, y Floridablanca se limitó a ofrecer ciertas subvenciones por cantidades mucho menores al representante del Congreso. Durante los años que duró su estancia en España, la espada de Damocles de las letras giradas por el Congreso, pero de las que él era directamente responsable, supondría para John Jay una continua

fuente de sobresaltos, y ese problema influyó negativamente en el desarrollo de su misión.

Pero quizás la misión más delicada —sobre la que Jay había recibido instrucciones inflexibles del Congreso— era que los españoles reconocieran el derecho de navegación del nuevo estado por el Mississippi. Ambas naciones consideraban ese derecho como algo absolutamente irrenunciable y en el caso de los norteamericanos era un requisito imprescindible para permitir en su día que los estados del sur pudieran acceder al golfo de México con sus mercancías. El tema del derecho de navegación por el gran río ya había sido motivo de fricciones entre los dos gobiernos; mucho antes de que Jay llegara a España, el representante oficioso de España en Filadelfia, Jaime de Miralles, le había advertido a José de Gálvez de las intenciones del Congreso de ser inflexibles en este punto.

Por su parte, la mente tortuosa del ministro Floridablanca estaba convencida de que lo mejor que podía ocurrir para España era que la guerra se prolongase, debilitando tanto a Inglaterra como a las colonias rebeldes, con lo que las potencias borbónicas se quedarían como dueñas y señoras de la situación. Hipótesis que resultaba poco realista, porque cuando dos países están en guerra, uno de ellos suele resultar vencedor; y en este caso, parecía que la guerra estaba ganada por los Estados Unidos. Como el conde de Aranda venía vaticinando desde la embajada de París, podía resultar peligroso no ganarse la buena voluntad del vencedor, antes de la victoria definitiva; pero como el embajador se llevaba mal con el secretario de Estado y ya no gozaba tampoco del favor del rey, en la corte nadie había hecho caso de sus consejos.

La forma casi vergonzante en que se había realizado gran parte de la ayuda a los rebeldes había provocado la desconfianza de políticos de la talla de James Madison, delegado por Virginia, que se declaró completamente opuesto a que John Jay reconociese la exclusión que quería imponer España sobre la navegación en el Mississippi, y comentaba: «Yo he considerado siempre el misterioso y reservado comportamiento de España, particularmente su negligencia en el asunto del dinero, como intencionado para obligarnos a ceder, más que al afecto a una real indiferencia a nuestra causa para cualquier alianza con nosotros».

La postura de Jay sobre ese tema estaba también avalada por el propio Benjamín Franklin, que en su correspondencia con John Jay desde París le había recomendado absoluta firmeza sobre ese punto, diciéndole: «Preferiría comprar a un alto precio todos los derechos españoles sobre el río Mississippi antes que vender una sola gota de sus aguas». A Franklin también le había irritado la forma en que la corte española había tratado al representante de su país: «Si España se ha tomado cuatro años para considerar si debe negociar con nosotros o no, dele cuarenta más y vamos entretanto a ocuparnos de nuestros propios asuntos».

Cuando Franklin pidió a John Jay que fuese a París para ayudarlo en las negociaciones de paz, el diplomático norteamericano vio el cielo abierto y, en cuanto recibió la oportuna autorización del Congreso, preparó su equipaje y salió de Madrid.

En el tiempo que había estado en España, Jay no había logrado ningún acuerdo sobre el tema de los derechos del Mississippi, ni había sido reconocido oficialmente en ningún momento por la corte española como embajador de su país, y tan solo había conseguido algunos subsidios, menores de lo que se había prometido; por lo que se marchaba de Madrid resentido y molesto. Probablemente, al cruzar la frontera de los Pirineos, el norteamericano se sacudió las sandalias —al menos simbólicamente—; y su esposa Sarah Livingston haría lo propio, aunque con más energía.

Capítulo 47
St. Maxent en París

Aunque tanto el abuelo como el padre de Antoine Gilbert de St. Maxent eran modestos hidalgos de Longwy, pequeña aldea de Lorena —su abuelo, José Dupré, cambió su apellido original por el nombre, que le parecía más sonoro, de St. Maxent—, cuando el joven Antoine se desplazó a la Luisiana francesa para dedicarse al comercio de pieles con los indios del alto Mississippi y la trata de esclavos para las plantaciones, no hubiera podido imaginar que, a través de las bodas de sus hijas, iba a emparentar con la nobleza española y que sus nietos iban a tener el título de condes y barones: la mayor, Isabel, se había casado con el teniente general Luis de Unzaga; Felicitas con Bernardo de Gálvez; Mariana con el coronel Manuel Flo y Quesada, conde de la Cadena; María Josefa con el teniente coronel Joaquín Osorno y María Mercedes con el capitán Luis Ferriet y Pichón, barón de Ferriet.

Algún chismoso había insinuado que para casar a sus hijas con ilustres militares españoles, Antoine Gilbert tuvo que hacer la vista gorda a que los devaneos iniciales de esos fogosos oficiales con sus bellas hijas se realizasen en su propia casa. Pero, a fin de cuentas, todos acabaron casándose y fundando una familia feliz; y, como suele decirse: «París bien vale una misa».

Precisamente, poco después de haberse acordado el armisticio, a mediados del año 1783, St. Maxent se encontraba en la capital de Francia, donde estaba realizando gestiones comerciales por cuenta del gobierno español, al que había sido recomendado por su yerno Bernardo de Gálvez. Como el tiempo que había estado en Guárico Gálvez había conservado su posición de gobernador de la Luisiana y de las dos Floridas, había podido transmitir a la corte la preocupación que le había cansado durante la campaña de Pensacola el constatar que la mayor parte de las tribus de esa zona habían concertado alianzas con Inglaterra, con nefastas

consecuencias para las tropas españolas.

Los avatares de la última guerra parecían haber hecho comprender a los burócratas más duros de mollera en Madrid de la necesidad de atraerse a un sector mayoritario de la población en la América septentrional, cuyos territorios podían constituir una barrera para contener el previsible flujo hacia el oeste de unas mesnadas de blancos no mucho menos salvajes y agresivos que los pieles rojas, aunque mucho más sedientos de tierra.

Siguiendo el consejo de su yerno, antes de ir a París, St. Maxent había pasado por Madrid, donde el secretario de Indias le había ofrecido la posibilidad de actuar como agente comercial de España para todas las tribus indígenas del territorio recientemente ganado a los ingleses, por lo que el antiguo trampero había ido a Francia para visitar las casas comerciales que le iban a suministrar los artículos que vendería a los indígenas.

Por esas mismas fechas empezaban a llegar a París los representantes de Inglaterra y de los Estados Unidos para negociar el tratado de paz, uno de cuyos más importantes objetivos era definir las fronteras que quedarían después de la guerra en toda la América septentrional. El conde de Aranda —a quien el gobierno de España había vuelto a confiar la negociación de los acuerdos de paz — había invitado a su casa a St. Maxent, y cuando el suegro de Bernardo de Gálvez le había contado al embajador que en su época de trampero había recorrido la zona del alto Mississippi y de sus afluentes que iba a ser objeto de discusión en las negociaciones con los norteamericanos, Aranda comprendió que, de forma completamente accidental, tenía a su disposición un verdadero experto en el gran río.

Con vistas a negociar los acuerdos de paz, el Congreso había reforzado su delegación en París con dos nuevos delegados, uno era John Jay, aún escocido del trato que había recibido en Madrid, y el otro era John Adams, un abogado de Boston con fama de intransigente y tozudo, que quizás había sido designado para compensar la previsible testarudez del embajador de España en la mesa de negociaciones.

Incluso antes de empezar a negociar, Aranda había tenido un desencuentro involuntario con John Jay, que, a pesar de ser el más joven, parecía llevar la voz cantante en la delegación

norteamericana. Por lo visto, Jay se había presentado sin avisar en la embajada de España y al no poder entrevistarse con Aranda, se fue de allí enojado; pero cuando el embajador español quiso devolverle la visita al diplomático estadounidense, este le contestó que no se encontraba disponible.

Aparte de esos roces meramente protocolarios, ambos bandos partían de hipótesis tan distintas que era imposible que llegasen a un acuerdo: Jay defendía que al haber vencido a Inglaterra, los Estados Unidos se subrogaban en los derechos del imperio británico sobre ese territorio; mientras que la tesis española era que todo lo que Bernardo de Gálvez había ganado en sus campañas contra los ingleses pertenecía a España por derecho de conquista.

En una de las primeras reuniones sobre límites en el despacho de la embajada, donde Aranda había hecho desplegar un gran mapa de la América septentrional que incluía todo el cauce del Mississippi, desde su nacimiento hasta la desembocadura en Nueva Orleans, el embajador le enseñó al diplomático estadounidense una línea fronteriza por encima de la junta con el río Missouri y con el Ohio. Pero, sin molestarse en discutir, John Jay le pidió al embajador el mismo lápiz con el que había marcado el mapa y trazó la nueva frontera dibujando una línea desde el origen del río hasta casi su desembocadura. Esta reclamación estaba basada en que, también por el este, Jay consideraba que los límites de los nuevos estados del sur llegaban a la orilla izquierda del gran río.

En el despacho que mandó a Madrid informando sobre aquella entrevista, Aranda protestaba: «Míster Jay se ha internado tanto como querer todo el río Mississippi por demarcación. —Y añadía, como reflexión personal—: Se deduce o que no tiene talento, o que vino sin más instrucciones que el nombre de Mississippi, o que va de mala fe». A continuación, mencionaba los límites que, en respuesta a la interpretación maximalista de Jay, había propuesto a su interlocutor: «Fui a tomar expresamente la punta de los lagos… Vine después a caer al confluente del río Gran Conhaway con el Ohio, para ir a buscar el recodo más entrante de la Carolina meridional, a fin de continuar la demarcación como visual a un lago en la tierra de los Apalaches».

Como por aquellas fechas Antoine Gilbert de St. Maxent continuaba hospedándose en su casa, tras la tormentosa reunión

con John Jay, Aranda le enseñó a su huésped las fronteras que España planteaba, y el antiguo trampero ratificó que, en efecto, aquellos eran los límites de un territorio que conocía al dedillo por haberlo recorrido durante su tiempo de tratante con los indios, cuando todavía pertenecían a Francia.

Una vez que con la ayuda de St. Maxent, el embajador repasó la frontera norte de la Luisiana, ambos fueron a la biblioteca, donde ardía un buen fuego que ayudó a calentar los ánimos del embajador, que siempre acababa agotado de sus discusiones con los norteamericanos. Y después de invitarlo a una copa de buen coñac francés, le guiñó un ojo a St. Maxent (se supone que el ojo sano, pues el otro lo llevaba casi permanentemente nublado) y le comentó:

—Querido St. Maxent, usted como yo somos agricultores, y sabemos que, cuando ha transcurrido el tiempo de las siembras, y estas se hacen tarde, pasado el tempero, estas suelen dar poca cosecha.

Aunque St. Maxent entendió perfectamente la metáfora que usaba el conde, propietario de grandes extensiones de terreno, sobre las siembras tardías, el criollo no fue capaz de captar que Aranda se refería a la siembra de amistad que se hubiera podido hacer en su momento con los representantes del nuevo estado, ya que una vez que los colonos rebeldes habían ganado la batalla con la metrópoli no estaban dispuestos a hacer grandes concesiones a un país cuya actitud había sido cuando menos ambigua y a veces contradictoria.

Capítulo 48
La señora Jay se enfada

A pesar de su fama de terco e intransigente, en sus negociaciones con la delegación estadounidense, Aranda supo sacrificar su orgullo y tender puentes al otro lado. Y como era un secreto a voces que en el matrimonio de los Jay, Sarah Livingston era quien cortaba el bacalao, el embajador invitó a Jay y a su mujer a almorzar en su casa —«a la francesa»—, lo que significaba que no era un almuerzo protocolario al estilo español. Aparte de asuntos de protocolo, un almuerzo en la embajada de España no era una invitación nada despreciable, pues el conde tenía los mejores cocineros y los vinos más exquisitos que podían encontrarse en París. Y probablemente Aranda decidió esmerar su mesa confiando en que las delicias de ese convite, aparte de ganarse la buena voluntad de su esposa, le hicieran olvidar a Jay los sinsabores que le habían hecho pasar en España.

En consideración a que venía recomendado por el propio ministro de Indias, Aranda colocó a Antoine Gilbert de St. Maxent a la izquierda de Sarah Livingston, que dio por supuesto que el criollo era de nacionalidad francesa por la soltura con la que hablaba esa lengua, aunque con un acento algo peculiar que la señora Jay no consiguió identificar.

Como St. Maxent era zorro viejo, apenas hubo cruzado unas palabras con Sarah Livingston comprendió que, tras la apariencia pacífica de aquella cara limpia y la transparencia de aquellos ojos azules como canicas, su vecina de mesa era más dura que un hueso de taba. Sarah lanzó en su conversación algunos estereotipos revolucionarios que solían caer bien en el entorno social sofisticado que frecuentaba, pero que St. Maxent no supo apreciar, pues en sus tratos con los indios y con los esclavos negros de las plantaciones no solía hablar de política.

—Le sorprenderá saber que algunas damas de la alta aristocracia

francesa —dijo Sarah, al ver que su interlocutor no respondía con el debido entusiasmo— han aceptado las ideas progresistas que hemos traído del otro lado del Atlántico.

—Señora Jay, estoy seguro de que a esas damas encopetadas le interesan mucho esas ideas, que usted sabe exponer de forma muy convincente. Pero si yo fuese usted les preguntaría a esas nobles damas si están dispuestas a aplicar esas ideas libertarias en sus extensas posesiones, donde el propietario puede ahorcar a un cazador furtivo por haber matado un ciervo en su coto de caza.

Por la forma de expresarse, Sarah comprendió que St. Maxent no era del todo francés, e incluso sospechó que podía ser un español disfrazado al que el anfitrión había colocado a su lado para averiguar cómo pensaba; al identificar a su compañero de mesa con esa nacionalidad, la señora Jay empezó a lanzar una durísima diatriba contra el país donde había vivido los últimos años.

Como las viandas que estaban sirviendo los camareros eran exquisitas y los vinos tenían un *bouquet* extraordinario, el antiguo trampero se dedicó a degustar aquellos manjares, prestando un oído distraído a los venablos contra España que brotaban de los dulces labios de aquella mujer. Pero sí notó St. Maxent que cuando empezaron a aflorar en su memoria los recuerdos desagradables que traía de España, Sarah Livingston perdió su expresión angelical e incluso brotó un arrebol de cólera en sus blanquísimas mejillas. Pensando que su vecino de mesa estaba muy interesado por lo que contaba, le explicó algunas de las experiencias desagradables que había tenido durante su estancia en España, incluyendo el viaje desde Cádiz que le hizo recorrer una región pobre y polvorienta.

—Cerca de un lugar llamado Ciudad Real, me contaron que todavía siguen extrayendo el mineral de mercurio necesario para la amalgama de la plata de México, y uno de los arrieros que había frecuentado la mina me comentó que todos los que trabajan allí son convictos de graves delitos, por lo que una vez que están allí recluidos no vuelven a ver la luz del día, pues son conducidos por un pasadizo subterráneo desde sus mazmorras al pozo de la mina. ¿No le parece a usted que esa forma de tratar a los forzados indica la escasa sensibilidad de los españoles hacia el dolor de sus semejantes, aunque sean delincuentes?

Sarah interpretó su mutismo como asentimiento tácito, por lo

que del caso particular de sus experiencias negativas en España pasó a criticar el sistema político en general y sobre todo el sistema colonial que habían usado los españoles en América, que según la señora Jay contrastaba con la actitud benévola y humanitaria de la colonización anglosajona, cuyos pioneros habían ido a América solo buscando tierras fértiles donde poder trabajar, y no habían esclavizado a los nativos con la obsesión de obtener plata y oro como lo habían hecho los españoles.

Sin embargo, para entonces St. Maxent estaba cansado de escuchar las monsergas de su vecina o quizás había bebido demasiado vino, porque le contestó:

—Señora, yo he vivido muchos años en una colonia francesa que luego ha pasado a ser española, y sinceramente creo que su sistema de colonización no es ni mejor ni peor que el de otros países europeos. Tampoco creo que su forma de tratar a los indios sea peor que la que han utilizado los ingleses o los franceses, que han conquistado su voluntad a base de atiborrarlos de aguardiente. Lo que sí puedo decirle es que si está usted orgullosa de cómo han tratado a los indígenas los colonos de Nueva Inglaterra, debería preguntarlo a las tribus del norte, a los que expulsaron de su territorio, arrasando sus aldeas y diezmando su población.

Se suponía que una dama de una ideología libertaria debía ser capaz de entender cualquier opinión divergente, pero Sarah Livingston no soportó ese comentario, y durante el resto del almuerzo no volvió a dirigirle la palabra a su vecino de mesa. Cuando acabó el banquete, se levantó de su asiento sin despedirse de St. Maxent.

Cuando el antiguo trampero y el embajador se quedaron solos en la biblioteca, tomando café y una copa de coñac francés, Aranda, que desde la cabecera de la mesa no había perdido ripio de lo que hablaban los otros comensales, le comentó a su huésped:

—Creo que ha hecho muy bien en pararle los pies a esa harpía con aires monjiles, pues se nota que a estos americanos les falta todavía un hervor para llegar a ser gente civilizada. ¿A quién se le ocurre poner como chupa de domine al país en cuya embajada está invitada, pudiendo suponer que el anfitrión estaba escuchando todas esas sandeces?

—Se nota que esa mujer hablaba por boca de ganso, pues todos

los prejuicios se los han imbuido los ingleses desde la infancia, aunque ahora estén peleando contra ellos. Además, yo pienso que la culpa de esa actitud arrogante no la tienen solo los americanos, sino los franceses que les están bailando el agua y esperando a que abran la boca para aplaudir como unos mentecatos.

Aranda asintió con la cabeza, pues en ese momento estaba estornudando una toma de rapé, pero coincidía plenamente con St. Maxent en que el gobierno y la sociedad franceses habían colocado en un pedestal a los líderes de la independencia americana, fomentando su natural arrogancia. En esos días se celebró en la Academia de Ciencias un homenaje al filósofo Voltaire en un acto donde estaba también Benjamin Franklin, y como estaba invitado el cuerpo diplomático, el conde de Aranda se llevó al antiguo trampero, pensando que difícilmente tendría ocasión de contemplar un espectáculo semejante, típico del Siglo de las Luces.

El preceptor de un noble español que también estuvo presente en dicha sesión de la academia contaba el encuentro entre los dos grandes hombres de esta manera:

> *Hallábase allí el célebre filósofo Franklin, el libertador de la América inglesa, su patria, el cual, adelantándose a recibir a Voltaire, ambos se abrazaron y besaron con nuevos aplausos del concurso*.
>
> *Voltaire, viejo, flaco, arrugado, octogenario, llevaba una casaca de terciopelo negro de corte antiguo, chupa hasta las rodillas de una tela color de rosa con ramos de plata, medias de embotar, vueltas de encaje en la camisa que le cubrían casi todos los dedos de la mano. Corbata, pero de tres nudos y su muleta. Franklin tenía un vestido entero de paño de color de buey, con medias iguales, gran corbata, su pelo propio entrecano, por detrás de la oreja, que no le llegaba a la espalda, una calva muy prebenda y sus espejuelos de gafas. Era un hombre como de setenta años un poco lleno, blanco y de buen color*.

Capítulo 49
El vaso de porcelana

Aunque el banquete que ofreció el conde de Aranda a John Jay y a su esposa ayudó a suavizar la tensión que se había producido en los primeros momentos, pronto comprendió el diplomático español que en los dos temas cruciales de la negociación —los derechos de navegación del Mississippi y la frontera norte de la Luisiana— sería imposible llegar a un acuerdo con la otra parte. John Jay, que era quien llevaba la voz cantante en la delegación, se sentía tan respaldado en esas materias por la postura intransigente del Congreso que ni siquiera se molestaba en escuchar los argumentos de la otra parte.

Confiando en que —por razones tanto de edad como de carácter — podría encontrar un interlocutor más flexible en el jefe de la delegación americana que nominal seguía siendo el doctor Franklin, Aranda aprovechó uno de los viajes que John Jay hacía fuera de París para ir a visitarlo. Pero apenas habían iniciado su planteamiento del tema, el embajador español se percató de que la actitud del doctor Franklin con respecto a la negociación sobre el Mississippi era también irreductible. «Me pregunto si vale la pena venderle a un enemigo poderoso la puerta de mi casa», le había dicho Franklin, cerrando toda posibilidad de diálogo.

En su denodada batalla por defender los derechos adquiridos por España en la América septentrional —combate en el que Aranda actuaba más como militar que como diplomático, aunque usando el contero en vez de la espada—, el aristócrata aragonés llevaba todas las de perder, no solo por la obstinación del lado americano, sino por la falta de un apoyo decidido por parte del secretario de Estado español. La corte española no hacía nada por defender la postura de su representante, que cada día se estaba dejando el pellejo en la mesa de negociaciones, quizás porque su acendrado patriotismo le impedía bailarle el agua a la corte francesa como hubieran deseado

en Madrid.

Tampoco conseguía un respaldo firme del ministro francés, que hubiera debido ser el principal aliado del embajador español, y aunque aparentemente le daba la razón el conde de Vergennes, a sus espaldas lo criticaba por su orgullo y testarudez: «He negociado con los turcos, y con esto ya está dicho todo —decía el ministro francés—; pues aun así, no he visto nada semejante a este embajador».

Era cierto que su carácter orgulloso y su intransigencia en temas de protocolo no le habían granjeado a Aranda muchas simpatías en la corte de Luis XVI, pues seguramente las encopetadas damas y los petimetres de peluca empolvada que frecuentaban los pasillos de Versalles hubieran preferido tratar con un gentilhombre apolíneo y cortesano, que no hubiera defendido con tanto tesón los intereses de su país. En una de sus epístolas, la famosa madame
d'Epinay
confesaba que se había llevado una gran desilusión cuando vio aparecer en Versalles a «un hombre cargado de espaldas, de color cetrino, duro de oído (excepto cuando se le alababa), bizco, sin dientes y con la nariz atiborrada de rapé, que en los salones se callaba de ordinario, o cuando hablaba era para decir rudezas».

Pero, aparte de su aspecto físico y de sus modales algo torpes, el conde de Aranda tenía una cabeza privilegiada que le hacía anticiparse a los acontecimientos, y lo mismo que había vaticinado cuál sería la actitud de los norteamericanos una vez que hubieran ganado la guerra, intuyó que los dos principales enemigos de la contienda se entenderían entre ellos antes que con sus aliados europeos.

Mientras Antoine Gilbert de St. Maxent estuvo viviendo en la embajada, el conde lo utilizó de confidente. Y cuando volvía a su casa, después de haber negociado durante horas con los americanos sin haber conseguido ningún resultado positivo, se llevaba a su huésped a la biblioteca y, tras abrir una botella de coñac francés, le hacía partícipe de sus desengaños y frustraciones:

—Querido St. Maxent, si alguien cree que después de esta contienda los ingleses y los americanos jamás podrán volver a ser amigos está absolutamente equivocado. Pues lo cierto es que, aun después de cuatro años de una guerra cruel —como son todas las

guerras fratricidas—, los anglosajones de ambos lados del Atlántico siguen teniendo muchos intereses en común. Yo llevo un tiempo anunciando que van a entenderse entre ellos, a espaldas de Francia y de España, y nos dejarán a todos con un palmo de narices.

Aparte de un fino olfato que le permitía adelantarse a los acontecimientos, sus corazonadas estaban basadas en la información que a lo largo de los años había ido cosechando a través de sus informadores en las principales capitales europeas. Aranda dejó un momento sobre la mesa su copa de coñac y su cajita de rapé, y durante unos minutos buscó entre las carpetas que tenía perfectamente numeradas en sus archivos, y encontró finalmente lo que buscaba: era una carta que había dirigido Benjamin Franklin al *premier* británico, lord Howe, cuando se dio cuenta de que iba a ser muy difícil conseguir un acuerdo pacífico entre las colonias y el Parlamento inglés. Aranda leyó en voz alta a St. Maxent la carta de Franklin, que había sido ya traducida del idioma inglés al francés.

> *Durante largo tiempo me esforcé, con celo sincero e incansable, en preservar la ruptura de este noble y fino vaso de porcelana que es el imperio británico, porque sabía que, una vez roto, los trozos separados no podían guardar la parte de valor y de fuerza que existía en el todo, y la perfecta reunión de esas partes difícilmente podría ser esperada.*

—Como usted podrá apreciar, esas manifestaciones no corresponden a alguien que ha decidido una ruptura absoluta, sino que significa que, en contra de las apariencias, los líderes revolucionarios siguen de alguna forma esperando recomponer su relación con la madre patria.

Lo que, a pesar de su intuición, Aranda no podía imaginar era que en el mismo momento en que estaba conversando con St. Maxent, John Jay acababa de llegar a Londres, adonde había viajado sin informar al resto de la delegación norteamericana, para intentar conseguir una paz separada con Inglaterra. La propuesta que John Jay llevaba a Londres, que ni siquiera tenía el beneplácito del Congreso, suponía el reconocimiento inmediato y total de la independencia de las trece colonias; la cesión del derecho de

navegación por el Mississippi a todos los nuevos estados; el reconocimiento de que la orilla izquierda del gran río era el límite occidental del nuevo país.

La oferta era sumamente tentadora para los británicos, puesto que se basaba en sus derechos históricos sobre un territorio que ya no poseían, y al tiempo que parecían actuar de forma generosa hacia las colonias, estaban sembrando la semilla de la discordia entre el nuevo estado y España, vengándose así de la contribución española a la victoria de los norteamericanos.

Cuando Jay regresó a París con el acuerdo en el bolsillo, sus compañeros de delegación no tuvieron más remedio que felicitarlo, aunque comprendían que aquella forma de proceder representaba un acto de infidelidad para el viejo Benjamin Franklin y para el resto de los mandatarios. Aunque Franklin —que había acogido a John Jay y a su esposa como si fueran miembros de su familia, albergándolos en su casa de Passy cuando llegaron de Madrid— se sintió muy herido por este gesto desleal, no tenía la fuerza, ni posiblemente las ganas, de revocar un acuerdo que de alguna forma, aunque tardía, servía para recomponer el vaso de porcelana roto al que aludía en su carta a lord Howe.

Sin embargo, como jefe nominal de la delegación estadounidense, le correspondió a Franklin la ingrata tarea de comunicar la noticia al conde de Vergennes, que puso el grito en el cielo. El ministro francés acusó a los norteamericanos de que ese acuerdo secreto con los ingleses suponía no solo un acto de ingratitud por la importante ayuda que habían recibido los colonos de Francia, sino una transgresión del tratado suscrito en 1778 entre los dos países, que obligaba a actuar en plena colaboración y entendimiento a los Estados Unidos y a Francia en cualquier acto que supusiera un entendimiento con el enemigo.

La respuesta de Franklin al sofoco de Vergennes demostró el fino sentido diplomático del norteamericano: por un lado, le aseguró que el tratado con Inglaterra no sería definitivo hasta haberlo consultado con Francia; y, por otro lado, apuntó a que una reacción airada por parte de su aliado era precisamente lo que estaban esperando los ingleses, que según Franklin ya presumían de haber conseguido dividirlos; por lo que si no se daba mucha importancia a ese malentendido serían los propios británicos quienes se quedarían

defraudados.

Los norteamericanos también habían actuado de forma desleal con España, y aunque cuando se enteró el conde de Aranda también puso el grito en el cielo, los gritos de un diplomático desautorizado por su propio gobierno y continuamente engañado por sus propios aliados eran como la voz que clama en el desierto. Se cumplían así los funestos augurios que el astuto aragonés había vaticinado, al constatar que la corte de Madrid no hacía caso de sus recomendaciones de establecer un acuerdo vinculante con los representantes del Congreso:

> *Esta república federal nació pigmea, por decirlo así, y ha necesitado del apoyo y fuerzas de dos estados tan poderosos como España y Francia para conseguir la independencia, llegará un día en que crezca y se torne gigante y un coloso temible en aquellas regiones. Entonces olvidará los beneficios que ha recibido de las dos potencias, y solo pensará en su engrandecimiento*.

Ante el hecho consumado, Aranda y el duque de Manchester el tratado de paz entre España y Gran Bretaña el 3 de septiembre de 1783, la misma fecha en que los delegados americanos, Franklin, Adams y Jay, firmaron con el británico David Hartley la paz definitiva entre los Estados Unidos y Gran Bretaña.

Aunque el embajador español no había quedado del todo satisfecho con los términos del acuerdo, que no recogía nada en concreto sobre la línea fronteriza ni el espinoso tema de la navegación en el Mississippi, el propio Aranda reconoció que, considerando las circunstancias, se había obtenido más de lo que esperaba.

Capítulo 50
La cáscara del huevo

Habla Felicitas de St. Maxent

En el convento de las Petites Soeurs du Sacré Coeur, de Nueva Orleans, nos obligaban a aprendernos de memoria parrafadas enteras de *La guerra de las Galias*. Y aunque con el paso de los años me había ido olvidando de casi todo, excepto el principio —«*Gallia est omnis divisa in partes tres*…»—, aquellos párrafos habían resucitado en mi fantasía juvenil la entrada de Julio César en Roma sobre una cuadriga de briosos corceles blancos, escoltado por centuriones de lanzas y corazas resplandecientes, mientras era vitoreado por una multitud que lanzaba al paso del general triunfante pétalos de rosa.

Esas imágenes de mi infancia volvieron a mi memoria cuando Bernardo y yo viajamos a la corte para que mi marido pudiera recibir de manos del rey los títulos y honores de los que se había hecho acreedor durante la guerra contra Inglaterra, especialmente con la toma de Pensacola, que se había hecho famosa en toda España como la victoria más brillante de toda aquella contienda.

Ya a nuestro paso por La Habana, Bernardo había recibido los despachos donde figuraba su nombramiento como conde de Gálvez, que por motivos protocolarios habían hecho preceder otorgándole el vizcondado de Galveztón. Pero me di más cuenta de lo que ello significaba cuando, tras llegar a Madrid, el rey de armas llamado Zazo y Ortega nos mostró un dibujo en colores del escudo que había elaborado, donde aparecían los blasones que ya habían formado parte del escudo familiar de los Gálvez pero a los que habían añadido varios cuarteles nuevos cuyo significado me explicó. En uno de ellos aparecía una flor de lis de oro en campo azur, que representaba la ayuda que habían prestado en la campaña los ciudadanos de origen francés, lo que me hizo sentir muy orgullosa. También habían incorporado al escudo un pequeño bergantín que

representaba al *Galveztown*, en cuyo gallardete figuraba la frase «Yo solo», que Bernardo había pronunciado antes de pasar bajo las baterías de las Barrancas Coloradas; aunque tuve la impresión de que la silueta en miniatura del mariscal sobre el puente del bergantín no correspondía a la grandiosidad de la hazaña.

En los primeros días de nuestra llegada a la capital, donde nos alojaron en una magnífica mansión, cerca del palacio de Buenavista y de la pintoresca fuente de la Cibeles, nos dejamos embriagar por el vino dulce de la fama y de la adulación. La primera vez que alguien me trató de condesa sentí que había franqueado el escalón social que en muchas otras ocasiones me habían hecho notar las damas de La Habana que presumían de su rancio abolengo español, y que se resistían a tratar de igual a igual a una viuda criolla de tez canela. Tuvieron que pasar unos días en Madrid para que se sedimentara el polvo de la recepciones multitudinarias y de nuestra propia vanidad. Pero como la alta sociedad española era tremendamente frívola, pronto surgió cualquier otro asunto que les distrajo de la novedad de agasajar al héroe de Pensacola y a su bella mulatita. Y cuando Bernardo y yo nos quedamos solos en el inmenso palacio, nos miramos en el espejo y nos dimos cuenta de que, con título de Castilla o no, ambos seguíamos siendo las mismas personas.

A este respecto creo que es importante que aunque Bernardo aceptó complacido —porque a nadie le amarga un dulce— las muestras de aprecio y de cariño, tanto por parte del gobierno como de la aristocracia y del pueblo llano, en todo momento se mantuvo informado de cómo se estaban desarrollando las negociaciones en París; quizás porque un secreto pálpito le hacía intuir que los políticos y diplomáticos podían perder con la pluma lo que él había ganado con la espada. Aparte del acceso a los despachos que mandaba el embajador Aranda a su tío José, Bernardo tenía una fuente de información extraoficial y privilegiada en las cartas que mi padre le enviaba desde París, donde servía como asesor sobre el tema de las fronteras al embajador.

Bernardo comprendía mucho mejor que aquellos que recibían los despachos de Aranda en los distintos ministerios lo que se estaba jugando al definir las fronteras del alto Mississippi. Noté que Bernardo cada vez se ponía más nervioso, porque dejó de

acompañarme en mis paseos por los parques y avenidas de la capital de España, donde miembros de la aristocracia —a veces disfrazados de majos y majas— se mezclaban con el pueblo y compartían sus juegos y diversiones. Le habían dado un despacho en el palacio, con el título rimbombante pero de poco contenido de supervisor del ejército de veteranos de las Américas; pero él no se ocupaba tanto de la supervisión de las tropas como de revisar los informes y mapas que habían ido mandando a la corte los sucesivos gobernadores e intendentes de la Luisiana y que mi marido utilizaba para poder afirmar los derechos históricos de España en esos territorios.

Estaba tan absorto en ese trabajo que cuando volvía tarde a casa no quería cenar y se metía inmediatamente en la cama sin querer hablar con nadie, ni siquiera conmigo. Pero, como dormíamos en la misma habitación, noté que Bernardo se encontraba en tal estado de excitación que no podía conciliar el sueño. Una noche, no sé si aún dormido o en un estado de duermevela, le había oído exclamar:

—La culpa de lo que está pasando la tiene el mismo rey, porque es terco como una mula y nada ni nadie le hace cambiar de opinión. ¡Desde el principio de esta guerra decidió que no reconocería a los insurgentes americanos, y ahora que la guerra está acabada, no quiere dar su brazo a torcer, aunque pueda costarle la mitad de sus dominios de América!

Aunque hubiera sido en sueños, aquel exabrupto me preocupó, pues había oído decir cosas terribles sobre los castigos que recaían sobre quienes faltaban el respeto o insultaban a la real persona; incluso me habían contado que en la etapa en que el conde Aranda era presidente del Consejo de Castilla, habían arrancado la lengua a alguien que había proferido injurias contra el rey. Yo había oído comentar en Madrid que «para que la Santa Inquisición no se entere de algunas cosas, no hay ni que pensarlas».

Como un favor muy especial, su tío José le propuso a Bernardo acompañarlo a asistir al almuerzo que su majestad celebraba en una sala del palacio, evento al que estaban invitadas solo personalidades de gran relieve, altos funcionarios de la corte, embajadores o grandes de España. Esa tarde yo esperé a mi marido en casa, pues tenía verdadera curiosidad por saber cómo se había desarrollado el almuerzo real y todavía me intrigaba más saber cómo habría

reaccionado mi marido en un entorno palaciego que últimamente no quería frecuentar. Sin duda era una experiencia bastante poco corriente ver a un rey en su intimidad.

Pero en vez de volver complacido de lo que había visto, Bernardo llegó a casa echando venablos, y nunca hasta ese momento le había visto expresarse con tanta dureza no solo sobre el montaje de la corte sino sobre el propio rey. Tan pronto como Bernardo bajó del carruaje que lo traía de vuelta de palacio, aunque tuvo la prudencia de no decir nada ante los criados, me hizo un gesto para que subiéramos a la salita que estaba junto al dormitorio para que pudiéramos hablar a solas. Una vez que cerró la puerta del vestidor, se despojó de la casaca, que tiró directamente al suelo, junto con su espada, y dio rienda suelta a su indignación.

—Te aseguro, querida Felicitas, que nunca he estado presente en una función más absurda y menos edificante. Dice bien poco de quienes organizan las actividades de la corte que un grupo de ministros —que deberían tener otras actividades más urgentes que atender—, algunos embajadores de las principales potencias europeas y una patulea de grandes de España, puedan perder toda una mañana contemplando cómo come nuestro soberano. Los camareros que tienen el honor de atenderlo tienen todos un título muy rimbombante, pero parecen tropezarse unos con otros en su afán de servir los primeros al monarca.

Intenté apaciguarlo tomando una de sus manos entre las mías y dándole palmaditas en las mejillas, que era un gesto mío que le gustaba, pero Bernardo siguió describiendo lo que había visto en términos muy críticos:

—El único momento de cierta incertidumbre y que esperan impacientes los que han visto esa mascarada más de una vez —continuó diciendo, una vez que le dio un sorbo al vaso con agua que le había ofrecido— es cuando, hacia el final del almuerzo, el rey tiene que perforar con la cucharilla la cáscara de un nuevo pasado por agua; y en la sala cunde un silencio sepulcral para ver si su majestad acierta con la cucharilla de plata en el mismo centro del huevo, de forma que una vez que el monarca haya absorbido su contenido la cáscara se mantenga en difícil equilibrio sobre una pequeña huevera también de plata. Si, como parece ser que ocurre casi siempre, el rey consigue este ingenuo truco de malabarismo, el

camarero recoge inmediatamente el plato, antes de que caiga la cucharilla o el huevo; y toda la cortesana concurrencia aplaude este suceso.

Temiendo que si lo dejaba solo pudiera cometer alguna imprudencia, le pedí a Bernardo que me acompañara en el paseo que solía dar a esa hora por los alrededores de la ciudad. Bajamos ambos en un carruaje hasta una pequeña ermita construida en la ribera del río Manzanares y ascendimos por un camino que iba paralelo al río en cuya orilla varios pescadores estaban probando su suerte arrojando el anzuelo a las aguas trasparentes que venían de la sierra.

Cuando llegamos al puente de Toledo, nos asomamos sobre el parapeto de piedra para disfrutar de la vista que ofrecía el cauce del Manzanares, que bajaba en plácidos meandros de sus manantiales de la sierra del Guadarrama. A aquella hora, los montes iban tomando tonalidades cárdenas y azules, que emergían detrás de unas colinas cuajadas de encinas, que era precisamente la zona de El Pardo donde el rey solía ir a cazar.

Tras contemplar un rato en silencio aquel paisaje, según iba cayendo la luz sobre el soto, Bernardo enlazó mi talle con su brazo, y me dijo:

—Felicitas, sin duda te habrás fijado que este paisaje es de una gran belleza, pero no tiene la fuerza ni el atractivo de lo que estamos acostumbrados a ver los que hemos vivido del otro lado del mar: este río puede servir de inspiración para los pintores de la corte, pero le falta fuerza y dramatismo. Sabes que el más pequeño de los afluentes del Mississippi lleva tres veces el caudal del Manzanares, y aunque a veces me haya dado algún azotazo, te aseguro que me siento más feliz a la orilla del padre de las aguas.

Capítulo 51

Cena en casa del ministro de Indias

Continúa hablando Felicitas de St. Maxent

Esa noche fuimos los dos a cenar a casa del tío de Bernardo y de su esposa, doña María Concepción Valenzuela de Fuentes, que era la tercera mujer del ministro, himeneo que le había permitido a don José entroncar con la más rancia aristocracia castellana, amén de haber percibido una cuantiosa dote de su padre, que era el conde de la Puebla. Doña María Concepción era treinta años más joven que su marido, por lo que, un año arriba o abajo, éramos de la misma edad; pero a pesar del parentesco bastante cercano no se había trabado entre nosotras una relación demasiado estrecha.

Yo sospechaba que, a pesar de mi flamante título de condesa, la esposa de don José pensaba que entre una criolla de Nueva Orleans, ennoblecida por los méritos de su marido, y la descendiente de una noble familia castellana, existían ciertas barreras que era imposible franquear. Como esos sentimientos suelen ser recíprocos, a mí también me parecía que a María Concepción le faltaba algo de encanto femenino, y además no me gustaba la forma que tenía de fruncir el labio superior cuando estaba diciendo algo que le parecía importante, lo que hacía que se le juntasen los pelillos del bigote, como si fuera un cabo de granaderos.

Esa noche, doña María Concepción demostró ser una buenísima anfitriona, pues había preparado como a alta escuela a un ejército de criados con librea, que sirvieron a los comensales diversos platos a cual más exquisitos en porcelanas de Sèvres, escanciando los distintos tipos de vino en copas de cristal de Murano cuyo tallo era tan fino que al agarrar la copa le daba a una miedo de romperla. A esa misma cena concurrían el embajador de Francia, marqués de Ossun, don Pedro Rodríguez de Campomanes y el asesor francés del ministro de Hacienda, Pierre de Cabarrús, que por encargo del rey estaba organizando un mecanismo financiero al que llamaban

«vales reales». Cabarrús también se estaba ocupando de la creación del Banco de San Carlos, para poder hacer frente a los importantes gastos en que se había incurrido con motivo de la reciente guerra, muchos de ellos originados por la ayuda financiera que se había suministrado a petición del Congreso de los Estados Unidos.

Cabarrús, al que habían sentado a mi lado, disfrutaba mucho de mi compañía y me hablaba en un francés correctísimo, quizás algo diferente del que yo había aprendido en la Luisiana, pero él decía que le encantaba mi acento. Todo transcurrió sin ningún incidente durante la cena, y tanto la calidad de los manjares como el aroma de los vinos fue comentado favorablemente por todos, incluido el embajador francés, que, con escaso tacto diplomático, a veces se quejaba de que la cocina española era algo rudimentaria, si se comparaba con el nivel gastronómico que se ofrecía más allá de los Pirineos.

Antes de servir los postres, don José se levantó de su butaca y, tras realizar el brindis acostumbrado por la salud del rey de España y también del de Francia —por deferencia a la presencia del embajador francés—, indicó que tenía una noticia muy importante que comunicar a los presentes.

—Hoy se ha recibido en la corte, por un correo especial, la noticia de que se ha firmado el tratado de París entre las diversas partes interesadas, y tengo el gusto de anunciarles que en ese tratado su majestad ha quedado muy favorecida. Los ingleses nos han cedido toda la cuenca del Mississippi, las dos Floridas, incluyendo Mobila, Pensacola y San Agustín, por lo que podemos ufanarnos de haber conseguido el principal objetivo de esta guerra para España, que era expulsar a los ingleses del golfo de México.

Quizás don José esperaba que aquella declaración suscitase el aplauso de la concurrencia, o por lo menos un murmullo de aprobación, pero las mujeres, como era lo habitual en estos casos, se quedaron calladas, y en cambio varios de los caballeros hicieron preguntas que seguramente el ministro no esperaba.

—¿Y qué ha ocurrido con la plaza de Gibraltar, pues creo que su devolución era quizás el principal objetivo para entrar en guerra? —preguntó don Pedro Rodríguez de Campomanes.

Don José lanzó una mirada intencionada hacia su vecino de la derecha, que era el embajador de Francia, pues su país se había

comprometido en el tratado con España a no firmar la paz hasta que los ingleses hubieran devuelto Gibraltar; pero el marqués de Ossun parecía demasiado ocupado en apurar el sorbete de mandarina para participar en la conversación.

—Al final no ha sido posible conseguir que nos devuelvan Gibraltar, pero en cambio hemos recuperado la isla de Menorca, que había estado todo este tiempo bajo dominio británico —acabó admitiendo don José, tras un silencio significativo.

—¿Se ha concertado algo con los estadounidenses sobre el pago de la ayuda financiera y militar que durante estos años hemos venido prestando al nuevo país? —preguntó a su vez Cabarrús; y ante un nuevo silencio de don José, añadió—: Convendría que quien tenga constancia de las distintas sumas y provisiones que se ha mandado a los americanos facilite al tesoro la cantidad, aunque sea aproximada, de lo que nos deben nuestros aliados.

Al sentirse respaldado por quienes habían hecho las anteriores preguntas, Bernardo intervino también:

—¿Se sabe si los representantes del Congreso de los Estados Unidos han aceptado los términos de la navegación exclusiva de España en el río Mississippi y la línea fronteriza en la cabecera del río?

Noté que a nuestro anfitrión, que ya había contestado de mala gana a las preguntas de los otros invitados, le sentó a cuerno quemado que su propio sobrino le pusiera en evidencia, sacando a colación un asunto sobre el que no tenía una respuesta satisfactoria.

—Los delegados de Estados Unidos no han querido ningún acuerdo sobre el tema de las fronteras —contestó su tío a Bernardo de forma un tanto seca—, pero, si te parece, ya tendremos ocasión de comentar este asunto con mayor detenimiento, sin tener que aburrir a las damas y a los otros invitados en un asunto que seguramente no les interesa.

Tan pronto como se fue el último de los invitados, vi que don José le hacía un gesto a Bernardo para que le acompañase a una sala contigua, cuya puerta cerró una vez que se quedaron a solas el tío y el sobrino; mientras María Concepción y yo permanecíamos en el salón intentando enhebrar una conversación que no brotaba de forma muy fluida, pues ambas estábamos pendientes de lo que estaba ocurriendo en la otra habitación.

Aunque era evidente que don José había llamado a capítulo a su sobrino por lo que consideraba una indiscreción, Bernardo no estaba dispuesto a aceptar una reconvención; a través de la puerta, nos llegaban algunas hebras de la conversación, que pronto fue subiendo de tono, hasta alcanzar el nivel de una discusión. Lo que en este caso me resultó sorprendente fue que me pareció que quien se expresaba con más firmeza y en un tono de voz más fuerte no era el ministro sino mi marido.

Quizás a raíz de la discusión que tuvieron la noche de la cena entre Bernardo y su tío, este no quiso enseñarle el texto de los tratados que le habían llegado de París, pero mi padre le mandó un informe detallado sobre los resultados de la negociación. En el tratado firmado en Versalles por el conde de Aranda y el duque de Manchester, el rey inglés cedía a la corona española ambas Floridas sin especificar sus límites; pero por el acuerdo previo que John Jay había negociado en Londres, Inglaterra fijaba como frontera meridional de sus dominios (conservando todo el territorio de Canadá) una línea tendida entre los ríos Mississippi y Apalachicola, que pasaba por el paralelo 31 de latitud; cuando, según los cálculos de Aranda, los dominios de España llegaban mucho más al norte, hasta el paralelo 35.

Además, en el artículo octavo del tratado firmado entre los Estados Unidos e Inglaterra se establecía la libre navegación del Mississippi para los ingleses. La línea fronteriza que habían trazado en ese acuerdo previo escamoteaba la parte del territorio que Bernardo había conquistado a los ingleses, excluyendo a Natchez y situando la frontera meridional de la Luisiana española apenas a diez leguas de tierra sobre el golfo de México.

Al enterarse a través de mi padre de estos detalles, Bernardo pidió una audiencia con el rey, para solicitar que se comunicase al Congreso americano que los términos de ese acuerdo carecían de legalidad, puesto que ambas orillas del Mississippi estaban en poder de España antes de que se produjesen esas negociaciones; y que, prescindiendo de cualquier otro antecedente, no se podía ignorar el reciente derecho de conquista. Pero don José no quiso darle la oportunidad de esa audiencia a su sobrino, temiendo que mi marido estuviera demasiado explícito y contundente en su presentación ante el monarca. Yo misma comprendí que podía resultar peligroso

para todos hacer ver al rey que la paz de la que se sentía tan orgulloso no hubiese cumplido alguno de sus objetivos principales y que esa paz podía ser motivo de conflicto con el nuevo estado americano.

Durante un tiempo, dejaron a Bernardo que se ocupara de la supervisión de las tropas en América, pero la evolución de los acontecimientos pronto haría comprender al rey que mi esposo era la única persona capaz de defender los derechos de España en la zona, por lo que confirmaron su nombramiento anterior como gobernador de la Luisiana y de las dos Floridas, y además le nombraron capitán general de Cuba, desde donde podría organizar si fuera necesario la defensa de los territorios españoles de América septentrional.

Yo tuve la impresión de que, en este caso, don José no había utilizado su influencia para promocionar la carrera de su sobrino, sino que más bien ese nuevo nombramiento obedecía al miedo que sentía el ministro de Indias de que permaneciese en Madrid una persona que tenía una visión muy crítica sobre la forma de proceder de la corte con respecto a los Estados Unidos y que estaba dispuesto a defender su punto de vista contra viento y marea.

Capítulo 52
Gardoqui es nombrado embajador

Aunque el conde de Floridablanca no había sabido anticipar los peligros que encerraba tratar de forma displicente a un representante del Congreso, cuando en 1784 le llegó la noticia de que probablemente John Jay sería nombrado secretario de Estado de la nueva nación, acudió de inmediato a Diego de Gardoqui para saber qué pensaba sobre ese posible nombramiento, y el comerciante vasco le contestó con toda franqueza que si se verificaba el nombramiento, Jay procuraría hacerle a España todo el daño posible.

Incluso antes de que se conociese esa noticia, Floridablanca había pensado en la posibilidad de mandar a Gardoqui como embajador a los Estados Unidos, para intentar suavizar las relaciones con el nuevo estado, puesto que el comerciante bilbaíno había desarrollado una relación de amistad con John Jay y su esposa el tiempo que estuvieron en Madrid.

Pero Gardoqui —que temporalmente había residido en Londres como cónsul y se había encargado de las reparaciones de guerra— hasta entonces se había resistido a viajar a América, alegando que, tras la muerte de su madre, Simona de Arriquibar, tenía que resolver negocios familiares acuciantes. El nombramiento de John Jay como secretario de Estado aumentó la presión de la corte para que aceptase la embajada y quizás hasta el propio Gardoqui entendió que era la persona más adecuada para cumplir esa difícil misión.

Aunque fuera a regañadientes, Gardoqui aceptó ser nombrado encargado de negocios ante el Congreso americano, y Floridablanca le pidió que le indicase cómo percibía al nuevo secretario de Estado americano y a su esposa. El comerciante vasco —que solía ser muy discreto y reservado— se explayó:

El americano Jay, a quien generalmente le contemplan de

bastante talento y capaz de encubrir mucha parte de aquella debilidad, que le es natural manifiesta (por un trato continuado) que es hombre muy interesado, y que esta pasión la acrecienta su mujer, porque a más de contemplarse con mérito y tener bastante vanidad, gusta que la obsequien y mucho más que la regalen. Esta mujer, a quien ama ciegamente, lo domina y nada se hace sin su consentimiento, de modo que su dictamen prevalece, aunque por el pronto discorde su marido; de donde infiero que con un poquillo de maña en el trato de ella y algunos agasajos, hechos a tiempo, se conseguirá la amistad de ambos…

No es este solo sujeto que en su país tiene el mismo punto flaco, porque hay muchos más en el cuerpo que gobierna, y creo que alguna mano ávida que sepa aprovechar los lances, dar algunas comidas y, sobre todo, convidarles con buenos vinos, podrá sacar partido sin manifestar lo que busca.

Floridablanca se tomó tan al pie de la letra el consejo de su embajador que a partir de ese mismo momento pidió al secretario de Hacienda un nuevo fondo especial para «agasajos y regalos» a los políticos norteamericanos y a sus familias. Floridablanca le entregó a Gardoqui unas instrucciones muy concretas para que negociase a su llegada a Filadelfia un tratado entre España y los Estados Unidos que fijase los límites de las respectivas posesiones y que privase a la nueva república de la navegación por el Mississippi. A cambio de esa cesión, España ofrecía al nuevo estado los privilegios económicos propios de «nación más favorecida».

Aprovechando que por aquellas fechas Bernardo de Gálvez había sido nombrado gobernador de Cuba, Floridablanca le pidió a Gardoqui que estuviera en permanente contacto con él, pues por su dilatada experiencia en la América septentrional podía ayudarle en su misión. De hecho, cuando Gardoqui hizo una escala en La Habana, antes de salir para Filadelfia esperó la llegada de Bernardo de Gálvez a Cuba, para poder reunirse con él. Para que hubiera una perfecta coordinación entre Gálvez y Gardoqui, Floridablanca le había dado a este último un juego de elementos cifrados por duplicado para que entre ellos pudieran mantener correspondencia

secreta.

Con el espíritu beligerante que Gálvez había demostrado ya en otras ocasiones —como cuando negoció con el capitán de la fragata inglesa *Atlanta* «con la mecha encendida»—, recomendaba a Gardoqui que no se dejase amilanar por los estadounidenses, que demostraban haber heredado una buena parte de la arrogancia de sus antiguos amos coloniales y también algo de su hipocresía.

Gálvez sugería a Gardoqui que tan pronto como tuviera ocasión le recordase al gobierno americano los servicios prestados por España en la lucha por la independencia, señalando con la vehemencia que caracterizaba al militar malagueño que los únicos derechos que tenían los americanos con respecto al Mississippi eran derechos de gratitud y no de usurpación.

—Si contra razón se explicasen en términos de amenazas, desprécielos V. S. En inteligencia de que para no temerles nos hallamos en las provincias con bastante tropa veterana, una milicia aguerrida y subordinada, amistad con muchas naciones de indios desafectos a los americanos y experiencia suficiente en el modo de hacer la guerra en el bosque, conocimiento que tal vez se lo creerán como exclusivos.

Sentado en una butaca de enea frente al escritorio del capitán general, Gardoqui escuchaba atentamente todo lo que le decía Gálvez, sin atreverse a responderle, aunque hubiera podido contestarle que a él le habían nombrado como embajador de España a los Estados Unidos para mejorar la relación con ese país, no para declararles la guerra. El comerciante también pensaba que, desde el viaje que habían hecho juntos, cuando Gálvez acababa de ser nombrado coronel del regimiento fijo de la Luisiana, las tornas habían cambiado; pues en aquella ocasión, Gardoqui hacía de maestro y mentor, mientras que ahora Gálvez era quien daba los consejos.

Aunque la firma que regentaba había mandado sus barcos a los cinco continentes, Gardoqui jamás se había embarcado en una travesía más larga que la que suponía cruzar desde Bilbao el canal de la Mancha para llegar a las costas inglesas. De hecho, el aspecto del comerciante era absolutamente incongruente con el lugar donde se encontraba; la levita de paño grueso, oscuro, que era la misma que utilizaba en Bilbao para ir a los almacenes del puerto, le hacía

sudar la gota gorda; y cuando, para salir a la calle, se colocaba un sombrero de paja de ala ancha para evitar que el sol tropical le abrasara los sesos, el contraste entre el traje negro y el sombrero blanco era tan marcado que parecía una especie de pingüino polar que una corriente caprichosa hubiera arrastrado hasta las playas de Cuba.

La falta de adaptación de Gardoqui a su entorno iba más lejos que su atuendo inadecuado al clima del Caribe; de hecho apenas había tomado el barco desde Cádiz, el comerciante se había dado cuenta de que había hecho mal en aceptar la misión que le proponía Floridablanca, pues su ausencia de Bilbao podía acarrear la ruina y hasta el desmembramiento de la sociedad Gardoqui e Hijos, que con tanto celo habían desarrollado su padre y su abuelo. Pero el vasco tenía un sentimiento de fidelidad acendrado hacia la Corona y se había sentido en la obligación de aceptarlo.

Capítulo 53
Las deudas de Oliver Pollock

Gálvez y Gardoqui se encontraban todavía inmersos en el estudio de los mapas del territorio de la Luisiana y del norte de las Floridas que había en los archivos de La Habana, cuando un edecán le pasó una nota al capitán general. Tras leer el mensaje, Gálvez guardó en sus carpetas los despachos que habían manejado y enrolló los mapas que habían consultado, y le dijo a Gardoqui:

—Me perdonará vuestra excelencia, pero tengo que atender un asunto urgente: si le parece podemos vernos de nuevo en mi despacho esta tarde para continuar trabajando.

El carruaje que esperaba a la puerta del palacio de capitanía llevó al capitán general a la prisión de La Cabaña, donde le esperaba el juez Sebastián Larrañaga, con quien Gálvez había ya pactado la liberación de Oliver Pollock, que estaba detenido desde hacía más de un año por no pagar a sus acreedores.

—He traído la suma que usted me indicó para que sirva de fianza y, si me lo permite, me llevaré al recluso conmigo ahora mismo.

—Si así lo desea, firmaré inmediatamente la orden para liberar al señor Pollock —contestó el juez.

La persona que al cabo de un rato emergió de las mazmorras de la prisión guardaba solo un remoto parecido con el Oliver Pollock que Bernardo de Gálvez había conocido en Nueva Orleans cuando se había presentado en el barco, acompañado por el gobernador Unzaga, y probablemente si se hubieran cruzado por la calle, Gálvez hubiera sido incapaz de reconocer al antiguo agente del Congreso.

Para resumir los avatares de un largo proceso que se había iniciado cuando Gálvez ya no estaba en la Luisiana, empeñado en sus campañas en el golfo de México, la generosidad —unida a una cierta imprevisión— del irlandés había provocado la ruina de quien, en su momento, había sido uno de los hacendados y comerciantes

más prósperos de toda la región. Un defecto común en otras personas que, como Oliver Pollock, se habían esforzado en conseguir los fondos necesarios para que el nuevo estado pudiera subsistir, era que no se habían preocupado por llevar una contabilidad rigurosa. Por falta de profesionalidad más que por el deseo de defraudar, no habían marcado una diferenciación clara entre su propia situación financiera y la tesorería del Congreso, en este caso del Congreso de Virginia.

En los últimos años de la guerra, los gastos del ejército continental habían sido tan exorbitantes que habían superado con mucho la capacidad de allegar fondos tanto de Oliver Pollock como de otras personas que se esforzaban con el mismo propósito, incluyendo al comerciante Robert Morris, al que muchos consideraban el financiero más importante de la revolución.

En el caso de Oliver Pollock, la falta de una contabilidad rigurosa había hecho que se mezclasen las deudas de su propio patrimonio con las deudas contraídas en nombre de la nueva administración, hasta que esa trama había formado un ovillo imposible de desenredar. Como resultado de algunas operaciones inmobiliarias fallidas en la Luisiana, Pollock había perdido sus plantaciones, y cuando intentó evitar la bancarrota pidiendo al gobernador de Virginia que le devolviera al menos parte de los fondos que el irlandés había anticipado, los administradores de aquel estado le contestaron que difícilmente podían acudir en su ayuda cuando el mismo Congreso estaba en quiebra.

En un último intento de enderezar su situación financiera, Pollock había viajado a La Habana, donde tenía relaciones comerciales con empresarios españoles que formaban parte del llamado clan floridiano —los mismos que habían practicado el comercio de melaza y el tráfico de esclavos entre los puertos de la Florida y la isla de Cuba—. Pero ese último intento de conseguir fondos a la desesperada se volvió en contra de Pollock cuando las mismas personas a las que había acudido para obtener crédito le reclamaron importantes cantidades de dinero que correspondían a operaciones pasadas y que, evidentemente, el irlandés no pudo pagar; lo que acabó por dar con sus huesos en la cárcel, de donde acababa de sacarlo Bernardo de Gálvez depositando una fianza con su propio peculio.

Cuando, tras sacarlo de la prisión, Gálvez llevó en su carruaje a Oliver Pollock hacia la residencia del capitán general, imaginando cómo debía sentirse el irlandés, guardó absoluto silencio durante el recorrido. Confiaba en que el aire fresco que corría por la orilla del mar y la luz del sol sirvieran de bálsamo para quien, durante más de un año, no había podido disfrutar ni de la brisa ni de la aterciopelada luz del Caribe. Gálvez sabía que no era el momento de dar explicaciones, por lo que, al llegar a la residencia, le dijo a Pollock:

—He dado instrucciones al mayordomo para que le proporcione lo que necesite, incluyendo una muda de ropa y, si le apetece, le ofrecerán un refrigerio. Puede usted quedarse el tiempo que quiera en esta casa que es también la suya, porque España no puede olvidar todo lo que usted hizo por ayudarnos en la guerra contra los ingleses.

Pollock aceptó gustoso la hospitalidad que le ofrecía el capitán general y se limitó a estrechar la mano de Gálvez entre las suyas, intentando contener la emoción que le producía el haberse vuelto a encontrar en esas circunstancias.

Cuando, un rato después, el edecán avisó a su jefe de que su huésped había manifestado el deseo de verlo, la persona que apareció en la terraza, ya limpio y bien afeitado, se parecía algo más al Oliver Pollock que había conocido en Nueva Orleans. Pero al tener chupadas las mejillas antes carnosas y haber aparecido en su frente profundas arrugas, había perdido la expresión infantil; la intensa palidez de su cara parecía haber borrado hasta el salpicón de pecas que era el rasgo más característico del irlandés; sí conservaba en cambio las patillas pelirrojas, aunque prematuramente entreveradas de canas blancas.

También Oliver Pollock notó que el tiempo trascurrido desde la última vez que había visto a Gálvez no había pasado en vano, aunque el militar malagueño no había perdido el brillo picaresco de sus ojos oscuros y la sonrisa burlona con que Gálvez solía acompañar cualquier comentario, incluso cuando hablaba de temas muy serios. Pero detrás de esa sonrisa, Pollock creyó adivinar un rictus de amargura; el irlandés estaba en Pensacola cuando Gálvez había sido herido en el abdomen y sabía que, al no poder guardar reposo, la cicatriz había cerrado en falso; pero algo le hizo intuir

que las cicatrices más profundas las llevaba el malagueño por dentro.

Ambos prefirieron no hacer referencia a recuerdos dolorosos y celebrar el hecho de que siguieran vivos, cuando muchos de los que habían luchado por la misma causa habían ido a parar a las profundidades del océano o habían saltado por los aires, como había ocurrido con la guarnición inglesa del fuerte de la Media Luna. Pero aunque quisieran pasar un trapo mojado por la pizarra de su memoria, casi de forma inevitable algunos sucesos que habían vivido juntos salieron a la superficie.

—General, querría disculparme porque esta mañana no fui capaz de expresar el profundo agradecimiento que he sentido cuando vino a sacarme de la cárcel y a pagar la fianza que había impuesto el juez para satisfacer a mis acreedores.

—Ya le dije que no tiene nada que agradecerme, pues todos los que participamos en la toma de Pensacola estamos en deuda con usted, y yo especialmente, porque si no hubiera tenido la información que me proporcionó sobre el funcionamiento de la batería de las Barrancas Coloradas, quizás no me hubiera atrevido a forzar el puerto.

—Lo único que puedo agradecerle al tiempo que he estado encerrado en la prisión es que he podido reflexionar y le aseguro que en muchas ocasiones he vuelto a recordar el momento en que usted decidió embarcarse en el *Galveztown* y cruzar bajo el fuego de los ingleses.

—Es cierto que en ese momento estaba dispuesto a jugarme el todo por el todo, pero lo que usted me había contado después de visitar las Barrancas Coloradas me ayudó a tomar esa decisión.

—Sí, pero algo que he comprendido solo al repasar en mi memoria aquella increíble aventura es que usted, mi general, no podía estar cien por cien seguro de que las balas de los ingleses no fueran a alcanzarle.

Gálvez recuperó la sonrisa que Pollock había visto dibujarse en su semblante en otras ocasiones cuando dijo:

—Bueno, lo cierto es que uno de sus proyectiles partió en dos las jarcias del trinquete, perforando la lona y pasando a unas pulgadas del palo. Si ese proyectil hubiera alcanzado el mástil, yo no estaría aquí en este momento y probablemente España no hubiera

recuperado la plaza de Pensacola.

—Eso es exactamente lo que pensé, aunque yo creía que podría pasar indemne bajo el fuego de las baterías, solo había una forma de comprobarlo: subirse al *Galveztown* y enfilar por la entrada del pasadizo.

La conversación se desarrollaba en la terraza de la residencia del gobernador, con vistas sobre la dársena del puerto, que el sol poniente inundaba de reflejos rojizos, semejantes a los que, la tarde que Gálvez había pasado bajo el fuego de las Barrancas Coloradas, iluminaban la superficie de las aguas de la bahía de Pensacola. Al ver que estaba cayendo la luz, Gálvez recordó que había citado esa misma tarde a Diego de Gardoqui en su despacho.

—De buena gana me quedaría aquí charlando con usted, pero he citado en mi despacho al embajador de España en Filadelfia, que se encuentra estos días en La Habana. ¿Ha oído usted hablar de Diego de Gardoqui?

—Ese apellido me resulta familiar. Creo recordar que era una de las personas que se ocupaban en España de adquirir las armas y provisiones que luego mandaban a Nueva Orleans.

—En efecto, Gardoqui ha tenido un papel importante en el envío de la ayuda, de hecho actuaba como agente de la Corte de España, lo mismo que usted lo era del Congreso. Si no tiene inconveniente, me gustaría presentárselo.

Una vez que el capitán general les presentó, entre Gardoqui y Pollock brotó una corriente de mutua simpatía, pues, aunque debido al secretismo que envolvía la ayuda de España a los Estados Unidos nunca se habían conocido, ambos habían sido piezas claves en el mecanismo que había permitido enviar armas, medicinas, ropas y otros pertrechos al ejército que luchaba en la parte alta del río Mississippi.

Por esas ironías del destino, se habían reunido en la misma ciudad tres personas que habían contribuido de forma decisiva a la victoria del ejército de los Estados Unidos sobre Inglaterra.

SÉPTIMA PARTE

Capítulo 54
El diario del alabardero

Mientras Bernardo de Gálvez se encontraba aún en ruta hacia La Habana, al hacer escala en la isla de Puerto Rico le dieron la triste noticia de que su padre, Matías, acababa de morir en México. Y no habían trascurrido ni cinco meses de su estancia en Cuba cuando Gálvez recibió un despacho pidiéndole que se trasladase a Nueva España, para ocupar el cargo de virrey que había ejercido su padre.

En el escaso tiempo que habían pasado en Cuba, Bernardo y Felicitas habían sido objeto de grandes atenciones y conseguido una gran popularidad, pero el recibimiento que les esperaba cuando en mayo de 1785 llegaron a México fue verdaderamente apoteósico.

Contribuía a esta popularidad el que Bernardo fuese hijo de un virrey que había dejado una estela de eficacia y honestidad en su gobierno —hasta el punto de que el rey le eximiría del juicio de residencia que siempre se hacía al acabar un mandato—, pero valoraban sobre todo que el nuevo virrey hubiera servido en Nueva España cuando años atrás había llegado a México acompañando a su tío el visitador. La huella de cariño y simpatía que había dejado el joven oficial en distintos lugares del virreinato quizás estaba solo empañada por la percepción de que, en su lucha con los apaches, a veces Gálvez había actuado de forma algo temeraria e irresponsable, arriesgando innecesariamente la vida de sus soldados.

Por las calles de la capital se repetía esta coplilla:

Yo te conocí pepita
antes que fueras melón.
Maneja bien el bastón
y cuida a la francesita.

Dado que, como máximo representante del rey, el virrey asumía hasta cierto punto los poderes del propio monarca, la toma de

posesión de su cargo era un proceso muy elaborado y desde el momento en que desembarcaba en el puerto de Veracruz estaba marcado por distintas etapas. Desde su llegada, el nuevo virrey recorría un trayecto de alto contenido simbólico, deteniéndose en los mismos lugares por donde había pasado Hernán Cortés, que, en definitiva, era quien había ganado el imperio azteca para la corona española.

El nuevo virrey no recibía el bastón de mando que simbolizaba su autoridad hasta que llegaba a San Cristóbal Ecatepec. Otra parada importante en el camino se realizaba en el santuario de Guadalupe, donde el nuevo virrey acompañado por su familia y su numeroso séquito oía una misa solemne que se celebraba por las intenciones de un largo y fructífero mandato. Pero el recibimiento más espectacular le aguardaba en la capital, cuando la comitiva virreinal pasaba entre las tropas de los regimientos de Zamora, Corona, Milicias, Comercio y Compañía de Plateros, que presentaban armas y disparaban salvas de bienvenida, siendo coreados por una multitud que había sembrado las calles por donde pasaba el virrey con pétalos de rosa y erigido arcos triunfales para celebrar la ocasión.

En la puerta de la catedral les recibió el cabildo catedralicio bajo palio, y tras asistir a un solemne tedeum, Bernardo y Felicitas pudieron finalmente dirigirse al palacio virreinal. Pero su llegada a lo que sería su residencia oficial no constituía en absoluto el fin de las celebraciones, puesto que entonces se iniciaban una serie de banquetes y festejos que eran costeados por el ayuntamiento y el consulado de México. La especial alegría y expectación que suscitaba la llegada de este virrey hizo que el coste de esos agasajos ascendiera a la cantidad exorbitante de treinta mil pesos, por lo que cuando esas cifras llegaron a Madrid, el propio rey se escandalizó al saber lo que se había gastado y dio orden de que en lo sucesivo el dinero que pudiera emplearse para este propósito tuviera un límite de cinco mil pesos. Por lo que el recibimiento del virrey Bernardo de Gálvez fue el último que se realizó con tanto lucimiento.

Sin embargo, apenas había tomado posesión de su cargo cuando Bernardo de Gálvez tomó conciencia de que la situación en el virreinato no era muy halagüeña. Como si en este caso el padre de las aguas hubiera querido azotar al nuevo virrey ahuyentando a las

nubes del firmamento, en los últimos meses se había producido una prolongada sequía que había agostado parte de las cosechas y lo poco que quedaba lo quemó antes de que entrase en sazón una sucesión de heladas que no eran frecuentes por esas tierras cálidas.

La hambruna que provocó la falta de trigo y maíz tuvo dos secuelas igualmente nefastas: la primera fue que, al no poder sacar ningún fruto de sus campos, los agricultores desertaron de sus cultivos y tomaron el camino hacia la capital, esperando encontrar allí algún socorro; la segunda y más grave fue que, quizás como consecuencia de la debilidad producida por la inanición, en gran parte del virreinato se declaró una cruel epidemia de peste que diezmó la población.

Pero el nuevo virrey, que había sabido luchar contra circunstancias adversas en otros momentos de su vida, adoptó sin dilación medidas drásticas para contrarrestar la peste y la hambruna. Para combatir la epidemia, Gálvez decretó el aviso obligatorio en caso de enfermedad y el aislamiento absoluto para evitar el contagio y también estableció un sistema de internamiento y medicación gratuita a los pobres en los hospitales. Y para paliar los efectos del hambre convocó una reunión de urgencia entre los individuos más ricos del virreinato, a quienes solicitó de forma imperativa que realizasen importantes donaciones para remediar la situación. Para dar ejemplo, el propio virrey contribuyó a ese fondo de emergencia con dieciséis mil pesos de su propio peculio, y consiguió que los más ricos realizaran préstamos por valor de cien mil.

Para dar cobijo, al menos de forma temporal, a la muchedumbre de indigentes que inundaba las calles de la capital, Gálvez dio instrucciones a los conventos para que albergasen a aquel ejército de hombres, mujeres y niños demacrados, que parecían cadáveres vivientes. Y, también para dar ejemplo, les abrió las puertas del palacio virreinal.

Aunque la hambruna se había producido como consecuencia de las heladas y las malas cosechas, existían graves deficiencias en la explotación agrícola que no estaban relacionadas con la situación coyuntural; por ejemplo, el almacenamiento obligatorio de las semillas en las alhóndigas daba origen a ciertos abusos, debido a que algunos comerciantes desaprensivos se beneficiaban de la

escasez, aumentando el precio del trigo y el maíz que tenían guardados en esos depósitos. Cuando se enteró de lo que estaba ocurriendo, el propio virrey se presentó en la alhóndiga más cercana y con ayuda de un par de alguaciles echó a latigazos a los tratantes deshonestos, lo mismo que había hecho Jesucristo cuando desalojó a los mercaderes del templo.

La admiración inicial que había suscitado el nuevo virrey en las clases más humildes se convirtió en verdadera adoración cuando el pueblo pudo comprobar que le gustaba alternar con la gente llana y disfrutaba con sus mismas diversiones. José Gómez, alabardero de palacio, decía en su diario que, de todos los virreyes que había conocido, Gálvez había resultado el mejor, tanto por su preocupación por los menos afortunados como por su afición al jolgorio:

«El día 14 de noviembre de 1785 en México fue la primera corrida de toros en la plaza del Volador —contaba Gómez—, y en la mañana y tarde el señor virrey con su esposa, en su birloche, recorrieron el redondel de la plaza».

«En la noche hubo un castillo de fuego de colores, de lo mejor que se ha visto —señalaba en otra ocasión el alabardero—, y después en un tablado que se previno para la música, hubo un baile típico y la señora virreina condesa fue la primera que lo inició, y luego siguieron las demás señoras, cosa que con el tiempo no lo creerá nadie, pero así fue, estando presente el señor virrey».

Y ya en el colmo de su entusiasmo el alabardero comentaba sobre otra corrida de toros:

«El virrey estuvo tan gustoso que tiró su pañuelo, el de la señora y los de sus hijos, que por poco tira el uniforme, con que se hizo la tarde muy alegre».

Pero quizás lo que más contribuyó a la aureola de respeto y admiración que el nuevo virrey de México había suscitado entre las clases populares fue el gesto humanitario de indultar a unos reos que salían de la cárcel hacia el patíbulo, como contaba el alabardero José Gómez en su diario:

«El 8 de abril de 1786 en México, fue día de la mayor novedad que ha habido en este reino, y fue el caso que saliendo de la cárcel de la Acordada tres hombres para ajusticiarlos, sucedió la casualidad que en la estación de la cárcel al suplicio, venía el virrey

conde de Gálvez a caballo en el Pensil Americano, y habiéndoles encontrado, los perdonó en nombre del rey nuestro señor, por lo que la plebe empezó a decir en alta voz: ¡Viva el señor virrey, conde de Gálvez!».

Algunos espíritus retorcidos vieron en aquel indulto una señal evidente de que Bernardo de Gálvez pretendía ganarse la confianza y el apoyo del pueblo por motivos inconfesables. Los mismos maledicentes suscitaron la duda de si aquel encuentro con los reos se había producido por casualidad, según lo había contado el alabardero y como lo había expuesto el propio virrey en un despacho que mandó a la atención del ministro de Indias, o si se trataba de un encuentro intencionado puesto que el tribunal de la Acordada tenía la obligación de advertir al virrey de la fecha exacta y hora en que se llevaban a cabo las ejecuciones.

En cualquier caso, cuando se enteró del suceso don José de Gálvez que, debido a su formación jurídica, era tremendamente respetuoso con la legalidad, le mandó a su sobrino una carta con una seria reprimenda, indicando que solo el rey tenía el privilegio del indulto y, por lo tanto, al perdonar la vida de esas personas, Bernardo de Gálvez había procedido de forma irregular. Es posible que lo que más le preocupase al ministro de aquel gesto no fuese tanto que el virrey hubiese asumido una prerrogativa que únicamente correspondía al monarca, sino que esa conducta de su sobrino podía alimentar las críticas de los que se resentían por el exceso de poder que ostentaba la familia Gálvez, lo que ya había inspirado el epigrama que había circulado por México cuando todavía vivía el padre de Bernardo:

¿Quién manda en este mundo?
José, el primero.
Matías, el segundo,
y Bernardo, el tercero.

Fiscal… virrey,
virrey… ministro,
y ministro… rey.

El Padre, aquí,

El Hijo en La Habana,
y el Espíritu en España.

Los mismos que habían criticado la acumulación de poder en manos de la familia Gálvez —en tanto en cuanto les quitaba posibilidades de acceder a alguno de esos cargos— interpretaron de forma torticera las drásticas medidas adoptadas por Bernardo para controlar la hambruna y la epidemia, como una forma de ganarse por todos los medios el afecto del pueblo, para apoyarse en él para romper los vínculos con España y declararse soberano en aquel territorio. Según este disparatado argumento, la concesión del indulto formaba parte de un designio perfectamente calculado para hacerse con el poder absoluto en el virreinato de Nueva España. Y como la carta que había enviado el ministro de Indias a su sobrino pasaba por varias manos, no faltó quien aprovechase esa regañina epistolar para difundir la especie de que el sobrino había caído en desgracia con su poderoso tío; de ahí a declarar que había perdido la confianza del rey había solo un paso.

Lo más curioso de la trayectoria de esos bulos es que cuanto más disparatados resultan suelen tener más difusión, porque debido al escándalo que producen tienen un efecto parecido a cuando se tira una piedra en el centro de una ciénaga, y las ondas producidas por el impacto llegan a todas las orillas del charco. A partir del momento en que se extendieron los rumores de que Bernardo de Gálvez quería dar un golpe de Estado, cualquier nuevo proyecto que emprendiese el virrey podía ser interpretado en ese sentido.

Así ocurrió con el proyecto de la rehabilitación del Castillo de Chapultepec emprendido por el nuevo virrey y que sin embargo había estado ya en las mentes de varios de sus antecesores; incluso había obtenido el visto bueno del Ministerio de Indias durante el virreinato de Matías de Gálvez. En la época anterior a la conquista, aquel lugar privilegiado, que dominaba todo el valle de Tenochtitlán y gozaba de un temperamento más fresco que la capital, había sido utilizado como lugar de descanso por los emperadores aztecas, incluyendo a Moctezuma II Xocoyotzin. Y ya en la época española había albergado a huéspedes ilustres; pero a raíz de la explosión de un polvorín en parte del edificio había caído en desuso. El nuevo virrey pensó que era el sitio adecuado para

emplazar allí el nuevo palacio virreinal, en sustitución de la vetusta edificación que además estaba situada en pleno centro de la ciudad, por lo que cualquier desplazamiento del virrey se convertía en pública procesión.

Bernardo se dedicó con gran ilusión a revisar los planos que ya había presentado a su padre el coronel de ingenieros Francisco Bambitelli, introduciendo detalles personales como era el colocar en el mismo lugar los dormitorios del virrey y la virreina, lo que no estaba así dispuesto en el palacio virreinal de la plaza del Zócalo. Pero lo que contribuyó a alimentar los rumores sobre los designios del virrey fue que el ingeniero militar había protegido con fosos y murallas el Castillo de Chapultepec, lo que no resultaba extraordinario si se pensaba que el edificio estaba destinado a albergar al máximo magistrado de Nueva España. Y lo que todavía suscitó más las comidillas fue que el virrey hubiera pedido que constituyesen pasadizos subterráneos para poder salir o entrar en aquel lugar sin tener que utilizar el empinado sendero que llevaba a lo alto del promontorio, donde se erguía el castillo.

Capítulo 55
Conciliábulo en la Inquisición

Habían dado ya las campanadas de medianoche en la torre de la catedral y por las calles de México corría una brisa helada que sirvió de pretexto a los embozados que desde distintos puntos de la ciudad se dirigían al palacio de la Inquisición para hundir sus caras en los pliegues de su capote y calarse el chambergo hasta las cejas.

Los siete encapuchados que se habían dado cita en la sede del Santo Oficio llegaron poco después de la medianoche a una pequeña poterna situada en la parte de atrás del edificio que, a juzgar por el chirrido de los herrumbrosos goznes, debía utilizarse en pocas ocasiones. Nunca se han llegado a conocer los nombres y apellidos de los que participaron en aquel cónclave, pero sí se ha sabido el oficio a que se dedicaban o al menos la institución a que pertenecían. Cuando, chorreados como las perdices, los conspiradores fueron llegando a una de las salas más recónditas de aquel edificio, se fueron sentando en torno a una mesa que presidía un clérigo que no se quitó la capucha el tiempo que duró la reunión.

Magistrado del Santo Oficio:

—Como bien saben vuestras mercedes, estamos aquí reunidos para analizar la grave situación que se ha creado en el virreinato debido a los turbios designios de quien en estos momentos ocupa la más alta magistratura en Nueva España para alzarse con el poder que ostenta solo gracias a la confianza y benevolencia de nuestro rey, que Dios guarde muchos años.

Oidor de la Real Audiencia:

—Creo que ya hemos dedicado en otras reuniones demasiado tiempo a analizar los motivos por los que este mandatario está actuando de una forma que le acerca más al pueblo llano que a quienes hemos llegado a una posición de autoridad refrendada por el propio monarca. Yo me atrevería a añadir que la insólita

conducta de quien todos sabemos, pero que hemos acordado no nombrar, se debe a que esta persona está infectada de las ideas revolucionarias que llevaron a las colonias inglesas a independizarse de su metrópoli, pues nos consta que mientras fue como gobernador de la Luisiana tuvo correspondencia con los líderes revolucionarios que ya ostentan la magistratura de esa nueva república.

Juez del Tribunal de la Acordada:

—Me permito reiterar que no debemos perder más tiempo en analizar la situación y deberíamos pasar a la acción, porque parece como si el magistrado que debería vigilar el cumplimiento de las leyes es el que se toma mayores licencias para desobedecerlas. Esta es la primera vez que nos reunimos desde que se produjo el acto incalificable de conceder un indulto a unos reos que eran ya conducidos al patíbulo por quien no tenía el poder ni la prerrogativa de hacerlo, por lo que desearía hacer constar ante los otros cofrades que esa forma de actuar no solo constituye un precedente funesto para el mantenimiento del orden sido también una ofensa irreparable al prestigio del tribunal que, tras haber considerado todos los elementos materiales y jurídicos del caso, habíamos dictado esa sentencia.

Hacendado de Michoacán:

—Como aquí ya se ha dicho, pienso que sobran los discursos cuando ha llegado el momento de pasar a la acción. Pues cada día que pasa se están cometiendo nuevas irregularidades y fomentando en las clases bajas sentimientos de rebeldía que, si no se atajan pronto, podrán dar al traste con toda la fábrica de la colonia que tanto nos ha costado erigir, a costa del sudor y la sangre de nuestros ancestros. Si en las alhóndigas se sigue distribuyendo trigo y maíz a espuertas a precios irrisorios, ¿quién se va a ocupar de sembrar unos campos y mantener unos cultivos cuando ya no se encuentran trabajadores dispuestos a doblar el espinazo?

Propietario de minas en Guanajuato:

—La pregunta que acaba de hacerse el miembro de la cofradía sobre el futuro de la agricultura puede aplicarse a cualquier otra actividad de las que constituyen los pilares fundamentales de la economía y el bienestar de este virreinato. ¿Dónde vamos a encontrar personas que trabajen en las minas y se arriesguen a bajar

a un pozo profundo cuando están mejor pagados en cualquiera de las obras al aire libre que ha establecido la actual administración, dícese que para remediar la hambruna y dar trabajo a manos ociosas?

Ingeniero militar:

—Comparto la preocupación del hermano que acaba de hablar y deseo expresar mi propia angustia cuando veo que se están destinando importantes sumas de dinero a la erección de un fortín en el Castillo de Chapultepec. Y me pregunto, ¿qué sentido tiene que un palacio virreinal tenga cortinas de piedra y fosos profundos, que en estrategia militar están pensados para repeler el ataque de un enemigo? ¿Pero de quién tendría que defenderse el inquilino que ocupe este bastión si no es de su propia ambición? Como ingeniero militar, no tengo empacho en publicar que ese castillo no se está construyendo como una residencia sino como fortín militar, para poder repeler o, también en su caso, lanzar un ataque desde ese bastión. No me duelen prendas en proclamar lo que ya es un secreto a voces, pues sería imposible guardar secreto sobre la construcción de un edificio donde están ya trabajando más de cuatro mil personas, entre hombres, jóvenes y personas de toda clase y condición.

Miembro del Cabildo Catedralicio:

—Lo mismo que el hermano que me ha precedido en el uso de la palabra ha dicho sobre la construcción del castillo de Chapultepec, yo puedo hablar con conocimiento de causa sobre las cifras que está costando el restaurar las dos torres de la catedral que habían sido afectadas por el terremoto de hace unos años. No deja de resultar algo extraño que quien tanto se preocupa por el aspecto externo de la catedral frecuente con tan poca asiduidad el interior del templo, como ya indica la coplilla que circula por las calles de la ciudad y que se refiere a la frecuencia con la que esta persona acude a toros, bailes y festejos, pero que muy raramente se le ve por los oratorios y las iglesias: «En todas partes te veo, / excepto en el jubileo».

Por primera vez desde que había empezado la reunión, cundió un murmullo de hilaridad entre los encapuchados. Pero fue una reacción pasajera porque todos los allí reunidos eran conscientes de que lo que se estaba planteando y planeando era un delito gravísimo y de que si lo que se había dicho en torno a aquella mesa

llegaba a los oídos de la persona cuyo nombre en ningún momento se había pronunciado, algunos de ellos acabaría con sus huesos en la cárcel, cuando no en el patíbulo.

Quizás la conciencia de su propio peligro fue lo que les impulsó a tomar una decisión inmediata y tras erigirse en miembros de un tribunal sumarísimo, todos y cada uno de los conjurados estuvieron de acuerdo en poner fin a la situación que se había producido en el virreinato, lo que solo podía realizarse con la muerte o destitución de la persona cuyo nombre no se había pronunciado ni una sola vez en aquel cónclave. A continuación, uno de los encapuchados, que era también boticario, propuso la forma más segura y discreta de proceder para lograr sus propósitos.

Entretanto, Bernardo de Gálvez y su esposa Felicitas habían ido a descansar a San Agustín de las Cuevas, donde, cuando salieron a pasear, el pueblo se arremolinó en torno a ellos, provocando cierta preocupación entre los guardias que les acompañaban, como el alabardero José Gómez reflejó en su diario:

«Más que un paseo de diversión fue de confusión: hubo dos días de toros, peleas de gallos, fandangos y juegos en todas las plazas y calles de todas clases, e incluso peleas de perros. De modo que, desde que se conquistó este reino, no se había visto jamás cosa semejante, ni virrey más aplaudido y vitoreado que el señor conde de Gálvez».

Capítulo 56
La confesión del virrey

Habla Felicitas de St. Maxent

A la vuelta de nuestra visita a San Agustín de las Cuevas, a Bernardo le dio un ataque de bascas, vómitos y diarreas que me hicieron temer por su vida. En otros momentos había tenido ataques semejantes, con tremendos dolores de cabeza, pero nunca hasta entonces le habían dado tan fuerte.

A partir de ese momento, Bernardo no levantó cabeza; para mudar de temperamento, lo llevamos al vecino pueblo de San Ángel, que estaba en la ladera de la colina y donde hacía más fresco que en la ciudad. Pero en vista de que no mejoraba, volvimos a palacio, donde por lo menos podríamos contar con un grupo de facultativos, aunque ninguno de ellos consiguió diagnosticar su dolencia, ni suministrarle un remedio adecuado para que se encontrase mejor. Cuando uno de ellos propuso aplicarle unas sanguijuelas, me negué en rotundo, porque sabía que le horrorizaban aquellos animales y, además, había ya perdido demasiada fuerza con los vómitos y las diarreas como para quitarle más sangre.

En vista de que el enfermo no mejoraba, según estaba previsto para situaciones semejantes, se reunieron en palacio los magistrados de todos los tribunales, los religiosos de diversas órdenes y los oficiales de la Inquisición. Al verlos a todos congregados, con ropaje ya de luto, en la antesala del enfermo, tuve la sensación de que aquella gente se había reunido no para llevarle los sacramentos sino para celebrar su funeral. Me produjo un escalofrío ver allí a los miembros del tribunal de la Acordada, que en varias ocasiones había visto acompañar a los reos de muerte en procesión hasta el patíbulo, los mismos que habían puesto el grito en el cielo cuando mi marido había indultado a unos reos de muerte.

Cuando me dejaron pasar a la habitación, vi que, en contra de lo

que habían prescrito los facultativos, Bernardo había salido de la cama y se había puesto el uniforme de capitán general, con su espada y sus condecoraciones, y se dispuso a tomar el sacramento de la extremaunción de pie, como correspondía a un jefe militar. No pude dejar de acordarme de la otra ocasión en que había recibido la eucaristía, y que tras haber contraído el matrimonio *in articulo mortis*, nos habíamos quedado solos en la celda del prior de los capuchinos y habíamos hecho el amor hasta que amaneció. Desgraciadamente, en esta ocasión no se produjo el milagro de la resurrección.

Sin embargo, a la mañana siguiente los médicos observaron una ligera mejoría, lo que aproveché para intentar un nuevo cambio de temperamento llevándole en litera a Tacubaya, porque yo sabía que a Bernardo no le gustaba la residencia de la plaza del Zócalo y por eso tenía verdadera ilusión de que nos mudásemos al Castillo de Chapultepec. Como en Tacubaya fuimos a hospedarnos en el palacio del arzobispo, este le ofreció confesarse y tomar la extremaunción; pero Bernardo, que no había perdido el sentido del humor ni aun cuando estaba agonizante, le dijo al prelado que primero quería confesarse conmigo. Yo noté que estaba tan débil que tenía que hacer un verdadero esfuerzo para hablar, pero gracias a su fuerza de voluntad y a su indomable orgullo, se dirigió a mí con una voz perfectamente clara:

—Querida Felicitas, cuando antes dije al arzobispo que necesitaba confesarme contigo no creas que era simplemente una broma. Hace tiempo que quería hablarte de cierto asunto, pero, por un lado, me costaba contar algo que podía preocuparte, y después, se ha interpuesto esta maldita enfermedad.

Bernardo hizo una pausa y luego prosiguió:

—Pero antes de comentarte este tema hay algo de lo que quería hablarte, precisamente sobre mi enfermedad. Ya sabes que los médicos no han acertado a decirme qué es lo que me está pasando exactamente ni han podido diagnosticar los síntomas de esta dolencia. Yo pienso que puede ser consecuencia de una herida mal curada como la que recibí en el vientre en el sitio de Pensacola. El cirujano que me atendió entonces me dijo que si la bala no se extraía de inmediato, podía ir penetrando cada vez más en el abdomen, pero con las condiciones que teníamos entonces en el

campamento no se atrevió a hacer la operación.

Bernardo se enderezó un poco en su asiento y me miró directamente a los ojos antes de preguntarme:

—Supongo que alguna de las brujas que frecuentas en las cajas del Parián te habrá contado ya que alguien ha decidido mi muerte y que me están envenenando.

No me atreví a contestar, pues era cierto que una de las mujeres indias que vendía fruta me había advertido de que alguien estaba intentando matar a mi marido, pero yo pensé que era para impresionarme y conseguir una limosna. Me había preocupado más notar que otras hechiceras en quienes tenía más confianza hubieran evitado hablar conmigo, como si supieran algo que no querían decir, quizás para ahorrarme un disgusto, considerando que me encontraba en estado avanzado de gestación.

—Bueno —prosiguió Bernardo—, en cualquier caso, has hecho muy bien en no dar crédito a ese bulo. Por si no lo sabías, te diré que hay quienes piensan que yo querría utilizar el amor que nos ha tomado el pueblo —y lo digo en plural porque también tú te has hecho querer mucho en este lugar— para alzarme con el poder y romper los vínculos de México con España.

Mi cara debió reflejar tal reacción de asombro que Bernardo me agarró la mano para tranquilizarme:

—No te preocupes, porque por muy en desacuerdo que esté con la política que ha adoptado Madrid con este virreinato, y por mucho que a veces eche sapos y culebras contra algunos ministros e incluso contra el propio rey, nunca mordería la mano de quien me ha estado dando de comer desde que tengo uso de razón. Otra cosa es que algunos hayan utilizado el incidente con la corte que tuve a raíz del indulto a los reos de muerte para proclamar a todos los vientos que he caído en desgracia con mi tío.

Como yo había oído más de un comentario al respecto, no pude evitar preguntarle:

—¿Y eso no es verdad?

—Es una verdad a medias, que es lo que utilizan los chismosos para hacer correr bulos de esta naturaleza.

Bernardo hizo una pausa para sorber un poco de agua y recuperar el resuello:

—No hace falta que te explique, Felicitas, pues sé de sobra que

eres una mujer inteligente y perspicaz, que la relación entre el ministro Gálvez y su sobrino Bernardo en ciertos momentos ha tenido sus altibajos. En principio, yo debería estar profundamente agradecido por la forma en que me ha apoyado en momentos difíciles y ha promocionado mi carrera militar. Pero en ocasiones me duele que la sombra de mi tío se proyecte de tal forma sobre todo lo que hago que resulte inútil que me esfuerce, porque sé que todo lo que consiga se va a achacar a la influencia y benevolencia de don José.

—Pues, si me lo permites, voy a hacerte otra observación: a veces, por la forma cómo te mira y cómo reacciona cuando le hablas, me da la sensación de que tu tío José, aunque, por un lado, te aprecia y hasta te admira, por otro lado, siente una cierta envidia o celos, quizás de tu simpatía y tu don de gentes, virtudes de las que él carece.

—No nos engañemos, si mi tío José juzgase que mi cargo aquí pudiera ser perjudicial para el buen orden y la prosperidad de este virreinato, no dudaría un momento en destituirme y si fuera preciso hacerme detener. Me consta que mi tío es capaz de cometer actos crueles, cuando piensa que al actuar de esta manera está realizando un servicio al rey e indirectamente a Dios. Pero me consta que don José no me ha retirado su confianza y hasta me han anunciado que en el próximo correo vendrá la ratificación oficial del indulto que quizás concedí imprudentemente.

—Me alegro de que hayas restablecido la relación con tu tío porque, a pesar de sus defectos, creo que ambos le debemos mucho.

—Sí, pero lo que quería confesarte no tiene ninguna relación con mi tío ni con los rumores de que están intentando envenenarme.

—¿Cómo pueden atreverse a atentar contra tu vida?

—Los que están involucrados en esa conjura son los mismos que hace un par de días vinieron a palacio a ver cómo tomaba la eucaristía: los magistrados del Santo Oficio, los jueces de la Acordada, y toda esa pandilla de inútiles que solo están preocupados de defender sus privilegios. Pero esa pandilla de mentecatos no se da cuenta de que si fui capaz de mandar un espía a la fortaleza de Pensacola, con mayor razón puedo enterarme de algo que se está urdiendo bajo mis propias narices. Pero no era de eso de lo que quería hablarte.

Al notar que Bernardo estaba agotado por el esfuerzo que había hecho, le pedí por favor que descansara unos minutos y coloqué en su butaca dos almohadones para que pudiera estar más incorporado, pues le brotaban flemas de los pulmones que dificultaban su respiración. Cuando reclinó la cabeza en los cojines, entornó los ojos, y durante unos instantes que me parecieron eternos se quedó absolutamente inmóvil, descansando.

Capítulo 57
La estatua de azogue

Continúa hablando Felicitas de St. Maxent

Me temí que Bernardo ya no volviera a despertar, pero al rato abrió de nuevo los ojos y a partir de ese momento su voz sonó más firme y clara.

—Querida Felicitas, hace tiempo que hubiera deseado contarte lo que te comentaré a continuación, pero nunca encontraba el momento para hacerlo. ¿Recuerdas que hace un par de meses hice un viaje a Guanajuato para ver el beneficio de las minas de plata?

—Lo recuerdo perfectamente, porque volviste muy cansado y de un humor de perros; no quisiste contarme nada del viaje y me dio la sensación de que tenías algo que ocultar.

—Veo que sigues siendo un poco bruja, pues es cierto que tenía algo que ocultar. Recordarás que, al poco tiempo de haber empezado nuestra relación, me hablaste de la visión que había tenido una esclava algo hechicera que te había prevenido que yo había cometido en el pasado un crimen que debía intentar redimir para evitar que el padre de las aguas se enojase conmigo.

Yo asentí con la cabeza, pues no quería interrumpirle por miedo de que Bernardo perdiera el hilo de lo que quería contar.

—En aquel momento pensé que era todo una locura, pero con el paso del tiempo me di cuenta de que lo que te había contado la bruja era cierto: yo había cometido un pecado, aunque fuese de forma inconsciente. Y aquí debo mencionar mi relación con el tío José: abusando de nuestra relación familiar, el ministro de Indias me había pedido que fuera a las minas de Almadén para hablar con uno de los reclusos, un antiguo escribano a quien yo conocía, y pedirle que me entregase un documento que tenía en su posesión, y que podía comprometer a mi tío. Yo no hubiera debido aceptar esa misión, pero el caso es que lo hice y conseguí que el escribano me entregase voluntariamente el documento que le preocupaba a mi

tío. Pero no fui capaz de comprender que, al entregarme ese escrito, el hombre estaba perdiendo la única garantía que durante varios años había hecho que respetaran su vida, pues no se hubieran atrevido a matarlo sin saber en dónde escondía el documento.

Bernardo hizo una pausa y me pidió que le acercase el vaso de agua a los labios, y luego prosiguió:

—Hubiera debido asegurarme de que, una vez que me había entregado ese documento, los esbirros de mi tío respetarían la vida de esta persona, pero por una serie de circunstancias no lo hice. Al volver a Madrid, le pregunté al tío José qué pensaban hacer con ese hombre, pero mi tío me respondió con una evasiva y yo no tuve el valor de insistir.

Bernardo se quedó callado unos instantes, y comprendí que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para expresarse.

—En realidad, cuanto más lo pienso me doy cuenta de que el nombramiento como gobernador fue la forma en que mi tío me pagó el haber cumplido con eficacia la misión en Almadén.

A Bernardo le sobrevino un ataque de tos, y de buena gana le hubiera pedido que se callara, porque ya me había contado bastante, pero era evidente que quería llegar hasta el final.

—Aunque parezca mentira, hasta hace un par de meses, cuando viajé a Guanajuato, no supe a ciencia cierta cuál había sido el final del escribano. Pero en una de mis visitas a la mina, me pareció reconocer el semblante de uno de los capataces que dirigía la explotación y además noté que él también me reconocía. Resultó ser el alcaide del presidio de Almadén, precisamente la persona a que mi tío había encargado la custodia del escribano.

La voz de Bernardo se había hecho apenas audible, pero me acerqué a él como si realmente estuviera escuchando una confesión:

—Aunque me costó bastante persuadir al antiguo alcaide de Almadén de que relatase qué había pasado con el escribano, finalmente lo conseguí: me contó que en la mina se había producido un terrible incendio, posiblemente provocado por los mismos reclusos, aunque varios de ellos murieron asfixiados, al no poder escapar de los túneles de donde extraían el mineral. Cuando, tras dominar el incendio, los guardianes pasaron revista a los reclusos, echaron en falta al escribano, pero se dieron cuenta de que estaba demasiado enfermo y demasiado viejo para intentar escapar. Al

cabo de cierto tiempo, encontraron su cuerpo al fondo de un depósito de azogue donde los que lo habían matado habían hundido su cadáver para ocultar su crimen: parece ser que cuando intentaron sacarlo, el mineral había penetrado de tal forma en su cuerpo que estaba completamente rígido, convertido en una estatua de azogue.

Bernardo cerró los ojos y noté que por sus mejillas demacradas corrían lágrimas que en parte eran de dolor pero que también reflejaban el consuelo que estaba sintiendo al poder contarme, después de tantos años, lo sucedido. Aunque hubiera debido respetar su silencio, no tuve más remedio que exclamar:

—Pero Bernardo, tú no debes sentirte culpable por esa muerte, no fuiste tú quien mandó matar al escribano. Por lo que me has contado, ni siquiera estabas seguro de que lo iban a matar, aunque hubieras podido sospecharlo.

—Me siento culpable de un crimen por omisión, pues hubiera debido asegurarme de que, una vez que entregase el manuscrito, respetarían la vida de Viniegra. Lo cierto es que durante muchos años he llevado conmigo la incertidumbre y la angustia de lo que había podido ocurrir, pero nunca lo había sabido con certeza hasta hace un par de meses, en mi viaje a Guanajuato. —Bernardo hizo un último esfuerzo, intentando esbozar una sonrisa—: Si alguna vez vuelves por Nueva Orleans puedes decirle a la hechicera india que ya he pagado mis culpas por ese pecado, por lo que el padre de las aguas me puede perdonar.

Bernardo hizo ademán de señalar con la mano la lluvia que había empezado a caer con fuerza sobre los ventanales del palacio episcopal, pero no llegó a completar el gesto. Y cuando fui a cerrarle los párpados con la mano me di cuenta de que se había quedado rígido, como la estatua de azogue que acababa de mencionar.

Epílogo

Cuatro años después del fallecimiento de Bernardo de Gálvez, Diego de Gardoqui no había conseguido ningún avance en la misión que le había encomendado Floridablanca con respecto al uso exclusivo del Mississippi y a las fronteras del norte de la Luisiana, por lo que pidió autorización a la corte para volver a España.

Aunque el tiempo que había estado como encargado de negocios en los Estados Unidos había mantenido una buena relación con el secretario de Estado John Jay —posiblemente se había ganado su benevolencia con ayuda de algún presente para él o para su esposa —, e incluso había trabado cierta amistad con el propio George Washington, el diplomático español no había conseguido convencer al Congreso de sus pretensiones, debido sobre todo a la rotunda oposición de los estados del sur, que no solo se negaban a reconocer las fronteras del territorio español, sino que, de forma más o menos velada, estaban fomentando incursiones en la zona fronteriza de colonos y aventureros.

Como regalo de despedida a John Jay, Gardoqui había hecho traer a los Estados Unidos un caballo andaluz que llegó a bordo del bergantín de la Real Armada *Galveztown*, y esperó antes de partir para estar presente en el recibimiento que el Congreso estaba preparando en Nueva York a George Washington, que había sido elegido primer presidente de los Estados Unidos. Gardoqui aprovechó la presencia del bergantín español para que el *Galveztown* participase en el gran desfile naval organizado en el puerto en honor del general, y más tarde describiría así este importante acontecimiento:

> *(Su excelencia) fue recibido en Elizabethtown por las diputaciones de tres senadores y cinco representantes del Congreso, con quienes se embarcó en una graciosa falúa construida a propósito para que su excelencia cruzase la*

bahía… Luego que su excelencia se halló a una distancia proporcionada del bergantín de guerra de S. M. C. Galveztown*, que se había situado en la confluencia de los ríos norte y este, por donde debía pasar, le saludó este con quince cañonazos, cinco «¡viva el rey!» y demás honores…*

Habían transcurrido más de ocho años desde el asedio a la fortaleza inglesa de Pensacola, por lo que apenas se recordaba la hazaña de Bernardo de Gálvez cuando a bordo de ese mismo bergantín había pasado indemne bajo las baterías de las Barrancas Coloradas.

Y, sin embargo, si en ese momento el militar malagueño no se hubiera atrevido a forzar el puerto de uno de los más importantes bastiones de Inglaterra en el golfo de México, es probable que el conflicto hubiera evolucionado de otra manera y que George Washington no estuviese tomando en esas mismas fechas el juramento como primer presidente de los Estados Unidos.

Cronología de Bernardo de Gálvez y su tiempo

(Se trata de una cronología amplia para que el lector pueda situar el origen de Bernardo de Gálvez, su entorno familiar y los acontecimientos que influyen en su vida).

1716	Contrae matrimonio Antonio de Gálvez y Carvajal con doña Ana Gallardo y Cabrera (abuelos de Bernardo de Gálvez).
1720	Nace José Bernardo de Gálvez y Gallardo (hermano del primogénito Matías, padre de Bernardo).
1741	Tras haber obtenido en años anteriores una beca para estudiar en el seminario de San Sebastián, en Málaga, José de Gálvez y Gallardo marcha a la Universidad de Salamanca para cursar la carrera de leyes.
1745	Contrae matrimonio Matías de Gálvez y Gallardo con su prima doña María Josefa de Madrid Gallardo.
1746	Nace Bernardo Vicente Apolinar, hijo primogénito de los anteriores.
1755	Comienzo de la Guerra de los Siete Años, conflicto en el que inicialmente luchan Inglaterra y Francia por la supremacía en Europa y América.
1759	Carlos III es recibido en Madrid como rey de España e Indias.
1761	En virtud del Tercer Pacto de

	Familia, España será arrastrada a la guerra entre Francia e Inglaterra, que en gran parte se libra en sus respectivas colonias de la América septentrional.
1762	Tras declarar la guerra a España, Inglaterra captura La Habana y Manila.
1763	El tratado de París pone fin a la Guerra de los Siete Años. España recupera La Habana y Manila, pero debe ceder la Florida a Inglaterra. Como compensación a esta pérdida, Francia cede a España el territorio de la Luisiana. El conde de Aranda preside en Madrid el tribunal militar a que se somete a los responsables por la pérdida de La Habana.
1764	Tras profundas desavenencias entre el Parlamento inglés y los representantes de las colonias británicas en la América septentrional, Londres proclama unas leyes que son tachadas de *intolerable acts* por los súbditos de esas colonias.
1765	Tras ser nombrado visitador general del virreinato de Nueva España, José de Gálvez Gallardo zarpa hacia México.
1766	El Motín de Esquilache provoca la destitución del primer ministro de Carlos III y el conde de Aranda asume la presidencia del Consejo de Castilla.
1767	Decreto de expulsión de los jesuitas en Madrid, en abril. Unos meses más tarde el real decreto

	llega a México y el visitador José de Gálvez se encarga de la ejecución de esta orden, reprimiendo con dureza las sublevaciones populares surgidas a raíz del cumplimiento de dicho mandato.
1769	Bernardo de Gálvez es destinado a Nueva Vizcaya. El visitador José de Gálvez y Gallardo se desplaza a Sonora, donde fracasa en el intento de pacificar a los indios seris del Cerro Prieto. Como consecuencia de la dureza de la campaña y por no haber conseguido sus objetivos, el visitador sufre una misteriosa dolencia que algunos testigos califican como un ataque de locura, incluido el escribano Juan Manuel Viniegra encargado de la memoria de esa expedición.
1770	Bernardo de Gálvez es destinado en Chihuahua a la lucha contra los apaches, realizando varias campañas que le llevan a Texas y a Nuevo México. Cuando es alertado sobre el mal estado de salud de José de Gálvez y Gallardo, acude a Sonora y acompaña a su tío en su viaje de regreso hacia México, volviendo también a España con el visitador, al término de su misión.
1772	Una vez que ha regresado a España, Bernardo de Gálvez es destinado al regimiento de Cantabria en Pau (Francia), donde durante tres años se

	perfeccionará en las técnicas militares y aprenderá francés.
1773	En el puerto de Boston (Massachusetts) un grupo de colonos blancos disfrazados de indios arrojan al mar unos fardos de té para protestar contra el monopolio impuesto por la corona inglesa; ese veto es conocido como *Boston tea party*.
1774	En Francia, Luis XVI sucede a su abuelo Luis XV.
1775	En junio, se produce en Bunker Hill un enfrentamiento entre las tropas inglesas y los colonos rebeldes que es considerado como el inicio de la guerra de independencia de las trece colonias frente a su metrópoli. En julio, Bernardo de Gálvez participará en la desastrosa campaña contra Argel, donde es herido de gravedad, pero donde obtiene el grado de teniente coronel. Después es destinado a la Escuela Militar de Ávila.
1776	En enero, José de Gálvez Gallardo es designado por Carlos III secretario de Estado en el despacho de las Indias (ministro de Indias), que incluye amplias competencias sobre muchos aspectos relativos a los territorios de ultramar. Entre otras responsabilidades, el ministro detenta el cargo de superintendente general de azogues, cuya explotación es esencial para extraer los minerales de plata y oro en

América.
En mayo, Bernardo de Gálvez es destinado como coronel del regimiento fijo de la Luisiana, para ser más tarde nombrado gobernador interino de dicha provincia.
En julio, se produce en Filadelfia la Declaración de Independencia de los Estados Unidos con respecto a Gran Bretaña.
En noviembre, José de Gálvez Gallardo contrae terceras nupcias con doña María de la Concepción de Valenzuela, hija del conde de la Puebla.
En diciembre, llega a París Benjamin Franklin; a finales de ese mes la delegación integrada por Franklin, Silas Dean y Arthur Lee se entrevista con el ministro francés de Relaciones Exteriores, conde de Vergennes y, a petición de este último, con el embajador de España, conde de Aranda.

1777

En enero de este año, el conde de Aranda recibe por segunda vez a Franklin y a los demás delegados estadounidenses que le proponen un tratado de buena correspondencia y comercio entre España y el Congreso de los Estados Unidos.
Tras haber tomado posesión de su cargo en la Luisiana, Bernardo de Gálvez empieza a mandar ayuda en armas y pertrechos para el ejército rebelde, confisca los barcos ingleses que realizan contrabando en el Mississippi y

ordena a los ingleses residentes en la Luisiana que abandonen el territorio.
En febrero de ese mismo año, Arthur Lee, uno de los comisionados norteamericanos en París, decide viajar a España sin previo acuerdo con la corte de Madrid, es detenido en Burgos donde se entrevista con el hasta entonces secretario de Estado Jerónimo Grimaldi, actuando como intérprete y mediador en esas conversaciones el comerciante bilbaíno Diego de Gardoqui. Lee consigue negociar con el ministro de Estado cesante aspectos de la ayuda de España a las colonias rebeldes, pero, por temor a un incidente con el embajador de Inglaterra, no le permiten llegar a Madrid, donde pretendía entrevistarse con el rey.
En octubre, se produce en Saratoga la victoria del ejército insurgente sobre el general británico Burgoyne, factor que impulsa a Francia al reconocimiento de los colonos sublevados, y justifica la recomendación del embajador español en París a la corte de firmar un acuerdo con los representantes del Congreso, lo que no admite el nuevo secretario de Estado, conde de Floridablanca.
En octubre, se firma en La Granja de San Ildefonso el tratado hispano-luso con el que se

	resuelve la cuestión de Sacramento y otros problemas fronterizos entre Portugal y España en América del Sur, lo que va a permitir a España una mayor libertad en el continente americano y hará más fácil su participación en la guerra de independencia de sus colonias contra Inglaterra. En noviembre, Bernardo de Gálvez se casa en Nueva Orleans *in articulo mortis* con la viuda Felicitas de St. Maxent.
1778	José de Gálvez y Gallardo consigue que sean promulgadas las Ordenanzas de Libre Comercio con América rompiendo el anterior monopolio del comercio americano con algunas ciudades españolas.
1779	En mayo, la corte informa a los gobiernos provinciales que el rey ha decidido declarar la guerra a gran Bretaña, realizándose en junio la declaración formal. En agosto, cuando Bernardo de Gálvez estaba realizando los preparativos para una campaña en el Mississippi, una terrible tormenta azota Nueva Orleans y hunde los barcos que estaban ya armados para esa campaña. En septiembre, las tropas de Bernardo de Gálvez ascienden por las orillas del Mississippi y capturan los fuertes ingleses de Manchac, Baton Rouge, Panmure y Natchez, por lo que, en diciembre de ese año, España ha

	ganado el control de toda la cuenca baja del Mississippi. Bernardo de Gálvez es ascendido a mariscal de campo. También en septiembre, el Congreso nombra a John Jay, que hasta entonces había sido presidente de ese organismo, encargado de negocios de los Estados Unidos ante la corte de Madrid.
1780	En marzo, cuando Bernardo de Gálvez embarca sus tropas en Nueva Orleans con destino a Mobila, una fuerte tormenta hace encallar a los barcos, pero consigue rehabilitarlos para atacar el fuerte de Charlotte, lo que le permite la toma de Mobila. En mayo, la primera expedición para la conquista de Pensacola fracasa cuando la escuadra que conduce Gálvez es dispersada por un huracán. En octubre, la segunda expedición a Pensacola que zarpa de La Habana es también alcanzada por un huracán.
1781	En febrero, partiendo de La Habana en la tercera expedición a Pensacola, Gálvez consigue llegar a la desembocadura de la bahía de Pensacola con tropas de tierra suficientes y una flota de navíos de guerra al mando del capitán José Calvo de Irazábal. En marzo, tras un percance del buque insignia *San Ramón* a la entrada del canal que conduce a la bahía, José Calvo de Irazábal

se niega a que los navíos bajo su mando intenten cruzar por ese estrecho pasadizo, lo que pone en peligro la seguridad de la tropa ya desembarcada en la isla de Santa Rosa.

Gálvez se embarca en el pequeño bergantín *Galveztown* y consigue forzar el puerto a pesar del fuego intenso de las baterías inglesas de las Barrancas Coloradas, y siguiendo su ejemplo, al día siguiente los buques de la flota fondean en la misma bahía.

En mayo, tras un prolongado asedio, Bernardo de Gálvez toma Pensacola, lo que supone el dominio para España de ambas Floridas y el golfo de México, cumpliendo así los objetivos de la estrategia de la guerra en esa zona, lo que a su vez permitirá al ejército rebelde concentrarse en la lucha contra Inglaterra más al norte.

En octubre, el general Cornwallis se rinde en Yorktown, batalla en la que no participan tropas españolas pero sí un apoyo de un millón de pesos que el comisionado real Francisco Saavedra hace llegar al jefe de la flota francesa.

1782

Bernardo de Gálvez es nombrado jefe de las operaciones conjuntas de Francia y España para atacar a Jamaica y se traslada a la isla de Guárico, en la parte francesa de la isla de Santo Domingo.

En abril, la flota francesa del

almirante de Grasse, que partía de la Martinica para unirse a los otros efectivos en Guárico, es interceptada por la flota del almirante Rodney que consigue destruir o apresar gran parte de los navíos franceses, incluyendo el del almirante de Grasse, lo que supone un golpe definitivo al proyecto de tomar Jamaica.
En mayo, el capitán general de Cuba, Juan Manuel de Cajigal, toma las islas Bahamas; interviene en las capitulaciones de Nassau el coronel Francisco de Miranda, ayudante de Cajigal.
John Jay sale de España para reforzar el equipo negociador que en París dirige Benjamin Franklin, sin haber sido reconocido como representante diplomático ni haber sido recibido en ningún momento por el rey Carlos III.
En septiembre, nace en Guárico el único hijo varón de Bernardo de Gálvez, Miguel de Gálvez y St. Maxent.

1783

En enero, Bernardo de Gálvez es relevado como jefe de las operaciones conjuntas en el Caribe por el conde d'Estaing.

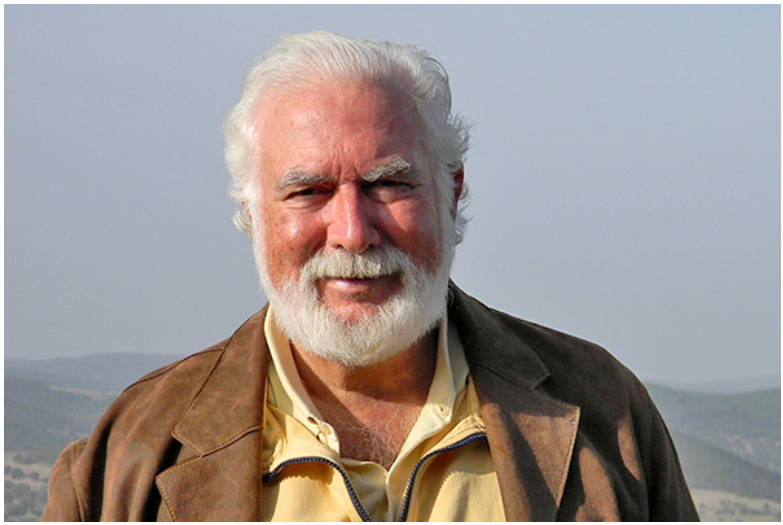
Firma de los preliminares del tratado de paz entre España y Gran Bretaña
En abril, Matías de Gálvez y Gallardo es nombrado virrey de Nueva España.
En septiembre, firma del Tratado de París, en el que España

reconoce la independencia de los Estados Unidos, pero estos no suscriben ningún compromiso relativo a la navegación del Mississippi ni las fronteras del territorio conquistado a los ingleses.
Tras la firma de este tratado, John Jay es nombrado secretario de Estado de los Estados Unidos.

1784 En abril, tras una ausencia de ocho años, Bernardo de Gálvez regresa a España con el título de vizconde de Galveztón y conde de Gálvez, incorporando a su escudo de armas el emblema del bergantín *Galveztown* con el que había forzado la entrada a Pensacola, y el mote «Yo solo» escrito en el gallardete del buque.
Gálvez es nombrado inspector general de tropas veteranas y milicias regladas de las Indias.
Diego María de Gardoqui es nombrado encargado de negocios de España en Filadelfia, con la difícil misión de negociar con los Estados Unidos los derechos de navegación del Mississippi y las fronteras de la Luisiana.
En octubre, José de Gálvez Gallardo recibe el título de vizconde de Sinaloa y marqués de la Sonora.
En noviembre, fallece en México Matías de Gálvez y Gallardo.

1785 En febrero, Bernardo de Gálvez es nombrado capitán general de Cuba, y se reúne en La Habana con Diego de Gardoqui para

	concertar el plan de acción sobre los Estados Unidos. En mayo, Bernardo de Gálvez es nombrado virrey de Nueva España y desembarca en Veracruz, siendo recibido con grandes muestras de alegría en todo su trayecto hasta la capital.
1786	En noviembre, tras una misteriosa enfermedad, fallece en el palacio arzobispal de Tacubaya el virrey Bernardo de Gálvez, que ha conseguido en su breve mandato una gran popularidad en Nueva España por su política avanzada y progresista.
1787	En mayo, George Washington es elegido primer presidente de la Convención Constitucional de los Estados Unidos. Diego de Gardoqui, que no ha conseguido cumplir ninguno de los objetivos de su misión, acude a la celebración de su toma de posesión en Nueva York, antes de partir hacia España. En junio, fallece en Aranjuez José de Gálvez Gallardo.
1788	En diciembre, muere Carlos III
1795	Ya en el reinado de Carlos IV, en el tratado de límites con los Estados Unidos firmado entre Godoy y Pinckney en El Escorial, España cede todas las pretensiones de la nueva república, reconociendo como frontera norte el paralelo 31 (en vez del 35 que defendía Gálvez) y otorgando la libre navegación por el Mississippi.



EDUARDO GARRIGUES (1944). Licenciado en Derecho, ingresó en el cuerpo diplomático en 1973, compaginando su labor diplomática con la literatura.

Ha sido jefe de Países del Área del Caribe, consejero en la Representación Permanente de España ante Naciones Unidas, y asesor de su Consejo de Seguridad, director del Instituto de España y consejero cultural en la embajada en Londres, director general de la Casa de América y embajador en Namibia, Bostwana, Noruega e Islandia, entre otros cargos. También ha compaginado esas labores con el periodismo, siendo articulista en
ABC
, *El Mundo*, *Diario 16*, *Los Angeles Times*, *La opinión*, *Nuestro Tiempo* y *Revista de Occidente*.

Eduardo Garrigues es autor, entre otras, de las siguientes obras: *Lluvias de Hierba* (1984), *Al oeste de Babilonia* (1987), *La dama de Duwisib* (2007), *El mal de África* (2010) y *El que tenga valor que me siga* (2016) y ha sabido hacer compatible su vocación literaria con su carrera diplomática y varias de sus novelas y libros de cuentos han tenido esa inspiración.

Ha recibido numerosos premios y honores, destacando el premio

Café Gijón de novela corta (1961) por *El canto del urogallo*, el Premio Pío Baroja de cuentos (1971) por *Artículo sexto* y el nombramiento de Caballero de la Real Orden de Carlos III.

ÍNDICE

Preludio

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. La ruta hacia Almadén
Capítulo 2. El ajedrez diplomático
Capítulo 3. La sombra de don José
Capítulo 4. El Consejo de Ministros
Capítulo 5. Valdeazogues
Capítulo 6. El sobrino del secretario de Indias
Capítulo 7. Las minas de Almadén
Capítulo 8. El azogado
Capítulo 9. Los sofocos del embajador
Capítulo 10. Un favor bien pagado
Capítulo 11. Noticias de París
Capítulo 12. El viaje en diligencia
Capítulo 13. El viaje de Arthur Lee a España
Capítulo 14. Conversaciones en Burgos y Vitoria

SEGUNDA PARTE

Capítulo 15. El padre de las aguas
Capítulo 16. El puerto de Nueva Orleans
Capítulo 17. La ayuda a los rebeldes
Capítulo 18. Los ojos dejan huellas
Capítulo 19. Oliver Pollock
Capítulo 20. Escaramuzas en distintos campos
Capítulo 21. La difícil convivencia
Capítulo 22. Primer azotazo del padre de las aguas
Capítulo 23. La fuerza de una arenga
Capítulo 24. La carta del general Campbell

TERCERA PARTE

Capítulo 25. En el claustro del convento

Capítulo 26. Segundo azotazo del padre de las aguas
Capítulo 27. La melaza cubana
Capítulo 28. Misión en Pensacola
Capítulo 29. Los patos de la bahía
Capítulo 30. Matrimonio in articulo mortis
CUARTA PARTE
Capítulo 31. Plegaria al padre de las aguas
Capítulo 32. Las Barrancas Coloradas
Capítulo 33. Yo solo
Capítulo 34. La piel del oso
Capítulo 35. El trato con los indios
Capítulo 36. La bahía de azogue
Capítulo 37. Un socorro inesperado
Capítulo 38. Incidente en las trincheras
Capítulo 39. La explosión del fuerte de la Media Luna
QUINTA PARTE
Capítulo 40. El castillo del Príncipe
Capítulo 41. La virtud republicana de Sarah Livingston
Capítulo 42. La isla de Guárico
Capítulo 43. Contrabando en Batabanó
Capítulo 44. El ataque a New Providence
Capítulo 45. Mercurio, dios de los ladrones
SEXTA PARTE
Capítulo 46. John Jay finaliza su misión en España
Capítulo 47. St. Maxent en París
Capítulo 48. La señora Jay se enfada
Capítulo 49. El vaso de porcelana
Capítulo 50. La cáscara del huevo
Capítulo 51. Cena en casa del ministro de Indias
Capítulo 52. Gardoqui es nombrado embajador
Capítulo 53. Las deudas de Oliver Pollock
SÉPTIMA PARTE

Capítulo 54. El diario del alabardero
Capítulo 55. Conciliábulo en la Inquisición
Capítulo 56. La confesión del virrey
Capítulo 57. La estatua de azogue
Epílogo
Cronología de Bernardo de Gálvez y su tiempo